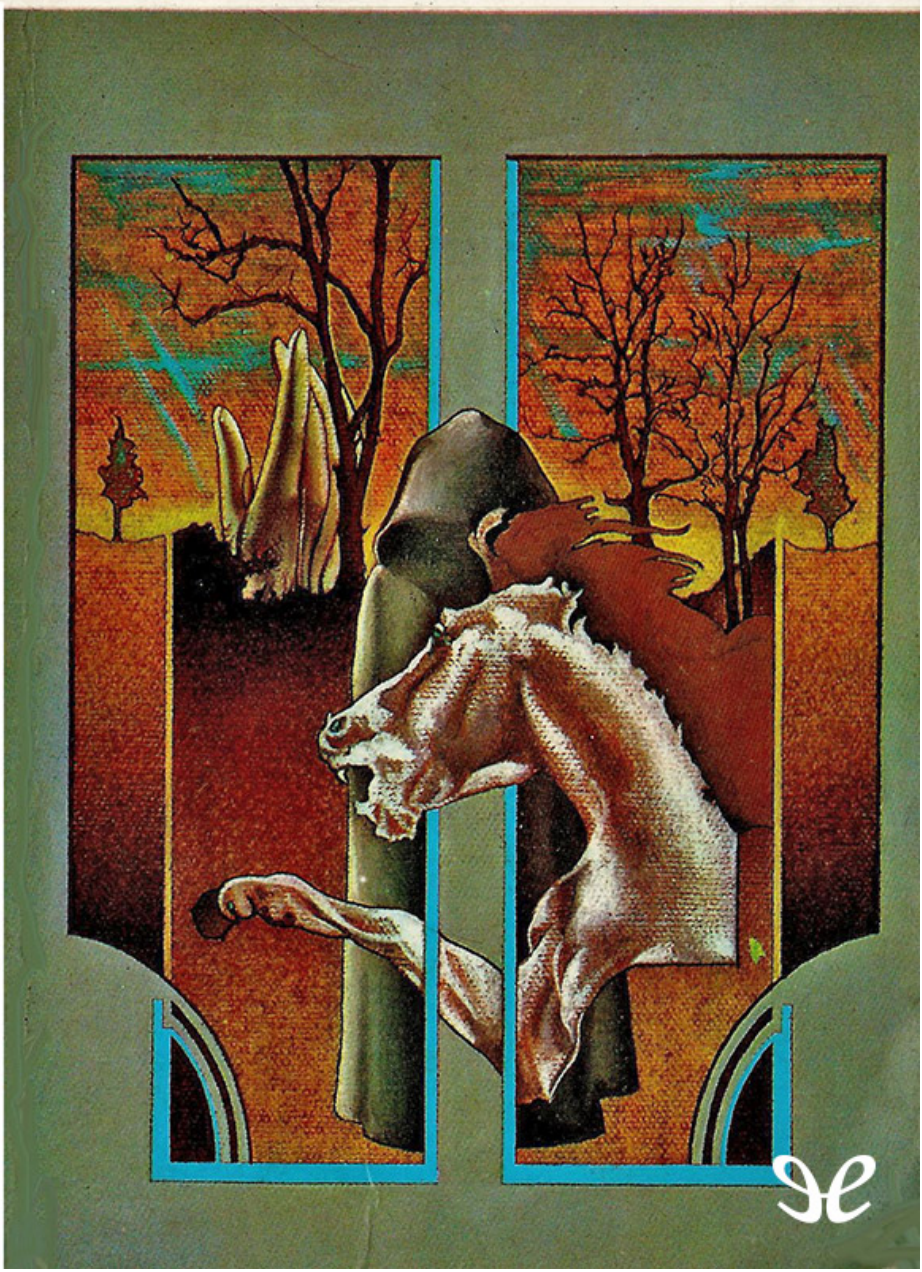
AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DE PALE HORSE



El escritor Mark Easterbrook se ve, poco a poco, envuelto involuntariamente en una compleja historia de muertes aparentemente naturales con algo en común: siempre había alguien que ganaba mucho con cada una de estas muertes y los nombres de los fallecidos constaban en la lista escrita por el reverendo Gorman la noche en que fue asesinado. Mark y su amiga, escritora de novelas policíacas, Ariadne Oliver, participan de una fiesta de beneficencia organizada por una pariente de Mark en una pequeña ciudad del interior. Después de la fiesta él tiene la oportunidad de conocer Pale Horse, de quien tanto había oído hablar.

Pale Horse es una mansión que en el pasado había sido una hospedería donde actualmente viven las brujas del poblado, tres mujeres extrañas que organizan sesiones de espiritismo y hechicería. En esta misma oportunidad, Mark conoce al Sr. Venables, hombre poderoso, inválido e identificado por el farmacéutico Osborne —importante testigo— como el hombre que seguía al reverendo Gorman la noche que fue asesinado.

Mark se da cuenta de una serie de coincidencias que lo hacen pensar que la muerte de las personas en la lista es consecuencia del hechizo de las brujas de Pale Horse y se dispone a ayudar a sus amigos de la policía a desentrañar el misterio.

Agatha Christie

El misterio de Pale Horse

ePub r1.0
guau70 05.07.14

Título original: *The Pale Horse*
Agatha Christie, 1961
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
Corrección de erratas: paco_anayad
ePub base r1.1

Prefacio

A mi juicio hay dos maneras de acercarse a este extraño asunto de «Pale Horse»[1]. No resulta fácil nunca simplificar ciertas cosas. No cabe decir: «Comience usted por el principio, diríjase hacia el fin y al llegar a éste deténgase». En efecto, ¿dónde radica ese principio?

Se trata de la dificultad fundamental con que siempre se enfrenta el historiador. ¿En qué momento se inicia determinada porción de la historia?

En este caso uno podría comenzar con el episodio del padre Gorman en el instante de abandonar su iglesia para atender a una moribunda. O con el que tuvo por marco un café de Chelsea cierta noche.

Sí. Tal vez sea eso lo más adecuado, teniendo en cuenta que la mayor parte de la narración corre a mi cargo.

MARX EASTERBROOK

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BRADLEY: Un tramposo abogado destituido.

CALTHROP: Esposa del párroco.

CORRIGAN (Jim): Médico.

COPPINS: Dueña de una casa modesta, en la que alquila habitaciones.

DAVIS (Jessie): Mujer enferma que muere en la casa de Coppins.

DELAFONTAINE (Mary): Una buena amiga de la novelista Oliver.

DESPARD (Rhoda): Prima de Mark.

EASTERBROOK (Mark): Notable escritor, protagonista de esta novela.

GINGER: Empleada en las «Galerías de Londres», buena amiga de Mark.

GORMAN: Sacerdote católico, asesinado.

GREY (Thyrza): Una muchacha aplicada a sectas de brujerías.

HESKETH_DUBOIS (lady): Madrina de Mark.

LEJEUNE: Detective inspector.

LUIGI: Dueño de un bar en Chelsea.

MILLY: Criada de la novelista Oliver.

OLIVER (Ariadne): Notable autora de novelas policíacas.

OSBORNE (Zachariah): Farmacéutico del pueblo.

POPPY: Una amiga de Mark.

POTTER (Mike): Un chiquillo recadero.

REDCLIFFE (Hermia): Maestra, escritora, amiga de Mark.

SYBIL: Una excelente médium espiritista.

VENABLES: Acaudalado solterón, enfermo de poliomielitis.

WEBB (Bella): Afiliada a la secta espiritista.

CAPÍTULO I

1

La máquina del tren expreso, a mis espaldas, silbaba como una serpiente enfurecida. El ruido tenía en sí sugerencias no diré diabólicas, no quiero llegar a tanto, pero sí siniestras. Tal vez ocurra lo mismo, pensé, con todos los ruidos de nuestra época. El intimidante e irritado zumbido de los aviones de propulsión a chorro, cruzando a vertiginosa velocidad el firmamento, el lento y amenazador murmullo del tren acercándose a la estación a lo largo de un túnel, el pesado camión de transporte que conmueve hasta los cimientos de nuestra casa… Hasta los menores ruidos domésticos de hoy, por muy beneficiosos que sean, parecen transportar una especie de aviso. Las máquinas, los frigoríficos, los exprimidores, las lavadoras… «Ten cuidado», dan la impresión de querer decirnos. «Soy un genio puesto a tu servicio, pero si pierdes el control de mí»…

Un mundo peligroso, eso es, un mundo peligroso.

Agité la espumeante taza que tenía frente a mí. Olía agradablemente.

—¿Deseaba usted algo más? ¿Unos plátanos? ¿Un bocadillo de jamón, quizá?

Se me antojó esto una rara mezcla. Relacioné mentalmente los plátanos con mi niñez… Ocasionalmente, flambés con azúcar y ron. El jamón lo asociaba con los huevos. Sin embargo… Donde fueres haz lo que vieres. Hallándome en Chelsea, lo más indicado era que comiera como la gente de allí. Asentí, por lo tanto, a ambas sugerencias.

Aunque vivía en Chelsea (es decir, disponía aquí desde hacía tres meses de un piso amueblado), yo era en todos los demás aspectos, un extraño. Estaba escribiendo entonces un libro relacionado con ciertos motivos de la arquitectura mogol. Con tal fin hubiera podido vivir lo mismo en Hampstead, Bloomsbury o Streatham, sin el menor inconveniente. Yo me olvidaba del mundo circundante excepto en lo referente a los medios materiales que precisaba para realizar mi cometido. A mis vecinos les era absolutamente indiferente. Vivía, en una palabra, dentro del mundo que yo me había creado.

Esta noche, no obstante, había sido víctima de algo que todos los escritores conocen perfectamente: una repentina desgana.

La arquitectura mogol, los emperadores mogoles, las normas que regían la existencia de ese pueblo y todos los fascinantes problemas que tales cosas planteaban no representaron nada para mí de pronto. ¿Importan a alguien en realidad? ¿Por qué escribir sobre ellas?

Pasé varias páginas, releyéndolas. Todo lo que llevaba escrito me pareció uniformemente malo… Juzgué mi estilo poco lúcido y el tema singularmente desprovisto de interés. «La Historia no es más que "música celestial"». ¿Quién había dicho eso ¿Henry Ford? Tenía que reconocer que era verdad.

Aparté con un gesto de asco mi manuscrito y después de levantarme consulté mi reloj. Eran casi las once de la noche. Intenté recordar si había cenado… Estimé que no, guiándome de mis sensaciones. La comida de mediodía sí la había hecho. En el «Ateneaum». Habían transcurrido muchas horas desde aquel momento.

Miré dentro, del frigorífico. Quedaba en este un trozo de lengua reseca. Permanecí unos segundos examinándolo. No me apetecía lo más mínimo. Por causa de esto estuve vagando un poco por King's Road, acabando por entrar en un bar que tenía en la puerta un rótulo rojo de gas neón: «Luigi». Contemplaba ahora mi bocadillo de jamón mientras pensaba en las siniestras sugerencias de los ruidos de nuestro tiempo y en sus efectos atmosféricos.

Me pareció que todos ellos poseían algo en común con mis más remotos recuerdos de carácter pantomímico. ¡David Jones saliendo

de su cajón entre nubes de humo! Puertas trampas, ventanas que exudaban todos los infernales poderes del mal, desafiando al Hada Buena o a cualquier personaje de nombre semejante, quien, a su vez, enarbolaba una varita mágica y recitaba esperanzadas pláticas sobre el triunfo definitivo del bien con suave voz, profetizando así la inevitable «canción del momento», lo cual nada tenía que ver con el argumento de aquella especial pantomima.

Se me ocurrió de pronto pensar que el mal era, quizá, más impresionante que el bien. Y esto siempre y necesariamente. ¡Tenía forzosamente que convertirse en espectáculo! ¡Tenía que sobresaltar, adoptar una actitud de reto! Era la inestabilidad atacando a lo estable. Al final acabaría ganando todo lo que se hallara informado por esta última cualidad. Lo estable se impone por encima de la trivial Hada Buena… Por muy débiles que parecieran sus armas, prevalecería. La pantomima terminaría en la forma de siempre: una escalera por la que descenderían por orden de categoría los distintos personajes. El Hada Buena, practicando la cristiana virtud de la humildad, no figuraría en primer lugar, ni tampoco en el último, sino que se colocaría en medio de los demás, al lado de su adversario, que en tal instante habría dejado de ser el Demonio gruñón de momentos antes, con sus vaharadas de fuego y azufre, para dejarse ver como un hombre vestido con traje de malla roja.

La máquina del tren expreso silbó de nuevo en mi oído. Hice una seña para que me trajeran otra taza de café y miré a mi alrededor. Una de mis hermanas me ha acusado siempre de ser poco o nada observador. Dice que nunca advierto lo que sucede a mi lado. «Vives aislado en tu mundo personal», suele manifestar al reprocharme. Ahora, con una sensación de virtud consciente tomé nota de lo que ocurría en torno a mí. Apenas pasaba un día sin que los periódicos trajeran alguna noticia relacionada con los bares de Chelsea y sus clientes. Ahora se me presentaba la oportunidad de estudiar directamente la vida contemporánea.

La sala no se encontraba muy iluminada, por lo que no podía ver muy bien. Casi todos los clientes eran gente joven. Supuse, vagamente, que representaban a la generación de la postguerra. Las chicas me parecieron lo que me parecen en la actualidad: un tanto

desaseadas. Daban también la impresión de llevar demasiada ropa encima. La muchacha que se hallaba más cerca de mí, tendría unos veinte años. Dentro del establecimiento hacía calor, pero ella vestía un jersey amarillo de lana, igual que sus negras medias, y una falda oscura. Un sudor abundante cubría su faz. Olía a lana empapada de aquel y a cabellos sin lavar. A mis amigos, de acuerdo con sus cánones de belleza, se les habría antojado muy atractiva. ¡No pensaba yo de la misma manera! Mi única reacción ante su presencia era un ansia irreprimible de arrojarla a una bañera llena de agua caliente para, a continuación entregarle una pastilla de jabón y obligarle a hacer uso de este. Lo cual, me imagino, ponía bien de relieve lo mal encajado que estaba yo en mi tiempo. Recordé con placer a las mujeres indias, con sus negros cabellos cuidadosamente recogidos sobre la nuca, sus saris de puros y brillantes colores, cayendo a lo largo de su cuerpo en graciosos pliegues, su rítmico balanceo al andar…

Un repentino incremento del ruido me hizo abandonar tan gratos pensamientos. Las dos chicas que se encontraban en la mesa de al lado, habían iniciado una disputa. Los dos jóvenes que les acompañaban intentaban poner paz entre las dos sin conseguirlo.

Súbitamente comenzaron a gritarse mutuamente. Una de ellas abofeteó a la otra y esta respondió a la agresión tirando de su oponente, hasta hacerla abandonar la silla que ocupaba. Forcejearon sin dejar de insultarse, histéricamente, como un par de verduleras. Una tenía los cabellos rojizos y enmarañados; la otra era una rubia de pelo lacio.

No acerté a adivinar el motivo de la reyerta. De las otras mesas salieron airadas voces y estridentes gritos de rechifla.

—¡Ánimo, muchacha! ¡Dale fuerte, Lou!

El propietario, un hombre delgado de pobladas patillas, con todo el aspecto de un italiano, a quien yo había identificado como Luigi, salió de detrás del mostrador para intervenir. Hablaba con un puro cockney londinense.

—Vamos, vamos… Eso ha de acabarse… Vais a llamar la atención de todos los que pasan por aquí. Y de la policía, que no tardará en llegar. ¡Basta, he dicho!

Pero la rubia había conseguido coger a la otra de los cabellos,

tirando de estos furiosamente, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Perra! ¡No eres más que eso: una perra que se dedica a quitar a las demás sus novios!

—¡Eso lo serás tú!

Luigi y los dos avergonzados acompañantes de las chicas lograron separar por fin a estas. En los dedos de la rubia quedaron unos mechones de rojizos cabellos. La muchacha levantó la mano con aire triunfal, mostrándolos, antes de arrojarlos despreciativamente al suelo.

Se abrió la puerta de la calle. En el umbral se plantó un guardia vestido con un uniforme azul. Este hizo la pregunta de rigor en tales casos dando a sus palabras una majestuosa entonación:

—¿Qué pasa aquí?

Inmediatamente se formó un frente colectivo contra el enemigo común.

—Un rato de broma —arguyó uno de los jóvenes.

—Eso es —corroboró Luigi—. Un rato de broma entre amigos.

Mientras, con el pie, diestramente, empujó los mechones de pelo que había sobre el pavimento debajo de la mesa. Las dos contrincantes intercambiaron falsas sonrisas.

El guardia contempló a las dos chicas con un gesto de desconfianza.

—Precisamente nos íbamos ya —dijo la rubia dulcemente—. Vamos, Doug.

Una coincidencia: varias de las personas presentes se disponían a imitarles. El guardia les dirigió una severa mirada. Con su actitud les daba a entender que por esta vez pasaba aquello por alto y que en lo sucesivo habrían de andarse con cuidado. Avanzando lentamente hacia la puerta se retiró por fin.

El acompañante de la pelirroja pagó la cuenta.

—¿Te encuentras bien, muchacha? —preguntó Luigi a la chica, que se estaba ajustando un pañuelo de cabeza—. Lou debe haberte hecho daño al tirarte de los cabellos de esa manera…

—Nada de particular —respondió la joven indiferentemente. Después sonrió—. Siento lo ocurrido, Luigi.

La pareja se marchó. El bar se hallaba ahora vacío, prácticamente. Me tenté el bolsillo, en busca de dinero.

—Muy maja esa chica —comentó Luigi mirando con un gesto de aprobación hacia la puerta, en el momento de cerrarse la misma.

Cogiendo una escoba barrió los mechones de rojos pelos, ocultándolos debajo del mostrador.

—Tiene que haberle hecho daño —dije.

—Si eso me lo hacen a mí se oyen los gritos en el otro extremo de la población. Pero es que, de verdad, Tommy es una gran muchacha.

—La conoce usted bien, por lo visto.

—¡Oh, sí! ¡Viene por aquí casi todas las noches! Tuckerton. Ese es su apellido. Thomasina Tuckerton. Pero todo el mundo la conoce por el de Tommy Tucker. Es muy rica. Su padre le dejó al morir una fortuna. Y, ¿dónde cree usted que se le ocurrió ir entonces? Pues sencillamente, viene a Chelsea para vivir en una habitación de los barrios bajos, cerca del puente de Wansworth, corriendo por ahí en compañía de otros tipos semejantes a ella. Lo que más me sorprende es que casi todos disponen de dinero. Podrían tener cuanto se les antojase y vivir en el Ritz si gustaran de ello. Pero parecen hallar más placer en ese género de existencia que llevan. Sí… Me extraña mucho.

—¿No habría usted procedido igual que ellos, de tener que elegir?

—¡Ah! ¡Yo no carezco de sentido común! —exclamó Luigi—. Ganar dinero es lo que importa.

Me levanté con la idea de marcharme ya, y entonces le pregunté si conocía el motivo de la pelea.

—¡Oh! Tommy le ha quitado el novio a la otra. No vale la pena reñir por eso, créame.

—La chica en cuestión no pensaba así —observé.

—Bueno. Es que Lou es muy romántica —repuso Luigi indulgentemente.

No era aquella la idea que yo tenía acerca del romanticismo, pero opté por callar.

2

Debió de ser una semana más tarde, aproximadamente, cuando en las columnas de la sección necrológica del Times leí la siguiente esquela:

> *TUCKERTON. El 2 de octubre, en el hospital de Fallowfield, Aniberley, ha fallecido Thomasina Ann, de veinte años de edad, hija única de Thomas Tuckerton de Carrington Park Amberley, Surrey. Funerales privados. Se ruega no envíen flores.*

Nada de flores para la pobre Tommy Tucker… La extravagante vida que llevara en Chelsea había llegado a su fin. Sentí de improviso una gran compasión por las infinitas Tommy Tucker de nuestro tiempo. Sin embargo, ¿cómo sabía yo que mi punto de vista era el más acertado? ¿Quién era yo para juzgar aquella una vida inútil? Tal vez ese calificativo conviniera más a mi existencia, sedentaria, existencia de un estudioso, inmerso en los libros, aislado del mundo. Una vida de segunda categoría, en verdad. Tenía que preguntarme con franqueza: ¿había algo de extraordinario en aquella? Era esta una idea nada familiar para mí. Lo cierto era que no gustaba de la misma. Pero… ¿no debería, quizá lanzarme a la búsqueda de lo sorprendente, de lo impensado? Una idea nada familiar, ciertamente, que yo tampoco acogía con agrado.

Desterrando a Tommy Tucker de mis reflexiones volví a concentrar la atención en mi correspondencia.

La carta más destacada procedía de mi prima Rhoda Despard, la cual solicitaba de mí un favor. Me agarré a esta petición, ya que no me encontraba bien dispuesto para el trabajo aquella mañana. Suponía además una excelente excusa para aplazar el cotidiano quehacer.

Fui a King's Road, donde paré un taxi que me llevó a la residencia de una señora, Ariadne Oliver, buena amiga mía.

Ariadne Oliver era una escritora de novelas policíacas muy conocida. Milly, su criada, podía ser considerada un dragón eficiente, pues sabía defender a su señora de los ataques del mundo exterior.

Levanté las cejas inquisitivamente, en una muda pregunta. Milly

asintió con vehemencia.

—Vale más que suba usted a verla, señor Mark —me dijo—. Hoy está fuera de sí… Tal vez consiga que cambie su humor.

Subí las escaleras, di unos golpecitos en una puerta y entré antes de que me contestara nadie. El cuarto de trabajo de la señora Oliver era de grandes dimensiones. En el papel que cubría las paredes se veían exóticos pájaros anidando en un follaje tropical. La señora Oliver, en un estado aparentemente rayano en la locura, iba de un lado a otro de la habitación, hablando incesantemente en voz baja. Me miró brevemente, sin el menor interés, y continuó paseando. Sus ojos se posaron sucesivamente en las cuatro paredes y también en el paisaje que se divisaba por la ventana, cerrándose al tiempo que en su rostro se dibujaba una angustiosa expresión.

—Pero, ¿por qué? —inquirió la señora Oliver dirigiéndose a un ente desconocido para mí—. ¿Por qué no dice el idiota en seguida que él vio la cacatúa? ¿Y por qué no había de verla? ¡Si era algo inevitable! Ahora bien, si menciona tal detalle lo echa a perder todo. Tiene que existir una salida… Sí, tiene que haberla…

Mientras hablaba la señora Oliver lanzaba breves gemidos y se pasaba los dedos por sus grises cabellos, más bien cortos, oprimiéndolos frenéticamente. De súbito, mirándome, dijo:

—Hola, Mark. Me voy a volver loca.

Inmediatamente reanudó su soliloquio.

—Y luego ahí está Mónica. Cuando más amable quiero hacerla, más irritante se me vuelve… ¡Qué muchacha más estúpida! ¡Y presumida! Mónica… ¿Mónica? Creo que este nombre es un error. ¿Nancy? ¿No le iría mejor este? ¿Joan? Cualquier chica se llama así. Con Anne ocurre lo mismo. ¿Susan? Ya tengo una Susan. ¿Lucía? ¿Lucía? Me parece estar viéndola: pelirroja, blusa de polo… ¿Malla negra? Medias negras, de todos modos.

Este momentáneo destello de alegría fue eclipsado por el recuerdo del problema de la cacatúa. La señora Oliver volvió a sus alocados paseos, cogiendo al paso cosas de las mesas sin darse cuenta de lo que hacía, para depositarlas luego en otro sitio del cuarto. Después de colocar con extrema delicadeza la funda de sus gafas en una caja lacada que ya contenía un abanico chino me miró detenidamente, tras lo cual dijo:

—Me alegro que seas tú…

—Eres muy amable.

—Podía haber venido otra persona: alguna necia que está empeñada en que abra una tienda o el hombre que desea hacer a Milly un seguro, a lo cual ella se niega rotundamente, o el fontanero… Aunque esto último habría significado ya una suerte. Incluyo entre los posibles visitantes alguien en demanda de una entrevista, para hacerme las embarazosas preguntas de siempre. ¿Qué es lo que le llevó a usted a escribir? ¿Cuántos libros lleva escritos? ¿Cuánto dinero ha ganado? Etcétera, etcétera. Jamás sé qué responder y esto me hace aparecer como una tonta. Claro que ninguna de esas cosas tiene importancia. Lo que a mí me vuelve loca es ese endiablado asunto de la cacatúa.

—¿Algo que no llega a cuadrar del todo? —le pregunté con afecto—. Tal vez fuera mejor que me marchara.

—No. De todas formas tú supones para mí una distracción, desde luego.

Acepté el dudoso cumplido.

—¿Quieres un cigarrillo? —inquirió la señora Oliver con un vago gesto de hospitalidad—. Por ahí hay un paquete. Mira en la mesita de la máquina de escribir.

—Llevo ya encima, gracias. Toma uno. ¡Oh, no! Tú no fumas.

—Ni bebo tampoco. Me gustaría hacerlo. Como esos detectives americanos que siempre tienen a mano unas botellas de *whisky*. Este parece resolver todos los problemas. ¿Sabes, Mark? En realidad no comprendo cómo alguien dentro de la vida real puede llevar en la conciencia un crimen… Yo creo que desde el momento en que el autor realiza esa irreparable acción todo le señala como tal.

—Ni hablar. Tú los has cometido a docenas.

—Cincuenta y cinco por lo menos —manifestó la señora Oliver —. La cuestión del asesinato es fácil y bien sencilla. Lo referente al camuflaje es lo difícil. Quiero decir: ¿por qué ha de ser el autor otra persona y no tú? ¡Qué trabajo me cuesta siempre dar con eso! Aunque tú no compartes mi opinión, he de decirte que no es normal que en el instante de ser asesinado B, ni que todas tengan un motivo para desear su muerte… A menos que B sea una Persona sumamente desagradable, en cuyo caso a nadie le importará que

haya muerto o no violentamente, ni existirá el menor interés por conocer la identidad del autor del crimen.

—Me hago cargo de tu problema. No obstante, si te has enfrentado triunfalmente con aquel cincuenta y cinco veces, ¿por qué has de fracasar ahora?

—Eso es lo que me repito continuamente. Sin embargo, en ocasiones no tengo fe en mis facultades, con lo cual se apodera de mí una tremenda depresión.

Se pasó las manos por los cabellos, tirándose de estos violentamente.

—No hagas eso —le dije—. Te lo vas a arrancar de raíz.

—Tonterías —me contestó ella—. Mis cabellos son fuertes. Aunque cuando pasé el sarampión, a los catorce años, estuvieron cayéndoseme por efecto de la fiebre… Algo espantoso. Pero antes de los seis meses ya habían vuelto a crecer aquellos. Es una cosa terrible para las chicas, quienes dan siempre a este asunto una importancia enorme. Se me ocurrió pensar en él ayer, con ocasión de mi visita al hospital en que se encuentra Mary Delafontaine. A sus cabellos les había ocurrido lo que a los míos de niña. Creo que es a los sesenta años cuando dejan de crecer.

—La otra noche vi cómo una muchacha le tiraba a otra de los cabellos, hasta arrancárselos —dije con un leve acento de orgullo en la voz, como el de una persona acostumbrada al espectáculo de la vida.

—¿Qué lugares extraordinarios has estado visitando últimamente, Mark?

—Eso sucedió en un bar de Chelsea.

—¡Ah! ¡Chelsea! Yo creo que allí todo es posible… El escenario adecuado de la generación de postguerra. No he escrito sobre esa gente porque no quiero que se me produzcan malas interpretaciones. Es más seguro aferrarse a lo que una ya conoce.

—¿Por ejemplo?

—Individuos que realizan viajes de placer, sucesos que tienen por marco hospitales, consejos parroquiales, salas de subastas, festivales musicales, tiendas, comités femeninos, muchachos y muchachas que gustan de recorrer el mundo con un interés científico, dependientes de ciertos establecimientos…

La señora Oliver hizo una pausa para respirar normalmente.

—Eso, por ser tan amplio, te permitirá continuar escribiendo indefinidamente —opiné.

—Sin embargo, debieras llevarme alguna vez a cualquier bar de Chelsea, sólo para hacer más dilatada mi experiencia personal.

—¿Alguna vez? ¿Te parece bien esta noche?

—No, esta noche no. Me encuentro demasiado ocupada escribiendo. O excesivamente preocupada porque no me es posible escribir. Es lo más fatigoso de este oficio… Aunque todo se me antoja igualmente cansado, en realidad. Existe una excepción no obstante: cuando una se da cuenta de que lo que ha pensado es una idea maravillosa. Entonces surge una impaciencia terrible, por ponerse cuanto antes a trabajar. Dime, Mark, ¿tú crees que es posible matar a alguien por «control remoto»?

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te refieres al acto de apretar un botón y enviar seguidamente un rayo mortal radiactivo?

—No, no. Nada de fantasías científicas. Supongo —la señora Oliver se detuvo, vacilando— que aludía realmente a la magia negra.

—¿Figuras de cera que uno va pinchando con alfileres y demás?

—¡Oh! Esa cuestión queda eliminada. Pero hay que reconocer que en África y en la India ocurren cosas extrañas. Lo asegura todo el mundo… Los nativos de determinadas regiones mueren a veces de un modo inexplicable. Es el vudú o ju_ju… Sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

Repliqué que muchas de esas cosas atribuíanse en nuestros días al poder de la sugestión. La víctima se entera, porque así se lo han comunicado, que el brujo de la tribu ha decretado su muerte… El resto corre a cargo de su subconsciente.

La señora Oliver dio un resoplido.

—Si alguien me sugiriera que yo había sido condenada a tenderme en un lecho sin otro fin que el de esperar la muerte me daría el gustazo de echar por tierra las esperanzas del que fuese.

Solté una carcajada.

—Por tus venas corre sangre oriental, escéptica y excelente, con muchos siglos de antigüedad. No existe predisposición.

—Pero, entonces, ¿crees que puede darse el caso?

—No conozco suficientemente bien la materia para juzgar. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? ¿Es que en tu nueva obra presentas un crimen cometido por sugestión?

—De veras que no. Me arreglo muy bien con el anticuado veneno para ratas o el arsénico. O el seguro instrumento contundente. Nada de armas de fuego, siempre que puedo. Resultan de delicado manejo. Bien. No creo que hayas venido aquí sólo para hablar de mis libros.

—Francamente, no. La verdad es que mi prima Rhoda Despard ha organizado una fiesta parroquial y…

—¡Nunca! ¡Nunca más! —exclamó la señora Oliver—. ¿Sabes lo que pasó la última vez? Organicé una reunión con elementos aficionados a las novelas de misterio y con lo primero que tropezamos fue con un cadáver auténtico. ¡Jamás me volveré a ver en otro!

—Eso es distinto. Todo lo que tendrás que hacer es sentarte en el interior de una tienda y firmar tus libros… a seis chelines por rúbrica.

—Bueno… Quizá resulte bien la cosa entonces. ¿No tendré que pronunciar el discurso de apertura? ¿No me obligarás a prodigar tonterías? ¿Ni a ponerme el sombrero?

Le aseguré que nadie la forzaría a hacer eso.

—Y además no te retendrán más de una o dos horas —añadí para acabar de convencerla—: Al fin habrá un partido de cricket… No. Supongo que no lo organizarán en esta época del año. Un baile infantil, quizá. O un concurso de vestidos de fantasía…

La señora Oliver me interrumpió profiriendo un salvaje grito de alegría.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Una pelota de cricket! ¡Desde luego! Él la ve desde la ventana… La ve elevándose en el aire… y eso le distrae… ¡Por tal motivo no llega a mencionar la cacatúa! Has tenido una idea magnífica al visitarme, Mark. Te has portado maravillosamente.

—Perdona, pero no comprendo en absoluto…

—Tú tal vez no, pero yo sí. Todo es un tanto complicado y no quiero perder el tiempo dándote explicaciones. Me he alegrado mucho de verte, pero ahora lo que deseo es que te marches. Cuanto

antes.

—De acuerdo, de acuerdo. Y lo de la fiesta…

—Ya pensaré en eso. Ahora no me busques complicaciones. ¿Dónde demonios puse mis gafas? Verdaderamente, desaparecen las cosas de una manera que…

CAPÍTULO II

1

La señora Gerathy abrió la puerta del presbiterio con su vivo estilo habitual. No se limitaba sencillamente a corresponder al sonido del timbre. La suya era una maniobra triunfal que expresaba de un modo práctico esta idea: ¡«Esta vez te he cogido a tiempo»!

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —inquirió con un gesto beligerante.

En el umbral había un niño de descuidado aspecto que, por otro lado, no presentaba ningún rasgo sobresaliente, digno de ser recordado… Un niño como tantos otros. Respiraba trabajosamente. Se encontraba acatarrado.

—¿Es esta la casa del sacerdote?

—¿Buscas al padre Gorman?

—Le necesitan —dijo el chiquillo.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Para qué?

—En la calle Benthall, número veintitrés. Una mujer se está muriendo… Me ha enviado la señora Coppins. Esta es una iglesia católica, ¿verdad? La mujer dice que el sacerdote no querrá venir.

La señora Gerathy le tranquilizó en lo referente a punto tan esencial, indicándole que esperara allí, perdiéndose luego en el interior. Tres minutos después salió un sacerdote ya entrado en años, alto, que llevaba en la mano un pequeño maletín de cuero.

—Soy el padre Gorman —dijo—. ¿La calle Benthall? Esa cae en las proximidades de los cercados ferroviarios, ¿verdad?

—Sí. Está sólo a unos pasos de aquí.

Echaron a andar juntos. El sacerdote avanzaba de prisa.

—La señora… Coppins, ¿dijiste? ¿Es ese su nombre?

—Es la dueña de la casa. Se dedica a alquilar habitaciones. Le necesita una de sus inquilinas. Se llama Davis, creo.

—Davis… Me pregunto… No recuerdo ahora.

—Es una de las feligresas. Quiero decir que es católica. Afirmaba que el sacerdote no querría verla.

El padre Gorman asintió. Llegaron a la calle Benthall en muy pocos minutos. El chiquillo señaló una casa alta y desaseada, incrustada entre otras del mismo estilo.

—Esa es.

—¿Tú no entras?

—No vivo ahí. La señora Coppins me dio un chelín por llevar el recado.

—Entendido. ¿Cómo te llamas?

—Mike Potter.

—Gracias, Mike.

—Adiós —respondió Mike.

Tras lo cual se alejó de allí silbando. No se sentía afectado por la inminencia de la muerte, amenazando aquella persona.

Se abrió la puerta del número 32, plantándose en el umbral de la señora Coppins, una mujer corpulenta, de roja faz, que acogió al visitante con entusiasmo.

—Entre, entre. Yo diría que ella se encuentra muy mal. Debiera estar en el hospital, no aquí. He telefoneado, pero sólo Dios sabe cuándo vendrán. La hermana de mi marido tuvo que esperar seis horas cuando se rompió la pierna. Una desgracia. Verdaderamente que el Servicio de Socorro… Se llevan el dinero y cuando una les necesita, ¿quién sabe dónde paran?

La mujer precedía al sacerdote al subir las escaleras, sin parar de hablar un momento.

—¿Qué le ocurre?

—Cayó en la cama con una fuerte gripe. Luego pareció mejorar. Salió a la calle demasiado pronto. Anoche volvió con el aspecto de una muerta. La obligué a acostarse. No quiso comer nada. Tampoco accedió a que la visitara un médico. Esta mañana me di cuenta de que tenía mucha fiebre. Debe haber tenido una complicación.

—¿Pulmonía, quizá?

La señora Coppins, jadeante ahora, hizo un ruido similar al que produciría la válvula de escape de una máquina de vapor, lo cual parecía poder traducirse por una respuesta afirmativa. Abriendo una puerta se quedó a un lado para que entrara el padre Gorman, diciendo por encima del hombro de este:

—Aquí tiene usted al sacerdote. Ya está contenta, ¿verdad?

El padre Gorman avanzó. La habitación, llena de muebles antiguos, de estilo victoriano, se encontraba limpia. En la cama que había cerca de la ventana una mujer volvió la cabeza haciendo un penoso esfuerzo. El sacerdote vio en seguida que estaba muy enferma.

—Ha venido usted… No disponemos de mucho tiempo… —murmuró la mujer respirando trabajosamente— semejante iniquidad… iniquidad… Tengo que… Tengo que… No puedo morir así… Confesar… Mi pecado… grave… grave —La mirada de la enferma se paseó de un lado para otro. Luego entornó los ojos.

Un monótono aluvión de palabras salió de su boca.

El padre Gorman se aproximó al lecho. Habló como había hablado tan a menudo, demasiado a menudo. Palabras llenas de autoridad las suyas, de promesas, las palabras de su plegaria, de su fe. La paz penetró en la habitación… La angustiosa mirada desapareció de aquellos torturados ojos.

Luego, cuando el sacerdote terminó de ejercer su ministerio, la moribunda habló de nuevo.

—Hay que acabar… Es preciso acabar con eso… Usted hará…

El padre repuso, seguro de sí mismo:

—Haré cuanto sea necesario. Puede confiar en mí…

Poco más tarde llegaron al mismo tiempo un médico y la ambulancia. La señora Coppins les recibió con unas palabras lúgubres de triunfo:

—Demasiado tarde, como de costumbre. Ha muerto.

2

El padre Gorman regresaba a su casa. Una luz suave, la del inminente crepúsculo, bañaba la calle. Llegaba la noche, habría

niebla. Esta iría espesándose poco a poco. Se detuvo un momento, frunciendo el ceño. ¡Qué historia tan extraordinaria, tan fantástica..! ¿Qué habría de cierto en ella? ¿Qué cosas tendrían su origen en la fiebre y el delirio? Parte de la misma era verdad, desde luego… Y, sin embargo, ¿hasta qué punto? De todas formas lo importante ahora era confeccionar una lista con determinados nombres, para evitar que se le olvidaran. Los miembros de la Asociación Benéfica de San Francisco sé hallarían reunidos a su regreso. Bruscamente, se decidió a penetrar en un pequeño café, pidió un servicio y se sentó. El padre Gorman se tentó el bolsillo de su sotana. ¡Ah! Había rogado a la señora Gerathy que le cosiera el forro de aquel. Como de costumbre; ¡no lo había hecho! Acababa de perder su agenda, el lápiz y varias monedas sueltas que se habían escabullido, sin duda, por el roto. No. Tentando entre las ropas logró dar con una moneda o dos y el lápiz. No consiguió, en cambio, localizar su agenda. En cuanto le sirvieron el café preguntó si le podrían dar una hoja de papel.

—¿Le servirá esto?

«Esto» era un trozo procedente de alguna bolsa de papel. El padre Gorman asintió. En seguida se puso a escribir en aquel los nombres… Lo importante era que no se olvidara de ellos.

La puerta del café se abrió, entrando en el establecimiento tres jóvenes, que armaron un gran estruendo al sentarse.

El padre Gorman acabó de redactar su recordatorio. Plegó el trozo de papel y estaba a punto de guardarse el mismo en el bolsillo cuando se acordó del roto. Entonces hizo lo que en muchas ocasiones anteriores en situaciones semejantes: guardó aquel en uno de sus zapatos.

El hombre penetró silenciosamente en el local, tomando asiento en el extremo opuesto. El padre Gorman bebió un sorbo o dos del café que le habían servido, que no era nada bueno. Un gesto de cortesía el suyo… Luego pidió la cuenta y pagó. Una vez puesto en pie, se encaminó a la puerta.

El hombre que acababa de entrar pareció cambiar de idea. Consultando su reloj con el gesto del que ha sufrido un error al estimar la hora se levantó, saliendo de allí apresuradamente.

La niebla se hacía cada vez más espesa. El padre Gorman aceleró

el paso. Conocía su distrito muy bien. Acortó la distancia que le separaba de su casa dando la vuelta a la pequeña calle que corría a lo largo de las instalaciones ferroviarias. Quizá llegó a oír el rumor de unos pasos a sus espaldas pero no hizo caso de ellos. ¿Por qué había de preocuparle tal cosa?

El golpe que le asestaron con un instrumento contundente le cogió completamente desprevenido. Después de vacilar unos segundos, el padre Gorman se derrumbó…

3

El doctor Corrigan entró en el despacho del detective inspector Lejeune silbando Father O'Flynn, dirigiéndose despreocupadamente a aquel.

—Lo del padre es cosa hecha —señaló.

—¿Resultados?

—Me reservé los términos técnicos para el juez de guardia. Gorman fue golpeado concienzudamente. El primer golpe, es lo más probable, le mató. Pero el autor de la agresión quiso asegurarse. Un asunto muy feo.

—Eso creo yo —dijo Lejeune.

Era un tipo fornido, de oscuros cabellos y ojos grises. Tenía unas maneras engañosamente calmosas. Sus gestos eran a veces sorprendentemente gráficos y delataban su ascendencia francesa.

—¿Era necesario matar a ese hombre para robarle? —preguntó como si hablara consigo mismo.

—Pero, ¿fue acaso ese el móvil del crimen?

—Uno tiene que suponerlo así. Sus bolsillos fueron registrados y el forro del de la sotana estaba roto.

—¿Qué esperarían encontrarle encima? —inquirió Corrigan—. La mayor parte de esos párrocos son más pobres que las ratas.

—Le golpearon despiadadamente en la cabeza para asegurarse… —musitó Lejeune—. Me agradaría saber por qué.

—Existen dos posibles respuestas. El autor del asesinato pudo ser uno de esos jóvenes malhechores que gustan de la violencia por la violencia en sí… Es una lástima, pero esos tipos, desgraciadamente,

abundan hoy.

—La otra respuesta.

El doctor se encogió de hombros.

—Alguien odiaba al padre Gorman. ¿Es probable esta hipótesis?

Lejeune denegó con un movimiento de cabeza.

—No. El padre Gorman era un hombre popular, muy querido en su distrito. Por lo que he oído decir carecía de enemigos. Hay que descartar también el robo. A menos…

—A menos, ¿qué? ¿Tiene la policía una pista ya?

—Quizá fuera algo que llevaba encima y que el agresor no acertó a arrebatarle. Eso se encontraba en uno de sus zapatos.

Corrigan emitió un silbido.

—Parece una historia de espionaje…

—Se trata de algo más sencillo —repuso Lejeune sonriendo—. El padre Gorman tenía roto el bolsillo de su sotana. El sargento Pine habló con la mujer que le atendía. Esta es un tanto desaliñada, por lo visto. No cuidaba debidamente de sus ropas, como era su obligación. La señora en cuestión admitió que, en efecto, el padre Gorman acostumbraba a guardar en sus zapatos alguna que otra nota o carta cuando veía que por no hallarse en condiciones sus bolsillos corría peligro de perder aquellas.

—¿Y no conocía el asesino ese detalle?

—¡El asesino no pensó en ningún momento en tal cosa! Suponiendo que fuese ese trozo de papel lo que él buscaba en lugar de unas míseras monedas.

—Y ese papel, ¿qué es?

Lejeune tiró de un cajón, sacando un pedazo de papel fino y arrugado.

—Una lista de nombres.

Corrigan, arrastrado por la curiosidad, leyó aquella:

- Ormerod.
- Sandford.
- Parkinson.
- Hesketh_Dubois.
- Shaw.
- Harmondsworth.

- Tuckerton.
- Corrigan?
- Delafontaine?

Las cejas del doctor se desplazaron bruscamente hacia arriba.

—Pero… ¡si figura mi nombre en la lista!

—¿Tiene algún significado para usted esos apellidos?

—No.

—¿Llegó a conocer al padre Gorman?

—Tampoco.

—Entonces poco podrá usted ayudarnos.

—¿No existe idea alguna sobre el probable fin de esa relación?

Lejeune no respondió directamente a la pregunta del doctor.

—A las siete de la tarde un chico fue en busca del padre Gorman. Le dijo a este que una mujer que se estaba muriendo deseaba que la visitara un sacerdote. El padre Gorman se marchó acompañado por aquel chiquillo.

—¿Adónde? Bueno, si es que sabe…

—Lo sabemos. No tardamos mucho en aclarar tal punto. Calle Benthall, número veintitrés. La casa pertenece a una mujer llamada Coppins. La enfermera era una tal Davis. El sacerdote llegó allí a las siete y cuarto y estuvo hablando con ella una media hora. La señora Davis murió momentos antes de que llegara la ambulancia para conducirla al hospital.

—Comprendido. Siga usted. Lejeune.

—Volvemos a localizar al padre Gorman en Tony's Place, un pequeño café acomodado en un sótano con salida directa a la calle. Un establecimiento honesto, de clientela escasa y nada sospechosa. El servicio es más bien deficiente… El padre Gorman pidió una taza de café. Al parecer se tentó el bolsillo y no encontrando en este lo que buscaba pidió al propietario, Tony, un trozo de de papel, el que acaba usted de ver… —añadió Lejeune señalándoselo a Corrigan.

—¿Y luego?

—Cuando Tony le sirvió el café, el sacerdote estaba escribiendo algo en aquel. Poco después se marchó, dejando la taza casi intacta, cosa esta última harto justificada. Habiendo completado la lista la guardó en uno de sus zapatos.

—¿No se encontraba en aquel momento nadie más en el local?

—Tres muchachos del tipo de los *teddy boys* entraron en el establecimiento, ocupando una de las mesas. Un hombre de edad se sentó frente a otra, marchándose sin pedir nada.

—¿Siguió al sacerdote?

—Quizá. Tony no advirtió cuándo se fue. Ni tampoco se fijó en su aspecto. Le describió como un tipo corriente. Un individuo con aire de otros muchos. De mediana talla, cree, abrigo azul oscuro… o castaño, quizá. Ni muy moreno ni muy rubio. No había ninguna razón para que se concentrase su atención en él. No sé qué pensar. El desconocido no se ha presentado aquí a decirnos, por ejemplo, que vio al sacerdote en el bar de Tony. Claro que aún no han pasado muchos días. Hemos pedido a todos los que vieron al padre Gorman entre las ocho y ocho y cuarto de la noche que se pusieran en comunicación con nosotros. Para ello, naturalmente, nos hemos dirigido al público en general. Hasta ahora sólo han respondido dos personas a nuestro llamamiento: una mujer y un hombre, un farmacéutico este último que se halla establecido por las cercanías. Luego iré a verles. El cadáver fue encontrado a las ocho y cuarto por dos niños, en la calle Oeste… ¿Sabe dónde es? Una alameda, prácticamente. A uno de los lados están las instalaciones ferroviarias. El resto ya lo conoce.

Corrigan asintió. Después señaló el trozo de papel.

—¿Qué piensa usted de esto?

—Estimo que tiene su importancia.

—La moribunda debió contarle algo y entonces, en cuanto le fue posible, apuntó unos nombres en el papel, antes de que se olvidaran, ¿no es eso? Pero… ¿era factible tal cosa mediando un secreto de confesión?

—Puede que no fuera así. Supongamos, por ejemplo, que esos nombres están relacionados con un acto delictivo. Imaginemos un chantaje…

—Esa es su idea, ¿no?

—No tengo ideas concretas aún. Se trata de una hipótesis más. Esa gente era objeto de un chantaje. Una de dos: o la moribunda era la chantajista o sabía algo acerca del asunto. Hubo, quizá, arrepentimiento, al que siguió la confesión y el deseo de reparar el

daño causado en la medida de lo posible. El padre Gorman asumió tal responsabilidad.

—¿Y luego?

—Todo son conjeturas… —añadió Lejeune—. Tal vez hubiera que hacer efectiva una contribución clandestina y alguien deseara que esto continuara indefinidamente. El caso es que alguien sabía que la señora Davis se estaba muriendo y que había pedido un sacerdote. Lo demás corresponde a los hechos registrados.

—Me pregunto ahora —Corrigan estudió de nuevo el trozo de papel—, ¿qué significado tienen las interrogaciones colocadas al final de los dos nombres citados en último lugar?

—Quizás el padre Gorman no estuviera seguro de recordar aquellos correctamente.

—Ese Corrigan podía ser también Mulligan —manifestó el doctor con una mueca—. Es bastante probable. En cuanto al apellido Delafontaine… Es de los que uno recuerda a la perfección u olvida totalmente… ¿Me comprende? Resulta extraño que no figure en el papel señal alguna —Comenzó otra vez a leer la lista—. Parkinson… Los hay a montones. Sandford tampoco deja de ser corriente. Hesketh_Dubois… Tiene un poco de trabalenguas. No puede haber muchas personas con ese apellido compuesto.

Con un respingo impulso se inclinó hacia delante para coger la guía telefónica, que se encontraba encima de la mesa.

—De la E a la L. Veamos. Mesketh… ¡Aquí está! Hesketh_Dubois, señora, 49, Plaza Ellesmere, 5. W. E. ¿Qué le parece si la llamamos por teléfono?

—Para decirle, ¿qué?

—La inspiración nos la dicta en el momento oportuno —manifestó el doctor Corrigan alegremente.

—Adelante.

—¿Eh? —inquirió Corrigan mirándole fijamente.

—Le he dicho que adelante. No se desconcierte usted —Él mismo descolgó el teléfono entonces—. Deme una línea exterior —posó la vista en el doctor—. ¿Número?

—Grosvenor, sesenta y cuatro mil quinientos setenta y ocho.

Lejeune repitió, sus palabras, poniendo después el receptor en manos de Corrigan.

—Vamos, diviértase un poco.

Un tanto confuso, el doctor miró atentamente a Lejeune mientras esperaba. Oyó sonar el timbre al otro extremo del hilo. Por fin le contestó una voz femenina, jadeante:

—Grosvenor, sesenta y cuatro mil quinientos setenta y ocho.

—¿Es el domicilio de la señora Hesketh_Dubois?

—Sí… Bueno, sí… Quiero decir…

El doctor Corrigan hizo caso omiso de aquellas vacilaciones.

—¿Podría hablar con ella?

—No. ¡No! La señora Hesketh_Dubois murió el pasado mes de abril.

—¡Oh!

El doctor no contestó a la siguiente frase de su interlocutora. («¿Con quién hablo, por favor?»), volviendo a poner suavemente el auricular en su sitio.

Después miró fríamente al inspector Lejeune.

—Por eso tenía tanto interés en que llamara, ¿verdad?

Lejeune sonrió maliciosamente.

—El pasado mes de abril… —dijo Corrigan pensativamente—. Hace cinco meses. El chantaje o lo que fuera dejó de constituir una preocupación para ella entonces; supongo que no se suicidaría.

—No. Murió de un tumor en el cerebro.

—Volvamos a empezar —dijo Corrigan mirando la lista.

Lejeune suspiró.

—Ni siquiera sabemos si esta relación tiene algo que ver con el asesinato del padre Gorman. Pudo ser una agresión más, entre tantas como tienen lugar durante las noches brumosas… Existen pocas esperanzas de dar con el culpable, a menos que tengamos suerte y…

Corrigan inquirió:

—¿Le importaría que continúe estudiando esa lista?

—Siga, siga. Le deseo toda la suerte de este mundo.

—Lo que quiere decir, en realidad, es que si usted no ha sido capaz de encontrar nada, a mí me va a ocurrir otro tanto. No se muestre tan seguro. Voy a fijarme especialmente en Corrigan. En el señor, señora o señorita Corrigan, con su correspondiente signo de interrogación.

CAPÍTULO III

1

—Realmente, señor Lejeune, ¡no sé qué más puedo decirle! Ya se lo conté todo antes al sargento. Ignoro quién era la señora Davis; tampoco sé de dónde procedía. Estuvo en mi casa unos seis meses. Pagaba su alquiler con regularidad. Parecía una persona tranquila y respetable. ¿Qué quiere que le diga más?

La señora Coppins hizo una pausa para tomar aliento, mirando a Lejeune con cierta expresión de desagrado. Él le correspondió con la suave y melancólica sonrisa que utilizaba en estos casos, la cual no dejaba de producir su efecto, según sabía por experiencia.

—De poder, les ayudaría de buena gana —dijo la mujer enmendándose.

—Gracias. Eso es lo que nosotros necesitamos: ayuda. Las mujeres siempre resultan útiles en estas situaciones… Poseen un instinto especial. Por eso saben muchas veces más cosas que los hombres.

Era una excelente treta. Y dio el resultado apetecido.

—¡Ah! —exclamó la mujer—. ¡Cuánto me gustaría que Coppin le pudiese oír! Mi marido era tan brusco como soberbio… «¡Dices que sabes tal cosa y no tienes nada en qué basarte!», comentaba a menudo dando un resoplido. ¿Y qué pasaba luego? Pues que de cada diez veces, nueve tenía yo razón.

—A eso se debe el que yo tenga interés por conocer sus ideas acerca de la señora Davis. ¿Usted cree… que era una mujer desgraciada?

—Yo no me atrevería a decir tanto. Metódica es lo que me

pareció siempre. Como si su vida se desenvolviera de acuerdo con un plan trazado de antemano. Tengo entendido que se hallaba empleada en una firma de esas que se dedican a hacer investigaciones entre el público consumidor. Iba de un lado para otro preguntando a la gente qué jabón usaban o qué harina preferían, qué gastaban en su presupuesto semanal y cómo repartían los ingresos. Desde luego, siempre me han sorprendido esas cosas… ¿Para qué quiere el Gobierno o quien sea, averiguar esos detalles? Al final llegan a conclusiones que todo el mundo conoce… Pero hoy, hoy es una locura: a todo el mundo le ha dado por eso. Y por si desea usted tenerlo en cuenta añadiré que la pobre señora Davis debía cumplir con su quehacer diario a la perfección. Sus modales eran agradables; nada ruidosa, sino ordenada, positiva…

—¿No conoce usted el nombre de la razón social en que se encontraba empleada?

—No. Me temo que no…

—¿Mencionó alguna vez a sus parientes?

—No. A mí me parece que era viuda y que había perdido a su esposo hacía muchos años. El hombre había estado inválido algún tiempo. Ahora bien, la señora Davis le mencionó pocas veces.

—¿Nunca dijo nada acerca de su procedencia, ni se refirió especialmente a determinada parte del país?

—No creo que fuese de Londres. Yo diría que procedía del norte.

—¿Nunca le pareció una persona… una persona algo misteriosa?

Lejeune vaciló al expresarse así. Si su interlocutora era una mujer sugestionable… Pero la señora Coppins no aprovechó la oportunidad que le acababa de ofrecer.

—No sé qué contestarle. Sus palabras no me produjeron nunca extrañeza. La única cosa suya que me sorprendió fue su maleta de buena calidad aunque no nueva. Las iniciales en la misma estampadas no habían sido originalmente J. D., correspondientes a Jessie Davis. Antes había ocupado el lugar de aquella una J. y otra letra más. La H, quizá. Pero también pudo haber sido una A. Sin embargo, en el momento más indicado no pensé en eso. Siempre hay ocasión de hacerse de buenas maletas de segunda mano y es lógico que a raíz de su adquisición una proceda a cambiar las

iniciales del nombre del anterior poseedor, sustituyéndolas por las propias. No disponía de muchos efectos… Los contenidos en su única maleta solamente.

Lejeune conocía tal dato. La muerta, cosa curiosa, poseía bien pocos objetos. Ni cartas, ni fotografías… Al parecer no tenía ningún seguro, ni cuenta corriente, ni por lo tanto, libro de cheques. Sus ropas eran de buena calidad, sin dejar de ajustarse a lo corriente y práctico. Estaban todas casi nuevas.

—¿No le parecía la señora Davis una mujer completamente feliz?

—Supongo que lo era.

Lejeune advirtió el leve acento de duda que había en sus palabras.

—¿Lo supone solamente?

—Yo aseguraría más bien que no lo pasaba mal. Tenía un buen empleo y estaba satisfecha por el género de vida que llevaba. No abrigaba muchas ilusiones y… Pero, desde luego, cuando cayó enferma…

—Cuando cayó enferma, ¿qué?

—Sentíase inquieta, al principio. Estoy hablando de cuando se sintió indispuesta, con la gripe. Dijo que se vería obligada a alterar todos sus planes, a faltar a ciertas citas… Ahora, ya sabe usted lo que es la gripe y cuando esta se presenta puede más que nosotros. La señora Davis se acostó después de tomarse una aspirina y hacerse un poco de té que ella misma se preparaba, en un hornillo de gas. Le hablé de llamar a un médico y no consintió en ello. La gripe, a su juicio, sólo exigía del paciente la permanencia en el lecho, un poco de calor. Añadió que lo mejor era que no me acercase a ella, para evitar el contagio. Al encontrarse más restablecida le preparé a veces algo de comer: sopa caliente, una tostada… De cuando en cuando un buen budín de arroz. Aquel ataque griposo perdió intensidad en la forma de costumbre. Posteriormente es cuando llega la depresión. A ella le ocurrió lo que a todos. Sentada junto al hornillo de gas recuerdo que me dijo en cierta ocasión: «Me agradaría no disponer de tanto tiempo para pensar. No, no me gusta. Me aburre soberanamente. Me produce un gran desaliento».

Lejeune no perdía de vista a la señora Coppins, que había

abordado decididamente el tema por él propuesto tan hábilmente.

—Me pidió que le prestara algunas revistas. Pero no parecía ser capaz de concentrar su atención en la lectura. Recuerdo que una vez me dijo: «Si las cosas no son como debieran. ¿a qué preocuparse por ellas? ¿No piensa usted igual, señora Coppins?». Le contesté afirmativamente. Luego añadió: «No sé… En realidad no he estado nunca segura». Asentí también. Y nuevamente, la señora Davis manifestó: «Todo lo que he hecho ha sido siempre de una rectitud indudable. Nada tengo que reprocharme». «Por supuesto que no, querida» repuse. Me pregunté si en la empresa a que pertenecía no habría habido algún desfalco o cosa por el estilo, sobre la cual estuviese bien informada, formulándome finalmente la conclusión de que con aquello nada tenía que ver.

—Es posible.

—Sea como sea no tardó en ponerse buena… o casi buena, reintegrándose al trabajo. Le advertí que se estaba precipitando. «Tómese uno o dos días más», le dije. ¡Cuánta razón tenía yo! A la segunda noche observé que regresaba con fiebre alta. Apenas pudo subir las escaleras. Le sugerí que llamara a un médico. No accedió de ningún modo. A lo largo del día siguiente fue empeorando: Vi que tenía los ojos vidriosos y las mejillas ardientes. Respiraba dificultosamente. Al llegar la noche consiguió decirme con mucho trabajo: «Un sacerdote. Necesito un sacerdote. Que venga en seguida… Si no, será demasiado tarde». Pero no era el nuestro el que ella quería. Tenía que ser un sacerdote católico. Hasta entonces no me enteré de que fuese católica. Nunca había visto en su habitación un crucifijo o una imagen.

Sin embargo, en el fondo de la maleta había sido hallado un crucifijo. Lejeune no hizo la menor alusión a él. Se limitó a seguir escuchando a la señora Coppins.

—Vi en la calle al pequeño Mike y le envié a buscar al padre Gorman, de la iglesia de Santo Domingo. Por mi cuenta, sin decirle a ella nada llamé a un médico y al hospital.

—¿Hizo usted entrar al padre Gorman en cuanto llegó?

—Sí. Y los dejé solos.

—¿Les oyó decir algo?

—Pues… No puedo recordar ahora exactamente. Le dije a la

señora Davis que allí tenía a su sacerdote, que no tardaría en ponerse buena… Trataba de animarla. Pero… Sí. Me acuerdo de que al cerrar la puerta la oí pronunciar una palabra: iniquidad. Y también hablar algo acerca de un caballo, carreras de caballos, quizá. Me gusta gastarme media corona de cuando en cuando en estas, pero hay mucho «tongo»… Bueno. Eso dice la gente.

—Iniquidad —repitió Lejeune. La palabra le había impresionado.

—Los católicos confiesan sus pecados antes de morir, ¿verdad? Sí. Eso suponía yo.

La imaginación de Lejeune seguía obstinadamente fija en aquel vocablo: iniquidad…

Habría de tratarse de algo especialmente perverso, pensó, para dar lugar a que el sacerdote que estaba en el secreto del asunto fuese golpeado sin piedad, hasta causarle la muerte…

2

De los otros tres inquilinos de la casa no pudo sacarse nada. Dos de ellos, un empleado de Banco y un anciano que trabajaba en una zapatería, habitaban allí desde hacía varios años. El tercero era una chica de veintidós años, llegada recientemente, que se hallaba colocada en unos almacenes próximos. Apenas conocían a la señora Davis de vista.

La mujer que había visto al padre Gorman en la calle la noche del suceso no pudo suministrar ninguna información útil. Era católica y feligresa de la parroquia de Santo Domingo, por lo que conocía al sacerdote. Le había visto en el instante de entrar en el café de Tony, a las ocho menos diez. No sabía más.

El señor Osborne, propietario de la farmacia que había en la esquina de la calle Borton, aportó nuevos detalles al asunto.

Era un hombre menudo de mediana edad, con una calva algo empinada, y una faz ingenua, redonda. Usaba lentes.

—Buenas noches, inspector. Venga por aquí, haga el favor.

Levantó al tiempo que hablaba la tapa abatible del mostrador y Lejeune pasó después a un cuarto en el que se encontraba un joven embutido en un blanco guardapolvo, preparando frascos

medicinales con la destreza de un prestidigitador profesional. Luego cruzó una arcada y penetró en una habitación que contaba con un par de sillones y una mesa. El señor Osborne corrió la cortina de la entrada con ademanes un tanto misteriosos y se acomodó en uno de los asientos después de señalar a Lejeune expresivamente, el otro. Se inclinó hacia delante al hablar. Los ojos le brillaban a causa de la excitación…

—Da la casualidad de que puedo ayudarles. Aquella noche no fue muy ajetreada para nosotros… Había poco quehacer. El tiempo no era nada bueno. Mi dependienta se encontraba detrás del mostrador. Los jueves no cerramos hasta las ocho. La niebla espesaba y andaba poca gente por los alrededores. Salí a la puerta para echar un vistazo al cielo. No me había equivocado en mi predicción. Estuve allí unos minutos… No tenía nada especial a que atender dentro. Luego vi al padre Gorman avanzar por el lado opuesto de la calle. Le conocía de vista, por supuesto. Sorprende mucho que un hombre tan querido como él haya muerto asesinado. «Ahí está el padre Gorman», me dije. Caminaba en dirección a la calle Oeste, que, como usted sabe, se encuentra en el recodo siguiente, antes de alcanzar la estación de ferrocarril. A pocos pasos de él marchaba un hombre. No me habría llegado a fijar en ello si este último no se hubiera detenido repentinamente, en el preciso instante en que se hallaba a la altura de mi puerta. Me pregunté por qué se habría parado… Entonces advertí que el padre Gorman, un poco más adelante, había acortado sus pasos, aunque sin llegar a detenerse, como si pensara en algo intensamente y se hubiese olvidado de que estaba andando. Luego aceleró el paso de nuevo y el otro hombre reanudó la marcha también, rápidamente ahora. Pensé que tal vez se tratara de alguien que conocía al padre Gorman y deseaba alcanzarle con objeto de hablar con él.

—Pero, en realidad, podía estar siguiéndole, simplemente.

—Ahora es cuando estoy seguro de eso… En aquel momento no pensé en tal cosa. A causa de la niebla les perdí de vista a los dos casi al mismo tiempo, y pronto.

—¿Podría describir a ese hombre?

Lejeune no confiaba en una respuesta afirmativa, según se veía por el tono de su pregunta. Se disponía a escuchar los detalles de

costumbre, que casi nunca suelen conducir a nada. Pero el temperamento del señor Osborne no era el de Tony, el propietario del café en que estuviera el padre Gorman unos minutos, poco antes de su muerte.

—Pues… creo que sí —contestó complacido el farmacéutico—. Era un hombre alto.

—¿Alto? ¿Qué estatura le calcula usted?

—Un metro ochenta centímetros, por lo menos. Quizá esta impresión me la produjera el hecho de ser un tipo muy delgado. Tenía los hombros muy caídos y una nuez prominente. Los cabellos, largos, asomaban un poco por debajo de su sombrero. Nariz ganchuda, grande. Un individuo de físico nada corriente. No puedo decirle el color de sus ojos. Le vi de perfil. Unos cincuenta años de edad. Me guío, al hacer tal apreciación, por su manera de andar. Los jóvenes caminan de un modo completamente distinto.

Lejeune hizo, mentalmente, una apreciación de la anchura de la calle. Luego volvió a fijar su atención en el señor Osborne, preguntándose… Se preguntaba muchas cosas, en realidad…

Una descripción como la facilitada por el farmacéutico podía tener diversas interpretaciones. Quizá naciera de una fantasía desbordada. Había dado con algunos ejemplos notables en tal aspecto, principalmente entre mujeres. Solía construir un retrato imaginativo, atribuyendo al modelo todas las características que a su juicio debía presentar el criminal. Esas descripciones contenían a menudo detalles adulterados: unos ojos inquietos, una expresión ceñuda, mandíbulas de gorila, ferocidad manifiesta, en fin, datos que más bien cabía considerar tópicos. La descripción del señor Osborne, en cambio, parecía corresponder a una persona real. En ese caso resultaba posible que se encontrara ante el casual testigo del suceso, ante un hombre que había observado determinadas circunstancias con precisión, fijándose en los pormenores. Un testigo, por otro lado, que se aferraba a lo visto, que se mostraba seguro, nada fácil de abdicar de su posición.

Lejeune volvió a considerar mentalmente la distancia que le separaba en aquellos momentos de la acera opuesta. Con un gesto positivo posó la mirada en el farmacéutico.

—¿Cree usted que podría reconocer a ese hombre si le viese de

nuevo? —le preguntó.

—Por supuesto —El señor Osborne hacía gala de una extraordinaria confianza en sí mismo—. Jamás olvido un rostro. Este es uno de mis pasatiempos favoritos. Siempre he dicho que si por casualidad entrase como cliente en mi farmacia uno de esos asesinos de mujeres que andan por ahí, con la idea de adquirir una pequeña cantidad de arsénico, no tendría inconveniente en identificarlo bajo juramento ante un tribunal. A lo largo de mi vida he abrigado constantemente la esperanza de disfrutar de una oportunidad semejante.

—¿No se le ha presentado aún?

El señor Osborne admitió entristecido que no.

—Y lo más probable es que tenga que renunciar definitivamente —añadió—. Voy a vender este negocio. Obtendré una fuerte suma por él y luego me retiraré a Bournemouth.

—Su establecimiento parece hallarse muy acreditado.

—Tiene «clase» —repuso el señor Osborne con un acento de orgullo en la voz—. Cuenta ya casi con cien años de existencia. Me precedieron mi abuelo y mi padre. Una empresa antigua, de tipo familiar. Claro que de niño no pensaba así. Consideraba esto bastante fastidioso. Al igual que muchos chicos, me desagradaba el escenario. Cuando tuve la certeza de poder actuar eficientemente mi padre no intentó detenerme. «A ver de lo que eres capaz, hijo mío», me dijo. «Pero no vayas a creerte que eres un *sir* Henry Icving». ¡Cuánta razón tenía! Un hombre muy juicioso, mi padre. Después de dieciocho meses de aprendizaje el negocio absorbió por completo mis actividades. Me dediqué por entero a él. Siempre hemos contado con artículos de primera calidad, algo anticuados, pero buenos. Hoy, el farmacéutico de nuestros días se siente un poco desconcertado —agregó moviendo pesarosamente la cabeza—. Me refiero a los artículos de tocador. No hay más remedio que tenerlos. La mitad de nuestros beneficios proceden de ellos: de los polvos para la cara, las cremas, lápices para labios, champús, esponjas, etcétera. Nunca me ocupo de ellos personalmente. Cuento para tal fin con una joven dependienta. No. Esto no es lo que yo pensaba que tenía que ser una farmacia. No obstante, tengo invertida en el negocio una fuerte suma y voy a venderlo muy bien.

Ya he efectuado el primer pago en señal, para adquirir una casita de campo en las cercanías de Bournemouth.

»Uno debe retirarse a tiempo, cuando aún se encuentra en condiciones de disfrutar de la vida. He ahí mi lema. Cultivo una gran cantidad de aficiones. Por ejemplo: colecciono mariposas. Me dedico también al estudio de las aves. Y a la jardinería… Dispongo de excelentes libros, con abundantes ideas para crear un jardín. Tengo el recurso de los viajes. Pienso visitar algunos países extranjeros antes de que sea demasiado tarde para gozarla.

Lejeune se puso en pie.

—Le deseo a usted buena suerte —dijo al señor Osborne—. Y si antes de que abandone usted este lugar viera a nuestro hombre…

—Se lo haré saber en seguida, señor Lejeune. Naturalmente, puede usted contar conmigo. Será un placer para mí servirle. Como ya le indiqué, soy un buen fisonomista. Me mantendré atento, a cuanto suceda a mi alrededor, dispuesto a dar en el momento preciso el quién vive, como suele decirse. ¡Oh, sí! Puede usted confiar en mí. Tendré un gran placer en serle útil.

CAPÍTULO IV

1

Salí de Old Vic en compañía de mi amiga Hermia Redcliffe, que caminaba a mi lado. Habíamos asistido a una representación de Macbeth. Llovía mucho. Al cruzar la calle a toda prisa, en dirección al punto en que dejara aparcado el coche. Hermia observó injustamente que siempre que visitábamos aquel lugar acababa lloviendo.

No compartía su punto de vista. Le contesté que, a diferencia de lo que les ocurría a los relojes de sol, para ella sólo contaban las horas de lluvia.

—En Glyndebourne —continuó diciendo Hermia—, he sido siempre afortunada. Allí todo es perfección: la música, los espléndidos macizos de flores, especialmente, entre estas, las blancas…

Discutimos sobre Glyndebourne y su música durante unos minutos. Luego, Hermia observó:

—¿A Dover? ¡Qué idea tan extraordinaria! Había pensado que nos dirigiéramos al Fantasie. Después de ese lúgubre y sangriento alarde de Macbeth uno desea realmente situarse frente a una mesa bien provista de comida y bebida. Shakespeare tiene la virtud de despertarme siempre el apetito.

»Sí. Lo mismo ocurre con Wagner. Los bocadillos de salmón ahumado de los entreactos del Covent Garden no bastan nunca para calmar las punzadas del estómago. Y lo de Dover lo he dicho porque estás conduciendo en esa dirección.

—No hay más remedio que dar un rodeo —le expliqué.

—Pues creo que te has extendido un poco. Estamos bastante lejos de Kent Road.

Eché un vistazo a mi alrededor, tras lo cual hube de reconocer que, como de costumbre, Hermia estaba en lo cierto.

—Siempre me hago un lío al llegar aquí —murmuré en tono de excusa.

—No es extraño —convino Hermia—. Hay que dar vueltas y más vueltas a la estación de Waterloo.

Habiendo logrado por fin llegar al puente de Westminster reanudamos nuestra conversación, centrándola en la representación de Macbeth que acabábamos de presenciar. Hermia Redcliffe, mi amiga, era una mujer hermosa, de unos veintiocho años de edad. Tenía un perfil griego, perfecto, y una masa de oscuros cabellos recogidos airosamente sobre la nuca. Mi hermana se refería siempre a ella con la frase «la amiga de Mark», dando a la misma una entonación especial que, inevitablemente, me enojaba.

El Fantasie nos dispensó una gran acogida. Conseguimos una pequeña mesa junto a una de las paredes, forradas de terciopelo carmesí. El Fantasie se ha hecho popular merecidamente. Dentro de él la mesas se encuentran muy cerca unas de otras. Al sentarnos, nuestros vecinos de la inmediata nos saludaron alegremente. David Ardingly era profesor de Historia en Oxford. Nos presentó a su acompañante, una muchacha muy linda, que lucía un peinado muy de moda. En su cabeza no se veían más que puntas y mechones, sobresaliendo en improbables ángulos al estilo de una corona. Por extraño que parezca diré que le sentaba bien. Sus ojos, azules, eran enormes. Tenía en todo momento la boca entreabierta. Era, como todas las chicas que acompañaban a David, algo tonta. David, un joven notablemente inteligente, sólo encontraba el verdadero descanso al lado de chicas de poco seso.

—Poppy es mi amiga predilecta —explicó añadiendo—: Te presento a Mark y a Hermia, Poppy. Dos personas muy serias. Has de procurar ponerte a tono con ellas. Acabamos de ver una obra estupenda, titulada: Hágalo a patadas. ¡Estupenda, amigos! Apuesto lo que sea a que habéis ido a ver una obra de Shakespeare o una reposición de Ibsen.

—Hemos estado en Old Vic, presenciando una representación de

Macbeth —dijo Hermia.

—¿Y qué opinas de la producción de Batterson?

—Me ha agradado la labor del productor —explicó mi amiga—. Los efectos luminotécnicos han sido bien concebidos. Y jamás he visto tan magníficamente desarrollada la escena del banquete.

—¿Y qué me dices de las brujas?

—Siempre resultan terribles, imponentes…

David asintió.

—El elemento pantomímico parece insinuarse en todo momento —dijo—. Todas ellas van de un lado para otro haciendo continuas jugarretas, comportándose como un auténtico Rey de los Demonios. Uno espera ver aparecer en el momento menos pensado un Hada Buena, vestida con blancos ropajes colmados de lentejuelas, recitando con suave voz:

—«El mal no debe triunfar. Al fin será Macbeth quien doble el recodo».

Todos nos echamos a reír. David era un hombre al que no se le escapaba nada. Me miró unos momentos atentamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Nada. Es que el otro día, precisamente, estuve reflexionando sobre el papel del Mal y el Demonio en la pantomima. Sí… Y también pensé en las Hadas Buenas.

—A propósito de ¿qué?

—¡Oh! De Chelsea y uno de sus bares…

—¡Qué refinado y moderno te estás volviendo, Mark! Conque Chelsea, ¿eh? Un lugar donde las ricas herederas se casan con tipos callejeros, de esos que habitan en las esquinas y buscan obtener del matrimonio un beneficio positivo. Allí es donde Poppy debiera estar, ¿verdad, querida?

Poppy abrió aún más sus grandes ojos.

—Odio Chelsea —protestó—. ¡Me gusta mucho más el Fantasie! ¡Es más bonito! ¡Se come tan bien aquí!

—Bien por ti, Poppy. De todos modos no eres suficientemente rica para Chelsea. Cuéntanos algo más acerca de Macbeth, Mark. Háblanos asimismo de sus brujas. Yo sé muy bien cómo pondría estas en escena de correr a mi cargo el montaje de una obra.

David había sido miembro destacado de una organización

profesional en otro tiempo.

—¿Qué harías?

—Las presentaría con un aspecto muy corriente. Mis brujas se reducirían al papel de unas viejas silenciosas. Como las de las aldeas.

—Pero, ¿es que todavía existen? —inquirió Poppy mirando fijamente a su amigo.

—Tú preguntas eso porque eres una chica londinense. Cada villa de la zona rural, dentro de nuestro país, cuenta con su correspondiente bruja. Ahí tienes a la anciana señora Black. A los niños se les ordena que no la molesten y de cuando en cuando le regalan huevos y pasteles caseros, a modo de presentes. ¿Por qué? —David levantó un dedo índice en actitud doctrinal—. Pues porque si se enfada con uno, las vacas de este dejarán de dar leche, su cosecha de patatas se perderá o bien su hijo, el pequeño Johnnie, se torcerá un tobillo. Hay que mantenerse en buenas relaciones con la señora Black. Nadie lo dice claramente pero, ¡todos lo saben!

—Estás bromeando —dijo Poppy con un gesto de desagrado.

—No, nada de eso. ¿Verdad que tengo razón, Mark?

—Lo más seguro es que la educación haya acabado con tales supersticiones —señaló Hermia, escéptica.

—En las zonas rurales, no. ¿Tú que opinas, Mark?

—Pienso que quizá estés en lo cierto —repuse lentamente—, si bien no me hallo bastante documentado sobre el particular. No he vivido nunca mucho tiempo seguido en el campo.

—No comprendo cómo ibas a poder presentar tus brujas tal cual has dicho: igual que sencillas viejas, de ordinario aspecto —dijo Hermia insistiendo sobre la anterior declaración de David—. Debería rodeárselas, seguramente, de una atmósfera sobrenatural…

—¡Oh! Piensa, piensa detenidamente en esto que voy a decir. Pongamos por ejemplo la locura. Si tú ves a alguien que delira o que anda de un lado para otro adornándose los cabellos con pajuelas y tiene toda la apariencia de un loco, no resulta nunca atemorizador, en absoluto. En cambio, si te pasa alguna vez lo que a mí… En cierta ocasión fui a ver a un médico a una casa de salud. Me hicieron pasar a un cuarto, con el fin de que le esperara allí. Dentro se encontraba una anciana de agradable aspecto, que bebía

tranquilamente un vaso de leche. Formuló varias observaciones convencionales acerca del tiempo y luego, bruscamente, se inclinó hacía delante para decirme en voz baja:

»¿Es su pobre hijo el que está sepultado ahí, detrás de la chimenea?»

»Después, con un movimiento afirmativo de cabeza, agregó:

»Son las 12,10 exactamente. Siempre a la misma hora todos los días. Haga usted como si no viera la sangre».

Fue la forma natural con que se expresó lo que hizo aquello aterrador.

—¿Había alguien realmente enterrado en la chimenea? —quiso saber Poppy.

Sin hacerle el menor caso, David continuó diciendo:

—Hablemos ahora de las médiums, con sus trances, sus habitaciones a oscuras, y los golpecitos cortos y secos… Tras la sesión, la médium se sienta, arregla sus cabellos y se marcha a casa, donde le espera una comida a base de pescado y patatas fritas, exactamente igual que podría ocurrirle a cualquier otra mujer.

—Así pues —manifesté—, tu idea de las brujas se centra en tres arrugadas viejas escocesas de las que merecen una segunda mirada de atención, las cuales practican sus diabólicas artes en secreto, musitando sus conjuros en torno a un caldero, invocando a los espíritus, todo ello sin cambiar de aspecto… Sí. Seguro que resultaría impresionante.

—De serle posible hacerse con los intérpretes de semejantes papeles —observó Hermia secamente—. ¿No te parece, Mark?

—Has dado en el clavo —admitió David—. La más leve insinuación de locura en el texto de la obra y el actor sale a escena decidido a todo. Igual ocurre con las muertes repentinas. No hay un solo actor que quede paralizado bruscamente y caiga muerto al suelo. Tiene forzosamente que gemir, vacilar, poner los ojos en blanco, abrir la boca con gesto de profunda angustia, llevarse la mano al corazón o cogerse con ambas la cabeza… En fin, se inclina en todo caso a convertir la escena en algo terrible y complicado. Hablando de representaciones… ¿Qué os parece el Macbeth de Fielding? Hay una gran división de opiniones entre los críticos.

—Yo creo que fue aterrador —replicó Hermia—. La escena con

el doctor, tras el paseo en sueños… «Vos no podéis atender a una mente enferma»… Esto me reveló algo en lo que yo no había pensado nunca con anterioridad: que él estaba ordenando realmente al médico que la matara. Y sin embargo él amaba a su esposa. Acababa de emerger de su lucha entre el miedo y el amor. No he conocido nunca más hiriente que aquella frase: «Tú debieras haber muerto entonces».

—Si Shakespeare resucitase se llevaría algunas sorpresas al ver la forma en que algunos actores interpretan sus personajes —declaré secamente.

—Sospecho que Bubage y compañía han matado en parte su espíritu —dijo David.

—Se trata de la eterna sorpresa del autor al ver lo que ha hecho con su obra el director.

—¿No se ha dicho que fue Bacon quien escribió realmente las obras de Shakespeare? —preguntó Poppy.

—Esa teoría ha quedado descartada —contestó David amablemente—. ¿Y qué sabes tú de Bacon?

—Fue el que inventó la pólvora —repuso Poppy triunfalmente.

David nos miró.

—¿Os dais cuenta de por qué me agrada esta chica? Tiene salidas inesperadas. Francis, no Roger, querida.

—Juzgué interesante que Fielding representara el papel de Tercer Criminal. ¿Existe algún precedente en tal aspecto?

—Creo que sí —declaró David—. Qué conveniente debió haber sido en aquellos tiempos tener a mano un asesino al que encomendar las tareas propias que se presentaran de cuando en cuando. Resultaría divertido que en nuestros días se pudiese hacer otro tanto.

—Ya ocurre —contestó Hermia—. Tenemos pistoleros de todos los estilos. Ahí está el caso de Chicago.

—No me refería a los pistoleros, ni a los chantajistas, ni siquiera a los crímenes de rigor en la crónica negra de cualquier moderna ciudad. Pensaba en la gente ordinaria ansiosa de desembarazarse de alguien. Ese rival que tenemos en el campo de las actividades profesionales. Esa tía Emily, tan rica, tan llena de salud también; ese esposo torpe que constituye más bien un engorro. Lo más

conveniente sería poder llamar a los almacenes Harrods para decir: «Por favor, envíenme un par de buenos asesinos».

Todos nos echamos a reír.

—Bueno, pero eso se puede hacer hoy, ¿no? —dijo Poppy.

Todos nos volvimos hacia ella.

—¿De qué hablas? —le preguntó David.

—Bueno… Quiero decir que la gente puede hacerlo si así lo desea… Personas normales, como nosotros. Pero creo que es carísimo.

Los ojos de Poppy se veían grandes, ingenuos… Como siempre, tenía la boca ligeramente entreabierta.

—Explícate, querida —le pidió David con un gesto de curiosidad.

Poppy parecía ahora confusa.

—¡Oh!… Espero… Creo que me he confundido. Me refería a «Pale Horse» y a todo eso…

—¿Un caballo bayo? ¿Qué clase de caballo?

Poppy se ruborizó intensamente, bajando los ojos.

—Estoy portándome como una estúpida. Me refiero a una cosa que alguien mencionó… Sin duda no comprendí bien…

—Deleitémonos saboreando la *Coupe Nesselrode* —propuso David gentilmente.

2

Es una de las cosas más raras de la vida pero a todos nos sucede. Ocurre, sencillamente, que en ocasiones nos sale al encuentro la noticia o el comentario que oímos casualmente o de pasada, en las últimas veinticuatro horas. A la mañana siguiente viví uno de esos momentos.

Sonó el teléfono y me apresuré a atender la llamada.

Flaxman 73841.

Oí una voz jadeante al otro extremo de la línea.

—He pensado en ello, ¡y voy a ir!

Rebusqué alocadamente en mi memoria.

—Espléndido —contesté para ganar tiempo—. Ejem… Eso es…

—Después de todo —siguió diciendo la voz—, el rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio.

—¿Está usted segura de haber logrado comunicar con el número que quería?

—Desde luego. Tú eres Mark Easterbrook, ¿no es así?

—¡Oh! Estoy hablando con Ariadne Oliver.

—Pero, ¿es que no te habías dado cuenta? —inquirió ella sorprendida—. Ni siquiera se me había ocurrido que tuvieses esa duda. Te hablaba de la fiesta organizada por Rhoda. Iré y firmaré mis libros, si ella quiere…

—Eres muy amable. Se sentirán encantados.

—Supongo que no tendremos ninguna reunión después, ¿verdad? —preguntó la señora Oliver, un tanto aprensiva a juzgar por el tono de su voz—. Ya sabes lo que pasa: beben un vaso de cerveza o de jugo de tomate, para preguntarme qué estoy escribiendo. Luego me comunica este o aquel que le agradan extraordinariamente mis libros, una cosa agradable pero a la que no sé contestar nunca. Si dices: «Me alegro mucho» es como si respondieras fríamente: «Encantado de conocerle». Son frases hechas, auténticos tópicos… Bueno, ¿y no crees que Rhoda y los suyos me llevarán también a «Pink Horse», a beber algo?

—¿«Pink Horse»?

—«Pale Horse», he querido decir. A las tabernas o posadas de por allí. Me desenvuelvo mal en esos sitios. En un aprieto soy capaz de apurar un tanque de cerveza, pero luego comienzo a hipar y…

—¿Qué quiere decir al aludir a «Pale Horse»?

—¿No hay en el paraje en que se celebra la fiesta, una taberna llamada así? O tal vez sea «Pink Horse»… U otro nombre cualquiera por el estilo. Quizá lo haya imaginado… ¡Tengo que inventar tantas cosas fantásticas ordinariamente!

—¿Cómo marcha el asunto de la cacatúa?

—¿La cacatúa?

La señora Oliver parecía un tanto desorientada.

—¿Y lo de la pelota de cricket?

—Verdaderamente —repuso la señora Oliver con severidad—, creo que te has vuelto loco o que sufres aún los efectos de una noche un poco agitada. ¿A qué viene toda esa confusa historia de

«Pink Horse», cacatúas y pelotas de cricket?

Inmediatamente colgó.

Me encontraba aún considerando esta segunda mención de «Pale Horse» cuando el timbre del teléfono sonó de nuevo.

Esta vez era el señor Soames White, un conocido abogado, quien me llamaba para recordarme que de acuerdo con el testamento de mi madrina, *lady* Hesketh_Dubois, estaba autorizado para elegir tres de sus cuadros.

—Por supuesto, no se trata nada de valor —me notificó White con su melancólico tono habitual—. Ahora bien, tengo entendido que hace algún tiempo elogió algunos de los cuadros que poseía la difunta.

—Había entre ellos varias acuarelas con escenas de la India verdaderamente encantadoras. Creo que usted ya me escribió en relación con este asunto. Indudablemente, me olvidé del mismo.

—Eso es. Pero ocurre que en la actualidad, los albaceas estamos preparando la subasta de determinados efectos. Si usted pudiera darse una vuelta por la Plaza Ellesmere…

—Iré ahora —contesté.

Tampoco aquella mañana me encontraba en muy buena disposición para trabajar.

3

Llevando bajo el brazo tres acuarelas escogidas por mí, salí del número 49 de la Plaza Ellesmere en el preciso instante en que otra persona subía, tropezando con esta. Murmuré unas palabras de excusa, recibí otras por el estilo y me hallaba ya a punto de hacer una seña a un taxi que pasaba cuando de pronto recordé algo y volviéndome bruscamente dije:

—Pero…, ¿no eres tú Corrigan?

—¿Eh…? Sí… Y tú eres Mark Easterbrook.

Jim Corrigan y yo habíamos sido amigos en nuestros días de estudiantes en Oxford… Habrían transcurrido unos quince años desde nuestro último encuentro.

—Me imaginé en seguida que te conocía pero no acertaba a

encajarte en mi recuerdo —dijo Corrigan—. Leo artículos tuyos de cuando en cuando. Y además me agradan.

—¿Qué ha sido de ti? ¿Estás dedicado a la investigación, como te propusiste en otro tiempo?

Corrigan suspiró.

—Casi no hago nada. Es una tarea cara si uno desea actuar por su propia cuenta. A menos que te agarres a un millonario aburrido o a una firma comercial ansiosa de novedades…

—Jugos hepáticos, ¿no?

—¡Qué memoria la tuya! No. Eso quedó atrás. Mi interés se concentra hoy en las propiedades especiales que poseen las secreciones de ciertas glándulas. No habrás oído hablar nunca de ellas, por lo cual me abstengo de nombrártelas. Se hallan relacionadas con el funcionamiento del bazo y aparentemente no sirven para ningún fin.

Corrigan se expresaba con el entusiasmo de un científico.

—¿Cuál es tu idea? —inquirí.

—Estoy convencido de que tales secreciones influyen en nuestra conducta. Traducido en palabras más llanas: actúan como el líquido de frenos de un coche. No hay líquido… aquellos fallan. En los seres humanos una deficiencia en esas secreciones podría —sólo diré podría—, hacer de una persona normal un asesino.

Dejé oír un silbido de admiración.

—¿Y qué sucede con el Pecado original?

—Sí, ¿qué sucede? —repitió Corrigan vacilante—. A los sacerdotes no les agradará esto, ¿verdad? Desgraciadamente no he conseguido que nadie se interese por mi teoría aún. Por tal motivo soy cirujano afecto a los servicios policíacos del noroeste. Un trabajo muy interesante. Le permite a uno ver infinidad de tipos criminales. Pero no quiero entretenerte… A menos que desees que comamos juntos.

—Es una idea que me agrada. Sin embargo, tú te disponías a entrar en esa casa —aduje señalando la que quedaba a espaldas de Corrigan.

—Es cierto, en parte. Me disponía a colarme de rondón en ella, sin que nadie me viera.

—Sólo hay un portero.

—Es lo que me imaginaba. Pretendía averiguar lo que pudiese en relación con la difunta *lady* Hesketh_Dubois.

—Me atrevo a segurar que yo podría informarte mejor que cualquier otra persona. Era mi madrina.

—¿De veras? Eso se llama tener suerte. ¿Dónde podemos vernos para comer? En la Plaza de Londres hay un establecimiento… No es muy grande. Hacen unas sopas de pescado riquísimas.

Nos acomodamos en el pequeño restaurante. Una mujer de pálida faz nos puso delante una humeante sopera. Aquella vestía unos extraños pantalones de marinero francés.

—Deliciosa —dije probando la sopa—. Bueno. Corrigan. ¿Qué era lo que querías saber? Incidentalmente, he de preguntar también: ¿por qué?

—Es una larga historia —repuso mi amigo—. Antes de nada, dime: ¿qué clase de mujer era?

Reflexioné un momento.

—Era una mujer anticuada —manifesté—. Podríamos situarla en la época victoriana. Viuda de un ex gobernador de una isla poco conocida. Poseía bastante dinero y vivía bien. En invierno visitaba Estoril y otros sitios semejantes. Tenía una casa espantosa, llena de muebles de su tiempo. Lo peor y lo más complicado ciñéndonos a lo que entonces imperaba. No tuvo hijos pero poseía un par de perros de lanas regularmente criados, a los que amaba tiernamente. Era porfiada. Fiel conservadora. Amable, pero dominante. Muy apegada a sus convicciones. ¿Qué quieres saber más?

—¿Podrías decirme si alguna vez fue objeto de cualquier chantaje?

—¿Chantaje, dices? —inquirí atónito—. Nada más improbable, a mi juicio. ¿A qué viene todo esto?

Fue entonces cuando me enteré de las circunstancias que habían rodeado el asesinato del padre Gorman.

Soltando la cuchara que tenía en la mano pregunté:

—¿Llevas encima esa lista de nombres?

—La original, no. Pero hice una copia. Mírala.

Sacando de uno de sus bolsillos un papel me lo tendió.

—¿Parkinson? Conozco dos Parkinson: Arthur, que ingresó en la Armada, y Henry, funcionario de un Ministerio. Osmerod…

Recuerdo al mayor Osmerod… ¿Sadmonsworth? No… Tuckerton… —Hice una pausa—. Tuckerton… No se tratará de Thomasina Tuckerton, ¿verdad?

Corrigan me miró con curiosidad.

—Podría ser… ¿Qué es ella y a qué se dedica?

—Ahora a nada. Hace una semana, por una esquela del periódico, me enteré de que había muerto.

—Poca ayuda nos supone eso entonces.

Proseguí la lectura de la breve relación.

—Shaw… Conozco un dentista llamado así. Y hay un tal Jerome Shaw, del Colegio de la Reina… Delafontaine… He oído últimamente ese nombre pero no acierto a recordar dónde. Corrigan. ¿Se refiere a ti, por casualidad?

—Confío en que no. Tengo la impresión de que no resulta nada favorable figurar en esa lista.

—Quizá. ¿Qué es lo que te ha hecho pensar en el chantaje al estudiarla?

—Creo recordar que fue una sugerencia del inspector Lejeune. Parece una posibilidad muy razonable… Pero aquí tienen cabida otras muchas hipótesis. Tal vez se trate de una lista de personas complicadas en un asunto de contrabando de drogas, o de adictos a las mismas, o de agentes secretos… Una cosa es segura: era importante. La prueba es que el agresor no vaciló en llegar al crimen con el fin de apoderarse de ella.

Inquirí impulsado por la curiosidad:

—¿Siempre te tomas tanto interés por el aspecto policíaco de tu trabajo?

Corrigan denegó con un movimiento de cabeza.

—No siempre en realidad. En lo que yo me fijo de un modo especial es en el del personaje criminal. Procuro llegar al conocimiento de su medio ambiente, su evolución, su salud…

—¿A qué atribuyes entonces tu interés por esta lista de nombres?

—No lo sé —declaró Corrigan hablando lentamente—. Quizá haya sido porque vi mi nombre en ella. ¡Vivan los Corrigan! Un Corrigan acude presuroso en socorro de otro individuo del mismo apellido.

—¿En socorro? Por lo que veo consideras definitivamente esto como una relación de víctimas, no de malhechores. ¿Y no crees que podría ser indistintamente una u otra cosa?

—Tienes toda la razón. Y admito que es raro que yo me sienta tan seguro de mi afirmación. Quizá se trate sólo de un presentimiento. Tal vez eso tengo que ver con el padre Gorman. No me crucé muy a menudo con él pero sé que era un hombre excelente, respetado por todo el mundo y muy querido por sus feligreses. Pertenecía al grupo de los militantes más encariñados con su misión. No me puedo quitar de la cabeza la idea de que él estimara esta lista una cuestión de vida o muerte…

—¿No hace nada la policía?

—¡Oh, sí! Pero aún necesita cierto tiempo… Los agentes se dedican a comprobar este extremo o aquel… También procuran obtener datos sobre la mujer que llamó al padre Gorman aquella noche.

—¿Quién era ella?

—Una persona nada misteriosa, al parecer. Viuda. Pensamos en un principio que su marido pudo tener relación con las carreras de caballos, pero por lo visto no hay nada de eso. Trabajaba en una empresa comercial de poca importancia dedicada a hacer investigaciones entre el público consumidor. Nada hay de raro en esto. La firma en cuestión es de solvencia dentro del grupo de las de su categoría. Los que la rigen no sabían mucho de esa mujer. Procedía del norte de Inglaterra, de Lancashire. Lo extraño es que dispusiera de tan pocos efectos personales.

Me encogí de hombros.

—Yo creo que eso mismo les ocurre a muchas personas, más de las que imaginamos, que viven en la soledad.

—Efectivamente, así es.

—Sea como sea, has decidido echar una mano a tus compañeros.

—He querido husmear un poco a mi alrededor. Hesketh_Dubois es un apellido poco corriente. Creí poder averiguar algo sobre *lady*… —Corrigan no acabó la frase—. De lo que tú me has dicho deduzco que este camino no nos conducirá a ninguna parte.

—Mi madrina no era ni adicta a las drogas ni contrabandista —le aseguré—. Menos aún un agente secreto. Y como llevó una vida

intachable no es posible que fuera objeto de chantaje alguno. No acierto a imaginar por qué motivo sería incluida en una lista como esa. Acostumbraba a guardar sus joyas en el Banco. De pensar en robarla, los ladrones hubieran perdido el tiempo.

—¿No conoces a ninguna otra persona de su apellido? ¿Hijos?

—No. Tenía un sobrino y una sobrina pero no llevan aquel. El esposo de mi madrina fue hijo único.

Corrigan me dijo que la información que acababa de facilitarle le sería de indudable utilidad. Luego consultó su reloj de pulsera, me comunicó despreocupadamente que le esperaban para llevar a cabo una autopsia y sin decir nada más se marchó.

Regresé a casa preocupado. No pude concentrarme en mi tarea y finalmente, en un súbito impulso, decidí telefonear a David Ardingly.

—Soy Mark, David. Estaba pensando en la chica que me presentaste la otra noche: Poppy. ¿Cuál es su apellido?

—Te propones quitármela, ¿eh?

David parecía sentirse muy divertido.

—Tienes tantas amigas que probablemente podrás desprenderte de una.

—Y tú ya tienes a quién acompañar, querido. Yo creí que te proponías formalizar, esas relaciones.

«¿Formalizar nuestras relaciones?» Una frase repulsiva. Y sin embargo, esta era una consecuencia natural de la amistad que me unía con Hermia. ¿Por qué me sentía deprimido? Había pensado muchas veces en que acabaría casándome con ella… Me gustaba más que ninguna de las mujeres que conocía. ¡Teníamos tantas cosas en común!

Sentí fuertes deseos de dejar vagar la imaginación… Veía nuestra existencia futura. Hermia y yo asistiríamos a representaciones teatrales de importancia, de auténtica trascendencia. Y luego discusiones sobre temas artísticos, sobre música. No me cabía duda alguna: Hermia era la compañera perfecta.

Pero de diversión, lo que se dice para diversión, no tanto. Esta burlona sugerencia brotó de mi subconsciente. Me quedé impresionado.

—¿Te has dormido? —me preguntó David.

—Desde luego que no. Sinceramente: tu amiga Poppy me pareció una chica muy agradable, tranquila, reposada…

—Lo es. Tómala en pequeñas dosis. Su nombre real es Pamela Stirling y trabaja en una de las floristerías de Mayfair. Ya sabes: tres ramitas secas, un tulipán de caídos pétalos y una hojita de laurel con manchas amarillentas. En total: tres guineas.

Me dió la dirección.

—Invítala. ¡Que te diviertas! —me deseó David amablemente—. En compañía de esa chica descansarás… No tiene absolutamente nada dentro de la cabeza. Creerá cuanto le digas. A propósito: se trata de una muchacha virtuosa. Así pues, no abrigues falsas esperanzas.

4

Penetré en Flower Studies Limited. Poseído de cierto miedo. Me salió al encuentro un irresistible olor a gardenias. Me sentí un poco confuso al hallarme frente a varias chicas uniformadas con guardapolvos color verde pálido, todas ellas con el mismo aspecto que Poppy. Finalmente localicé a esta. Estaba escribiendo una dirección con alguna dificultad, deteniéndose vacilante al deletrear silenciosamente Fortecue Crescent. Tan pronto como quedó libre, después de calcular detenidamente el cambio de un billete de cinco libras, cosa que también le costó bastante trabajo, reclamé su atención.

—Nos conocimos la otra noche… Le acompañaba David Ardingly —me apresuré a recordarle.

—¡Ah, sí! —exclamó Poppy cordialmente, posando con un vago gesto sus ojos en mí.

—Quería preguntarle algo —repentinamente sentí ciertos escrúpulos—. Quizá fuera mejor que comprara unas flores, ¿no?

Como un autómata en el instante de apretar el botón debido, Poppy repuso.

—Tenemos unas rosas preciosas, frescas, del día.

—Aquellas amarillas, ¿quizá? —había rosas por todas partes—.

¿Qué valen?

—Muy baratas —contestó Poppy con voz melosa y persuasiva—. Cinco chelines cada una.

Tragué saliva antes de indicarle que me llevaría media docena.

—¿No le parece que le irán bien al ramillete estas hojas extraordinarias?

Miré dudoso las hojas en cuestión, que se me antojaron bastante marchitas. En lugar de las mismas escogí unas ramitas de helechos, elección que seguramente me hizo descender unos grados en la estimación de Poppy.

—Deseaba preguntarle una cosa —insistí mientras Poppy arreglaba el ramo, lo que llevaba a cabo más bien con torpeza—. La otra noche usted mencionó algo así como «Pale Horse»…

Presa de un repentino sobresalto, a Poppy se le fueron de las manos las rosas y los helechos, que quedaron tirados por el suelo.

—¿No podría usted darme más detalles sobre el particular?

Poppy se incorporó. Había estado agachada unos instantes.

—¿Qué dijo usted?

—Le preguntaba por «Pale Horse».

—¿Un caballo bayo?[2]. ¿Qué me quiere dar a entender con eso?

—Es una frase citada por usted la otra noche.

—¡Con toda seguridad que se equivoca! Jamás oí hablar de semejante cosa.

—Alguien le habló de ello. ¿Quién fue?

Poppy hizo una profunda inspiración, hablando después rápidamente.

—¡No le comprendo en absoluto! Y ha de saber que a la dependencia no se nos permite charlar con los clientes cuando se trata de asuntos apartados de nuestra labor… —inmediatamente agregó, tras envolver mi ramillete en papel fino—: Son treinta y cinco chelines. Gracias.

Le entregué dos billetes de una libra. Poppy me puso en la mano seis chelines, volviéndose rápidamente hacia otro cliente.

Las suyas, según advertí, temblaban ligeramente.

Abandoné el establecimiento caminando lentamente. Cuando ya había recorrido cierto trecho comprendí que se había equivocado al hacer la cuenta, devolviéndome más dinero del debido, pues los

helechos eran a siete chelines y seis peniques. Sus errores aritméticos habían apuntado anteriormente en otra dirección…

Volví a ver a aquel encantador e inexpresivo rostro, sus grandes ojos azules. Algo indefinible habíase asomado a estos…

«Asustada —me dije—. Está terriblemente asustada… Pero, ¿por qué? ¿Por qué?».

CAPÍTULO V

1

—¡Qué descanso! —exclamó suspirando la señora Oliver—. ¡Pensar que todo ha terminado sin que sucediera nada anormal!

Era aquel un momento de descanso. La fiesta de Rhoda se había deslizado como todas las fiestas. El tiempo suscitó cierta ansiedad. A primera hora de la mañana había sido muy variable. Esto dio lugar a infinidad de discusiones sobre la conveniencia de abrir algunos puestos en zona despejada, sin protección, o bien aprovechar el largo pajar y la marquesina. Rhoda zanjó con tacto las diferencias de criterio. Hubo también periódicas huidas de los deliciosos aunque indisciplinados perros de la organizadora, pues aquellos, no teniendo su dueña seguridad sobre su comportamiento, habían quedado encerrados en la casa. ¡Las dudas de Rhoda quedaron plenamente justificadas! Abrió la fiesta una grata figura local, cuya actuación resultó encantadora, añadiendo a las palabras de rigor en tales casos unas consideraciones sobre los refugiados que dejaron perplejos a sus oyentes, ya que la fiesta había sido planeada para recaudar fondos que serían destinados a la reconstrucción de la torre de la iglesia. El puesto de bebidas tuvo un éxito enorme. Se produjeron las dificultades de siempre con el cambio. El embrollo fue grande a la hora del té. Todos pretendían invadir la marquesina y tomarlo al mismo tiempo.

Finalmente: la bendita llegada de la noche. En el pajar aún continuaban las exhibiciones de bailes locales. Figuraba dentro del programa un castillo de fuegos artificiales y una gran hoguera. Rhoda, fatigada, se retiró a la casa en compañía de otras personas.

Hallábanse en el comedor, tomando unos bocadillos, entretenidos con una de esas deshilvanadas conversaciones en el transcurso de las cuales uno está atento a sus propios pensamientos y apenas presta atención a lo que dicen los demás. Todos se encontraban a gusto allí. Los perros andaban por debajo de la mesa, mordisqueando unos huesos.

—Vamos a sacar más que el año pasado, cuando hicimos la fiesta a beneficio de los niños de los suburbios —manifestó Rhoda muy complacida.

—Me pareció extraordinario —declaró la señorita Macalister, una institutriz escocesa— que Michael Brent encontrara el tesoro enterrado por tercera vez en tres años consecutivos. Me pregunto si alguien sería capaz de anticiparle alguna información.

—*Lady* Brookbank ganó el otro concurso. No creo que ella lo hubiera querido. Parecía terriblemente desconcertada —señaló Rhoda.

En el grupo, además de mi prima Rhoda y su esposo, el coronel Despard, entraban: la señorita Macalister, una joven de rojos cabellos, atinadamente llamada Ginger[3], la señora Oliver y el pastor, el reverendo Caleb Dane Calthrop y su esposa. El pastor era un hombre agradable, un estudioso, que gustaba de traer a colación citas de clásicos siempre que le era posible. No recurría nunca a su sonoro latín. Se sentía satisfecho con el hallazgo de aquellas, sin más complicaciones.

—Como dice Horacio… —observó paseando la mirada alrededor de la mesa.

—Yo creo que la señora Horsefall incurrió en alguna pequeña ilegalidad con la botella, de champaña —opinó Ginger con el gesto de la persona que está pensando en voz alta—. Le tocó a su sobrino…

La señora Dane Calthrop, una mujer desconcertante, de bonitos ojos, se entretenía estudiando a la señora Oliver. De pronto preguntó a esta:

—¿Qué esperaba usted que ocurriera en esta fiesta?

—Pues… Un crimen o algo semejante.

La señora Dane Calthrop parecía interesada.

—Pero, ¿por qué?

—No existe ninguna razón para pensar así, en absoluto. Era también lo más improbable, lo reconozco. Pero es que en la última fiesta en que estuve hubo uno…

—Y eso la impresionó, ¿verdad?

—Muchísimo.

El pastor abandonó el latín para pasar al griego.

Tras una pausa, la señorita Macalister expuso sus dudas sobre la seriedad con que todos decían que se había llevado a cabo la rifa del pato.

—El viejo Lugg, de King's Arms, ha estado muy simpático al enviarnos doce docenas de botellas de cerveza para el puesto de las bebidas —manifestó Despard.

—¿Qué es King's Arms? —inquirí.

—Un establecimiento que solemos frecuentar, querido —me contestó Rhoda.

—¿No hay por aquí otra taberna? ¿«Pale Horse», dijiste —pregunté volviéndome a la señora Oliver.

Había esperado que mis oyentes reaccionaran de alguna manera, pero no noté nada anormal… Los rostros que se habían vuelto hacía mí, ofrecían una expresión vaga y desinteresada.

—«Pale Horse» no es ninguna taberna —explicó Rhoda—. Es decir, ahora.

—Fue hospedería en otro tiempo —declaró Despard—. Su antigüedad se remonta al siglo XVI, me atrevería a asegurar. En la actualidad es una casa más. Creo que los que la habitan debieran haberle cambiado el nombre.

—¡Oh, no! —exclamó Ginger—. Habría sido una torpeza sustituir aquel por el de Wayside o Fairview. A mí me parece mucho más bonito «Pale Horse». Además hay un viejo rótulo verdaderamente encantador. Ahora le han puesto un marco, colgándolo en el vestíbulo.

—¿Quiénes son los dueños?

—La vivienda pertenece a Thyrza Grey —dijo Rhoda—. No sé si habrá llegado a verla hoy. Es una mujer alta, con el pelo canoso, más bien corto.

—Es muy misteriosa —añadió Despard—. Aficionada al espiritismo, a los trances, magia y demás zarandajas. Nada de misas

negras, claro, pero siente inclinación por tales cosas.

Ginger soltó inesperadamente la carcajada.

—Lo siento —dijo en tono de excusa—. Estaba pensando en la señorita Grey, identificándola con *madame* de Montespan, ante un altar cubierto de terciopelo negro.

—¡Ginger! —exclamó Rhoda—. No digas esas cosas en frente del pastor.

—Perdóneme, señor Dane.

—No tiene importancia —contestó el aludido—. Como decían los antiguos… —por unos momentos continuó expresándose en griego.

Tras un respetuoso silencio de aprobación, volví al ataque.

—Me agradaría saber, con todo, quiénes son «ellos»… Está la señorita Grey… ¿Y los demás?

—¡Oh! Hay una amiga que vive con ella: Sybil Stamfordis. Creo que actúa en calidad de médium. Tienes que haberla visto por ahí… Siempre luciendo un sinfín de escarabajos sagrados y abalorios… A veces se echa encima un sari… No sé por qué… No ha estado nunca en la India.

—Hay que citar también a Bella —dijo la señora Calthrop—. Es una bruja. Procede de la aldea de Little Dunning. Con respecto a la brujería logró allí una buena reputación. Forma parte de la familia. Su madre fue una bruja…

Hablaba con la naturalidad de la persona que expone un hecho ordinario, que nadie se atreverá a discutir.

—Se expresa usted, señora Calthrop, igual que si creyera en esas cosas —objeté.

—¡Desde luego! Nada hay de misterioso o secreto en ello. Es una realidad. Se trata de una posesión familiar, de algo que se hereda como cualquier otra. Consecuencias: a los chicos les dirá todo el mundo que no torturen a sus animales domésticos y la gente se apresurará a llevarles de cuando en cuando un queso o una olla de mermelada casera.

Le miré un tanto perplejo. Parecía hablar en serio.

—Sybil nos ayudó hoy diciendo la buenaventura. Estaba en la tienda verde —informó Rhoda—. A mi juicio lo hace muy bien.

—A mí me anunció cosas estupendas —dijo Ginger—. Un guapo

y moreno extranjero procedente de Ultramar contraerá nupcias conmigo. Tendría dos esposos y seis hijos. En realidad fue muy generosa.

—Vi cómo la chica de los Curtis reía nerviosamente —manifestó Rhoda—. Luego se mostró muy reservada con el novio de aquella. Le dijo que no pensara en ningún instante que él era el único guijarro que había en la playa.

—¡Pobre Tom! —exclamó su esposo—. ¿No tuvo este alguna de sus buenas salidas?

—Pues sí. «Yo, en cambio, no pienso darle a conocer lo que ella me ha prometido», le dijo. «Quizá no le agradara demasiado, mi querida amiga».

—La anciana señora Parker se sentía malhumorada —declaró ahora Ginger—. «Esto es una pura tontería», opinó. «No creemos nada de eso, muchachos», añadió. Pero entonces intervino la señora Cripps para decir: «Tú, Lizzie. sabes tan bien como yo que la señorita Stamfordis ve cosas que otras personas no son capaces de ver y que la señorita Grey sabe con exactitud cuándo va a ocurrir una muerte. ¡Jamás se equivoca! Algunas veces me ha puesto la carne de gallina». La señora Parker opuso: «La muerte… Eso es algo distinto, que constituye una especie de don». El diálogo se cerró con las siguientes palabras de la señora Cripps: «Sea lo que sea, no me gustaría que se incomodara conmigo ninguna de esas tres mujeres. ¡De veras!».

—Esto parece interesante —dijo la señora Oliver—. Me agradaría conocerlas.

—Mañana la llevaremos a su casa —prometió el coronel Despard —. Realmente, vale la pena visitar la vieja hospedería. Se han mostrado muy inteligentes al hacer aquella confortable sin alterar absolutamente sus rasgos originales.

—Mañana por la mañana telefonearé a Thyrza —dijo Rhoda.

Debo admitir que me fui a la cama algo desilusionado.

«Pale Horse», que desde un principio había sido para mí el símbolo de lo desconocido, de lo siniestro incluso, no tenía nada de lo uno ni de lo otro.

A menos que, desde luego, hubiese otro «Pale Horse» enclavado en cualquier parte…

Estuve considerando esta idea hasta el momento en que me quedé dormido.

2

La sensación de descanso al día siguiente, domingo, era general. La impresión clásica posterior a cualquier fiesta. Sobre el prado flameaban dócilmente las lonas de las tiendas a impulsos de la húmeda brisa. A primera hora del lunes aquellas serían levantadas. Entonces haríamos inventario de los daños causados y pondríamos en orden todas las cosas. De momento Rhoda había decidido prudentemente que nos mantuviéramos lo más lejos posible de allí.

Fuimos todos a la iglesia para escuchar respetuosamente el sermón del reverendo Dane Calthorp, basado en un texto de Isaías que más bien parecía estar relacionado con la historia persa que con la religión.

—Vamos a comer con el señor Venables —explicó Rhoda después—. Te agradará conocerlo, Mark. Es un hombre muy interesante. Ha estado en todas partes; no le ha quedado nada por hacer. Conoce todo género de cosas extraordinarias. Compró Prior Courts hace unos tres años. Debe costarle ya una fortuna, teniendo en cuenta las obras que ha llevado a cabo en su finca. Víctima de la poliomielitis, se ve obligado a ir de un lado para otro en una silla de ruedas. Esto es muy triste para él, que siempre ha sido un gran viajero. Por supuesto, tiene mucho dinero y, como ya he dicho, ha introducido maravillosas reformas en la casa, que antes era una completa ruina, a pique de derrumbarse. La ha llenado de cosas estupendas. Creo que hoy vive pendiente exclusivamente de lo que sucede en las salas de subastas.

Prior Courts se encontraba a unas millas de distancia. Fuimos en coche hasta allí y nuestro anfitrión salió a recibirnos al vestíbulo, sentado en su silla de ruedas.

—Han sido ustedes muy amables al venir —dijo en un tono de gran cordialidad—. Tras el día de ayer han de encontrarse cansados, forzosamente. Me consta que la fiesta fue un éxito, Rhoda.

El señor Venables contaría unos cincuenta años de edad. Tenía

una faz de gavilán. La nariz encorvada sobresalía de su rostro arrogantemente. El cuello doblado de su camisa prestaba a aquel cierto aire arcaico.

Rhoda hizo las presentaciones.

Venables sonrió al dirigirse a la señora Oliver.

—Tuve el placer de conocer a esta dama ayer, atareada con una actividad de tipo profesional. Seis firmas, correspondientes a otros tantos libros suyos. Sus libros son magníficos, señora Oliver. Deberla publicar con más frecuencia. Los lectores somos insaciables cuando damos con un escritor que nos agrada —Volviéndose hacia Ginger añadió—: Faltó poco para que me lanzara encima del plato de la rifa, joven —Finalmente me miró a mí, manifestando—: Me ha agradado mucho su último artículo, publicado en el número de la revista del pasado mes.

—Fue usted muy amable al asistir a nuestra fiesta, señor Venables —dijo Rhoda—. Después de ese generoso cheque que nos envió no me atrevería a esperarle allí…

—¡Oh! Me interesan esas cosas. Forman parte de la vida rural inglesa, ¿no le parece? Regresé a casa portador de una terrible muñeca de Kewpie, ganada en el juego de las anillas, y Sybil me profetizó un espléndido y fantástico porvenir. Vestía un turbante cuajado de lentejuelas y un traje a tono con el tocado. Llevaba, además, colgando del cuello, una tonelada de falsas cuentecillas egipcias.

—Nuestra buena Sybil… —manifestó el coronel Despard—. Esta tarde tomaremos el té con Thyrza. Es una casa muy interesante la suya.

—¿Habla usted de «Pale Horse»? Sí. Hubiera preferido que la dejasen ser lo que fue en otros tiempos: una hospedería. Siempre he pensado que ese lugar debe haber sido testigo de hechos misteriosos, particularmente perversos. No creo que sus antiguos moradores se dedicaran al contrabando. No nos hallamos suficientemente cerca del mar para eso. ¿No serviría de refugio a los bandoleros de la época? Quizá pasaran la noche allí viajeros ricos, de los que nunca se volvió a tener noticia… De todas maneras estimo poco afortunada la idea de transformar esa típica hostería en la vivienda de tres solteronas.

—¡A mí no me han parecido nunca eso! —exclamó mi prima—. Sybil Stamfordis, quizá… Con sus saris y sus escarabajos sagrados, viendo constantemente aureolas en torno a las cabezas de los demás, podría ser considerada un tipo de mujer ridículo, más bien. Pero, ¿no cree que en Thyrza hay algo que inspira miedo? Se siente la impresión de sus poderes ocultos, pero todo el mundo asegura que los tiene.

—Y Bella está lejos de ser una vieja solterona, pues ha enterrado dos esposos —añadió el coronel Despard.

—Le ruego que me perdonen —dijo Venables riendo.

—La vecindad ha interpretado de un modo siniestro ciertas muertes —siguió diciendo Despard—. Algunas personas afirman que tales fallecimientos se produjeron por el solo hecho de haber puesto Bella sus ojos en los difuntos. Una mirada de nuestra amiga y la víctima de turno comenzaba a desfallecer, a sentirse enferma, hasta que sobrevenía el ineludible fin.

—Me olvidaba de eso… ¿No es la bruja local?

—Tal dice la señora de Calthrop.

—La brujería… ¡Qué interesante cuanto con ella se relaciona! —comentó Venables en actitud pensativa—. Se la encuentra por todo el mundo, bajo las formas más diversas… Recuerdo que hallándome en el este de África…

Se expresaba con fluidez, tratando amenamente el tema. Hizo alusión a los hechiceros de las tribus africanas, a los cultos poco conocidos de Borneo. Nos prometió que, después de comer, nos enseñaría algunas de las máscaras utilizadas por los magos de ciertas regiones de la zona occidental de África.

—En esta casa hay de todo —observó riendo Rhoda.

Venables se encogió de hombros.

—Ya que no puedo ir a la montaña haré lo posible por que esta venga a mí… He ahí una máxima invertida que todos ustedes conocerán, indudablemente, en su exacta interpretación. Expresada tal como he dicho refleja fielmente mi caso.

Por un fugaz instante advertí un gesto de amargura en sus palabras. Venables echó un rápido vistazo a sus inmóviles piernas.

—El mundo está repleto de una infinidad de cosas —citó—. Creo que eso ha sido mi ruina. He querido conocerlas todas…, ¡verlas!

Bueno, en mi tiempo no lo pasé mal. Incluso ahora… La vida siempre ofrece consuelos…

—¿Por qué se refugió aquí? —inquirió la señora Oliver de pronto.

Los otros se habían sentido un momento inquietos, como cuando se presiente la cercanía de la tragedia. Sólo la señora Oliver había permanecido inalterable. Formuló su pregunta porque deseaba verla contestada. Su sincera curiosidad volvió a despejar del todo la cargada atmósfera.

Venables posó su mirada inquisitiva en ella.

—He querido decir: ¿por qué decidió apartarse del mundo? ¿Fue porque tenía amistades aquí? —insistió la novelista.

—No. Puesto que está usted interesada en saber por qué vine a parar a esta parte del país le responderé que fue precisamente porque aquí carecía de amigos.

Sus labios se distendieron en una débil e irónica sonrisa.

¿Hasta qué punto le habría afectado su desgracia?, me pregunté. La pérdida de la preciosa facultad de andar, de la libertad de movimientos, que le impidiera continuar explorando el mundo, ¿habría calado profundamente en su alma, amargando su existencia? ¿O bien se había adaptado a la nueva situación resignadamente, con una auténtica grandeza de espíritu?

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Venables dijo:

—En su artículo abordó usted el tema del significado del término «grandeza»… Comparaba las distintas interpretaciones. ¿Y qué queremos dar a entender aquí, en Inglaterra; cuando usamos la frase «un gran hombre»?

—Nos referimos a sus facultades intelectuales, ciertamente —repliqué—. Quizá, también, a sus condiciones morales.

Los ojos de mi interlocutor brillaban.

—¿No puede aplicarse asimismo el calificativo de «grande» a un hombre perverso? —preguntó.

—Por supuesto que sí —afirmó Rhoda—. Napoleón, Hitler y otros personajes semejantes, en gran número, lo fueron…

—Por el efecto que produjeron —opinó Despard—. Pero, de haberles conocido uno personalmente… Me pregunto si en tal terreno habrían conseguido siquiera impresionarnos.

Ginger se inclinó hacia delante, pasándose los dedos por entre su rojiza melena.

—He ahí una idea interesante —declaró—. ¿No se trataría en realidad de figuras humanas patéticas, de talla inferior a la que pretendían demostrar? Sus aspavientos, sus poses, ¿no significarían que estaban decididos a ser alguien, aunque para ello tuviesen necesidad de cubrir el mundo de ruinas?

—¡Oh, no! —sostuvo Rhoda con vehemencia—. No podían haber dado lugar a ciertas cosas de no ser auténticamente «grandes».

—¿Qué quiere que le diga? —La señora Oliver echaba su cuarto a espadas—. Después de todo, el más estúpido de los chiquillos es capaz de pegarle fuego a una casa.

—Vamos, vamos —dijo Venables—. No hay por qué subestimar el Mal. El Mal es poderoso. En ocasiones más poderoso que el Bien. Se encuentra ahí… En todas partes. Hay que identificarlo… Y combatirlo. De otro modo… —el hombre abrió los brazos en un elocuente ademán—, nos hundiremos en las tinieblas.

—Naturalmente, yo fui educada a base de la creencia en el diablo —manifestó la señora Oliver—. Pero a mí aquel me ha parecido siempre ridículo. No podía apartar de mi mente sus pezuñas, su cola y todo lo demás. Le veía correr de un lado para otro como un actor detestable, muy a menudo, por supuesto, figura en mis libros un criminal de grandes facultades… A la gente le agrada eso. Pero es un personaje al que me cuesta siempre un ímprobo trabajo dar vida. Mientras permanece sin identificar resulta impresionante. En cambio, cuando todo se descubre, se me antoja un elemento totalmente inadecuado. Crea una especie de anticlímax. Una se desenvuelve mucho mejor cuando el asunto gira en torno a un banquero que ha robado a la empresa a que pertenece, un marido que desea desembarazarse de su mujer con objeto de contraer matrimonio con la institutriz. Es más natural… ¿Me comprenden?

Todos nos echamos a reír y la señora Oliver insistió en tono de excusa:

—Sé que no me he explicado bien, pero, ¿verdad que han entendido mi idea?

La tranquilizamos diciéndole que sabíamos exactamente lo que

quería decir.

CAPÍTULO VI

1

Abandonamos Priors Court después de las cuatro. Tras una deliciosa comida, Venables nos invitó a dar una vuelta por su casa. Realmente había disfrutado lo suyo al enseñarnos los variadísimos objetos de que era propietario… La vivienda era un auténtico tesoro.

—Debe estar nadando en oro —comenté cuando ya habíamos dejado aquella a nuestras espaldas—. Esas joyas, las esculturas africanas… No digamos nada de las obras que posee de Meisses y Bow. Sois afortunados al tener ese vecino.

—La gente que vive aquí es muy agradable, generalmente. Ahora bien, el señor Venables constituye una nota exótica al lado de los otros.

—¿Cómo ha hecho su dinero? —inquirió la señora Oliver—. ¿O quizá lo heredó de sus padres?

Despard observó con algún retintín que nadie en nuestros días podía considerarse extraordinariamente beneficiado a base de la herencia de una sólida fortuna. Los impuestos gubernamentales habrían dado cuenta de semejante fuentes de ingresos.

—No sé quién me ha contado que comenzó sus actividades como estibador, pero esto es bastante improbable. Jamás habla de su niñez, ni de su familia… —se volvió hacia la señora Oliver—. Un hombre misterioso que quizá a usted interesara…

La señora Oliver respondió que la gente le estaba ofreciendo siempre cosas que ella no quería.

«Pale Horse» era una construcción hecha en su mayor parte a

base de madera. Nada de imitaciones; una edificación levantada de acuerdo con las normas de su tiempo. Caía un poco a espaldas de la población. Contaba con un jardín de tapias, el cual contribuía a dar a la casa su carácter evocador.

A mí me desilusionó y así lo dije.

—Poco de siniestro hay aquí —comenté—. No se percibe nada especial.

—Espere a que entremos —me respondió Ginger.

Abandonamos el coche para acercarnos a la puerta, que se abrió en aquel instante.

En el umbral se encontraba la señorita Thyrza Grey, una mujer alta, con una figura ligeramente masculina, vestida con chaqueta de lana y falda. Sus canosos cabellos arrancaban de una alta frente. La nariz ganchuda y los penetrantes ojos, levemente azules, constituían los rasgos más destacados de aquel rostro.

—Por fin han llegado ustedes —nos dijo cordialmente con voz varonil—. Creí que se habían extraviado.

Por encima de su hombro me pareció ver un rostro que se asomaba al oscuro vestíbulo. Una faz rara, más bien de facciones indefinidas, como el trozo de arcilla moldeado por un niño que se ha introducido subrepticiamente en el estudio de un escultor. Era aquel el rostro que en ocasiones se ve en ciertas antiquísimas pinturas de origen italiano o flamenco, mezclado entre otros anónimos.

Rhoda nos presentó, explicando que habíamos comido en Priors Court, con el señor Venables.

—¡Ah! —exclamó la señorita Grey—. Eso lo explica todo. Una grata sobremesa, una digestión laboriosa… ¡Vale mucho ese cocinero italiano! No digamos nada de los tesoros que alberga la casa. ¡Pobre hombre..! Ha de entretenerse con algo, a fin de consolarse. Pero, entren… entren. Nosotras nos sentimos muy orgullosas, de nuestra casa también. Data del siglo XV y alguna de las cosas que contiene, del XIV…

En el vestíbulo, de techo bajo, poco luminoso, nacía una serpenteante escalera que conducía a las habitaciones superiores. Contaba con una amplia chimenea y un cuadro enmarcado.

—El viejo rótulo de la hospedería —comentó la señorita Grey al

notar mi mirada—. Con esta luz no lo verá muy bien. La imagen difusa de un caballo de pelo claro, amarillento.

—Tengo que limpiarlo algún día —dijo Ginger—. Déjenmelo hacer y quedarán sorprendidas.

—Lo dudo —manifestó Thyrza Grey, añadiendo bruscamente—: Supongamos que lo echara a perder…

—¡Ni hablar de eso! —exclamó Ginger irritada—. Conozco muy bien mi trabajo. Trabajo para las Galerías de Londres —explicó dirigiéndose a mí—. Resulta muy divertido.

—Es preciso un proceso de adaptación por nuestra parte a las modernas técnicas de la restauración de pinturas —dijo Thyrza—. Cada vez que visito la «National Gallery» me quedo con la boca abierta. Muchos de los cuadros dan la impresión de haber sido sometidos a un baño a base del detergente de moda.

—No creo que prefiera usted ver esos mismos cuadros borrosos y del color de la mostaza —protestó Ginger, examinando atentamente el que tenía delante—. Algo más, mucho más obtendríamos. Ese caballo ha tenido quizá, en otra época, un jinete.

Me uní a ella en el examen de la pintura. Nada tenía esta de particular. El mérito radicaba en su antigüedad, en la pátina especial que le habían dado los años. La figura de un semental se destacaba sobre un fondo oscuro e indeterminado.

—¡Eh, Sybil! —gritó Thyrza—. Los visitantes están criticando nuestro caballo. ¡Condena su impertinencia!

Sybil Stamfordis salió por una puerta, uniéndose a nosotros.

Era una mujer alta, esbelta, de morenos y grasientos cabellos, con una expresión boba y la boca de un pez.

Vestía un sari de un brillante verde esmeralda, que no realzaba en absoluto su figura. Hablaba con voz débil y quebrada.

—Nuestro muy querido caballo —dijo—. Nos enamoramos de esa antigua y clásica muestra de hospedería tan pronto la vimos. Incluso estimo que influyó en nuestra decisión de adquirir la casa, ¿no es cierto, Thyrza? Pero… Entren, entren.

Nos hizo pasar a una habitación de forma cuadrada, más bien pequeña, que en otro tiempo debía haber sido la taberna. Estaba adornada ahora con quimón y muebles Chippendale, convertida en el cuarto de estar de una dama, de estilo rústico. Se veían allí

también unos jarrones de crisantemos.

Después nos llevaron a ver el jardín. Juzgué que en la época estival este ofrecía un aspecto encantador. Luego volvimos a la casa, para encontrarnos con que el té había sido servido ya. Hubo bocadillos y pastelillos caseros. En el instante de sentarnos acudió la mujer que yo viera unos momentos en la oscuridad del vestíbulo, portadora de una tetera de plata. Llevaba un vestido verde oscuro, carente por completo de adornos. La impresión inicial subsistía ahora que se me presentaba la oportunidad de contemplarla más de cerca. Se trataba de un rostro de facciones primitivas. No sé por qué había llegado a juzgarlo siniestro.

Repentinamente, me sentí enfadado conmigo mismo. ¡Cuántas tonterías había forjado mi mente en torno a la transformada hostería y las tres mujeres que la habitaban en la actualidad!

—Gracias, Bella —dijo Thyrza.

—¿Necesitas algo más?

Las palabras salieron de sus labios como en un murmullo.

—No, gracias.

Bella se retiró en dirección a la puerta. No había mirado a nadie, pero en el preciso instante de salir levantó la vista, observándome fugazmente. Había algo en sus ojos que me sobresaltó, aunque no sabría decir por qué. Me pareció advertir un leve indicio maligno, una curiosidad refrenada. Experimenté la impresión de que sin querer, tal vez, ella acababa de descubrir lo que yo estaba pensando.

Thyrza Grey notó mi reacción.

—Bella es desconcertante, ¿verdad, señor Easterbrook? —me preguntó—. Me he dado cuenta de cómo la ha mirado.

—Procede de esta región, ¿verdad?

Hice un esfuerzo para aparentar que sólo me inspiraba un cortés interés.

—Sí. Me atrevería a asegurar que alguien le ha dicho que es la bruja de esta población.

Sybil Stamfordis hizo tintinear sus cuentas.

—He de confesarle, señor, señor…

—Easterbrook.

—Estoy convencida, señor Easterbrook, de que sabrá usted que

nosotras practicamos el arte de la brujería. Confiese que sí. Tenemos una auténtica reputación en tal sentido.

—Nada inmerecido, quizá —añadió Thyrza, quien parecía sentirse divertida—. Sybil reúne grandes aptitudes y se halla en posesión de preciados dones.

Sybil suspiró complacida.

—Siempre me han atraído las ciencias ocultas —murmuró—. Ya de niña llegué al convencimiento de que disponía de extraños poderes. De un modo completamente natural llegué a la escritura automática. ¡Y ni siquiera sabía qué era aquello! Me sentaba con un lápiz en la mano, sin tener la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo. Por supuesto, siempre he sido ultrasensible. En cierta ocasión, tomando el té con una amiga, en su casa, me desmayé… Algo espantoso había sucedido en aquella habitación en que nos encontrábamos… ¡Yo lo sabía! Dimos con la explicación más tarde. En aquel cuarto había sido asesinada una persona… ¡Habían pasado veinticinco años desde entonces!

Con un gesto de asentimiento miró a su alrededor, evidentemente satisfecha.

—Muy curioso —dijo el coronel Despard con una mueca de disimulado disgusto.

—En esta casa han ocurrido cosas terribles —declaró Sybil—. Pero nosotras hemos tomado las medidas necesarias… Los espíritus sujetos al lugar han sido libertados.

—Sí, vamos, una especie de limpieza inmaterial-sugerí.

Sybil me miró con un gesto de duda.

—Ese sari que lleva tiene un color precioso —manifestó Rhoda.

La faz de Sybil se iluminó.

—Sí. Lo compré cuando estuve en la India. Mi estancia allí resultó interesantísima. Estudié el yoga y todo lo demás. Sin embargo, no puedo desprenderme de la impresión de que había muchas cosas falseadas, bastante alejadas ya de lo natural, de lo antiguo… Yo, creo que es conveniente volver a lo de atrás, a los principios, a los poderes primitivos. Soy una de las pocas mujeres que han visitado Haití. Allí es donde una realmente entra en contacto con las fuentes iniciales de lo oculto. Disimuladas, desde luego, bajo una capa de corrupción, desfiguradas. Ahora bien, la

raíz subsiste.

»Aprendí mucho, especialmente cuando mis amigos se enteraron de que yo tenía dos hermanas gemelas, mayores que yo. Me dijeron que la persona nacida con posterioridad a dos criaturas gemelas, de la misma madre, naturalmente, posee determinados poderes. Muy interesante, ¿verdad? Las danzas de la muerte nativas son maravillosas. En el transcurso de estas salen a relucir cráneos humanos, huesos cruzados y las herramientas clásicas del excavador de tumbas: la pala, el pico, el azadón… En tales ocasiones se visten con el atuendo de los funerarios: sombreros de copa, ropas negras…

»El Gran Maestro es el barón Samedi, quien invoca al dios Legba, el dios que "quita la barrera". La muerte es enviada aquí o allí… para matar. Una extraña idea, ¿no les parece?

»Miren esto ahora… —Sybil se levantó, cogiendo un objeto del antepecho de la ventana—. Esto es mi Asson: una calabaza seca que contiene una serie de cuentas… ¿Ven estos trozos? Son vértebras de serpiente disecadas también.

Atendíamos a sus palabras por cortesía, sin ningún entusiasmo.

Sybil acarició su horripilante juguete afectuosamente.

—Muy interesante —comentó Despard.

—Aún podría decirles más.

En este punto mi atención se desvió de ella. Las palabras de Sybil llegaban a mis oídos confusamente. Esta mujer se había empeñado en airear sus conocimientos sobre brujería… Hablaba de maître Carrefour, de la Coa, de la familia Guidé…

Volví la cabeza, observando que Thyrza me contemplaba con un gesto burlón.

—No cree usted nada de eso, ¿verdad? —murmuró—. Pues sepa que se equivoca. Usted no conseguirá jamás hallar una explicación para la superstición, el temor o el fanatismo religioso. Se trata de realidades y de potencias elementales. Siempre ha sido así. Y ninguna variación experimentarán en el futuro.

—No me creo capaz de discutírselo —contesté.

—Ya veo que es usted un hombre prudente. Venga conmigo. Le enseñaré mi biblioteca.

La seguí hasta el jardín y luego a lo largo de la casa.

—La instalamos en el sitio ocupado en otro tiempo por los

establos —me explicó.

Las cuadras y demás construcciones independientes habían sido convertidas en una gran nave. Había toda una pared cubierta de libros. Comencé a examinar los lomos de estos y no tardé en proferir un grito de sorpresa.

—Tiene usted aquí obras verdaderamente raras, señorita Grey. ¿Es esto un Malleus Maleficarum original? Palabra: es usted dueña de varios auténticos tesoros.

—Eso mismo creo yo.

—Ese Grimoire… Un ejemplar muy raro, de veras.

Fui recogiendo volumen tras volumen de los estantes. Thyrza no me perdía de vista… Había un aire de tranquila satisfacción en ella, cuyo origen no acertaba a comprender.

Estaba volviendo a poner en su sitio el Sadducismus Triunmphatus cuando Thyrza dijo:

—Es muy grato dar con alguien capaz de apreciar en su justo valor nuestros objetos más preciados. La mayor parte de la gente se limita a abrir la boca, a causa del asombro, o a bostezar.

—Pocos temas existirán relacionados con el arte de la brujería que usted no conozca. ¿Cómo nació su interés por aquellos?

—Esa es una pregunta difícil de contestar… Hace tanto tiempo… A veces una se pone delante de una cosa casualmente y la misma acaba subyugándote. Es un estudio fascinante. ¡Qué creencias se ha llegado a forjar la gente! ¡Cuántas tonterías han llegado a hacer en ese sentido!

Me eché a reír.

—Eso es alentador. Me alegra que no dé crédito a todo lo que lleva leído.

—No debe usted juzgarme utilizando el patrón de la pobre Sybil. ¡Oh, sí! Aprecié perfectamente su gesto de superioridad. Pero se equivocaba… Es una necia mujer en muchos aspectos. Suele tomar un poco de voduismo, otro de demonología y otro de magia negra, mezclando estas menudas porciones para confeccionar un sugestivo pastel ocultista… No obstante, se halla en posesión del poder.

—¿El poder?

—Ignoro si podría ser llamado de otra manera… Existen personas que pueden convertirse en un puente vivo, tendido entre

este mundo y el otro, el de las potencias misteriosas. Sybil es una de ellas. Es una médium de primera categoría. Nunca ha desempeñado su papel como tal a cambio de dinero. El suyo es un don excepcional. Cuando Sybil, Bella y yo…

—¿Bella?

—¡Oh, sí! Bella posee sus poderes personales también. A las tres nos ocurre lo mismo, sólo que en diferentes grados. Como si compusiéramos un equipo o una sociedad…

Thyrza se interrumpió bruscamente.

—¿Brujas, S. L.? —sugerí con una sonrisa.

—Podría quedar expresado con esos términos.

Eché un vistazo al volumen que en aquellos instantes tenía en las manos.

—¿Nostradamus y todo lo demás?

—Nostradamus y todo lo demás, efectivamente, como dice.

—Cree usted en ello, ¿no? —inquirí espaciando las palabras.

—No es que crea. Conozco.

Hablaba con una entonación triunfal… La miré atentamente.

—Pero, ¿cómo? ¿En qué forma? ¿Por qué razón?

Thyrza paseó su mano a lo largo de los estantes repletos de volúmenes.

—¡Todo radica en esos libros! ¡Cuántos disparates! ¡Qué fraseología tan ridícula a veces! Pero apartemos las supersticiones y los prejuicios de todos los tiempos… ¡Entonces encontraremos en el fondo la verdad! Una verdad que siempre ha sido disfrazada para impresionar a la gente.

—No estoy seguro de comprenderla.

—Mi querido amigo: ¿por qué se ha dado en todas las épocas el nigromántico, el hechicero, el curandero? Sólo existen dos razones realmente. Sólo hay dos cosas que se desean siempre con ardor semejante, aunque el interesado arriesgue con ellas su salvación: la poción amorosa y la copa de veneno.

—¡Ah!

—Es sencillo, ¿no? El amor… y la muerte. La poción amorosa para conquistar al hombre amado; la misa negra para conservarlo. Un brebaje que ha de ser tomado en una noche de luna llena, que exige el recitado de todos los nombres de diablos o espíritus, rociar

el suelo y las paredes. Todo eso es la tramoya. La verdad radica en el afrodisíaco que contiene el líquido.

—¿Y la muerte? —pregunté.

—¿La muerte? —Thyrza dejó oír una risita extraña que me produjo algún desasosiego—. ¿Le interesa a usted la muerte?

—¿A quién no?

Ella fijó en mí una viva y escrutadora mirada. Me sentí desconcertado.

—La muerte… Esta ha producido siempre más inquietudes que las pociones amorosas. Y sin embargo… ¡qué infantil resulta todo lo del pasado, con ella relacionado! Por ejemplo: los Borgia y sus famosos y secretos venenos. ¿Sabe usted qué era exactamente lo que utilizaban. ¡Arsénico corriente y moliente! Lo mismo que cualquier oscura mujer de los suburbios al pretender librarse de su marido. Pero desde entonces hemos progresado mucho. La ciencia ha alejado las fronteras de lo imposible.

—¿Mediante venenos que no dejan ningún vestigio? —Mi voz traslucía bastante escepticismo.

—¡Venenos! Eso es un *vieux jeu*. Un recurso al alcance de cualquier niño. Existen nuevos horizontes.

—¿Tales como..?

—La mente. El conocimiento de lo que es la mente, de lo que es capaz de hacer, de cómo se puede manejar…

—Haga el favor de continuar. Esto es muy interesante.

—El principio es bien conocido. Los curanderos lo han empleado en el seno de las comunidades prehistóricas, sirviéndose de él durante muchísimos siglos. Usted no tiene necesidad de matar a su víctima. Todo lo que se precisa es que usted le diga que muera.

—¿Actuar por sugestión? Hay que objetar que eso sólo da resultado cuando la víctima cree en aquella.

—Usted quiere decir que no resulta con los europeos —me corrigió mi interlocutora—. A veces, sí, no obstante. Pero no se trata de eso ahora. Nosotros hemos dejado al hechicero más atrás. Los psicólogos nos han enseñado el camino. ¡El deseo de la muerte! Alienta en todas las personas. ¡Hay que explotarlo! Es preciso insistir en él, desarrollarlo.

—Es una idea interesante. Hay que influir en el sujeto para

encaminarlo hacia el suicidio, ¿no es así?

—Aún continúa usted retrasado. ¿Ha oído hablar de las enfermedades traumáticas?

—Por supuesto.

—Ciertas personas, arrastradas por un deseo inconsciente de evitar el regreso al trabajo, desarrollan aquellas de un modo auténtico. Nada de simulaciones… Se trata de indisposiciones reales, con síntomas, con dolores. Durante mucho tiempo los médicos han ido de cabeza…

—Comienzo a sospechar lo que quiere usted decir —señalé.

—Para destruir al sujeto el poder debe concentrarse en su oculto e inconsciente yo. El deseo de la muerte, que existe en todo ser humano, ha de estimularse, hacerlo más profundo y sentido —Thyrza se mostraba cada vez más excitada—. ¿No comprende? Aquel llega a originar una enfermedad real, inducida por el autor del proceso…

Acababa de erguir la cabeza, en un arrogante gesto. Yo noté repentinamente una gran frialdad. Todo aquello era una sarta de disparates, desde luego. Thyrza no debía estar en su juicio. Y sin embargo…

Ella se echó a reír inesperadamente.

—¿Qué? ¿No me cree?

—Es una teoría fascinante, señorita Grey. Acorde además con el pensamiento moderno. Tengo que admitirlo. Pero, ¿cómo se propone estimular ese anhelo que existe en todos nosotros?

—Ese es mi secreto. ¡La forma de actuar! ¡Los medios! Existen comunicaciones sin contactos. No tiene más que pensar en la radio, el radar, la televisión… Los experimentos de percepción extrasensible no han progresado todo lo que el público esperaba a causa de que no se ha dado con el principio básico. Puede llegarse al conocimiento de este por un accidente casual… Ahora bien, en cuanto se sabe cómo actúa, el agente dispondrá del mismo cada vez que se lo proponga.

—¿Se encuentra usted en ese caso?

No me respondió en seguida… Alejándose de mí un poco dijo:

—No debiera usted pedirme, señor Easterbrook, que le revelara todos mis secretos.

La seguí al encaminarse a la puerta que daba al jardín.

—¿Por qué me ha contado todo eso? —inquirí.

—Usted ha estado admirando mis libros. En ocasiones una necesita permitirse alguna expansión, hablar con alguien. Y, además…

—¿Qué?

—Se me ocurrió pensar… A Bella le ha sucedido lo mismo… Hemos pensado que quizá llegara a necesitarnos.

—¿Necesitarles yo a ustedes?

—Bella cree que usted vino aquí con objeto de vernos. Se equivoca raras veces.

—¿Por qué había de querer… verles, como acaba de decir?

—Eso —declaró Thyrza Grey pausadamente—, no lo sé… todavía.

CAPÍTULO VII

1

—¡Oh, estáis ahí! Nos preguntábamos adónde habrías ido, Mark. —Rhoda cruzó la abierta puerta. Los demás la seguían. Inmediatamente echó un vistazo a su alrededor—. ¿Es aquí donde celebráis vuestras *séances*?

—Está usted bien informada —Thyrza Grey rio, levemente—. En las poblaciones pequeñas ocurre siempre eso: la gente conoce los asuntos del prójimo, mejor que los propios interesados. Me consta que nos hemos hecho de una especial reputación. Cien años atrás hubiéramos sido ahogadas por la plebe o ido a parar a la hoguera. Una de mis más remotas ascendientes murió en Irlanda así, por bruja. ¡Qué tiempos aquellos!

—Yo creí que era usted escocesa de origen.

—Y así es, por la rama paterna. Mi madre era irlandesa. Sybil, nuestra pitonisa, es de extracción griega. Bella representa a la vieja Inglaterra.

—Un macabro cóctel humano —observó el coronel Despard.

—Lo que ustedes quieran.

—¡Qué chocante! —exclamó Ginger.

Thyrza la miró brevemente.

—Sí, lo es en cierto aspecto —se volvió hacia la señora Oliver—. Usted debería escribir un libro en torno al tema del asesinato por medio de la magia negra. Puedo facilitarle toda la documentación que precise.

—Los crímenes que yo traigo a colación en mis novelas son de tipo ordinario —dijo con acento de excusa.

El tono correspondía a la siguiente frase: «A mí sólo me gusta la cocina sencilla».

—La cosa se limita —añadió la escritora— a una persona que desea quitar de en medio a otra y procura actuar inteligentemente para no dejar rastro.

—Demasiado inteligente para mí —manifestó el coronel Despard.

El marido de mi prima consultó su reloj, agregando:

—Rhoda, yo creo que…

—Tenemos que irnos, por supuesto. Es mucho más tarde de lo que imaginaba.

Intercambiamos los saludos de rigor. No cruzamos por la casa sino que dimos un rodeo, en dirección a una puerta de servicio.

—Tienen ustedes muchos pollos —observó Despard con la vista fija en un espacio cercado con tela metálica.

—Odio las gallinas —declaró Ginger—. Su cloqueo tiene la virtud de irritarme.

—En su mayor parte son gallos.

Era Bella quien había hablado. Acababa de salir por una de las puertas posteriores de la vivienda.

—Gallos blancos —observé.

—Destinados a la cocina, ¿verdad? —inquirió Despard.

—Nos son útiles —respondió Bella.

Su boca habíase abierto, formando una larga línea curva que se extendía de un extremo a otro de su tosca faz. En sus ojos había una mirada de astucia.

—Esos son los dominios de Bella —explicó Thyrza Grey.

Sybil Stamfordis apareció en la puerta principal para despedir a los visitantes.

—No me gusta nada esa mujer, nada en absoluto —dijo la señora Oliver ya dentro del coche, cuando nos alejábamos de allí.

—No debe usted tomar a Thyrza demasiado en serio —le aconsejó Despard—. La señorita Grey disfruta hablando de lo que habla siempre y observando el efecto que produce en los demás.

—No me refería a ella. Es un ser sin escrúpulos, con la atención concentrada en lo que le interesa principalmente. Pero no es peligrosa como la otra mujer.

—¿Bella? Admito, que es un tanto misteriosa.

—Tampoco pensaba en Bella. Me refería a Sybil. No parece estar en su juicio. ¿A qué vienen todas esas cuentas y trapos que luce? ¿Qué pretendía al hablarnos de aquellas fantásticas reencarnaciones? (¿Por qué jamás reencarna una vulgar cocinera o una fea aldeana? ¿Es que eso se reserva exclusivamente para las princesas egipcias y las bellas esclavas babilónicas? Inverosímil). Sin embargo, aunque es una estúpida, yo experimenté la impresión de que era capaz de hacer algo, de influir para provocar hechos raros. Siempre veo las cosas por el lado malo, pero estimo que esa mujer podría ser utilizada en un sentido, precisamente a causa de su necedad. No creo que nadie haya entendido lo que quiero decir —terminó al señora Oliver patéticamente.

—Yo sí —repuso Ginger—. No me extrañaría nada que estuviese usted en lo cierto.

—Debiéramos asistir a una de esas *séances* —dijo Rhoda—. Tal vez resultara divertido.

—No, no lo harás —declaró Despard con firmeza—. No quiero que te mezcles en asuntos de ese tipo.

El matrimonio comenzó una alegre discusión. Presté atención a la señora Oliver, al oírle hablar de los trenes de la mañana siguiente.

—Puedes venirte conmigo, en mi coche —le propuse.

La señora Oliver vacilaba.

—Pensé que sería mejor el tren…

—Vamos, vamos. Tú has viajado conmigo en otras ocasiones. Puedes confiar en mí como conductor. Lo sabes.

—No es eso, Mark. Es que tengo que ir a unos funerales mañana. No me es posible retrasar la llegada a la ciudad —Suspiró—. No me gustan nada los funerales… De poder ser, no asistiría a ninguno.

—¿Has de ir forzosamente a este?

—Eso entiendo yo, Mark. Delafontaine era una antigua amiga… A ella le agradaría mi gesto, pienso, de poder apreciarlo. Ya sabes cómo son algunas personas.

—Desde luego… Delafontaine, por supuesto.

Los otros fijaron sus miradas en mí, sorprendidos.

—Lo siento —murmuré—. Bien… Me preguntaba dónde había

oído el apellido Delafontaine últimamente. Fuiste tú, ¿verdad? —Miré a la señora Oliver—. Tú hablaste de que ibas a visitarla… Se encontraba en una clínica.

—¿Yo? Pues… sí. Es muy probable.

—¿De qué murió?

La frente de la señora Oliver se cubrió de arrugas.

—Polineuritis tóxica… o algo parecido.

Ginger me observaba con curiosidad. Su mirada era viva y penetrante.

En un instante en que todos abandonábamos el coche dije bruscamente:

—Voy a dar un paseo. Me encuentro pesado. Quizá sea por haber comido demasiado. Al banquete con que nos obsequió el señor Venables sólo le faltaba el té que ha venido después. La digestión ha sido laboriosa.

Me alejé apresuradamente, antes de que nadie pensara en acompañarme. Quería recuperarme íntimamente, ordenar mis ideas, bastante embrolladas en aquellos instantes.

¿Qué significaba ese asunto? Todo había comenzado con aquella casual, pero impresionante observación de Poppy, quien declaraba que cuando uno quería desembarazarse de alguien no tenía más que recurrir a «Pale Horse».

Por orden… Luego había tenido lugar mi encuentro con Jim Corrigan, quien me diera a conocer la lista de nombres, que consideraba relacionada con la muerte del padre Gorman. En aquella figuraba el apellido Hesketh_Dubois y el de Tuckerton también, lo que me hizo recordar el episodio del café de Luigi. Más adelante había surgido el nombre de aquel Delafontaine, vagamente familiar. Había sido la señora Oliver quien lo mencionara, aludiendo a una amiga enferma. Y esta acababa de morir…

Después yo, por una razón que no acertaba a explicarme, había ido en busca de Poppy, al establecimiento en que trabajaba. Y la chica había negado calurosamente que tuviese noticias de una institución denominada «Pale Horse». Y lo que era aún más significativo: «Poppy se había mostrado asustada».

Hoy… Había tropezado con Thyrza Grey.

Pero, seguramente, «Pale Horse» con sus ocupantes era una cosa

y otra muy distinta aquella relación de apellidos, sin conexión posible con la primera. ¿Por qué diablos me obstinaba en unirlas?

La señora Delafontaine había estado viviendo hasta el momento de enfermar, en Londres, probablemente. El domicilio de Thomasina Tuckerton radicaba en Surrey. Ninguna de las personas de la lista tenía nada que ver con la pequeña población de Much Deeping. A menos que…

Me estaba acercando de frente a King's Arms. King's Arms era una taberna clásica, pero con pretensiones. En ella se veían airosos rótulos anunciando los menús que integraban sus comidas, cenas y tés.

Empujé la puerta y entré en aquel local. Por allí no había nadie en aquel momento. No obstante, noté la atmósfera viciada, cargada de humo. Junto a la escalera observé otro rótulo: «Despacho». Aquí había un ventanal herméticamente cerrado. Leí en una pequeña tarjeta: «Pulse el botón». El establecimiento, que también era hospedería, ofrecía la soledad característica de tales lugares a aquella hora del día. En un estante situado al lado de la ventana había un maltratado libro, el registro de los visitantes. Abrí aquel, pasando varias páginas. La casa era poco frecuentada. En el espacio de una semana había cinco o seis anotaciones. Casi todas las estancias habían durado una noche… Seguí viendo otras páginas, fijándome especialmente en los apellidos.

No permanecí mucho tiempo allí. Continuaba solo en el local. En realidad no entraba entre mis proyectos el de dirigir algunas preguntas a los que se hallaban al frente del negocio. Salí a la calle, bañada en el húmedo ambiente de la tarde.

¿Sería una simple coincidencia que alguien llamado Sandford y otra persona de apellido Parkinson se hubiesen hospedado en King's Arms en determinadas fechas del pasado año? Ambos nombres se encontraban en la lista de Corrigan. Pero, además, yo había visto otro: el de Martin Digby. De ser el Martin Digby que yo conocía se trataba del sobrino de la mujer a quien yo había llamado siempre tía Min, es decir, *lady* Hesketh_Dubois.

Apreté el paso sin ver siquiera adónde me encaminaba. Ardía en deseos de hablar con alguien. Con Jim Corrigan, por ejemplo, o con David Ardingly o con Hermia, tan juiciosa en todo momento. Me

encontraba a solas con mis caóticos pensamientos y deseaba romper mi aislamiento. Francamente: quería enfrentarme con alguien y discutir las ideas que me asaltaban.

Aún pasé media hora vagando por diversas encenagadas callejas antes de dirigirme a la casa del pastor. Abrí la puerta de la cerca para deslizarme a lo largo de un camino interior singularmente mal conservado, oprimiendo segundos después el botón de un mohoso timbre que se encontraba a un lado de la entrada.

2

—No funciona —dijo la señora Calthrop apareciendo en el marco de la puerta como un genio, cuando menos lo esperaba.

Había sospechado aquello desde el primer instante.

—El timbre fue reparado dos veces —explicó ella—. Pero al final hemos tenido que dejarlo por imposible. Consecuentemente, tengo que mantenerme alerta, por si surge algo importante. Lo suyo lo es, ¿verdad?

—Pues… sí. Bueno, para mí, quiero decir.

—Sí, claro. Eso había pensado yo… —La esposa del pastor me contempló pensativamente—. Desde luego, me doy cuenta de que es algo malo… ¿A quién quiere ver? ¿Al pastor?

—No… No estoy seguro…

Había pensado entrevistarme con aquel, pero ahora, inesperadamente, dudaba. ¿Por qué? No lo sabía. La señora Calthorp replicó en el acto:

—Mi marido es un hombre buenísimo. No aludo a él ahora como pastor. Eso hace que en ocasiones surjan dificultades. La gente buena no comprende realmente el mal —Hizo una pausa, añadiendo con viveza—: Creo que sera mejor que hable usted conmigo.

Sonreí débilmente.

—¿Es esta la sección de que se ocupa usted? —inquirí.

—Sí, lo es. En una parroquia es importante conocerlo todo acerca de los diversos… bueno… los diversos pecados en que incurren los fieles.

—¿Y todo lo relativo al pecado no es de la incumbencia de su

esposo? ¿No se centra ahí su misión oficial, por decirlo así?

—El perdón de los pecados —me corrigió ella—. Él puede dar la absolución. Yo no. Pero yo —declaró la señora Calthrop, con una expresión de complacencia—, soy capaz de ordenar aquellos y de tenérselos clasificados. En tales condiciones se está en disposición de conseguir que otra gente evite sus efectos. A veces no se puede ayudar al prójimo… Mejor dicho: yo no puedo. Sólo Dios llama al arrepentimiento, como usted sabe… O quizá no lo sepa. Son muchas las personas que ignoran esto en nuestros días.

—No me es posible colocarme a su altura y discutir esos temas —declaré—. En cambio me agrada evitar un daño al prójimo.

—Siendo así lo mejor es que entre. De esta manera podremos charlar cómodamente.

El cuarto de estar era grande y sus muebles tenían el aspecto de las cosas viejas. Parte de aquel quedaba oculto por una serie de enormes plantas, en sus correspondientes macetas. Nadie se había preocupado de las mismas, podando sus frondosas ramas, por ejemplo. Pero por alguna causa que yo desconocía la oscuridad no resultaba lúgubre. Por el contrario, inducía al descanso, las grandes y descuidadas sillas, de andrajoso tapizado, conservaban las huellas de los innumerables cuerpos que se habían acomodado en ellas al correr de los años. En la repisa de la chimenea un reloj, también de dimensiones desusadas, producía un sonoro tic_tac, con confortable regularidad. Allí dentro tendríamos tiempo para hablar… Así podría por fin exteriorizar cuanto pensaba, desentenderme por unos instantes de cuanto alentaba al otro lado de aquellos muros, a la deslumbrante luz del día.

Aquellas paredes debían haber sido mudos testigos de las confidencias de muchas chicas jóvenes, enfrentadas con el problema de una maternidad inesperada, que habían ido en busca de la señora Calthrop en demanda de consuelo y consejo. Allí dentro algunos seres habrían dejado la pesada carga de los resentimientos familiares y muchas madres habrían justificado a sus hijos sosteniendo que no existía maldad en ellos sino una viveza de temperamento excesiva, por lo que su envío en calidad de internos a una escuela oficial era una medida absurda; allí, en fin, innumerables matrimonios habrían zanjado sus diferencias…

Y allí mismo me encontraba yo, Mark Easterbrook, erudito escritor, hombre de mundo, enfrentado con una mujer de canosos cabellos y penetrantes ojos, dispuesta a recoger mis inquietudes en su regazo. ¿Por qué? Lo ignoraba. Sólo tenía una extraña seguridad: aquella era la persona adecuada para tal momento.

—Esta tarde hemos tomado el té con Thyrza Grey —comencé a decir.

Con la señora Calthorp el diálogo no resultaba nunca difícil.

Aquella tenía siempre por costumbre salir al encuentro de su interlocutor.

—¡Ah, vamos! Eso le ha trastornado, ¿verdad? Convengo en que esas tres mujeres componen en conjunto un equipo impresionante. Muchas veces me he preguntado… ¿qué persiguen con sus alardes? Sé por experiencia que las gentes de su corte disimulan más bien. Estas guardan silencio sobre todo lo que se refiere a sus propuestas iniquidades. Cuando los pecados de una persona no son tan graves ni cuantiosos como se pretende, entonces surge el deseo de comentar los mismos. Se experimenta la necesidad de darles realce, de prestarles importancia. Las populares brujas de las aldeas son, por regla general, viejas de mal carácter que gustan de atemorizar a los demás, con objeto de obtener un beneficio a cambio de nada. Es una cosa tremendamente fácil de hacer…

»Bella Webb puede ser sólo una bruja de ese estilo. Y también algo más… Algo que ha quedado y procede de los más remotos tiempos, que se da en este o aquel lugar de la campiña. Asusta cuando se presenta porque encierra auténtica malevolencia y no solamente el afán de impresionar. Sybil Stamfordis es una de las mujeres más necias que he conocido… Es una médium, en realidad, signifique lo que signifique esta palabra. Thyrza… No sé… ¿Qué le contó? Supongo que han sido sus manifestaciones las que le han dejado a usted desconcertado.

—Posee usted una gran experiencia, señora Calthorp. Juzgando por todo lo que conoce o ha oído afirmar, ¿cree en la posibilidad de que un ser humano pueda quedar aniquilado por otro no mediando entre los dos contacto visible alguno?

Los ojos de la señora Calthorp se dilataron un poco.

—Al decir aniquilado, ¿qué quiere dar a entender? Asesinado,

¿no? Se trata de matar a una persona, ¿verdad? Esto es, de un hecho físico, material.

—En efecto.

—Yo juzgaría eso un disparate —declaró la esposa del pastor resueltamente.

—Ya, ya… —respondí, aliviado.

—Naturalmente, puedo equivocarme. Mi padre consideraba la navegación aérea un desatino y lo más probable es que mi abuelo pensara igual, con respecto a los trenes. Los dos tenían razón. En su tiempo aquellas cosas eran consideradas como imposibles. Hoy no lo son. ¿Qué hace Thyrza? ¿Lanzar una especie de rayo de la muerte o algo parecido? ¿O se dedican las tres a pintar estrellas de cinco puntas y a formular ceremoniosos y complicados votos?

Sonreí.

—Me está usted haciendo ver las cosas claras. Debí permitir que esa mujer me hipnotizara —dije.

—No. Usted no es el tipo idóneo en tal aspecto. Debe haber ocurrido algo… Algo que precedió a todo esto.

—Tiene usted razón.

Entonces lo referí lo más abreviadamente que pude, todo lo concerniente al asesinato del padre Gorman y la casual mención de «Pale Horse» en el club nocturno. Después saqué del bolsillo la lista de nombres que yo copiara, a la vista del papel de Corrigan, mostrándosela.

La señora Calthrop frunció el ceño.

—¿Qué tienen en común las personas que figuran ahí? —me preguntó.

—No estamos seguros. Quizá se trate de un chantaje, de un asunto relacionado con el tráfico de estupefacientes…

—Tonterías. No es eso lo que le preocupa a usted… Lo que en realidad cree es que todas esas personas están muertas.

Suspiré profundamente.

—Sí. Tal es lo que creo. Pero no me es posible asegurarlo tampoco. Tres de ellas han fallecido: Minnie Hesketh_Dubois, Thomasina Tuckerton y Mary Delafontaine. Las tres murieron en sus lechos, por causas naturales. Thyrza Grey sostiene que eso puede suceder…

—¿Quiere decirme que ella afirma haber dado lugar a su desaparición?

—No. no. En su disertación no se refirió a personas existentes. Defendía una hipótesis, estimando una posibilidad científica en ella.

—A primera vista no tiene razón de ser —declaró la señora Calthorp pensativamente.

—Yo opino igual. Y me habría reído de todo eso de no ser por la sorprendente mención de «Pale Horse».

—Sí. «Pale Horse». Muy sugerente.

Se produjo un silencio. Luego ella levantó la cabeza.

—Mal asunto, muy malo, ciertamente —declaró—. Haya lo que haya detrás de él es preciso que cese. No hace falta que yo se lo diga.

—Sí, sí… Pero, ¿qué se puede hacer?

—Tendrá que averiguarlo. Y no hay tiempo que perder.

La señora Calthorp se puso en pie.

—Ha de ocuparse de eso en seguida. ¿No tiene usted ningún amigo que fuese capaz de ayudarle en su empresa?

Me puse a pensar. ¿Jim Corrigan? Era un hombre muy ocupado, que apenas disponía de tiempo. Además, ya estaba haciendo lo que podía sobre el particular. David Ardingly… Pero, ¿creería David una sola palabra de toda aquella historia? ¿Hermia? Sí. Disponía de Hermia… Un cerebro despejado, una lógica admirable. Una fuerza indudable si lograba convencerla para que se convirtiese en mi aliado. Después de todo, ella y yo… No terminé la frase. Salía siempre con Hermia… Mi amiga era la persona más indicada.

—¿Ha pensado ya en alguien? Perfectamente.

La señora Calthorp era extraordinariamente viva.

—Yo vigilaré a las Tres Brujas. Tengo la impresión… No sé a qué atribuirlo, pero creo que la respuesta al enigma no se halla en esas tres mujeres. Se me viene a la imaginación inmediatamente la figura de la Stamfordis, recitando una sarta de idioteces acerca de los misterios egipcios y las profecías contenidas en los textos de la Pirámide. Aunque todo ello exista, sus palabras son puras tonterías. No puedo evitar el pensar que Thyrza Grey ha dado con algo confuso u oído hablar de ello, utilizándolo para darse importancia y sostener que controla ocultos poderes. La gente se enorgullece de

sus iniquidades. Es extraño que los buenos no se vanaglorien en igual medida de sus virtudes. Claro, aquí es donde surge la humildad cristiana… Los que son buenos no advierten su real condición de tales.

Guardó silencio un momento, añadiendo después:

—Lo que nosotros necesitamos es un eslabón de una u otra clase. Un eslabón que una esos nombres con «Pale Horse». Algo tangible.

CAPÍTULO VIII

1

El detective inspector Lejeune oyó a alguien silbar una melodía que conocía muy bien: Father O'Flynn, levantando la cabeza en el instante de entrar en su despacho el doctor Corrigan.

—Lamento disentir de todos —dijo este—. El conductor del «Jaguar» no tenía ni una gota de alcohol dentro del cuerpo… Lo que P. C. Ellis olió al acercar la nariz a su boca fue efecto de su imaginación o de la halitosis que padecía la víctima.

Pero Lejeune, de momento, no sentía el menor interés por los cotidianos accidentes de circulación.

—Ven. Échale un vistazo a esto —señaló a Corrigan.

El doctor cogió la carta que el inspector le alargaba. La escritura era menuda y limpia. En el membrete se leía:

«Everest. Glendawer Bournemouth».

Estimado inspector Lejeune:

Recordará que me rogó que me pusiera en contacto con usted si por casualidad veía al hombre que había seguido al padre Gonnan la noche en que este fue asesinado. Me he mantenido atento a las personas que se movían por las cercanías de mi establecimiento, sin resultado positivo.

Ayer tuve ocasión de asistir a una fiesta parroquial que se celebraba en una pequeña población situada a veinte millas de aquí, aproximadamente. Me atrajo el hecho de que la

señora Oliver, la conocida escritora de novelas policíacas, se hallaría presente en la misma, firmando libros suyos. Soy un lector apasionado de esos libros y tenía curiosidad, quería conocer a la dama en cuestión.

Con gran sorpresa por mi parte lo que encontré allí fue al hombre que pasó delante de mi farmacia la noche del crimen. Debe haber sufrido un accidente en el espacio de tiempo que media desde entonces, porque iba sentado en una silla de ruedas. Llevé a cabo discretas investigaciones para averiguar su identidad. Se llama Venables y vive en el pueblo. El nombre de su residencia es "Priors Court", en Much Deeping. Me han informado en el sentido de que es un individuo que dispone de bastante dinero.

Confiando en que estos detalles les serán de utilidad, queda suyo affmo.,

ZACHARIAH OSBORNE».

—¿Qué le parece? —preguntó Lejeune.

—Improbable —contestó Corrigan.

—A primera vista, sí. Pero no estoy tan seguro…

—Este Osborne… No puede haber visto la cara de nadie claramente en una noche brumosa como aquella. El parecido a que alude, será casual. Ya sabe usted cómo es la gente… De todo el país llegan avisos, notificando haber visto a una persona buscada por las autoridades… Luego resulta que en nueve de cada diez casos la semejanza con la descripción oficial no existe.

—Osborne no es de esos —comentó Lejeune.

—¿Qué clase de hombre es?

—Se trata de un vivaracho y respetable farmacéutico, algo anticuado, todo un carácter, un gran observador de las personas. Uno de los sueños de su vida es figurar como testigo en un proceso de envenenamiento. Dice que identificaría sin la menor vacilación al culpable de haber adquirido este la sustancia empleada en su establecimiento.

Corrigan se echó a reír.

—En ese caso es evidente la existencia de cierta predisposición a

pensar en lo que piensa.

—Quizá —murmuró Lejeune.

Corrigan le miró con curiosidad.

—¿Cree que puede haber algo de verdad en eso? ¿Qué va usted a hacer?

—Nada se perderá, ningún daño será causado a nadie, en mi opinión, si logramos conocer bien al señor Venables, de Priors Court, Much Deeping —repuso Lejeune señalando la carta.

CAPÍTULO IX

1

Relato de Mark Easterbrook

—¡Qué cosas tan emocionantes ocurren en el campo! —exclamó Hermia.

Acabábamos de comer. Delante de nosotros teníamos el café…

La observé atentamente. Aquellas no eran las palabras que yo había esperado oír. Había dedicado el último cuarto de hora a explicarle mi historia. Ella me había escuchado con interés. El tono de su voz se me antojaba indulgente… No parecía impresionada, ni mucho menos nerviosa.

—La gente que asegura que el campo es aburrido y las ciudades todo lo contrario, no sabe lo que se dice —manifestó Hermia—. La última de las brujas se ha ido a refugiar en una derruida casa de campo… En fincas solariegas, muy remotas y con habitantes de indudable abolengo, se celebran misas negras… Las supersticiones constituyen algo corriente en las aisladas aldehuelas. Unas mujeres solteras, en la edad media de la vida, lucen escarabajos sagrados y organizan *séances* y manejan las tablas de escritura espiritista… Podrían muy bien escribirse una serie de amenos artículos sobre ese tema. ¿Por qué no pruebas?

—No creo que hayas comprendido lo que he contado, Hermia.

—¡Te equivocas, Mark! Te he entendido perfectamente. Y juzgo tu relato enormemente interesante. Es una página de la Historia,

que refleja un aspecto del saber popular referido a la Edad Media y hoy casi olvidado o postergado.

—Yo no estoy interesado en el caso desde el punto de vista histórico —respondí irritado—. A mí lo que me importan son los hechos. Existe una lista en la que figuran varios nombres. Sé lo que les ha ocurrido a algunas de esas personas. Y me pregunto: ¿Qué va a sucederles a las otras?

—¿No habrás ido a parar muy lejos al dejarte arrastrar por tus suposiciones?

—No —repuse obstinadamente—. No lo creo. Estimo que esa amenaza es real. Y no soy sólo yo quien piensa así. La esposa del pastor se halla de acuerdo conmigo.

—¡Oh! La esposa del pastor… —la voz de Hermia traslucía cierto desdén.

—No dés esa especial entonación a tus palabras, Hermia, porque la esposa del pastor —insistí recalcando la frase— es una mujer que no tiene nada de vulgar. Todo es real. Hermia.

Hermia se encogió de hombros.

—¿No compartes mi opinión?

—Creo que tu imaginación te está haciendo una pequeña jugarreta, Mark. Estimo auténtico ese trío de brujas, cuya conducta me parece sincera, esto es acorde con sus ideas. Por lo demás tengo la seguridad de que deben resultar harto desagradables.

—¿Y no se te antojan unas criaturas lúgubres, siniestras?

—Pero, ¡Mark! ¿Cómo van a serlo?

Guardé silencio por un momento. Vagaba con la imaginación de un lado para otro, de la luz a la oscuridad… La oscuridad, representada por «Pale Horse»; la luz, que Hermia traía. Una luz de sensatez, pues no en balde la lámpara se hallaba firmemente asentada en su sitio, aclarando hasta los más tenebrosos rincones. Allí no había nada… Sólo los objetos corrientes que se encuentran en todas las habitaciones. Y sin embargo… La claridad que Hermia aportaba, destacándolo todo, no prestaba a las cosas mucho más de lo que podía presentarle una luz artificial…

Resueltamente, obstinadamente, mi mente desanduvo el camino.

—Pretendía penetrar en ese mundo, Hermia. Averiguar qué era lo que ocurría dentro de él.

—Me parece bien; es una inquietud de la que yo también participo. Resultaría interesante, divertido…

—¡No, no! ¡Divertido, no! —contesté con viveza. Inmediatamente añadí—: Quería preguntarte si estabas dispuesta a ayudarme, Hermia.

—¿Ayudarte? ¿Cómo?

—Colaborando conmigo en las investigaciones que me propongo emprender. Ya sabes con qué fin.

—Pero, querido Mark… Precisamente estos días ando muy ocupada. Tengo que preparar mi artículo para el Journal. Y luego está ese trabajo sobre Bizancio. Además, he prometido a dos de mis alumnos…

Sus palabras sonaban razonables, como siempre. La voz del sentido común… Apenas le escuchaba.

—Comprendo —dije—. Tienes demasiado quehacer.

—Eso es.

Hermia se sentía aliviada al comprobar que no pensaba insistir. Me dirigió una cálida sonrisa. Una vez más me sorprendió su indulgente expresión. La misma que hubiera podido aparecer en el rostro de una madre al ver a su pequeño entusiasmado con su nuevo juguete.

Pero yo no era ningún niño. Y no era una madre lo que buscaba precisamente… Menos aún de aquel tipo. La mía había sido a la vez encantadora, femenina y valerosa. Cuantos giramos en torno a ella la habíamos adorado.

Estudié a Hermia desapasionadamente.

Era una mujer hermosa, ya hecha, auténticamente intelectual, culta. Y no obstante… Pese a todo… ¿Cómo podría decirlo? ¡Sí, Hermia resultaba terriblemente aburrida!

2

A la mañana siguiente intenté ponerme en contacto con Jim Corrigan, sin conseguirlo. Le pasé recado, indicándole que si podía acercarse por mi casa entre las seis y las siete, tendría un gran placer en invitarle a beber algo. Sabía que era un hombre muy

ocupado y dudaba de que pudiese venir habiéndole avisado con tan poco tiempo, pero acudió a la cita. Serían en el momento de su llegada las siete menos diez. Mientras le preparaba un *whisky* estuvo paseando por mi piso, curioseando en mis cuadros y libros. Finalmente declaró que le habría gustado más ser emperador mogol que cirujano de la policía, constantemente desbordado por el trabajo.

—Aunque yo me atrevería a afirmar —añadió en el instante de instalarse en un sillón—, que esa gente era víctima de innumerables complicaciones originadas por su afición a las faldas. Yo, por lo menos, me libro de eso.

—¿No te has casado todavía?

—Ni hablar. Y creo que tú piensas como yo. No hay más que ver el confortable revoltillo en que vives. Una esposa hubiera aclarado esto en menos de lo que canta un gallo.

Le contesté diciéndole que a mí no me parecían las mujeres tan inconvenientes como él quería dar a entender.

Me instalé en otro sillón, enfrente de Corrigan, con mi vaso de *whisky* en la mano.

—Tienes que preguntarte —comencé a decir—, por qué deseaba hablar contigo con tanta urgencia. En realidad ha surgido algo que puede tener relación con el tema que abordamos en nuestro último encuentro.

—¿Qué fue? Ah, claro… El asesinato del padre Gorman.

—Sí… Ahora bien, antes de nada, respóndeme: ¿significan algo para ti las palabras «Pale Horse»?

—Pale Horse… Pale Horse… Pues no… No creo… ¿Por qué?

—Porque estimo posible que se hallen ligadas a la lista de nombres que me enseñaste… He estado en el campo con unos amigos, en un sitio llamado Much Deeping. Allí me llevaron a una antigua hostería, posada o taberna, lo que fuera en su tiempo, llamada «Pale Horse».

—¡Espera un momento! ¿Much Deeping? Much Deeping… ¿Se trata de una población que cae cerca de Bournemouth?

—Se encuentra a unas quince millas, aproximadamente.

—Supongo que no has llegado a conocer allí a un tal Venables, ¿eh?

—Pues sí, le he conocido.

—¿De veras? —Corrigan se irguió en su asiento, presa de una gran agitación—. Desde luego, sabes elegir los sitios que visitas. ¿Cómo es Venables?

—Un tipo muy notable.

—Lo es, ¿no? Notable, ¿en qué aspecto?

—Posee una indudable personalidad. Aunque tenga, a consecuencia de un ataque de poliomielitis, paralizadas ambas piernas…

Corrigan me interrumpió bruscamente.

—¿Eh?

—Sí. Eso le pasó hace varios años. Tiene paralizada la mitad del cuerpo…

Corrigan se recostó abandonadamente en el sillón, con una expresión de disgusto en el rostro.

—¡Eso lo echa todo por tierra! Demasiado bello para ser verdad.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Tienes que ir a ver al inspector Lejeune. Tu información le interesará mucho. Cuando Gorman fue asesinado, Lejeune requirió la colaboración de todas aquellas personas que hubiesen visto al sacerdote en la calle en que se cometió el crimen esa noche. La mayor parte de las respuestas fueron inútiles, como ocurre frecuentemente. Pero apareció un farmacéutico llamado Osborne que se encontraba establecido allí. A Lejeune le comunicó que había visto a Gorman en el momento de pasar delante de la farmacia, seguido a pocos pasos de distancia por otro hombre… Naturalmente, en aquellos instantes no dio importancia al hecho. Pero hizo una descripción del seguidor del sacerdote muy detallada. Estaba seguro, además, de reconocerle si le veía de nuevo. Bien… Hace un par de días, Lejeune recibió una carta de Osborne. Está retirado y vive en Bournemouth. En aquella le notificaba haber asistido a una fiesta, donde vio al hombre en cuestión. Había ido allí en su silla de ruedas. Osborne preguntó por él y le dijeron que se llamaba con seguridad Venables.

Mi amigo me miró inquisitivamente. Yo asentí.

—Es verdad. Era Venables. Este asistió a la fiesta. Pero no es posible que sea el hombre que a lo largo de una calle de Paddington

marchara tras el padre Gorman. No, en absoluto. Osborne se ha equivocado.

—Facilitó una meticulosa descripción. Le señaló entre otras particularidades una talla de un metro ochenta centímetros, una nariz prominente, igual que la nuez… ¿Correcto?

—Sí, sí. Esas señas coinciden con las de Venables. Sin embargo.

—Me lo figuro. Osborne no es tan buen fisonomista como cree. Ha incurrido, evidentemente, en un error. Se trata, sin duda, de una coincidencia. Pero se desconcierta uno al pensar en tu viaje por esa misma región, en lo del caballo bayo o lo que sea. ¿Qué significa esa marca?[4]. Vamos, cuéntame tu historia.

—No la creerás —le advertí—. En realidad ni yo mismo le doy crédito.

—Habla. Te escucho.

Le referí mi conversación con Thyrza Grey. Su reacción fue inmediata.

—¡Qué disparate!

—¿Verdad que sí?

—¡Por supuesto! ¿Qué te ha pasado, Mark? Gallos blancos… ¡Sacrificios, supongo! Una médium, la bruja de la localidad, una solterona campesina capaz de lanzar un rayo mortal… Todo eso es una locura, hombre…

—Sí, claro —reconocí abrumado.

—No me des tantas veces la razón, Mark. Me haces imaginar que hay algo indefinible detrás de todo eso. ¿Por qué me lo has contado si no? ¿No es lo mismo que tú piensas?

—Permíteme que te haga una pregunta. Quiero aludir a esa teoría del secreto deseo de morir… ¿Posee alguna autenticidad desde el punto de vista científico?

Corrigan vaciló un momento. Después me contestó:

—Mi especialidad no es la psiquiatría. Entre nosotros: yo creo que la mitad de mis colegas, refiriéndome a los que practican aquella, fantasean a menudo sin ton ni son, emborrachándose de teorías de la más diversa especie. Llegan demasiado lejos… Puedo decirte que la policía no mira nunca con muy buenos ojos a los expertos en ese campo, requeridos casi siempre por la defensa para explicar los móviles que indujeron a un hombre a matar a una

desvalida mujer, desposeída a continuación de su dinero.

—¿Prefieres tu teoría glandular?

—Está bien, está bien… Yo también soy un teórico. Admito. No obstante, puedo aducir que hay una razón de carácter físico, la cual respalda mi hipótesis. En cuanto a todos estos líos del subconsciente… ¡Bah!

—¿No crees en él?

—Desde luego que sí. Pero esos tipos abusan. Hay algo de verdad en lo del «deseo de la muerte» y todo lo demás, aunque no tanto como ellos desean hacer ver.

—Lo cierto es que, como tú dices, hay algo.

—Lo mejor sería que te compraras un libro sobre psicología y lo leyeras de cabo a rabo.

—Thyrza Grey sostiene que ella conoce cuanto se puede conocer sobre la materia.

—¡Thyrza Grey! —exclamó con un bufido Corrigan—. ¿Qué puede saber una solterona campesina de psicología mental?

—Ella afirma que mucho.

—Nada. Lo que te dije antes: ¡un disparate!

—Eso es lo que la gente ha dicho siempre ante cualquier descubrimiento en desacuerdo con las ideas imperantes. ¿Buques de hierro? ¡Qué tontería! ¿Aviones? ¡Qué desatino..!

Jim me interrumpió:

—De manera que te lo has tragado todo: anzuelo, sedal y plomo, ¿no?

—Nada de eso. Yo sólo quería saber si existía una base científica para lo que te he explicado.

Corrigan me miró con un gesto de desdén.

—¿Qué base científica quieres que exista? Estoy viendo que tras toda tu historia vas a comenzar a hablarme de la Mujer de la Caja.

—¿A qué te refieres?

—Se trata de un fantástico relato que uno recuerda de cuando en cuando… Nostradamus y la madre Shipton. Hay gente dispuesta a creérselo todo.

—Al menos podrías informarme de cómo te va con tu lista de hombres.

—Los agentes encargados de las investigaciones han estado

trabajando mucho, pero estas cosas requieren tiempo y un puñado de rutinarios trámites. Unos apellidos sin señas no pueden decir mucho con respecto a sus exactos propietarios.

—Adoptemos otro punto de vista. Estoy dispuesto a hacer una apuesta. Yo afirmo que en un espacio de tiempo relativamente breve —un año o año y medio—, comprobaremos que cada uno de esos hombres han aparecido en un certificado de defunción. ¿Crees que me hallo en lo cierto o no?

Mi amigo me dirigió una mirada de extrañeza.

—Quizá tengas razón… por lo que hemos visto hasta ahora.

—Eso es lo que tienen todos en común: muerte…

—Sí, pero tal vez este hecho no resulte prometedor como aparece, Mark. ¿Tienes alguna idea acerca de la cantidad de personas que fallecen diariamente en las Islas Británicas? Algunos de los apellidos que figuran en la lista son muy corrientes, lo cual no es precisamente una ayuda.

—Delafontaine… Mary Delafontaine… Este apellido no es nada común, ¿verdad? Creo que sus funerales tuvieron lugar el martes.

La mirada de Corrigan era ahora escrutadora.

—¿Cómo te has enterado de eso? Lo leíste en el periódico, supongo.

—Lo supe por una amiga de la difunta.

—Nada de sospechoso hubo en su muerte. Puedo asegurártelo. Con los restantes fallecimientos ocurre lo mismo. La policía ha llevado a cabo investigaciones. De haberse tratado de «accidentes» había motivos más que sobrados para alarmarse. Pero nos encontramos ante unas defunciones completamente normales: pulmonía, hemorragia cerebral, tumor cerebral, cálculos biliares, un caso de polio… Nada sospechoso, en absoluto.

Asentí.

—Nada de accidentes, nada de envenenamientos. Únicamente enfermedades que conducen a los que las sufren a la muerte. Exactamente lo que Thyrza Grey sostiene…

—¿Sugieres que esa mujer posee facultades para lograr que alguien a quien jamás ha visto, una persona además situada a varias millas de distancia, caiga enferma de pulmonía y muera?

—Yo no he sugerido tal cosa. Fue ella quien lo hizo… Creo que

es una fantasía y me gustaría considerarla posible. Pero hemos de tener en cuenta diversos factores, todos ellos curiosos. Así está la casual mención de «Pale Horse» en relación con personas intencionadamente eliminadas. Existe un lugar llamado así… La mujer que habita en esa casa afirma que tal operación es factible. Es más: alardea de ello… Dentro de la misma población vive un hombre que ha sido identificado como el seguidor del padre Gorman la noche en que este fue asesinado, cuando regresaba de asistir a una moribunda a quien otra persona oyó hablar de «una tremenda iniquidad»… Son demasiadas coincidencias, ¿no te parece?

—Aquel hombre no pudo ser Venables puesto que, según tú, hace varios años que es paralítico.

—¿No es posible, desde el punto de vista médico, que esa parálisis sea fingida?

—No. Las extremidades presentarán, sin duda, señales de atrofia.

—Es un hecho que, ciertamente, salda la cuestión —admití con un suspiro—. Una lástima. Porque de existir una organización especializada en la eliminación de seres humanos Venables es el cerebro indicado para regirla. Las cosas que ha reunido en su casa valen una fantástica suma de dinero. ¿De dónde habrá salido este? —Hice una pausa y luego agregué—: Esas personas que han muerto pacíficamente en sus lechos, ¿han beneficiado a alguien con su desaparición?

—En mayor o menor grado y dentro de determinadas escalas sociales, la muerte de una persona siempre favorece a otra. Tú lo que quieres saber es si la policía ha observado detalles particularmente sospechosos. Veamos. *Lady* Hesketh_Dubois, como sabes, sin duda, dejó al morir unas cincuenta mil libras. Sus herederos son sus sobrinos y una sobrina. El primero vive en el Canadá. La sobrina es casada y habita en un lugar del norte de Inglaterra. Ese dinero irá a parar a sus manos. A Thomasina Tuckerton le dejó su padre una gran fortuna. Por haber muerto soltera y antes de los veinte años de edad la heredera de aquella es su madrastra, una mujer a la que no cabe señalar nada censurable. Luego tenemos a la señora Delafontaine, cuyo dinero pasa a su

sobrina…

—Sí. ¿Y dónde vive esta?

—En Kenya, con su esposo.

—Todos ellos ausentes —comenté.

Corrigan me echó una enojada mirada.

—De los tres Standford fallecidos uno dejó una esposa mucho más joven que él, la cual ha vuelto a contraer matrimonio… con bastante rapidez. El difunto era católico, de manera que no hubiera accedido nunca al divorcio. En Scotland Yard se sospechaba que un tal Sidney Harmondswort, muerto a consecuencia de una hemorragia cerebral, se procuraba ingresos extra por medio del chantaje. Varias personas de elevada posición deben haberse sentido aliviadas ante su desaparición.

—Me estás dando a entender que todos esos fallecimientos fueron verdaderamente oportunos. Háblame ahora de Corrigan.

—Corrigan es un apellido muy corriente. Son muchas las personas de ese nombre que han muerto últimamente… Por lo que sabemos hasta ahora, de tales fallecimientos no se han derivado especiales beneficios para nadie.

—La revisión llega a su fin. Tú eres la víctima en perspectiva. Ten cuidado.

—Lo tendré. Y no creo que tu bruja sea capaz de producirme una úlcera duodenal o una fuerte gripe. La profesión me ha endurecido.

—Escucha, Jim. Me propongo llegar al fondo de la teoría defendida por Thyrza Grey con tanto interés. ¿Quieres ayudarme?

—No, desde luego que no. No acierto a comprender cómo un hombre educado como tú puede dar crédito a esos disparates.

Suspiré.

—¿No puedes usar otra palabra? Estoy cansado ya de oír eso.

—Necedades, tonterías… ¿Te gustan esas más?

—No mucho.

—Eres obstinado, ¿eh, Mark?

—En la forma en que están planteadas las cosas alguien tiene que serlo.

CAPÍTULO X

1

Glendower Close era un paraje recientemente urbanizado. El terreno aprovechable ondulaba en forma de un semicírculo irregular, en uno de cuyos extremos se veían varios edificios, algunos de ellos todavía en construcción. En el centro, aproximadamente, se veían las puertas de una cerca con un rótulo en el centro que rezaba lacónicamente: «Everest».

Inclinada sobre el terreno, dentro de la zona del jardín, se veía la redonda figura de un nombre que el inspector Lejeune reconoció sin dificultad: tratábase de Zachariah Osborne, entretenido en aquellos momentos en plantar unos bulbos. Abrió la puerta y pasó al interior. El señor Osborne se incorporó para ver quién era el que penetraba en sus dominios. Al identificar a su visitante su faz ya roja de por sí se cubrió de una capa adicional de carmín, reveladora del placer que le producía su llegada. El Osborne campesino presentaba todos los rasgos del otro Osborne propietario de una farmacia en Londres. Calzaba unos rústicos zapatos y llevaba una camisa arremangada, pero también con este atuendo resaltaba su limpieza característica de hombre de la ciudad. Su brillante calva se hallaba cubierta de sudor, que él secó cuidadosamente con un pañuelo antes de salir al encuentro del inspector.

—¡Inspector Lejeune! —exclamó complacido—. Considero esto un honor. De veras, señor. Recibí su carta, correspondiendo a la mía, pero no esperaba verle por estos lugares. Bienvenido a mi modesta morada. Bienvenido a «Everest». ¿Le sorprende a usted el nombre, quizá? Es que los Montes Himalaya me han interesado

siempre. En su día seguí paso a paso todos los azares de la expedición al Everest. ¡Qué triunfo para nuestro país! *Sir* Edmund Hillary. ¡Qué hombre! ¡Qué tesón, qué resistencia la suya! Como todos aquellos que no han tenido que sufrir incomodidades personales aprecio en su justo valor el coraje de los que se obstinan en conquistar montañas jamás holladas por la planta del hombre o navegan entre temibles icebergs para descubrir los secretos del Polo. Pero, entre y acépteme una copa de cualquier cosa.

Guiando a su huésped el señor Osborne hizo entrar a Lejeune en la reducida vivienda, reluciente de limpia aunque escasamente amueblada.

—Todavía no he acabado de instalarme —explicó el farmacéutico—. Asisto a las subastas de por aquí siempre que me es posible. Por tal procedimiento uno se hace de cosas que en las tiendas valdrían tres veces más. ¿Qué podría ofrecerle a usted? ¿Una copa de jerez? ¿Cerveza? ¿Una taza de té? Puedo preparar este en un periquete.

Lejeune contestó que prefería una cerveza.

—Aquí la tiene —dijo Osborne momentos después, regresando de la habitación vecina con dos «tanques» de peltre llenos hasta los bordes del dorado líquido—. Nos acomodaremos un poco para descansar un rato. «Everest». ¡Ah!, el nombre de mi casa tiene un doble significado[5]. Estas pequeñas bromas me gustan.

Dicho esto, el señor Osborne se inclinó hacia delante ansiosamente.

—¿Le ha sido de utilidad mi información —inquirió.

Lejeune suavizó el golpe hasta donde le era posible.

—Me temo que no tanto como esperábamos.

—¡Ah! Confieso que estoy desconcertado. Aunque, en realidad, no hay razones para suponer que un hombre que avanzaba en la misma dirección que el padre Gorman asesinó a este. Quizá hayamos dado excesiva importancia al hecho. Además, el señor Venables es un individuo acomodado, respetado en la localidad, dentro de cuyos círculos más selectos, se mueve.

—La cuestión es que el señor Venables no puede ser el hombre que vio usted aquella noche.

El señor Osborne se irguió bruscamente.

—¡Oh! ¡Ya lo creo que lo es! No tengo la menor duda. Jamás me equivoco cuando veo una cara.

—Pues esta vez ha de reconocer su error —repuso Lejeune suavemente—. El señor Venables es una víctima de la polio. Desde hace más de tres años se encuentra paralizado desde la cintura a los pies y es incapaz de utilizar sus piernas.

—¡Polio! —exclamó Osborne—. ¡Oh, Dios mío..! Eso parece zanjar la cuestión. Y sin embargo… Dispénseme, inspector Lejeune. Espero que no se moleste. ¿Es cierto eso realmente? Quiero decir: ¿posee usted una prueba médica al respecto?

—Sí, señor Osborne. La tenemos. El señor Venables es paciente de *sir* William Dugdale, de Harley Street, uno de los doctores más eminentes de Londres.

—Desde luego, desde luego… Un miembro del Colegio Real de Médicos. ¡Un hombre célebre! Parece ser que he sufrido una terrible equivocación. ¡Estaba tan seguro! ¡Las molestias que he causado para nada!

—No debe usted tomar las cosas así —le atajó Lejeune rápidamente—. Su informe continúa siendo valioso. Es evidente que el hombre que usted vio se asemeja muchísimo al señor Venables y como este, en cuanto a sus facciones, un tipo masculino poco vulgar; hay que pensar en que no existen muchas personas que se ajusten a su descripción.

—Cierto, cierto —Osborne se animó un poco—. El hombre del mundo del hampa de aspecto similar al del señor Venables… Verdaderamente, no puede haber muchos. En los archivos de Scotland Yard…

Miró esperanzado al inspector.

—Puede que la cosa no sea tan sencilla como eso —repuso aquel —. Existe la posibilidad de que el sujeto que nos interesa no esté fichado. Y en todo caso, como ya dijo usted antes, no hay razones aún para suponer que el desconocido seguidor del padre Gorman sea su agresor.

El señor Osborne parecía deprimido de nuevo.

—Habrá de perdonarme. Creo que me he dejado arrastrar de mi deseo de ser útil… ¡Me habría agradado tanto figurar como testigo de un proceso criminal! Nadie habría conseguido hacerme ceder

terreno, se lo aseguro… ¡Oh, no! ¡Me habría aferrado bien a mis convicciones!

Lejeune guardaba silencio, estudiando a su anfitrión pensativamente.

El señor Osborne respondió a su callado escrutinio.

—¿Deseaba preguntarme algo?

—Sí. ¿Por qué tenía usted que aferrarse así a sus convicciones, señor Osborne?

Este dirigió una atónita mirada al policía.

—Pues porque estoy seguro de mí mismo… ¡Oh..! Sí. Ya comprendo lo que quiere decir. El hombre en cuestión no era el que interesa conocer… Consecuentemente, no tengo por qué sentirme tan seguro… No obstante, yo…

Lejeune se echó hacia delante.

—Tal vez se haya preguntado usted por qué he venido a verle hoy. Sí. ¿Por qué me encuentro aquí en estos instantes habiendo logrado una prueba de carácter médico que demuestra que el hombre visto por usted no era el señor Venables?

—Claro, claro… bien, inspector Lejeune. ¿Por qué ha venido usted?

—He venido porque me impresionó su convencimiento por lo que atañe a la identificación. Quise saber en qué se basaba su certeza. Recuerde que aquella fue una noche brumosa. He estado en su tienda. Desde la puerta de la misma he mirado hacia el lado opuesto. Tengo la impresión de que en una noche de niebla no se podría percibir claramente a esta distancia un rostro humano y menos distinguir con detalle sus facciones.

—Tiene usted razón, hasta cierto punto. La niebla iba extendiéndose en aquellos momentos. Pero llegaba, a ver si usted me comprende, en jirones. Había espacios despejados… En uno de ellos divisé al padre Gorman, avanzando rápidamente por la acera opuesta. Por eso pude verle con tanta claridad, lo mismo que al desconocido, que le seguía de cerca. Además, en el instante preciso en que este último se hallaba a mi altura encendió un mechero, a cuya llama arrimó el cigarrillo que llevaba en los labios… Su perfil se destacó en tal momento con toda claridad: la nariz, la barbilla, la pronunciada nuez… Me sorprendió su rostro entonces. No lo había

visto nunca por allí. «De haber entrado alguna vez en mi establecimiento me acordaría», pensé. Así pues…

El señor Osborne se interrumpió bruscamente.

—Le escucho —dijo Lejeune en actitud cavilosa.

—Un hermano —sugirió Osborne animado—. ¿Un hermano gemelo, quizá? Eso supondría la solución del enigma.

—¿El clásico caso de los hermanos gemelos? —Lejeune sonrió, moviendo la cabeza en un elocuente gesto de negación—. Una treta muy socorrida en las obras de pura fantasía. Ahora que, en la vida real, no se da…

—No. Supongo que no. No obstante, es posible que un hermano normal… Un parecido muy acentuado… —El señor Osborne parecía razonar juiciosamente.

—Por las averiguaciones que llevamos hechas hemos sabido que el señor Venables no tiene ningún hermano.

—¿Por las averiguaciones que llevan ustedes hechas?

—Aunque de nacionalidad inglesa, él nació en el extranjero. Sus padres le trajeron a la metrópoli cuando contaba solamente once años.

—Entonces no saben ustedes mucho de ese hombre… A su familia, me refiero.

—No. No es fácil averiguar ciertas cosas acerca del señor Venables. Es decir, si no nos decidimos a preguntárselas a él mismo. Y, ¿en qué nos vamos a fundar para proceder así?

Lejeune hablaba lentamente. Siempre existían medios para enterarse de lo que a la policía le convenía saber sin que esta se viese obligada a recurrir al interesado, pero el inspector no abrigaba la menor intención de poner a Osborne al corriente de eso.

—En consecuencia —añadió el inspector poniéndose en pie—, de no ser por el testimonio médico usted no vacilaría en cuanto a la identificación del desconocido, ¿verdad?

—Así es —repuso Osborne—. Recordar rostros… Precisamente ese es uno de mis pasatiempos favoritos. —Dejó oír una risita—. A muchos de mis clientes les he sorprendido con ello. «¿Cómo va ese asma?», le preguntaba a lo mejor a uno. Su asombro no tenía límites. «Usted estuvo en mi farmacia en el mes de marzo pasado», agregaba entonces. «Trajo una receta del doctor Margreaves». Por

tal medio, además, me aseguraba la asiduidad de los compradores. A la gente les agrada que se les recuerde. Sin embargo, ve usted, no tenía tanta memoria para los nombres. Me inicié en esa práctica de muy joven. Si Royalty era capaz de hacer eso, solía decirme, ¿por qué has de ser tú menos, Zachariah Osborne? Al cabo de cierto tiempo se convierte en un acto mecánico. Apenas sí hay que hacer esfuerzo alguno.

Lejeune suspiró.

—Mucho me gustaría poder poner sobre el estrado de los testigos a un hombre como usted, en el momento oportuno —dijo —. La identificación constituye siempre una ardua tarea. La mayor parte de la gente es incapaz de concretar. Corrientemente todos salen con cosas como esta: «Yo creo que era más bien alto. Cabellos rubios… Bueno. No muy rubios. Un tono intermedio. Tenía una cara de facciones corrientes. Ojos azules, o grises… Castaños, quizá. Impermeable gris… O tal vez fuera azul marino».

El señor Osborne rio.

—Eso será para usted un grave inconveniente.

—Francamente: un testigo como usted nos parecía un enviado del cielo.

El farmacéutico, ante esta apreciación, se sentía muy complacido.

—Es un don —manifestó modestamente—. Lo que ocurre es que yo me he dedicado a cultivarlo. Ya conoce usted ese juego a que se entregan los niños en sus reuniones… Colocan un puñado de objetos en una bandeja y es necesario recordarlos después. Yo llegaba siempre al ciento por ciento. Mis amigos se quedaban pasmados al apreciar mi habilidad. Juzgaban esto una maravilla. Ni hablar… Es una costumbre. La práctica lo hace todo… También soy un excelente prestidigitador. Aprendí diversos trucos para divertir a los chicos en las Naciones. Perdone, señor Lejeune. ¿Qué ha guardado usted en el bolsillo interior de la chaqueta?

Se inclinó un poco, extrayendo de aquel un cenicero.

—Vamos, vamos… ¡Y pensar que es usted un miembro destacado del cuerpo policíaco!

Osborne se echó a reír de buena gana y Lejeune le imitó.

El farmacéutico prosiguió hablando:

—Me he instalado en un sitio magnifico. Los vecinos son personas agradables, cordiales. Llevo la vida que he estado soñando durante muchos años, pero he de admitir, señor inspector, que echo de menos las preocupaciones y cuidados de mi negocio. Ya sabe usted: siempre entrando y saliendo… Tipos que uno conoce, gente digna de estudio… Ahora procedo a la instalación de mi jardín y practico una gran cantidad de aficiones: mariposas, pájaros… No creo en realidad que acabe echando muy en falta el elemento humano.

»Tengo el proyecto de viajar un poco por el extranjero, en plan modesto. Me propongo, de momento, pasar un fin de semana en Francia. Una bonita excursión, a mi entender… No obstante, Inglaterra se me antoja lo más adecuado para mí. La perspectiva de la cocina extranjera no me seduce por una razón: por ahí no se tiene la menor idea acerca de la forma de preparar los huevos con jamón.

»Ya ve usted lo que es la humana naturaleza. Creí que mi retiro, tan ansiado, no iba a llegar nunca. Y ahora… Sepa que estoy estudiando la idea de comprar una pequeña participación en una farmacia de Bournemouth. Un motivo, simplemente, para tener en qué pensar. Desde luego, algo que no me ate al establecimiento durante todas las horas del día. No tardaré, pues, en andar metido a medias en mis cosas de siempre. A usted le ocurrirá lo mismo. Y si no al tiempo… Hará sus planes para el futuro, pero cuando llegue la hora añorará la agitación de su existencia actual.

Lejeune sonrió.

—En la vida del policía no se da esa romántica excitación en que usted piensa, señor Osborne. Su punto de vista es el del detective aficionado. La mayor parte de nuestro trabajo es de carácter rutinario y, como tal, monótono, aburrido. No siempre nos encontramos dedicados a la caza de hábiles criminales, ni siguiendo pistas misteriosas. Nuestra labor puede ser tan simple y corriente como cualquier otra.

El señor Osborne no parecía convencido.

—Usted no sabe más que yo de eso —dijo—. Adiós, señor Lejeune. Y siento de veras no haberle podido ayudar. Si surgiera algo, en cualquier momento…

—Le pondré a usted en antecedentes —le prometió el inspector.

—Me consta. Lástima que el testimonio de ese médico sea tan radical. Ahora bien, uno no puede prescindir así como así de un dato tan importante.

—Bueno…

Osborne dejó la palabra en el aire, interrumpiéndose repentinamente.

Lejeune no advirtió aquello. Había acelerado el paso inmediatamente. Osborne permaneció unos instantes junto a la puerta de la cerca, con la vista fija en el policía.

—Una prueba médica —murmuró—. La verdad es que los señores doctores… Si él supiera la mitad de lo que yo sé acerca de ellos… Unos inocentes, eso es lo que son. ¡Vaya garantía!

CAPÍTULO XI

1

Relato de Mark Easterbrook

Primero había sido Hermia. Ahora Corrigan.

Perfectamente. ¿Tenía qué reconocer entonces que me estaba conduciendo como… un necio?

A las patrañas les había dado el valor de sólidas verdades. Seducido por la farsante de Thyrza Grey había aceptado aquel fárrago de tonterías. Yo no era un tonto crédulo y supersticioso.

Decidí olvidar todo aquel maldito asunto. ¿Qué tenía que ver a fin de cuentas conmigo?

Por entre las brumas de mi desilusión me pareció oír las palabras apremiantes de la señora Calthrop:

—¡Tiene usted que hacer algo!

Muy bien. Que siguiera diciendo cosas como esa…

—Necesitará la ayuda de alguien…

Le había hablado a Hermia. Y también a Corrigan. Pero ni una ni otro se prestaban al juego. ¿A quién podía recurrir ya?

A menos que…

Me senté… Me puse a estudiar la idea que acababa de ocurrírseme.

En un impulso me acerqué al teléfono y llamé a la señora Oliver.

—¿Oiga? Aquí Mark Easterbrook.

—Soy yo, Ariadne Oliver.

—¡Ah! Escucha, Ariadne… ¿Podrías decirme el nombre de aquella chica tan joven que durante la fiesta estuvo todo el tiempo con nosotros, sobre todo dentro de casa?

—Confío en que sí… A ver… Sí, desde luego: Ginger. Ese era su nombre.

—Me acuerdo perfectamente. Lo que yo quiero saber es el otro.

—¿Qué otro?

—No creo que al bautizarla le pusieran ese. Y además tiene que llevar sus apellidos.

—Por supuesto, pero no tengo la menor idea acerca de él. No me acuerdo jamás de los apellidos, aparte de que estos no se mencionan casi en nuestros días. Aquella era la primera vez que veía a la chica —Hubo una ligera pausa y después Oliver agregó—: Tendrás que llamar a Rhoda y preguntárselo a ella.

Yo no quería hacer tal cosa. No sé por qué sentía una especie de timidez.

—No puedo hacer eso, Ariadne —contesté a mi amiga.

—¡Pero si es muy sencillo! —exclamó ella—. No tienes más que decirle que has perdido sus señas y que te es imposible recordar su nombre; que piensas enviarle uno de tus libros o el nombre de la tienda que vende un caviar baratísimo, o que tienes que devolverle un pañuelo que te prestó un día en que sufriste una pequeña hemorragia nasal, o que abrigas el propósito de remitirle la dirección de un amigo tuyo muy rico que desea restaurar un cuadro. Cualquiera de esos pretextos te servirá. Puedo pensar en una infinidad de ellos más si quisieras…

—No, no hace falta. Gracias, Ariadne.

Colgué para marcar inmediatamente el 100. Poco después hablaba con Rhoda.

—¿Ginger? Vive en Calgary Place, 45… Espera un momento. Voy a decirte su número de teléfono —Un minuto más tarde añadía —: Anota: Capricorn 35987. ¿Estamos?

—Sí, gracias. Pero, ¿y su nombre?

—¿Su nombre? Su apellido, querrás decir. Corrigan. Katherine Corrigan. ¿Qué decías?

—Nada. Gracias, Rhoda.

Me pareció aquella una extraña coincidencia. Corrigan. Dos

Corrigan. Quizá fuera un presagio.

Marqué el número de teléfono de Ginger.

2

Ginger se sentó frente a mí, en una mesa de La Cacatúa Blanca, donde nos habíamos citado para beber algo. Era la misma muchacha que conociera en Much Deeping: una enmarañada melena de rojos cabellos, una agraciada y pecosa faz y unos verdes ojos constantemente alertas… Claro que ahora ella vestía su elegante atuendo londinense… Con todo, se trataba de la misma Ginger. Y a mí me agradaba mucho, mucho.

—He tenido que hacer no pocas gestiones para localizarte —le dije—. Desconocía tu apellido y por tanto tus señas y número de teléfono. Hube de resolver un problema.

—Eso es lo que mi criado dice siempre. Habitualmente significa que hay o ha habido que adquirir una cacerola nueva, un cepillo para las alfombras o algo de ese tipo.

—No tendrás que comprar nada en este caso.

Luego se lo conté todo. No tardé tanto como con Hermia porque Ginger ya conocía a los ocupantes de «Pale Horse». Desvié la mirada de ella al dar fin a mi narración. No quería ver su reacción. No quería verla indulgentemente divertida o aferrada a una tenaz incredulidad. La historia parecía más estúpida, más insensata que nunca. Nadie (a excepción de la señora Calthrop), llegaría a sentir lo que yo sentía. Me entretuve en trazar caprichosos dibujos sobre el tablero de plástico de la mesa, valiéndome de las puntas de un tenedor en aquella, extraviado y olvidado por algún camarero.

Percibí la voz de Ginger.

—¿Eso es todo? —inquirió.

—Eso es todo —admití.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Tú crees que yo… debiera hacer algo?

—¡Naturalmente! ¡Alguien habrá de ocuparse de eso! No se puede saber de una organización que se dedica a eliminar gente y permanecer con los brazos cruzados.

—Pero, ¿qué podría hacer?

De buena gana la hubiera abrazado.

Ginger bebía su Pernod y fruncí el ceño al mismo tiempo. Sentía una oleada de optimismo… Había dejado de estar solo.

Luego dijo bajando la voz:

—Habrás de averiguar qué significa todo eso.

—Sí, pero, ¿cómo?

—Se presentan una o dos direcciones a seguir. Quizá pueda yo serte de utilidad.

—¿Tú crees? ¿Y tu empleo?

—Fuera de las horas de oficina puedo hacer mucha labor.

Ginger continuaba reflexionando.

—Esa chica —dijo por fin—. La que te presentaron después de la representación teatral en Old Vic, Poppy. ¿No se llamaba así? Esa sabe algo, forzosamente. Si no, no te hubiera dado aquella respuesta.

—Sí, pero está asustada. Me dio de lado en cuanto intenté formular unas preguntas. Lo más probable es que se niegue a hablar.

—Aquí es donde entro yo en escena —manifestó Ginger muy confiada—. Ella me dirá cosas que no accedería jamás a contarte a ti. ¿No puedes buscar un pretexto para que nos conozcamos? Su amigo podría llevarla a cualquier sitio y nosotros nos presentaríamos allí. El lugar sería un local de espectáculo, un restaurante… Da igual una cosa que otra. Este es un detalle secundario —Ginger vaciló un instante—. ¿No resultará muy cara la treta, Mark?

Le aseguré que podía aún soportar un gasto así.

—En cuanto a ti… —Ginger meditó unos segundos antes de proseguir—: Creo que lo mejor que podrías hacer es enfocar el asunto por la parte de Thomasina Tuckerton.

—¿Cómo? La muchacha ha muerto.

—Alguien deseaba ardientemente su muerte, ¿no? Hay que pensar así, si tus razonamientos son correctos. Alguien recurriría entonces a «Pale Horse». Parecen existir dos posibilidades: por parte de la madrastra o de la chica que riñó con Thomasina en el café de Luigi, a la que esta última había quitado el novio. Tal vez fueran a

casarse. Esto era algo que no convenía a la primera ni a la segunda de las mujeres citadas. Una u otro pudo contratar los servicios de «Pale Horse». He ahí dos pistas. ¿Cómo se llama la joven, si es que lo sabes?

—Creo que Lou.

—Cabellos rubios, mediana altura, busto más bien exagerado, ¿no es eso?

Me mostré de acuerdo con la breve descripción.

—Me parece que la conozco, Lou. Ellis, tiene algún dinero…

—No causaba esa impresión.

—Quizá no… pero lo tiene. De todas maneras se hallaba en condiciones de pagar la cantidad fijada por «Pale Horse». Supongo que esa gente no trabaja gratis.

—No cabe pensar en tal cosa.

—Tendrás que lanzarte tras la madrastra. Esa labor es más propia de ti que de mí. Ve a verla…

—Ignoro dónde vive.

—Luigi sabrá dónde para la casa de Tommy, conocerá por lo menos el distrito. El resto lo averiguaremos nosotros por otros medios. Pero, ¡qué tontos somos! Tú leíste su esquela en el Times. Bastará con consultar varios números atrasados en el archivo del periódico.

—Habré de inventar un pretexto para entrevistarme con la madrastra —dije pensativamente.

Ginger respondió que eso no presentaría dificultades.

—Tú eres alguien, ¿no? —señaló ella—. Posees, en tu calidad de historiador, varios títulos, reflejados en las siglas que siguen a tu nombre. La señora Tuckerton quedará impresionada al ver tu tarjeta.

—Pero, ¿y el pretexto?

—¿Te parece bien un fingido interés por su casa? —sugirió Ginger vagamente—. Seguro que quedará justificado si se trata de un edificio antiguo.

—Eso no tiene nada que ver con la época histórica en cuyo estilo me he especializado —objeté.

—¿Y qué sabe ella? —insistió Ginger—. Todo el mundo cree que cualquier cosa que cuente con cien años de existencia ha de ser

forzosamente interesante para un historiador o arqueólogo. ¿Y si recurrimos a las pinturas? En esa casa debe haber cuadros de un tipo u otro. Mira… Tú concertas una cita con la dueña, llegas allí, te muestras extraordinariamente amable… Luego le preguntas que tiempo atrás tuviste ocasión de conocer a su hija —a su hijastra—, y añades que te produjo una pena terrible, etcétera. Después, repentinamente, haces una referencia a «Pale Horse». Adopta una expresión perversa incluso si lo ves bien.

—¿Qué haré a continuación?

—Mantente atento a su reacción. Si tú mencionas «Pale Horse» y esa mujer no tiene la conciencia limpia, apuesto lo que quieras a que se traicionará a si misma con algún gesto o palabra.

—Y si todo resulta así, más adelante, ¿qué?

—Lo importante es averiguar, de momento, si vamos bien encarrilados. En cuanto estemos seguros de ello nos lanzaremos por el camino a toda máquina.

Segundos después, Ginger añadió pensativamente:

—Hay otra cosa. ¿Por qué crees que Thyrza Grey te dijo todo aquello? ¿Por qué fue tan explícita?

—El sentido común nos da la respuesta: porque no está en su sano juicio.

—No me refiero a eso. Quise decir: ¿por qué tú en particular y no otro había de ser el receptor de sus confidencias? Me pregunto si aquí no habrá algo que contribuya a orientarnos.

—A orientarnos, ¿en qué sentido?

—Espera un momento, a ver si consigo poner mis ideas en orden.

Esperé. Ginger asintió, volviendo a hablar en seguida.

—Supongamos, sólo es una suposición, ¿eh?, que todo ocurrió así… Imaginemos que Poppy se halla enterada de todo lo concerniente a «Pale Horse», no a través de una experiencia personal, sino de oídas. Parece una de esas chicas que pueden pasar perfectamente inadvertidas en una reunión… Y, no obstante, llegado el momento, se impone de la charla que sostienen unas gentes que desconocemos en su presencia. Hay personas bastante necias, que proceden a menudo de tal manera. ¿Y si luego alguien ha tenido noticia de lo que le contó o, mejor dicho, de su alusión y

se apresura a tocarle en el hombro, a modo de advertencia? Al día siguiente llegas tú y le haces unas preguntas. La muchacha está asustada y lógicamente no contesta a ellas. Pero existe un hecho… ¿Qué te habrá movido a ti a formular las mismas? Tú no eres policía. Lo más razonable es pensar que eres un cliente probable.

—Pero seguramente…

—Esto es lógico… Hasta ti han llegado unos rumores y deseas llevar a cabo ciertas averiguaciones, con un objetivo premeditado. Más tarde apareces en la fiesta de Much Deeping. Te llevan a «Pale Horse»… Evidentemente, porque lo has pedido… ¿Y qué ocurre entonces? Thyrza Grey pasa directamente a hacerte el artículo.

—Es posible —consideré—. ¿Crees que esa mujer es capaz de convertir en realidad lo que dijo?

—Personalmente, me inclino a pensar que, desde luego, ¡no! Pero siempre existen probabilidades de que sucedan cosas raras. Especialmente dentro del campo del hipnotismo. Ordénale a alguien en estado hipnótico que al día siguiente por la tarde, por ejemplo, coja un trozo de vela de donde sea… El sujeto lo hará sin tener la menor idea del porqué de su acción. Hay quien maneja cajitas con una enmarañada red de cables eléctricos, afirmando que si introduces en aquella una gota de tu sangre sabrás si vas a padecer la enfermedad del cáncer en el periodo próximo a dos años. Todo eso suena a falso, pero a lo mejor no es una mentira tan completa como pensamos. En cuanto a Thyrza… No creo que lo que dice sea verdad. Y sin embargo, ¡me siento espantada ante semejante posibilidad!

—Sí —repuse sombríamente—. Eso lo explica todo muy bien.

—Podríamos ocuparnos un poco de Lou —declaró Ginger pensativamente—. Sé de muchos sitios donde localizarla, dando a nuestro encuentro visos de casualidad. Quizá Luigi tenga también cosas interesantes que contarnos. Pero lo primero —añadió—, es entrar en contacto con Poppy.

Esto último quedó dispuesto con bastante facilidad. Tres noches después de esta conversación David tuvo libres unas horas. Fuimos a ver una revista y mi amigo apareció en el local, en que tenía lugar la representación llevando a Poppy a remolque. A la hora de la cena nos dirigimos al Fantasie. Advertí que Ginger y Poppy, después de

una ausencia un tanto prolongada en el tocador de señoras, volvieron hablando cordialmente, como dos buenas amigas. En el transcurso de la reunión no se plantearon temas capaces de provocar apasionadas discusiones, de acuerdo con las instrucciones de Ginger. Finalmente, las dos parejas nos separamos y yo llevé a Ginger a su casa, en mi coche.

—No hay mucho que informar —dijo mi acompañante animosamente—. He visto a Lou. A propósito, el motivo de su disputa con la otra chica fue un joven llamado Gene Pleydon. Un asunto ingrato. Las muchachas le adoran. Se Había dedicado por entero a Lou cuando Tommy se cruzó en el camino de ambos. Aquella sostiene que él iba detrás de su dinero exclusivamente… probablemente se obstine en pensar así para consolarse. De todas maneras Pleydon le hizo una mala jugarreta y la chica, naturalmente, está dolida. De acuerdo con sus declaraciones, aquello no fue propiamente una riña, sino un simple arranque de mal genio…

—¡Vaya, hombre! Has de saber que le arrancó a Tommy de raíz unos mechones de pelo.

—Me limito a contarte lo que Lou me dijo.

—No parece haberte costado mucho trabajo hacerle todas esa confidencias.

—¡Oh! Las chicas de su corte gustan de hablar de sus asuntos personales. Lo hacen sin el menor prejuicio, casi sin recato. Bueno, Lou tiene ya otro amigo, un buen elemento, me atrevería a asegurar, por el cual, además, está loca. Mi impresión es que no ha sido cliente de «Pale Horse». Pronuncié estas dos palabras en un momento que me figuré el más indicado y no registré reacción alguna. En mi opinión podemos eliminarla. Luigi cree, por otra parte, que Tommy sentía una seria atracción por Gene. Y este la buscaba. ¿Qué has logrado averiguar tú sobre la madrastra?

—Se encuentra fuera. Regresará mañana. Le he escrito una carta… Mejor dicho: le ordené a mi secretario que le escribiera, pidiéndole hora para una visita.

—Muy bien. Ya lo tenemos todo en marcha. Confío en que esto marchará bien.

—¡Con tal de que vayamos a parar a algún lado!

—Algo conseguiremos —dijo Ginger entusiasmada—. Ahora que me acuerdo… Volviendo al principio, al origen de esto… El padre Gorman fue asesinado después de asistir a una moribunda, por haber oído de labios de esta determinada información… Esa es la hipótesis. Ahora bien, ¿qué le ocurrió a esa mujer? ¿Murió también? ¿Quién era? He ahí otra probable pista, un hilo de la trama que puede llevamos a la meta.

—Murió, efectivamente. En realidad, no sé mucho de ella. Davis… Ese creo que era su apellido.

—Bien… ¿no se podría averiguar algo más?

—Ya veremos.

—Si llegásemos a conocer el ambiente en que se movía, tal vez supiéramos cómo se enteró de lo que más tarde había de saber también el padre Gorman.

—Comprendo lo que quieres decir.

Al día siguiente por la mañana llamé por teléfono a Jim Corrigan, a quien expuse mis pretensiones en aquel sentido.

—Deja que piense… Profundizamos algo, sin excedernos. El de Davis era un apellido falso. Por eso nos ocupó más tiempo de la cuenta localizarla, esto es, situarla en el campo de la actividad que desarrollaba antes de fallecer. Aguarda un momento… Tomé unas notas entonces… ¡Ah, sí! ¡Aquí está! Su apellido real era Archer. Su esposo resultó ser un delincuente de menor cuantía, un ratero. La mujer le abandonó, volviendo a utilizar su nombre de soltera.

—¿Qué clase de ratero era Archer? ¿Dónde podríamos verle, si eso es posible?

—¡Oh! No atendía más que a ciertas menudencias. Sustraía lo que se le ponía al alcance de la mano en los almacenes, robaba baratijas aquí y allá… Era un hombre de ciertas convicciones, no creas. Y digo que era, porque ya murió.

—No es muy amplia la información que me acabas de dar.

—No, no lo es. La firma para la cual trabajaba la señora Davis en el momento de ocurrir su fallecimiento era C. R. C. «Customers Reactions Classified»[6]. Los que rigen esta entidad poseían pocos datos en relación con ella y su familia.

Después de dar las gracias a mi amigo, colgué el auricular, sin más comentario.

CAPÍTULO XII

1

Tres días más tarde Ginger me llamó por teléfono.

—Tengo algo para ti —me dijo—. Un nombre y unas señas. Toma nota.

Saqué mi agenda.

—Adelante.

—El nombre es Bradley y las señas Municipal Square Buildings, 75, Birmingham.

—Bueno… ¿Y qué significa esto?

—¡Sólo Dios lo sabe! Porque lo que es yo estoy como tú. Y hasta dudo de que Poppy tenga una noción cierta de lo que me ha dicho.

—¿Poppy? Pero, ¿es que esto..?

—Sí. La he estado trabajando a fondo. Ya te anuncié que si lo intentaba le sacaría algo. En cuanto he conseguido apaciguarla, la cosa ha resultado fácil.

—¿Cómo lo lograste? —inquirí movido por la curiosidad.

—Asunto de mujeres, Mark. No me entenderías… La cuestión se centra en que lo que una chica cuenta a otra no tiene el relieve de una confidencia hecha a una persona del sexo opuesto.

—¡Ah, sí! Una especie de inofensiva masonería…

—Eso podría servir como explicación. Sea lo que sea, el caso es que hemos comido juntas y con tal ocasión yo me he dedicado a divulgar acerca de mi vida amorosa, citando diversos obstáculos… Un hombre casado con una mujer de insoportable carácter, que por el hecho de ser católica se negaba a concederle el divorcio, convirtiendo la vida de aquel en un infierno. Ella era inválida.

Sufría constantemente, pero aun así duraría muchos años. En realidad, la muerte para ella era un favor. Me respondió que una solución a ese problema era recurrir a «Pale Horse»… ¿Y qué era eso? Porque si bien había oído hablar de tal institución ignoraba muchos detalles. Quizá resultara extraordinariamente caro… Poppy me dijo que a ella también se le figuraba lo mismo. Había oído un comentario en tal sentido. Bueno. Al menos ya abrigaba algunas esperanzas. Eso declaré. ¿Por qué? Pues porque yo tenía también mi problema personal… Sí. Un tío abuelo… Me disgustaba al pensar en que había de llegar, inevitablemente, el día de su muerte, si bien con su desaparición yo resultaría favorecida. Tal vez me exigieran una cantidad a cuenta… ¿Cuál era el procedimiento para entrar en contacto con la organización? Entonces Poppy me salió al encuentro con ese nombre que te he dicho y las señas correspondientes. Antes de nada hay que ir a ver a ese hombre para concertar las condiciones comerciales de su gestión.

—¡Es fantástico!

—Lo es, ¿verdad?

Los dos guardamos silencio unos segundos.

—¿Y Poppy te dio a conocer eso abiertamente? —pregunté algo incrédulo—. ¿No te pareció… asustada?

Ginger repuso impacientemente:

—No comprendes, Mark. El simple hecho de decirlo carece en cierto modo de importancia. Además, Mark, si lo que imaginamos es verdad, el negocio ha de anunciarse poco o mucho, ¿no te parece? Habrán de ir en busca de «clientes» constantemente.

—Nos conducimos como unos locos al dar crédito a toda esa historia.

—Como quieras. Estamos locos. ¿Piensas ir a Birmingham a ver al señor Bradley?

—Sí —respondí—. Voy a ir a ver al señor Bradley; si es que existe.

Mi convencimiento en este aspecto era absoluto: no lo creía. Pero sí, me equivoqué. El señor Bradley existía.

Los «Municipal Square Buildings» constituían un verdadero enjambre de oficinas. El número 75 se encontraba en un tercer piso. En la puerta, de cristales, había unas letras en negro,

cuidadosamente pintadas: C. R. Bradley, Agente Comercial. Debajo leí, en letras más menudas: Haga el favor de entrar.

Entré.

Había una antesala reducida, vacía en aquellos momentos. Al fondo divisé otra puerta. Despacho particular, rezaba en un rótulo sobre la misma. Se encontraba entreabierta.

Una voz llegó a mis oídos.

—Pase, por favor.

Aquel cuarto era más grande. Contaba con una mesa, un par de confortables sillones, un teléfono y una batería de archivadores. El señor Bradley se hallaba acomodado detrás de la mesa.

Era un individuo menudo, moreno, de vivos y oscuros ojos. Vestía un traje de apagado tono, exactamente igual que los que suelen llevar miles de hombres de negocios.

—¿Tiene la bondad de cerrar la puerta? —inquirió con un cortés gesto—. Tome asiento. En ese sillón se sentirá a gusto. ¿Un cigarrillo? ¿No? Bien. ¿En qué puedo servirle?

Le miré. No sabía cómo empezar. ¿Qué le diría? No tenía la menor idea. Yo creo que fue la desesperación lo que me indujo a pronunciar la palabra con que, se inició nuestra conversación. O tal vez sus brillantes ojos provocaron aquel arranque…

—¿Cuánto? —inquirí lacónicamente.

Noté que se sobresaltó un poco, lo cual me alegró. Pero su gesto no fue el que a mí me hubiera gustado apreciar. No adoptó la pose, como yo habría hecho en su lugar, de creer que, alguien que no se encontraba bien de la cabeza acababa de penetrar en su despacho.

Sus cejas se elevaron unos milímetros.

—Bien, bien, bien… —dijo—. No quiere usted perder el tiempo, ¿eh?

Yo me aferré a mi pregunta.

—¿Qué responde usted?

Movió la cabeza suavemente, como si me reprochara con delicadeza aquella salida.

—Esta no es la manera correcta de abordar las cosas. Hemos de proceder debidamente…

Me encogí de hombros.

—Como usted lo crea oportuno. ¿Qué es lo correcto entonces?

—Aún no hemos sido presentados, ¿verdad? No sé cómo se llama usted.

—De momento no creo que me sienta inclinado a decírselo.

—Precavido.

—Precavido.

—Una casualidad admirable…, que no siempre puede utilizarse en la vida cotidiana. Dígame: ¿quién le envió a mí? ¿Quién es nuestro mutuo amigo?

—Tampoco puedo decírselo. Un amigo mío tiene amistad con un individuo que a su vez tiene relación con usted.

El señor Bradley asintió.

—Así es como suelo ponerme en contacto con la mayoría de mis clientes —manifestó—. Algunos de los problemas que exponen son de carácter más bien… delicado. Supongo que conoce mi profesión, ¿no?

No abrigaba ninguna intención de aguardar mi réplica. Se apresuró a darme la contestación.

—Agente de apuestas del hipódromo —declaró—. ¿Le interesan a usted, quizá, los caballos?

Entre las dos últimas palabras hubo una levísima pausa.

—No soy hombre aficionado a las carreras de caballos —repuse evasivo.

—Este noble animal ofrece diversos aspectos. Existen las carreras de caza, el simple paseo… a mí me agrada en su aspecto deportivo. Y las apuestas —Bradley se detuvo para preguntar con aire indiferente, demasiado indiferente—: ¿Piensa en algún caballo especial?

Me encogí de hombros antes de decidir quemar mis naves.

—Un bayo.

—¡Ah! Muy bien, excelente. ¡Oh! No tiene por qué ponerse nervioso. No hay motivo para dejarse dominar por los nervios.

—Eso ya lo ha dicho usted antes —declaré con rudeza.

Los modales del señor Bradley se tornaron aún más blandos y calmosos.

—Comprendo sus sentimientos. Pero le puedo asegurar que no tiene por qué preocupase. Soy abogado… Desde luego, excluido del foro —añadió Bradley graciosamente—. De lo contrario no me

encontraría aquí. Conozco la ley. Todo es cuestión de una apuesta. Un hombre puede apostar sobre lo que quiera, sobre si lloverá mañana, si los rusos lograrán poner un hombre en la Luna o si su esposa va a tener gemelos. Usted puede apostar lo que quiera a que el señor B. morirá antes de Navidad o a que el señor C. vivirá cien años más. Usted respalda con una decisión como esa su buen juicio o sus presentimientos, lo que parezca que puede llamársele… El mecanismo, como verá, es bien sencillo.

Experimenté la impresión de hallarme ante un cirujano, tranquilizando a su cliente al tratar de los probables resultados de una operación. En el despacho del señor Bradley se respiraba una atmósfera de consulta médica.

Le respondí hablando lentamente:

—En realidad no comprendo bien todo este asunto de «Pale Horse».

—¿Y eso le preocupa? Sí. Hay mucha gente que reacciona igual. Hay más cosas en el cielo que en la tierra… Horacio, etc. Con franqueza: tampoco yo lo comprendo. Pero da resultados positivos. Funciona de una manera maravillosa.

—Si usted me pudiese ampliar la información que poseo…

Yo estaba encajado en tales momentos en mi papel… Íntimamente me encontraba asustado. El señor Bradley, no obstante, habría tenido que enfrentarse muchas veces con muchísimas personas en una disposición de ánimo similar.

—¿Conoce usted el sitio?

Tomé una rápida determinación. Sería una imprudencia mentir.

—Yo… Bueno… Sí… Estuve allí con varios amigos. Me llevaron…

—Es encantadora la vieja hostería. Repleta de interés histórico. Además, las restauraciones han sido presididas por un inteligente criterio. Así, pues, la conoce… A mi amiga, a la señorita Grey…

—Sí… sí, por supuesto. Es una mujer extraordinaria.

—¿Verdad? ¿Verdad? Ha dado usted en el clavo. Una mujer extraordinaria. Y en posesión de extraordinarios poderes.

—¡Hay que ver las cosas que dice! Seguramente… imposible.

—Exactamente. Eso es. Las cosas que ella dice conocer y las otras de que es capaz, constituyen un imposible. Cualquiera lo

afirmaría así. Ante un tribunal, por ejemplo…

Los negros y brillantes ojos de Bradley me miraron escrutadores. Mi interlocutor repetía las palabras con estudiado énfasis.

—Ante un tribunal por ejemplo… todo eso parecería ridículo. Si esa mujer se levantara para confesar un crimen, un crimen a distancia, por «influjo de la voluntad», su declaración no sería válida. Aun cuando esta fuera cierta (cosa que los hombres sensatos como usted y como yo no creemos ni por un momento), no podría ser admitido ligeramente. El crimen «a control remoto» no es un crimen a los ojos de la Ley, que considera aquel una insensatez. Ahí está lo bonito del asunto… Usted se dará cuenta de ello en cuanto reflexione un momento sobre el citado extremo.

Me di cuenta de que por el momento lo que pretendía era tranquilizarme. Un crimen cometido valiéndose de ocultos poderes no era tal crimen en ningún tribunal de justicia inglés. Si yo contrataba los servicios de un pistolero con objeto de que asesinara a alguien, golpeando a la víctima con una porra o asestándole un navajazo, yo quedaba comprometido, como el autor material del hecho, al que quedaba unido en calidad de cómplice. En efecto, me había puesto de acuerdo con él… Pero si yo utilizaba a Thyrza Grey, esto es, sus mágicas artes, estas no constituirían nunca una pieza de convicción. Sí, puesto de acuerdo con el señor Bradley tenía que reconocer que allí estaba lo bonito del asunto…

Salió a relucir mi natural escepticismo, para protestar. Mi estallido fue apasionado.

—¡Es demasiado fantástico! —exclamé—. No creo. Es imposible.

—Conforme, conforme. Yo pienso igual. Thyrza Grey es una mujer extraordinaria, en posesión, ciertamente, de excepcionales poderes, pero uno no puede creer todo lo que dice ser capaz de hacer. Como decía usted: es demasiado fantástico. En esta época uno no se resigna a creer que una persona pueda enviar ondas mentales a lo que sea eso por sí misma o a través de un médium, instalada en un lugar de la campiña inglesa, para causar la muerte de otra persona (a base de una enfermedad normal) situada, digamos, en Capri.

—Pero, ¿qué es lo que ella hace, en realidad? ¿No es eso precisamente?

—Sí, claro. Desde luego, posee poderes… Thyrza Grey es escocesa. Una peculiaridad de esta raza es la «doble visión». A lo que yo doy un crédito absoluto es a esto —Bradley se inclinó hacia delante, levantando el dedo índice de su mano derecha en un gesto impresionante—: Thyrza Grey sabe… con anticipación… cuándo va a morir alguien. Es un don. Y ella lo posee.

Se recostó en su asiento, estudiándome sin pestañear. Y esperó.

—Supongamos un caso. A cierta persona, a usted o a cualquier otra, le agradaría muchísimo saber cuándo va a morir tía Eliza, por ejemplo. Convendrá conmigo en que es casi siempre singularmente útil conocer tal dato. No hay nada de perverso en ello, nada de carácter malvado… Pura conveniencia, de tipo comercial. ¿Qué planes forjaremos? ¿Vamos a recibir el próximo mes de noviembre una buena suma de dinero? De saber esto, quizá dependa una importante decisión. La muerte es una cosa muy azarosa. Usted, por supuesto, adora a la anciana, pero… ¡cuán útil le sería averiguar aquello!

Bradley hizo una pausa.

—Aquí es donde entro yo. Yo soy un hombre aficionado a las apuestas. Me da lo mismo que la apuesta sea sobre esto que sobre aquello. Usted recurre a mí. Naturalmente, usted no va a apostar sobre el fallecimiento de la anciana. Esto repugnaría a sus buenos sentimientos. El trato queda planteado en los siguientes términos entonces: usted expone cierta suma de dinero, sosteniendo que tía Eliza seguirá llena de vigor y de salud a la llegada de las próximas Navidades. Yo le digo que no…

Mientras hablaba, Bradley me observaba con gran atención.

—¿Hay algún reparo en ello? Nada. Todo es muy sencillo. Nosotros hemos discutido este asunto. Yo sostengo que tía Eliza se encamina hacia su fin. Usted mantiene lo contrario. Después extendemos un contrato y lo firmamos. Yo le doy una fecha. Le digo que transcurridos quince días de la misma tendrán lugar los funerales de tía Eliza. Usted dice que no. Si gana usted… yo pago. De no ser así… ¡será usted quien tenga que hacerlo!

Clavé la vista en el rostro de mi interlocutor. Intenté imaginarme las emociones de un hombre que desea quitar de en medio a una rica parienta. Pensé luego en un chantajista… Esto era

ya más fácil de fingir. Un hombre había estado sacándome dinero por espacio de años enteros. Ya no podía soportar por más tiempo sus exigencias. Deseaba su muerte. Carecía de valor para matarlo, pero estaba dispuesto a dar lo que fuera, cualquier cosa con tal de que…

Hablé largo rato… Tenía la voz ronca. Representaba aquel papel con bastante aplomo.

—¿Cuáles son sus condiciones?

Los modales del señor Bradley experimentaron un rápido cambio. Le veía ahora francamente alegre, festivo incluso en su manera de entonar las palabras.

—Por aquí fue por donde empezamos, ¿no? Mejor dicho, por donde comenzó usted a su llegada. «¿Cuánto?», me preguntó. Llegó a producirme un sobresalto. Nunca vi a nadie ir tan directamente al grano.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Depende… Depende de varios factores. Generalmente se basa en la cifra que anda en juego. En algunos casos de los fondos de que dispone el cliente. Un esposo molesto, un chantajista o algo de ese tipo dependerá de lo que pueda aquel. Yo…, permítame que me exprese claramente, no apuesto con gente carente de recursos económicos, excepto cuando se presenta una oportunidad como la del ejemplo que he utilizado. Ahí mis honorarios dependerían de la fortuna que poseyera tía Eliza. Las condiciones se fijan de mutuo acuerdo. Los dos pretendemos obtener un provecho con nuestro convenio, ¿no? En términos generales puede señalarse que las apuestas son del orden de quinientos a uno…

—¿Quinientos a uno? Eso sale muy caro.

—Yo me arriesgo mucho al apostar. De no tener duda sobre la muerte de tía Eliza usted lo sabría y no recurriría a mis servicios. Profetizar la muerte de una persona en un plazo de dos semanas no me negará que tiene sus riesgos. Cinco mil libras contra cien no supone nada exagerado.

—Imaginemos que pierde usted.

—Mala suerte. En ese caso pagaría.

—Y yo pago si soy el que pierdo. Supongamos que me niego.

El señor Bradley se recostó en su sillón, entornando un poco los

ojos.

—No le aconsejaría que hiciese eso. No, no se lo aconsejaría —repuso espaciando las palabras.

A pesar del blando tono que imprimió a estas sentí un escalofrío. No había formulado ninguna amenaza directa. Pero la misma se percibía de un modo latente en sus frases.

Me puse en pie, diciendo:

—Tengo… tengo que pensar en todo esto.

Bradley se mostró tan agradable y cortés como al principio.

—Naturalmente. No obre nunca con precipitación. Si se decide vuelva a visitarme y nos ocuparemos del asunto detenidamente. Tómese el tiempo que necesite. Las prisas no conducen jamás a nada. Tómese todo el tiempo que quiera.

Al salir resonaban todavía aquellas palabras en mis oídos.

«Tómese todo el tiempo»…

CAPÍTULO XIII

1

Relato de Mark Easterbrook

Me decidí a entrevistarme con la señora Tuckerton de muy mala gana. Fui incitado a dar aquel paso por Ginger. En este aspecto no me hallaba convencido, en absoluto, de su prudencia. En primer lugar: no me consideraba con facultades para realizar la tarea que mi amiga me había sugerido. Y ponía en duda mi habilidad para producir la necesaria reacción. Era posible que la mujer se diese cuenta de que fingía.

Ginger, desplegando su terrible eficiencia, me dio instrucciones por teléfono.

—Será muy fácil. La casa fue construida por Nash. Pero no es del estilo que todo experto asocia con aquel. Posee detalles próximos al gótico con algunos vuelos de la fantasía.

—¿Y cuál será el móvil de mi visita?

—Tú estás escribiendo en la actualidad un artículo o un libro sobre las influencias derivadas de la fluctuación en el estilo de un arquitecto. Esa u otra cosa parecida habrá de servirte de pretexto.

—Se me antoja una excusa de poca consistencia.

—¡Bah! —replicó Ginger muy segura de sí misma—. Cuando tocas los temas artísticos te encuentras con las teorías más disparatadas, formuladas por gentes de toda condición. Podría citarte capítulos enteros repletos de peregrinos conceptos.

—Por esa y otras razones estimo que tú eres la persona indicada para hacer tal gestión y no yo…

—Ahí es donde te equivocas. La señora Tuckerton puede consultar el «¿Quién es quién?», en cuyas páginas hallará datos sobre ti. Mi nombre es el que no encontraría allí.

Ni aun entonces me sentía convencido, derrotado temporalmente, si acaso.

Al regreso de mi increíble visita al señor Bradley, Ginger y yo habíamos cambiado impresiones. Ella no se vio obligada a hacer los esfuerzos que yo, para comprender la situación. Evidentemente, le proporcioné una gran satisfacción.

—Esto lo revela bastante. Nos dice, por ejemplo, que no se trata de hechos imaginarios —señaló la chica—. Ya sabemos que existe una organización constituida para eliminar a ciertas personas.

—¡Valiéndose de medios sobrenaturales!

—Te aferras demasiado a tus ideas. Eso se debe a las insinuaciones inadvertidas y a los escarabajos sagrados con que se adorna Sybil. Seguirías en tus trece si el señor Bradley se hubiese presentado a ti como un curandero o un astrólogo. Pero como él resulta ser, sencillamente, un granuja desagradable, de muchas leyes… Al menos esa es la impresión que tengo deducida de tus palabras.

—Sí, en efecto, estoy de acuerdo de que es muy aproximada a la realidad.

—Todo va encajando perfectamente. No obstante, por absurdo que parezca, hay que pensar en que las tres habitantes de «Pale Horse» se han hecho de algo de naturaleza desconocida y positivos efectos.

—Si estás convencida de ello, ¿por qué ver a la señora Tuckerton?

—Otra comprobación que no está de más. Sabemos que Thyrza Grey puede hacerlo… Eso afirma ella. Sabemos cómo funciona la organización en su aspecto económico. Obran en nuestro poder datos relativos a tres de las víctimas. Ahora pretendemos ampliar nuestra información desde el lado del cliente.

—Supongamos que la señora Tuckerton no dé muestras de haber figurado entre los favorecedores de esa singular empresa…

—Entonces tendremos que orientar nuestras investigaciones en otra dirección.

—Por supuesto, desconfío de que logremos algo provechoso.

Ginger respondió que era preciso que mejorara la opinión que de mí mismo tenía.

Todo eso fue lo que ocurrió horas antes de mi llegada a la puerta principal de la vivienda de la señora Tuckerton, en el Parque Carraway. El edificio no se acomodaba verdaderamente a las características del estilo de Nash. En muchos aspectos parecía un castillo de modestas proporciones. Ginger me había prometido dejarme un libro recientemente publicado, sobre el citado arquitecto y sus obras, pero aquel no había llegado a tiempo, por lo cual me encontraba escasamente documentado.

Oprimí el botón del timbre y poco después la puerta se abría para mostrarme un hombre en apariencia más bien desconocida, el cual vestía una chaqueta de alpaca.

—¿Es usted el señor Easterbrook? —me preguntó—. La señora Tuckerton le está esperando.

Me hizo pasar a un salón repleto de muebles. Este cuarto me produjo una desagradable impresión. Todo lo que contenía era de valor, pero elegido con un gusto pésimo. Sin tantos detalles recargados aquella hubiera podido ser una habitación de gratas proporciones. Había uno o dos cuadros buenos y un sinfín de malos. Mucho brocado amarillo también. Mis meditaciones fueron interrumpidas por la llegada de la dueña de la casa. Me levanté con dificultad, abandonando las profundidades del sofá en que me había sentado.

¿Qué había esperado encontrar allí? No sé, pero mis sensaciones eran ahora distintas. A mi alrededor no advertía nada lúgubre. Me hallaba delante de una mujer de mediana edad y aspecto corriente. No veía en ella ningún rasgo sobresaliente ni tampoco me pareció muy guapa. Tenía unos labios cuya delgadez no conseguía disimular una generosa capa de carmín. Su trazado revelaba un carácter seco. La barbilla se recogía un poco hacia atrás. Los ojos eran de un azul desvaído. Evidentemente, estaban habituados a valorarlo todo. Por el mundo se encuentran muchas mujeres como la señora Tuckerton, aunque no tan costosamente vestidas ni bien maquilladas…

—¿El señor Easterbrook? —claramente se notaba que mi visita le resultaba grata. Incluso se mostraba efusiva—. Me alegro mucho de conocerle. Me siento también halagada ante su interés por esta casa. Desde luego, sabía que fue construida por John Nash (mi esposo me lo dijo), pero nunca imaginé que llegara a despertar la atención de una personalidad como usted.

—Pues, verá usted, señora Tuckerton… Esta edificación se sale de las normas habituales que informaron las obras de Nash. Es lo que le da relieve y.. ejem…

Ella misma me ahorró el trabajo de continuar hablando.

—En tales materias soy una ignorante, lo confieso… Me refiero a la arquitectura y a la arqueología… No debe usted tomármelo en cuenta.

No, no me importaba, en absoluto. Prefería que fuese así.

—Esas son cosas enormemente apasionantes, desde luego —opinó la señora Tuckerton.

Le contesté que los eruditos, por el contrario, solíamos ser unas personas aburridísimas, demasiado concentradas en nuestra labor, excesivamente aisladas del mundo circundante.

La señora Tuckerton repuso que tenía la seguridad de que eso no era cierto, que se sentiría muy satisfecha si le aceptaba una taza de té antes de examinar la casa, si es que no prefería que invirtiésemos los términos.

No rechacé la invitación en cuanto al té, pero respondí que en primer lugar sería mejor que inspeccionásemos el edificio.

Me llevó de un lado para otro, hablando por el gusto de hablar todo el tiempo, gracias a lo cual eludí los innumerables comentarios que exigía mi papel.

Había sido una suerte, me dijo, de que me hubiera decidido a visitarla en aquella fecha. La casa se encontraba a la venta.

—Es demasiado grande para mí… Eso por lo menos me parece desde la muerte de mi esposo —añadió.

Creía tener un comprador en perspectiva ya, pese a que los agentes de la autoridad encargados de tramitar la operación sólo hacía una semana que se ocupaban de aquel asunto.

—No le habría gustado de haberla visto vacía. Para poder apreciar una cosa en lo que realmente vale es indispensable

conocerla hallándose habitada, ¿no le parece, señor Easterbrook?

Yo habría preferido la vivienda vacía de gente y de mobiliario pero, naturalmente, no podía decírselo. Le pregunté si continuaría viviendo en aquel distrito después de la venta.

—No sé… —me contestó—. Viajaré un poco primero. Visitaré los países en que se disfruta del sol. Odio este clima insoportable. Creo que pasaré el invierno en Egipto. Estuve allí hace dos años. Es una tierra maravillosa aquella… Bueno. Supongo que nada de nuevo podré contarle con referencia a la misma. Usted debe conocerla bien.

Mis noticias sobre Egipto eran muy escasas y así se lo dije.

—Es usted muy modesto —comentó alegremente—. Este es el comedor, de forma octogonal, como puede ver. Es una magnífica idea, ¿verdad? Así quedan eliminados los rincones.

Le di la razón y me dediqué a estudiar las proporciones del cuarto.

Acabada nuestra inspección, regresamos a la sala y la señora Tuckerton ordenó que fuera servido el té. Esto corrió a cargo del hombre que me abriera la puerta. La enorme tetera de plata que puso encima de la mesita que teníamos delante, habría agradecido una limpieza concienzuda.

La señora Tuckerton suspiró profundamente al salir su criado.

—En nuestros días la servidumbre está realmente imposible. A la muerte de mi esposo, la pareja de servidores, un matrimonio, que había conservado por espacio de veinte años casi, se empeñó en marcharse. Me dijeron que se retiraban, pero después me enteré de que se habían colocado en otra casa, creo que con unos sueldos muy elevados. En mi opinión, es un absurdo pagar esos honorarios desmesurados. Piense usted en lo que cuesta la manutención de un criado… No hablemos de la ropa, lavado, etc.

Sí. No me había equivocado. Aquellos ojos desvaídos, sus finos labios… Tenía ante mí una imagen de la avaricia.

No experimenté ninguna dificultad siempre que me propuse hacer hablar a la señora Tuckerton. A esta le gustaba. Le gustaba sobre todo hablar de sí misma. Al final, escuchándola atentamente, diciendo de cuando en cuando una palabra oportuna para animarle, me enteré de muchos detalles referentes a su vida, a los que

inconscientemente fue aludiendo.

Supe así que cinco años atrás había contraído matrimonio con un viudo: Thomas Tuckerton. Ella era entonces «mucho más joven que él». Se habían conocido en un gran hotel de la costa al que ella había ido a pasar un fin de semana. Él tenía una hija interna en un colegio próximo…

—El pobre Thomas se sentía muy solo… Su primera esposa había muerto varios años antes y él la echaba de menos.

La señora Tuckerton continuó perfilando su propio retrato. Aquella mujer, graciosa y amable, había sentido compasión frente al hombre que envejecía en medio de la mayor soledad. A la quebrantada salud de este había sentado perfectamente el afecto de la inesperada compañera.

—En los últimos meses de su enfermedad no me permitió que cultivara el trato con mis amistades.

Me pregunté si entre estas no figurarían algunos hombres que Thomas Tuckerton consideraba indeseables. Tal hecho podría haber justificado los términos en que redactara su testamento.

Estos habían sido estudiados por Ginger en Somerset House.

Había mandas para la servidumbre, para un par de ahijados y una cantidad para la esposa… suficiente, nada excesiva. Una cantidad invertida en un negocio. La mujer disfrutaría de la renta que produjera durante toda su vida. El resto de la fortuna, expresado en una cantidad de seis cifras, pasaba a su hija. Thomasina Ann, quien sería la dueña absoluta del dinero al cumplir los veintiún años de edad o en el momento de su matrimonio. De morir antes soltera, la fortuna pasaba a la madrastra. Por lo visto la familia se reducía a ellos.

El premio, pensé, ha sido de los grandes. Y a la señora Tuckerton le gustaba el dinero… Yo tenía la seguridad de que ella no había dispuesto nunca de un céntimo hasta su matrimonio con el viejo viudo. Seguramente, la idea comenzó a surgir lentamente en su cerebro. Ligada para toda la vida, al menos para cierto número de años, a un esposo inválido, se había ilusionado pensando en el futuro, cuando fuera libre, joven todavía y suficientemente rica para intentar convertir en realidad sus sueños más fantásticos.

El testamento debía haber significado una gran desilusión. Ella

había pensado en algo más sustancioso que una renta moderada. No en balde apuntara al dejar correr la imaginación a los viajes a todo confort, a los cruceros de placer, a los vestidos caros, a las joyas… O, posiblemente, buscaba el dinero por el gusto de tenerlo, por disfrutar viéndolo crecer en la cuenta corriente de un Banco, acumulando intereses.

¡Y ese dinero había ido a parar a la chica o iría a parar en su día! La hija de su marido era una rica heredera. Sí. La misma que, con toda seguridad, no habría gustado de aquella persona extraña, sin preocuparse de ocultar sus sentimientos, con la brutalidad que en estas situaciones constituye la norma de conducta de los jóvenes. De las dos, la hija sería rica, a menos que…

¿A menos que…? ¿Era lo suficiente? ¿Tenía derecho a pensar por cuanto sospechaba de aquella pobre mujer que no cesaba de decir trivialidades había sido capaz de recurrir a «Pale Horse» y concertar con los elementos que componían la extraña sociedad el asesinato de una joven?

No, no podía creerlo…

Sin embargo, yo había ido allí con un objeto. Tenía que seguir adelante. Con alguna brusquedad, sin transición, le pregunté:

—Creo que en cierta ocasión llegué a conocer a su hija… a su hijastra…

Me miró un poco sorprendida. El tema, sin duda, no le parecía interesante.

—¿Habla usted de Thomasina? ¿De veras?

—Sí, en Chelsea.

—¡Ah, claro! Tenía que ser en Chelsea —La señora Tuckerton suspiró—. Estas chicas de hoy… Son muy difíciles de manejar. No hay modo de controlarlas. Esto afectó mucho a su padre. Desde luego, yo no podía hacer nada. Jamás prestó atención a nada de lo que dije —Tras suspirar de nuevo añadió—: Cuando nos casamos yo era una mujer y una madrastra… —No acabó la frase, limitándose a mover dubitativamente la cabeza.

—Es una posición delicada siempre —manifesté afectuosamente.

—Hice concesiones… Me porté lo mejor que me fue posible.

—Seguro que procedería así.

—Pero no me sirvió de nada. Por supuesto. Tom no le habría

consentido que fuese desatenta o grosera conmigo, pero ella sabía bandearse bien. Me hizo la vida imposible. En cierto modo fue un alivio cuando insistió en dejar la casa, si bien recuerdo cómo le sentó a Tom. Después se dedicó a frecuentar amistades que no eran nada recomendables.

—Ya; ya me di cuenta de eso.

—¡Pobre Thomasina! —exclamó la señora Tuckerton. Se ajustó un mechón de cabellos que acababa de soltársele sobre la frente. Luego me miró—: ¡Oh! Quizá no esté usted enterado… Murió hace un mes. Encefalitis… Una cosa casi repentina. Creo que es una enfermedad frecuente entre la gente joven… Es una pena.

—Sabía de su muerte —dije.

Me puse en pie, añadiendo:

—He de darle las gracias, señora Tuckerton, por su amabilidad al acceder a enseñarme la casa.

Nos estrechamos las manos.

Cuando ya me encaminaba hacia la puerta me volví de pronto.

—A propósito… Creo que usted conoce «Pale Horse», ¿verdad?

No había ninguna duda en cuanto a la reacción de ella. El pánico, un pánico desmesurado, extraño, asomó a sus ojos. Debajo del maquillaje, la tez debió palidecer intensamente.

Su voz sonó fuerte y algo chillona:

—¿«Pale Horse»? ¿Qué quiere decirme con ese nombre? No sé nada acerca de él…

Fingí sorprenderme.

—Oh… Me he equivocado. Es una casa que en otro tiempo fue hostería… Se halla enclavada en Much Deeping. Estuve en el poblado hace varios días y me llevaron a verla. Ha sufrido una transformación, como es lógico, pero esta ha sido presidida por un criterio inteligente y el lugar conserva el clima, la atmósfera especial de los viejos tiempos. Creo que alguien pronunció su nombre allí… Bueno. Tal vez fuese su hijastra, que hubiera visitado el sitio con cualquier motivo, u otra persona del mismo apellido… —Hice una pausa—. La casa de que hablo se ha hecho de una excelente reputación.

Avanzaba yo satisfecho por el corredor, en busca de la salida. En uno de los espejos vi reflejada la faz de la señora Tuckerton. Tenía

la vista fija en mí. Parecía tremendamente asustada. Me imaginé el aspecto que ofrecería aquel rostro en el transcurso de unos años… La imagen, en verdad, no tenía nada de agradable.

CAPÍTULO XIV

1

Relato de Mark Easterbrook

—Así, pues, ya estamos completamente seguros —dijo Ginger.

—Lo estábamos antes.

—Sí. Nuestro razonamiento era atinado.

Guardé silencio un momento. Me imaginaba el viaje de la señora Tuckerton a Birmingham. La veía entrar en el despacho del señor Bradley. Saludaba a este… Se encontraba nerviosa. Luego él la tranquilizaba haciendo un auténtico despliegue de corteses modales. Le subrayaba hábilmente que Thomasina aludiera a unos supuestos propósitos matrimoniales. Seguro que en ningún momento dejó de pensar en el dinero… No se trataba de una pequeña cantidad, de una mísera suma, sino de una fortuna, una fortuna que le permitiría tener cuanto había ansiado siempre. ¡Y pensar que ese dinero tenía que ir a parar a manos de aquella chica degenerada, de malas maneras, que haraganeaba constantemente por los bares de Chelsea embutida en sus pantalones estrechos y en sus holgadas blusas, acompañada de amigos y amigas tan indeseables y degenerados como ella misma! ¿Por qué había de disfrutar esa muchacha, que nunca sería una persona digna, que no haría jamás una cosa a derechas, de aquel dinero?

Y luego… Otra visita a Birmingham. Más seguridades… Finalmente, la discusión de las condiciones. Sonreí involuntariamente. Aquí el señor Bradley habría tropezado con

graves obstáculos. Ella debió regatear incansablemente. Pero después llegaría a un acuerdo, extenderían algún documento, debidamente firmado por las partes contratantes… Más tarde, ¿qué?

Aquí era donde mi imaginación se detenía. Ya no podía seguir.

Abandoné mis reflexiones, observando que Ginger me estaba mirando.

—¿Qué? —me preguntó—. ¿Te has imaginado en detalle cómo ocurrió todo?

—¿Qué has hecho para adivinar lo que estaba pensando?

—Estoy empezando a averiguar cómo discurres. ¿Verdad que ibas siguiéndola en su desplazamiento a Birmingham? ¿No fantaseabas también sobre los sucesivos episodios?

—Sí. Pero siempre llega a un punto en el cual no tengo más remedio que detenerme… ¿Qué ocurre después?

Nos contemplamos mutuamente.

—Antes o después —dijo Ginger—, alguien tendrá que averiguar qué ocurre en «Pale Horse».

—¿Y cómo?

—Lo ignoro… No será una labor fácil. Ninguno de los que han estado allí nos lo dirá. Por otro lado son estos los únicos que podrían hablar. Es difícil… Me pregunto si…

—¿No podríamos recurrir a la policía? —sugerí.

—Sí. Al fin y al cabo disponemos de algo concreto en que basarnos, lo cual bastaría para que aquella entrara en acción, ¿no crees?

Moví la cabeza dubitativamente.

—Intención evidente. Pero, ¿es eso suficiente? Estoy pensando en la insensatez que supone esa cacareada «ansia de muerte»… Bien, bien… —añadí impidiendo con un ademán que me interrumpiera Ginger—. Quizá no se trate de una tontería. Ahora, en una audiencia, sonaría como tal. Aún no tenemos la menor idea acerca del funcionamiento de eso.

—Pues tendremos que averiguarlo. ¿Cómo?

—Para ver y oír no hay nada como los propios ojos y oídos. Surge un inconveniente y es: ¿dónde esconderse en aquella gran habitación, en otro tiempo granero o pajar de la casa..? Me imagino que allí es donde todo, no sé lo que puede encerrar ese «todo», tiene

lugar.

Ginger se irguió bruscamente para decir:

—No tenemos más que un camino: debes convertirte en un cliente auténtico.

La miré fijamente.

—¿Un cliente auténtico?

—Sí. Tú o yo, da igual que sea uno o el otro, hemos de forjarnos el propósito de quitarnos a alguien de en medio. Uno de nosotros habrá de ir en busca de Bradley y contratar sus servicios.

—No me gusta esa idea —repliqué con viveza.

—¿Por qué?

—Encierra graves peligros.

—¿Para nosotros?

—Tal vez. Ahora bien, estaba pensando realmente en… la víctima. Hemos de hacernos de una y darle un nombre. Aquí no puede haber invención. Existe la posibilidad de que efectúen indagaciones… Casi seguro que procederán así. ¿No estás de completo acuerdo conmigo? Contesta.

Ginger reflexionó unos segundos y luego asintió.

—Sí. La víctima tiene que ser una persona real, con sus correspondientes señas.

—Eso es lo que no me agrada —declaré.

—Y además hemos de contar con unos motivos justificados, también auténticos, para querer eliminarla.

Guardamos silencio, considerando ese aspecto de la situación.

—Esa persona, quienquiera que fuese, habría de estar de acuerdo con nuestro plan —dije hablando lentamente—. Es mucho pedir.

—Hay que montar el tinglado a la perfección —manifestó Ginger—. El otro día dijiste una cosa muy razonable… Ese sucio negocio presenta un punto endeble: tiene que ser secreto, pero no demasiado. Los clientes en potencia han de tener de algún modo noticia de su existencia.

—Lo que más me extraña es que no haya llegado a oídos de la policía —declaré—. Siempre suelen estar informados acerca de las actividades criminales en marcha.

—Eso se debe, a mi entender, a que esta es una organización

regida por amateurs. En ella no participan profesionales del crimen. Es una cosa distinta a la de alquilar unos pistoleros con objeto de ordenarles el asesinato de determinadas personas. En una palabra: es una entidad privada.

Respondí que, indudablemente, algo había de eso.

Ginger prosiguió diciendo:

—Supongamos ahora que tú o yo, examinaremos las dos posibilidades, estamos empeñados en desembarazarnos de alguien. Señalemos este probable «alguien»… Yo tengo a mi querido tío Mervyn, quien me dejará cuando muera una fuerte suma de dinero. De la familia sólo quedaremos entonces yo y un primo que vive en Australia. Ahí hay un motivo, en consecuencia, el hombre cuenta más de setenta años de edad y claro, registra algunos fallos de salud. Lo más sensato en mi caso es que aguarde la presencia de las causas naturales… A menos que necesitara dinero urgentemente, lo cual sería muy difícil de fingir. Además, quiero mucho a mi tío, y más o menos fuerte, lo cierto es que le saca a la vida el jugo y yo no quisiera privarle de un solo minuto, ¡ni siquiera exponerle a ese riesgo! ¿Y tú? ¿En qué condiciones te encuentras? ¿Tienes algún familiar que haya pensado en nombrarte su heredero?

Denegué moviendo la cabeza bruscamente.

—Ni uno.

—¡Qué fastidio! Pensaremos en el chantaje, entonces. Eso me llevaría mucho trabajo de ajuste. Tú no eres suficientemente vulnerable. Si fueras un miembro del Parlamento, o un funcionario del Foreign Office o un ex ministro, la cosa sería diferente. Lo mismo ocurre conmigo. Hace cincuenta años todo habría resultado fácil… Cartas comprometedoras, o fotografías, como alternativa… Pero, en nuestros días, ¿a quién le importa eso? Bien. ¿Qué otro recurso puede existir? ¿Bigamia? —Ginger me dirigió una mirada de reproche—. ¡Lástima que no hayas sido nunca un hombre casado! Porque en este caso habríamos planeado alguna trama útil.

Debió delatarme un gesto involuntario. Ginger reaccionó rápidamente.

—Lo siento —dijo—. ¿He provocado algún recuerdo doloroso?

—No. No se trata de nada molesto. Ha transcurrido ya mucho tiempo. Hasta dudo de que haya alguien que conozca el episodio.

—¿Contrajiste matrimonio?

—Sí. Cuando estudiaba en la Universidad. Los dos nos pusimos de acuerdo para hacer de nuestro enlace una cosa secreta. Ella no tenía… Bueno. Mi familia se habría opuesto. Ni siquiera tenía la edad requerida. Nos mentimos mutuamente en tal aspecto.

Guardé silencio mientras revivía brevemente el pasado.

—Aquello no hubiera durado mucho de todos modos. Ahora lo sé muy bien. Era una chica extraordinariamente guapa, a la que hubiera llegado a querer…, pero…

—¿Qué ocurrió?

—Marchamos a Italia para pasar allí unas largas vacaciones. Hubo un accidente… un accidente automovilístico, en el que ella encontró la muerte.

—¿Qué fue de ti?

—Yo no me hallaba en el coche. Estaba ella sola… con un amigo.

Ginger me miró fugazmente. Creo que comprendió en seguida. Indudablemente se hizo cargo de la impresión que yo debía haber sufrido al comprobar que la chica con la que me había casado no era precisamente de las que se convierten en esposas fieles.

Inmediatamente, Ginger volvió a la realidad.

—¿Os casasteis en Inglaterra?

—Sí. Figuramos en el registro de Peterborough.

—Pero ella murió en Italia, ¿verdad?

—Sí.

—En Inglaterra, pues, no existen documentos oficiales referentes a su muerte. ¿Es así?

—Efectivamente.

—¿Qué quieres más entonces? ¡Esto es como una respuesta a nuestra plegaria! ¡Nada más sencillo! Tú estás apasionadamente enamorado de una mujer, con la que te propones casarte… Ahora bien, ignoras si todavía vive tu esposa. Hace años que os separasteis y no has vuelto a tener noticias suyas. ¿Cómo te vas a arriesgar? Repentinamente, ¡aparece en escena aquella! No sólo se niega a concederte el divorcio, sino que te amenaza con ir a ver a su rival y revelar tu secreto.

—¿Quién es mi futura joven esposa? —inquirí un tanto confuso

—. ¿Tú?

Ginger parecía sorprendida.

—Por supuesto que no. Yo soy el tipo opuesto… Estimo que sabes muy bien a quién me refiero, aunque la alusión sea tan velada… Y ella me parece que encajaría perfectamente en ese papel. Estoy pensando en la escultural morena que acompañas a veces.

—¿Hermia Redcliffe?

—Eso es. Tu amiga más asidua.

—¿Quién te habló de ella?

—Poppy, por supuesto. Es una persona rica además, ¿verdad?

—Extraordinariamente rica, pero.

—Bien, bien… No te voy a decir que te cases con ella por su dinero. Tú no eres de esos hombres. Sin embargo, ciertas mentes repulsivas, como la de Bradley, se inclinarían a pensar lo contrario que yo… Examinemos la situación planteada. Te disponías a hacer la clásica proposición a Hermia cuando surge inopinadamente tu legítima esposa de las tinieblas del pasado. Le pides que te conceda el divorcio, pero ella no se presta a ese juego. Es vengativa. Y luego… Tú has oído hablar de «Pale Horse». Apostaría lo que tú quisieras a que Thyrza y Bella, la chiflada aldeana, pensarán que ese fue el motivo de tu visita aquel día. Interpretarán la misma como una especie de exploración realizada con un propósito vago o definido. Lo interpretaron ya así en el instante oportuno, debido a lo cual Thyrza se mostró explícita. Simplemente: te estuvieron haciendo el artículo, como cualquier vendedor ansioso de colocar un género.

—Es posible —respondí evocando mi extraña charla con la señorita Grey.

—La siguiente visita, la que hiciste a Bradley, redondea la cosa. ¡Has picado! Estás en camino de convertirte en un cliente…

Ginger calló. En su rostro se dibujaba una expresión de triunfo. Sus palabras me parecían juiciosas pero aún no comprendía…

—Sigo pensando en la posibilidad de que lleven a cabo una detenida investigación —argumenté.

—Seguro que procederán así —convino Ginger.

—No está mal lo de la falsa esposa avanzando hacia mí desde el

pasado, como has dicho tú… No obstante, esa gente querrá detalles… Desearán saber dónde vive, por ejemplo. Y si yo intento ponerles trabas…

—No te verás en la necesidad de recurrir a tal treta. Para hacer las cosas bien, esa mujer tiene que estar en el sitio que le corresponde ocupar… ¡Y allí estará! Agárrate, Mark. ¡Yo seré tu esposa!

2

La miré fijamente. Debí hacerlo, supongo, con los ojos desmesuradamente abiertos. La expresión de mi rostro sería, sin duda, cómica en aquellos momentos. No sé cómo ella no soltó entonces la carcajada.

Había comenzado a recobrarme cuando Ginger habló de nuevo.

—No hay por qué asombrarse tanto —dijo la chica—. Después de todo no se trata de una proposición.

Por fin recuperé también el habla.

—Tú no sabes lo que has dicho.

—Claro que lo sé. Lo que yo he sugerido es perfectamente factible… Tiene, además, la ventaja de no hacer recaer el peligro sobre ningún inocente.

—Tú misma te pondrás en peligro.

—Sé cuidar de mí.

—Eso no vale, en el presente caso. Además, el truco no representaría solidez alguna.

—¡Sí, hombre, sí! He estado pensando en ello. Mira… Yo me presento a alquilar un piso amueblado, portadora de una o dos maletas cubiertas de rótulos o etiquetas de hoteles extranjeros. Doy mi nombre a la señora Easterbrook… ¿Quién será el que se atreva a negar que soy tu esposa?

—Cualquiera que te conozca.

—Aquellos que me conocen no me verán. Voy a faltar a mi trabajo. Motivo: enfermedad. Me teñiré los cabellos… A propósito, ¿tu esposa era morena o rubia..? Aunque este detalle realmente no importa mucho.

—Morena —respondí mecánicamente.

—Mejor. Me disgustan las rubias. Un vestido distinto, unos toques fuertes de maquillaje y no me reconocerá ni mi más íntima amiga. Y como nadie te ha visto del brazo de esposa alguna en el transcurso de los últimos quince años, nadie tampoco podrá sostener que yo no soy la auténtica. ¿Por qué había de dudar la gente de «Pale Horse»? Si tú estás dispuesto a echar una firma al pie de un documento por el que se concierta una apuesta importante, basada en tu afirmación de que aún vivo, los otros aceptarán tus palabras como artículo de fe. Tú no estás relacionado con la policía en ningún sentido… Eres, pues, un auténtico cliente. Mirando los registros de Somerset House, si desconfían, podrán ver el folio en que quedó registrado vuestro enlace. Tampoco hay inconveniente en que comprueben que te une una gran amistad con Hermia, y todo lo demás. ¿Por qué han de sentirse recelosos?

—No te das cuenta de las dificultades… del peligro…

—¿Peligro? ¡A la porra, el peligro! —exclamó graciosamente mi amiga—. Me gustaría ayudarte a ganarle a esa sabandija de Bradley unos centenares de libras.

Miré a Ginger recreándome en la contemplación de su rostro. Me gustaba mucho aquella chica… Lo mismo sus rojos cabellos que sus pecas o su valeroso espíritu. No podía permitir que se arriesgara hasta el punto que ella pretendía.

—No lo consentiré, Ginger —dije—. Supón… que sucediese cualquier cosa.

—¿A quién? ¿A mí?

—Sí.

—¿Y qué?

Ginger asintió con gesto pensativo.

—Fui yo quien te metió en esto…

—Sí. Pero no es eso lo importante. Lo importante es que los dos nos hemos enfrentado con el mismo problema y es preciso que hagamos algo. Te hablo muy en serio, Mark. Esto no es un pasatiempo, ni muchísimo menos. Si lo que sospechamos es cierto, se trata de algo monstruoso, con lo que hay que acabar. Esto no es el crimen cometido en un instante de acaloramiento, de odio o de celos, no es tampoco codicia, el afán de ganar desmesuradamente si

bien arriesgándose… Es el crimen como negocio y dentro de este da lo mismo que la víctima sea una persona que otra.

»Es decir —añadió Ginger—, si lo que sospechamos es verdad, como acabo de decir.

Me miró y yo vi la duda reflejada en sus ojos.

—Es verdad —afirmé—. Y ese es el motivo que piense que pueda pasarte algo.

Ginger apoyó los codos en la mesa y comenzó a rebatir mis argumentos.

Iniciamos un pesado tira y afloja, yendo de acá para allá, repitiendo por ambas partes los mismos conceptos cien veces. Y entretanto las manecillas del reloj que había en la repisa de la chimenea seguía avanzando lentamente.

Ginger remató la discusión.

—Mira, Mark. Estoy prevenida y preparada. Sé lo que alguien va a intentar hacerme. Y no creo ni por un momento que ella se salga con la suya. Si todo el mundo siente un «oculto deseo de muerte», tal sensación en mí aún no se ha desarrollado. Disfruto de una salud excelente. Y yo no puedo creer que acabe teniendo cálculos biliares o meningitis sólo por que Thyrza se dedique a dibujar signos cabalísticos en el suelo o Sybil entre en trance o lo que hagan esas mujeres…

—Bella sacrifica gallos blancos —dije pensativo.

—¡Hay que admitir que eso es una comedia!

—No sabremos en realidad lo que sucede.

—No. Por eso es tan importante averiguarlo. Pero, ¿tú crees que puede ser que porque ellas hagan todas esas tonterías en el interior del antiguo granero de «Pale Horse» es posible que una persona que habita en Londres se sienta víctima de una enfermedad mental? ¡No puedes creerlo, Mark!

—No, no puedo creerlo.

Nos contemplamos unos segundos en silencio.

—Escucha, Ginger —le dije—. Invirtamos los términos. Conviértete tú en cliente. Yo seré el objetivo… Podemos idear algo que…

Ginger me contestó moviendo bruscamente la cabeza, sin dejarme terminar.

—No. Mark. Así no resultaría. Por varias razones. La más importante es que yo soy conocida en «Pale Horse»… Saben que yo soy una chica independiente, libre, sin problemas. Esa gente se informaría sobre mí sin otro trabajo que el de hacer hablar un poco a Rhoda. Nos sorprenderían. Se pondrían en guardia y Dios sabe las consecuencias que tendría este torpe paso. En cambio tú ocupas una situación ideal ya… Eres un cliente nervioso, que husmea y vacila, no decidiéndose todavía a comprometerse. Hay que proceder según te he explicado, Mark.

—No me gusta eso, Ginger. Me da miedo al pensar en ti y verte en cualquier sitio sola, bajo nombre falso, lejos de una persona capaz de protegerte. Creo que antes de hacer semejante cosa deberíamos decírselo a la policía… Sí.

—Estoy de acuerdo. No me desagrada esa idea. Debes, efectivamente, dar ese paso. Ya tienes algo en que basarte. ¿A quién deseas recurrir? ¿A Scotland Yard?

—No —respondí—. He pensado en el detective inspector del distrito. Lejeune, se llama. Me parece que será mejor si recurrimos a él.

CAPÍTULO XV

1

Relato de Mark Easterbrook

Lejeune me resultó una persona agradable desde el primer momento. Sus maneras eran las del hombre sereno, tranquilo, seguro de sí. Me dio la impresión también de que no carecía de fantasía. En fin, pertenecía al tipo humano que yo necesitaba, capaz de considerar ciertas posibilidades dentro de un asunto que se apartaba radicalmente de la rutina cotidiana.

—El doctor Corrigan —me dijo—, me ha hablado de su encuentro con usted. Esta historia le ha interesado enormemente desde un principio. El padre Gorman, desde luego, era un hombre muy conocido y respetado en el distrito. Bien. ¿Dice usted que posee una información especial para nosotros?

—Está relacionado con un lugar llamado «Pale Horse».

—En un pequeño poblado: Much Deeping. ¿verdad?

—Sí.

—Háble me de ello.

Le referí el episodio de la primera mención de «Pale Horse», en el Fantasie. Luego le conté mi visita a Rhoda y mi presentación a las «tres extrañas hermanas». Hice un trasunto lo más exacto posible de mi conversación con Thyrza Grey, que tuvo lugar aquella tarde.

—¿Y quedó usted impresionado por lo que esa mujer le dijo?

Me sentí un tanto embarazado ante esta pregunta.

—Bueno, en realidad… Quiero decir que no creí seriamente…

—¿No, señor Easterbrook? A mí me parece todo lo contrario.

—Supongo que tiene usted razón. A uno no le gusta habitualmente reconocer su credulidad…

Lejeune sonrió.

—Algo quedó en su animo, sin embargo. Usted se hallaba ya muy interesado cuando fue a Much Deeping… ¿por qué?

—Vi a la chica tan asustada…

—¿A la joven de la tienda de flores?

—Sí. Su observación sobre «Pale Horse» había sido incidental. Después… Su reacción parecía subrayar el pánico. También cuenta mi encuentro con el doctor Corrigan, quien me habló de la lista de nombres que el padre Gorman llevaba escondida en uno de sus zapatos. Dos de ellos ya me eran conocidos. Un tercer apellido se me antojó familiar. Más tarde averigüé que ella también había muerto.

—¿Se refiere a la señora Delafontaine?

—Sí.

—Continúe.

—Me imaginé que podría averiguar más datos en relación con este asunto.

—Y puso manos a la obra. ¿Cómo?

Le referí mi visita a la señora Tuckerton. Finalmente llegué al episodio de la entrevista con el señor Bradley, en el despacho que este ocupaba en el inmueble de Birmingham.

Su interés se acentuó notablemente. Lejeune repitió el nombre.

—Bradley. De manera que Bradley anda metido en esto…

—¿Le conoce?

—¡Oh, sí! Sabemos todo lo que se puede saber acerca del señor Bradley. Nos ha dado muchos quebraderos de cabeza. Es un individuo capaz, que siempre se ocupa de asuntos en los cuales es difícil que la policía llegue a sorprenderle. Conoce todas las mañas de la compleja trama legal. Posee la habilidad suficiente para quedarse una y otra vez al margen. Es un tipo perfectamente capaz de escribir un libro que llevara por título: «Cien maneras distintas de burlar a la ley», a imitación de los que contienen exclusivamente recetas de cocina para las amas de casa. Pero en cuanto al asesinato, y lo que es más, al asesinato organizado… Yo diría que eso cae

fuera del marco de sus actividades. Sí, decididamente…

—Con lo que yo le he contado, ¿podrían ustedes actuar contra ese hombre?

—No. No nos sería posible. Empezaremos con que nadie ha presenciado esa entrevista. No hay testigos. Estuvieron ustedes completamente solos y él podría negar sus afirmaciones. Esto aparte, él tenía razón al decir que un hombre puede apostar sobre cualquier cosa. ¿Qué hay de criminal en eso? A menos que relacionemos prácticamente a Bradley con un crimen real… Me imagino que no sería fácil.

Lejeune se encogió de hombros. Tras una leve pausa añadió:

—Con ocasión de su visita a Much Deeping, ¿conoció usted por casualidad a un tal Venables?

—Sí —respondí—. Tuve ocasión de comer en su casa, en compañía de unos amigos comunes.

—¡Ah! ¿Y qué impresión le causó? Bien. Si es que me permite la pregunta.

—Me impresionó fuertemente. Tiene mucha personalidad. Está inválido.

—Sí. Un ataque de polio, ¿verdad?

—Va de un sitio a otro en una silla de ruedas. Su enfermedad parece haber acentuado en él la decisión de vivir lo mejor posible, de gozar de la existencia.

—Dígame cuanto se le ocurra a usted acerca de este hombre.

Describí la casa de Venables, sus tesoros artísticos. Aludí a la naturaleza y alcance de sus bienes.

—Es una lástima —dijo Lejeune.

—¿A qué se refiere usted?

—Es una lástima que Venables sea un impedido.

—Perdóneme, pero, ¿está usted seguro de ello? ¿No pudiera ser que Venables estuviese fingiendo?

—Le atiende un doctor, *sir* William Dugdale, de Harley Street, un profesional que está por encima de toda sospecha. Su médico nos ha dicho que las extremidades inferiores de Venables se encuentran atrofiadas. El señor Osborne tendrá toda la seguridad que quiera en cuanto a la identidad del individuo que avanzaba a lo largo de la calle Barton la noche en que fue asesinado el padre Gorman, pero lo

cierto es que, se equivoca.

—Ya, ya…

—Como le decía antes: es una lástima. Porque si es verdad que existe una organización criminal cuyo objetivo es el asesinato, Venables pertenece al tipo de hombre ideal para regirla.

—Sí. Eso mismo pensé yo.

Lejeune se entretuvo unos segundos trazando invisibles círculos sobre la mesa con la punta de su dedo índice. De pronto me miró.

—Permítame que conjunte todos nuestros conocimientos, que añada la información que nos ha proporcionado a la que ya poseíamos. Parece ser que razonamos acertadamente al pensar en la posible existencia de una organización especializada en lo que podríamos llamar la eliminación de personas no gratas. Nada hay de violento en esa entidad por lo que a los medios puestos en práctica respecta. Esto es: no se vale de malhechores, pistoleros, por ejemplo… Las víctimas fallecen de muerte natural, aparentemente. No hay tampoco indicios de lo contrario. Puedo decirle que además de los datos relativos a las tres personas fallecidas, que usted mencionó antes, obran en nuestro poder ahora otros relacionados con determinados nombres de la lista… Las causas de esas muertes fueron naturales, desde luego, pero en todo caso hubo siempre alguien beneficiado por aquellas.

»Se trata, indudablemente, de una sociedad o agencia presidida por un hombre de talento, señor Easterbrook. Sea quien sea ha demostrado tener algo en la cabeza, pues no son pocos los detalles que se ha visto obligado a prever. Nosotros, sólo hemos conseguido hacernos de unos cuantos nombres… Dios sabe qué cifra alcanza el número de víctimas, hasta dónde ha llegado el desarrollo de sus actividades esa misteriosa y condenada entidad. Y a todo esto nos hemos hecho de esos nombres por pura casualidad, porque una mujer, en el instante de morir, ha querido quedar en paz con el Todopoderoso.

Lejeune movió la cabeza en un enojado gesto, para proseguir así:

—Me ha informado usted en el sentido de que esa mujer, Thyrza Grey, alardeaba de poseer ciertos poderes ocultos. Y es que puede hacerlo en la más absoluta impunidad. Acúsela usted de haber cometido un crimen, súbala a la tribuna de los acusados, proclame a

los cuatro vientos que se ha dedicado a librar a la gente de las preocupaciones y trabajos de este mundo mediante el ejercicio de sus poderes mentales o determinados hechizos o lo que se le antoje… De acuerdo con la ley no podría ser condenada. Jamás ha entrado en contacto con las personas fallecidas. Lo hemos comprobado. Tampoco les ha enviado bombones envenenados por correo. Según su propia declaración, ella se limita a instalarse en una habitación, valiéndose de la telepatía. ¡La audiencia en pleno se echará a reír!

—Sin embargo, Lu y Aengus no ríen. Ni ninguno de los que se encuentran en la Corte Celestial.

—¿Qué es eso?

—Lo siento, inspector. Se trata de una cita correspondiente a «La Hora Inmortal».

—Pues resulta bastante cierta. El diablo, allá, en las profundidades del infierno, debe estar riéndose a mandíbula batiente; no así, desde luego, los espíritus celestes. Nos encontramos ante un asunto verdaderamente malo, señor Easterbrook.

—Sí. He ahí una palabra que no se usa mucho en nuestros días. No obstante, es la única aplicable al caso, en cuya sencillez se resume todo. Por eso…

—Diga, diga.

Lejeune me miró inquisitivamente.

—Creo que existe una posibilidad… Una posibilidad de lograr más información sobre el particular. Entre una amiga y yo hemos elaborado un plan. Tal vez le parezca una tontería…

—Veamos primero de qué se trata.

—Antes de nada he de decirle que, según deduzco de sus palabras, está usted convencido de la existencia de la organización a que nos hemos referido y de que la misma da muestras de actividad…

—Es innegable, sobre todo esto último.

—¿Se ha dado cuenta de cómo funciona? Han quedado definidos los primeros pasos. El sujeto a quien yo he dado el nombre de cliente oye hablar vagamente de ella. En cuanto logra concretar un poco más es enviado al señor Bradley, en Birmingham, decidiendo seguir adelante. Puesto ya de acuerdo con ese individuo, le es

sugerida la visita a «Pale Horse». Al menos así me lo imagino… Lo que ignoramos es lo que ocurre a continuación. ¿Qué sucede realmente en «Pale Horse»? Alguien habrá de ir allí a averiguarlo.

—Continúe.

—Seguiremos parados en tanto continuemos ignorando qué es lo que hace Thyrza Grey… El doctor Corrigan juzgó todo eso una sarta de tonterías. ¿Opina usted lo mismo, inspector Lejeune?

—Ya conoce la respuesta, la que le daría cualquier persona en su sano juicio: «Sí». Ahora bien, yo le estoy hablando de un modo extraoficial. En los últimos cien años han ocurrido cosas muy extrañas. Hace tan sólo setenta, ¿habría llegado a creer alguien en la posibilidad de oír doce campanadas del «Big Ben» a través de una pequeña caja, percibiéndolas a continuación directamente sin otro trabajo que el de asomarse a la ventana del cuarto en que nos encontrábamos siempre y cuando esta se hallase a prudencial distancia del reloj? Y sin embargo, la serie de campanadas no se produce más que una vez… Lo que sucede es que llegan a nuestros oídos conducidas por dos clases de ondas. ¿Habría esperado entonces alguien oír en su casa la voz de un hombre que hablaba en Nueva York? Y lo que era más difícil aún: sin un cable que uniera los dos puntos. ¿Quién habría pensado igualmente..? Bueno. ¿A qué seguir? Podría citarle una docena de modernas maravillas que la ciencia ha hecho realidad, que se han convertido incluso en hechos vulgares, con los que topamos a cada paso, de los que hablan con perfecta naturalidad hasta los niños.

—En otras palabras: todo es posible, ¿verdad?

—Eso es lo que he querido decir. Si usted me pregunta si Thyrza Grey podría matar a alguien sin más que revolver los ojos para ponerse en trance y luego proyectar su voluntad le contestaría: «No». Pero… No estoy seguro… ¿Cómo voy a estarlo? Si por casualidad ha dado con algo…

—Sí. Lo sobrenatural parece lo que es en realidad. Pero la ciencia de mañana es frecuentemente lo que hoy consideramos sobrenatural.

—Recuerde que le hablo en el plano extraoficial —me advirtió Lejeune.

—Usted se expresa de una manera sensata. Y la contestación es:

alguien tendrá que ir a ver lo que en aquella casa ocurre. Lo cual es precisamente lo que me propongo hacer.

Lejeune me miró atentamente.

—Tengo ya el camino preparado —añadí.

Le di detalladas explicaciones. Le conté exactamente lo que mi amiga y yo habíamos planeado.

El inspector me escuchó con el ceño fruncido, mordiéndose nerviosamente el labio inferior.

—Comprendo su punto de vista, señor Easterbrook. Las circunstancias le han dado, por así decirlo, la *entrée*. Pero no sé si se da cuenta de que lo que se propone llevar a cabo puede resultar peligroso… Se enfrenta usted con gente de cuidado. Correrá riesgos, sin duda, y en el caso de su amiga todavía más graves.

—Me consta, inspector… Los hemos examinado un centenar de veces. No me agrada que ella desempeñe el papel que se ha adjudicado. Pero está decidida, completamente decidida… ¡Diablos! No hay manera de disuadirla de su propósito.

Lejeune me preguntó inesperadamente:

—¿Dijo usted que es pelirroja?

—Sí —contesté sobresaltado.

—No se le ocurra a usted nunca discutir con una pelirroja —me aconsejó el inspector—. No conseguirá nada. ¡Si lo sabré yo!

¿Serían los cabellos de su esposa del mismo color que los de Ginger?

CAPÍTULO XVI

1

Relato de Mark Easterbrook

En mi segunda visita a Bradley no me sentí nada nervioso. Al contrario, disfruté bastante en el transcurso de la misma.

—Identifícate bien con tu papel —me recomendó Ginger antes de separarnos.

Eso fue lo que intenté en todo momento.

El señor Bradley me acogió con una sonrisa de bienvenida.

—Me alegro mucho de verle —dijo tendiéndome la mano—. Así, pues, ha estado usted, reflexionando sobre su pequeño problema, ¿verdad? Bueno, ya le indiqué que no tenía por qué apresurarse, que se tomara todo el tiempo que necesitase.

—Eso es precisamente lo que no puedo hacer. Es… es bastante urgente…

Bradley me miró con atención, advirtiendo mis nerviosas maneras, la forma en que evitaba sus ojos, el temblor de mis manos al dejar el sombrero… Todo ello fingido, claro está.

—Bien, bien —dijo Bradley—. Ocupémonos de nuestro asunto. Usted quería concertar conmigo una apuesta, ¿verdad? ¡Ah! Nada como eso para quitarse de encima… ejem… las preocupaciones cotidianas.

—Así es…

Repentinamente me quedé callado.

Dejé que Bradley me hiciera el artículo.

—Le veo a usted un tanto nervioso —me dijo—. Cautela… No está nunca de más un poco de cautela… Ahora bien, ¿es que ha pensado quizá que en algún sitio de esta oficina hay escondido un «chivato»?

No lo comprendí. Él debió advertirlo guiándose por la expresión de mi rostro.

—En el argot de los barrios bajos ese es el nombre del micrófono —me explicó—. Aludía a las cintas magnetofónicas y otras cosas parecidas. No. Le doy mi palabra de honor de que no hay nada de eso aquí dentro. Nuestra conversación no quedará registrada en ningún lado. Y si no me cree —¿por qué no ha de creerme, digo yo? —, está usted en su derecho al designar un lugar cualquiera, a su elección, un restaurante, la sala de espera de una estación de ferrocarril… Si lo prefiere podríamos trasladamos a uno de esos sitios…

Le contesté que tenía la seguridad de que en su despacho no había nada anormal.

—Ha hablado usted sensatamente. ¿Qué utilidad tendría eso? Ninguno de nosotros va a pronunciar una sola palabra que pudiera ser utilizada en contra nuestra posteriormente. Vayamos a la cuestión que nos importa. A usted le preocupa algo. Crea que me gustaría que me hablase de ello. Soy un hombre de experiencia y tal vez le pudiera aconsejar. Una preocupación dividida es una preocupación compartida, suele decirse. Vamos, anímese.

Comencé a contarle la historia que llevaba preparada.

El señor Bradley era muy hábil: apuntaba conceptos, facilitaba el hallazgo de las palabras y frases más difíciles… Su destreza en este punto desbrozó mi camino. Tanto que le conté sin el menor esfuerzo todo lo relativo a mi apasionamiento por Doreen y nuestro matrimonio secreto.

—Esas cosas suceden —comentó moviendo la cabeza—. Sí. A menudo. ¡Algo incomprensible, señor mío! Un joven con la carga de ideales propia de su edad. Una chica auténticamente preciosa. Y ya está… Se los encuentra uno convertidos en marido y mujer en un santiamén. Bueno, ¿y en qué acaba eso siempre?

Proseguí hablando para contarle cómo había acabado aquello.

Aquí fui deliberadamente vago en sus detalles. El hombre cuyo

papel representaba yo no habría incurrido en sórdidas menudencias. Presenté solamente un cuadro de desilusión… La imagen de un joven necio que al fin advierte su necedad.

Lo arreglé todo de manera que Bradley creyese que en el último momento había habido una riña. Bastaba con que aquel comprendiese que mi mujer frecuentaba la amistad de otro hombre o que se había ido con él.

—Ella no era… —dije ansiosamente—, no era lo que me pareció en un principio… Y nunca creí que se comportara tan mal, que llegara a hacerme esto…

—¿Qué le ha hecho exactamente?

Le expliqué que lo que había hecho «mi esposa» era volver.

—¿Qué pensó usted que le habría ocurrido?

—Supongo que le parecerá extraordinario, pero en realidad no llegué a pensar en ello… Me imaginé que habría muerto.

—Más bien un deseo latente… —opinó Bradley—. ¿Por qué pensar en su muerte?

—Nunca me escribió ni tuve la menor noticia de ella.

—La verdad es que pretendía olvidarla.

El hombrecillo de los ojos brillantes era, a su manera, un psicólogo.

—Sí —respondí—. Y no es que yo quisiera casarme con otra.

—Pero lo pensó, ¿verdad?

—Bueno… —Mostré ahora ciertos reparos para hablar.

—Vamos, siga, dígaselo a papá —apuntó el odioso Bradley.

Admití avergonzado que sí, que últimamente había considerado la posibilidad de contraer matrimonio…

—Pero me negué firmemente a facilitarle datos respecto a la chica en cuestión. No pensaba meterla en esto. No iba a decir ni una palabra sobre ella.

De nuevo adiviné que mi reacción había sido la más apropiada al caso. Él no insistió.

—Muy natural —manifestó—. Desea usted sobreponerse a la desagradable experiencia vivida. Indudablemente, debe haber dado con una persona ideal, capaz de compartir sus gustos literarios y comprender su forma de vivir. Una verdadera compañera.

Vi entonces que Bradley poseía alguna información sobre

Hermia. Con las primeras indagaciones aquel se había enterado de que era la amiga que más trataba, que más cerca de mí se hallaba siempre. Al recibir mi carta, destinada a concertar la cita, Bradley habría averiguado todos los detalles concernientes a mi persona, todo lo de mi amistad con Hermia.

—¿Qué le parece el divorcio —inquirió—. ¿No es esa la solución natural?

—Nada de divorcios —respondí—. Mi mujer no quiere ni oír hablar de eso.

—Vaya, vaya… ¿Cuál es su actitud hacia usted?

—Ella… ejem… quiere volver a vivir conmigo. No… no se porta razonablemente. Sabe que hay alguien que… y… y…

—Se opone… Ya comprendo… No parece haber ninguna salida a esa situación, a menos que, desde luego… Pero aún es muy joven…

—Vivirá muchos años todavía —dije con amargura.

—Bueno. Uno no sabe nunca lo que puede pasar, señor Easterbrook. Ha estado viviendo en el extranjero, ¿no?

—Eso me ha dicho. Ignoro dónde.

—Es probable que en Oriente. A veces, en esos países lejanos, un bacilo penetra en el organismo de una persona y se mantiene por espacio de años enteros sin manifestarse. Luego el individuo afectado, regresa a su patria y entonces, repentinamente, el microbio produce sus efectos. Sé de dos o tres casos semejantes. En este también podría ocurrir tal cosa. Si se anima… —Bradley hizo aquí una pausa—, yo concertaría con usted una apuesta…

Moví la cabeza denegando.

—Vivirá muchos años todavía —repetí.

—Bien. Admito que a usted se le ofrecen todas las probabilidades de ganar… Pero, de todos modos, hagamos la apuesta. Mil quinientas libras contra una a que esa señora fallece antes de Navidad. ¿Qué le parece?

—¡Antes, antes! Tendrá que ser antes. No puedo esperar. Hay algunas cosas que…

Dejaba mis frases sin terminar adrede. No sé si él pensaba que Hermia y yo en nuestras relaciones habíamos ido demasiado lejos, por lo que no podíamos esperar más tiempo, o si se figuraba que mi «esposa» que había amenazado con buscar a mi joven amiga y dar

un escándalo. Tal vez imaginara que había otro hombre por en medio, dedicado a la conquista de esta última. A mí no me importaba lo que él pensara. Mi propósito era acentuar la nota de urgencia.

—Eso altera las condiciones un poco —declaró Bradley—. Estableceremos la apuesta así: mil ochocientas libras contra una a que en menos de un mes su esposa ha fallecido. Me parece que tengo un presentimiento…

Me dije que había llegado la hora de regatear… y regateé. Protesté, argumentándole que no disponía de aquel dinero. Bradley era listo. Por un medio u otro se había enterado de qué cantidad podría yo hacerme en un momento de apuro. Sabía que Hermia tenía dinero. Buena prueba de ello es que más adelante me sugirió delicadamente que en cuanto me casara el dinero perdido en la apuesta apenas significaría nada para mí. Además, la premura con que yo le asediaba le colocaba en una situación privilegiada. Lógicamente no accedería a rebajar ni un penique.

Por fin cedí y la fantástica apuesta quedó concertada.

Firmé un documento, una especie de pagaré. El texto del mismo se hallaba demasiado saturado de frases y conceptos legales para que yo pudiera comprenderlo. En realidad, yo tenía mis dudas en cuanto al valor del dicho papel desde el punto de vista indicado.

—¿Da esto carácter legal a nuestra apuesta? —pregunté.

—No creo —repuso el señor Bradley mostrándome su excelente dentadura— que tal extremo llegue a ser comprobado por unos magistrados —su sonrisa tenía bien poco de agradable—. Una apuesta es una apuesta. Si un hombre no paga…

Le miré fijamente.

—No se lo aconsejaría —añadió con voz melosa—. No, no se lo aconsejaría. No nos gustan los individuos que faltan a este género de compromisos.

—Yo pienso cumplir el mío.

—Estoy seguro de ello, señor Easterbrook. Atendamos ahora… ejem… a los detalles. Ha dicho usted que su esposa se encuentra en Londres. ¿Dónde, exactamente?

—¿Tengo que decírselo?

—He de poseer todos los datos necesarios… Lo que hay que

hacer después es arreglar una cita, la de usted con la señorita Grey… ¿Se acuerda de ella?

Le contesté que sí, que, desde luego, la recordaba.

—Una mujer desconcertante, verdaderamente —comentó Bradley—. La naturaleza le ha dado unos poderes excepcionales. La señorita Grey necesitará una prenda personal de su esposa… Un guante, un pañuelo… Algo parecido.

—¿Para qué? Por favor…

—Ya sé, ya sé… No me pregunte por qué. No tengo la más mínima idea. La señorita Grey guarda su secreto.

—Pero, ¿qué sucede después? ¿Qué hace ella?

—Tiene usted que creerme, señor Easterbrook, cuando le digo, hablando con toda sinceridad, que no poseo la más leve idea. No sé nada… Es más, no quiero saber nada. Dejemos la cosa así.

Bradley hizo una pausa, prosiguiendo su perorata en un tono paternal.

—Mi consejo es este, señor Easterbrook. Vaya a ver a su esposa. Tranquilícela. Haga lo que crea conveniente para que ella llegue a pensar que está usted madurando el proyecto de una reconciliación. Le sugiero que le diga que va a salir de Londres, que va a estar fuera unas semanas, pero que al regreso, etcétera, etcétera.

—¿Y luego?

—En cuanto le haya sustraído sin que ella se dé cuenta un objeto, una fruslería de las que usa personalmente cada día, se irá a Much Deeping —Bradley se detuvo, adoptando una actitud pensativa—. Veamos… Creo recordar que en su primera visita me dijo que tenía amigos o parientes en aquella población.

—Sí: una prima.

—Esto lo simplifica todo. Indudablemente, no se opondrá a que usted se aloje en su casa un día o dos.

—¿Qué suele hacer la mayor parte de la gente? ¿Dirigirse a la fonda de la localidad?

—En ciertas ocasiones, sí… Cuando no se acercan allí en coches desde Bournemouth. Habrá otros medios… En realidad, sobre esto sé muy poco.

—¿Qué… ejem… qué pensará mi prima?

—Ha de aparentar que se siente intrigado ante los habitantes de

«Pale Horse». Usted pretende participar en una *séance*… Nada más sencillo… La señorita Grey y su médium celebran aquellas con frecuencia. Usted sabe cómo son los espiritistas. Sostienen que todo aquello son tonterías, pero que han despertado su interés. Ya no hay más, señor Easterbrook. Como verá no hay complicaciones de ninguna clase. Todo es bien simple.

—¿Y… y después?

Bradley movió la cabeza sonriendo.

—No me es posible decirle más. Eso es lo que yo conozco. Luego entrará en escena la señorita Grey. No se olvide de llevarle el guante o el pañuelo. Le sugiero que a continuación se ausente, que se vaya al extranjero. En esta época la costa italiana resulta muy agradable. Una excursión que dure una o dos semanas es lo indicado.

Le contesté que no quería irme al extranjero, que prefería continuar en Inglaterra.

—Muy bien, pero, concretamente, no se quede en Londres. He de insistir en ello; nada de seguir en Londres.

—¿Por qué?

El señor Bradley me dirigió una mirada de reproche.

—A los clientes, se les garantiza la seguridad más absoluta si atienden rigurosamente a las instrucciones facilitadas.

—¿Qué le parece Bournemouth como lugar de estancia?

—Bien. Es un sitio bastante indicado. Búsquese un hotel, hágase de unos amigos. Procure que le vean en compañía de ellos. Lleve una vida intachable… Apuntamos hacia ese objetivo. Trasládese a Torquay si Bournemouth llega a fatigarle.

Hablaba con la afabilidad del representante de una agencia de viajes.

Una vez más me vi obligado a estrechar su mano.

CAPÍTULO XVII

1

Relato de Mark Easterbrook

—¿Piensas participar realmente en una *séance* en casa de Thyrza? —me preguntó Rhoda.

—¿Y por qué no?

—Ignoraba que te interesasen esas cosas, Mark.

—La verdad es que me tienen sin cuidado —dije sinceramente —. Pero, ¡forman un triunvirato tan extraño esas mujeres! Siento curiosidad por ver qué clase de espectáculo acostumbran a montar.

No me resultó fácil dar a mis palabras un tono frívolo. Por el rabillo del ojo observaba a Hugh Despard, mirándome intrigado. Era un hombre sagaz, que había dejado a sus espaldas una existencia saturada de aventuras. Uno de esos hombres que dan la impresión de poseer un sexto sentido, con el que advierte la presencia del peligro. Creo que ahora lo husmeaba y que comprendía que algo más importante que la ociosa curiosidad estaba en juego.

—Te acompañaré, Mark —dijo Rhoda alegremente—. Siempre deseé presenciar una cosa así.

—Tú no harás nada de eso, Rhoda —gruñó Despard.

—Pero… ¡Hugh! Sabes muy bien que yo no creo en los espíritus. Si pretendo ir es sólo por pura diversión.

—Estos asuntos tienen bien poco de divertidos. Puede tratarse de algo auténtico, alejado de la ficción. Es probable. Has de saber,

sin embargo, que a la gente que asiste a esas sesiones les disgusta la curiosidad de los incrédulos.

—Pues habrás de disuadir también a Mark.

—Sobre Mark no tengo autoridad suficiente para impedírselo —respondió Despard.

De nuevo me miró disimuladamente. Estaba seguro de que sabía que yo perseguía un fin concreto.

Rhoda se enojó mucho, pero se sobrepuso en seguida. Poco más tarde, aquella misma mañana, tropezamos con Thyrza Grey, quien comenzó a hablar abiertamente.

—Le esperamos a usted esta noche, señor Easterbrook. Confiamos en poder ofrecerle algo que merezca su atención y le satisfaga. Sybil es una médium maravillosa y una no sabe nunca de antemano los resultados. En todo caso no se desconcierte. Una cosa deseo pedirle: manténgase bien atento. Siempre acogemos afectuosamente a la persona atraída por la novedad, movida a impulsos de su buena fe… En cambio, los burlones y los frívolos nos disgustan.

—También yo quería ir —declaró Rhoda—, pero Hugh tiene demasiados prejuicios. Ya conocen ustedes su carácter.

—No habríamos aceptado su presencia, de todos modos —le contestó Thyrza—. Con un extraño por sesión hay bastante ya.

Luego la señorita Grey se volvió hacia mí.

—¿Qué tal si nos acompaña a la mesa antes de nada? Tomaremos un ligero refrigerio. Nunca comemos mucho cuando nos disponemos a celebrar una *séance*. ¿Es buena hora a las siete? Perfectamente. Le esperamos.

Thyrza Grey sonrió, alejándose apresuradamente. Me quedé absorto en mis pensamientos, hasta el punto de que no oí lo que mi prima me estaba diciendo.

—¿Decías algo, Rhoda? Lo siento.

—Últimamente te has estado conduciendo de una manera muy extraña, Mark. Desde tu regreso. ¿Ocurre algo anormal?

—No. Por supuesto que nada, en absoluto. ¿Qué podía sucederme?

—¿Has dado con algún obstáculo que te impide continuar tu libro?

—¿Mi libro? —Por unos segundos fui incapaz de recordar nada relacionado con este. Después añadí rápidamente—: ¡Ah, sí! El libro… Más o menos de prisa, va saliendo.

—A mí me parece que estás enamorado —declaró Rhoda—. Sí, eso es. El amor causa efectos muy señalados en los hombres… Yo pienso que os resta facultades. A las mujeres nos pasa lo contrario… Nos sitúa en la cima del mundo, incrementa nuestra belleza. Resulta divertido, ¿no es verdad?, que sentando tan bien a las mujeres se limite a dar a los hombres el aspecto de una oveja melancólica.

—¡Muchas gracias, Rhoda!

—¡Oh, no te enfades, Mark! Yo creo en realidad que es lo mejor que podía ocurrirte… Me siento encantada. Ella es muy bonita.

—¿Quién?

—Hablaba de Hermia Redcliffe, desde luego. Tú crees, por lo visto, que yo no me doy cuenta de nada. Hace tiempo que sospechaba esto. Y ella es la persona más indicada para ti… No sólo es guapa sino también inteligente.

—Esa es una de las cosas más amables que puedes decir a un hombre si pretendes halagarlo.

Rhoda se despidió de mí. Tenía todavía que ir a la carnicería. Yo le dije que pensaba encaminarme a la casa del pastor, el reverendo Dane Calthorp.

Antes de que hiciera cualquier comentario me apresuré a añadir:

—Que conste que mi visita no está relacionada con el comienzo de las amonestaciones o gestión similar.

2

Ir a casa del pastor era como volver al hogar.

La puerta principal de la hospitalaria casa se encontraba abierta, como siempre. Al entrar experimenté la impresión del que de pronto se desprende de una pesada carga.

La señora Calthrop apareció en la puerta del fondo del vestíbulo, llevando en la mano, por una razón incomprensible para mí, un enorme cubo de plástico de un verde brillante.

—¡Ah, es usted! Me lo figuré.

Entonces me entregó el balde. Yo, no sabiendo qué hacer con él, me quedé mirándola, confuso.

—Déjelo ahí fuera, al lado de la puerta, en el último peldaño de la escalinata —me ordenó la señora Calthrop impaciente, como si fuera lógico que yo supiese aquello.

Obedecí. Luego la seguí hasta la misma habitación de la primera vez sumida en una grata penumbra. En la chimenea alentaba un pequeño fuego, a punto de extinguirse, que la señora Calthrop reanimó arrojando a aquel un leño. A continuación me hizo una seña para que me sentara y ella me imitó, mirándome atentamente, con unos ojos brillantes de impaciencia.

—Bien… ¿qué ha logrado hasta ahora? —me preguntó.

—Usted me dijo que debía hacer algo. En esto estoy.

—¿De qué se trata?

Se lo conté todo. En cierto modo le hablé incluso de cosas que yo sólo conocía a medias.

—¿Esta noche? —inquirió la señora Calthrop con un gesto de preocupación.

—Sí.

Guardó silencio unos segundos. Reflexionaba, evidentemente. No me pude contener.

—No me gusta esto, Dios mío, no me gusta nada —exclamé.

—¿Por qué?

—Temo que a ella le ocurra algo.

La esposa del pastor sonrió amablemente.

—No tiene usted idea de lo valiente que es. Si de un modo u otro esa gente le causara algún daño…

La señora Calthrop dijo lentamente:

—No comprendo… No, en absoluto… En la forma que usted me ha dicho, ¿cómo van a causarle algún mal?

—Ha habido otras víctimas anteriormente.

—Sí, eso es, al parecer…

La señora Calthrop parecía desilusionada.

—Por lo demás no habrá novedad. Hemos tomado todas las precauciones imaginables. Ningún daño material puede sobrevenirle.

—Un daño material es lo que esa pandilla causa, según afirman

ellos. Aseguran su actuación sobre el cuerpo a través de la mente. Primero la enferman y luego la muerte. Muy interesante, de ser cierto. ¡Y qué horrible! No hay más remedio que detenerlos en su espantosa acción, como ya convinimos.

—Quien corre el peligro es ella —musité.

—Alguien tenía que afrontarlo en un puesto semejante —dijo la señora Calthorp calmosamente—. Usted ha sentido el ramalazo del orgullo. Quisiera haber disfrutado de ese privilegio. Ha tenido que prescindir de él. Ginger posee facultades sobradas para representar adecuadamente su papel. Sabe dominar sus nervios y es inteligente. No le dejará en mal lugar.

—¡No es eso lo que me preocupa!

—No se preocupe de nada. No mejorará la situación de la chica con ello. Miremos cara a cara las posibles consecuencias… Si como resultado de este experimento Ginger muere, la muchacha habrá sacrificado su vida a una buena causa.

—¡Dios mío! ¡Es usted brutal!

—Una persona u otra tiene que serlo, enfrentándose así con lo peor. No sabe usted hasta qué punto tal práctica centra nuestro sistema nervioso. Inmediatamente comienza una a sentirse confiada, a pensar en que todo no será tan terrible como lo imaginado en un principio.

—Quizá tenga usted razón —le respondí vacilante.

La esposa del pastor me contestó, absolutamente convencida, que así era, sin ningún género de dudas.

Me ocupé de ciertos detalles.

—¿Tienen teléfono aquí?

—Naturalmente.

Le expliqué lo que quería hacer.

—Esta noche, en cuanto haya terminado eso, voy a ponerme en comunicación con Ginger. La llamaré por teléfono cada día si usted me consiente que haga uso de él.

—Ni que decir tiene, señor Easterbrook. En casa de Rhoda hay demasiado ajetreo. Además usted querrá que esta historia siga siendo algo reservado…

—Me alojaré allí varios días más. Luego quizá me vaya a Bournemouth. Nadie sabe que me propongo regresar a Londres.

—No tienda la vista demasiado lejos —dijo la señora Calthrop—. Piense exclusivamente ahora en esta noche.

—Esta noche… —Me puse en pie. Y entonces añadí—: Rece por mí… por nosotros.

—Naturalmente que lo haré —contestó la señora Calthrop sorprendida de que le hubiera sugerido aquello.

Al salir de la casa sentí una repentina curiosidad, la cual me hizo preguntar:

—¿Y este balde? ¿Para qué es?

—¿El balde? Está destinado a los chiquillos, que se dedican a coger fresas y hojas de los cercados… Son para la iglesia. Es muy grande, ¿verdad?, pero en cambio resulta manejable.

Contemplé el hermoso panorama otoñal que desde allí se divisaba.

—Un ejército de ángeles nos protege —murmuré.

—Amén —respondió la señora Calthrop.

3

En «Pale Horse» me dispensaron un recibimiento normal. No sé qué atmósfera particular había esperado encontrar allí… Aquella no, desde luego.

Thyrza Grey, que vestía un atuendo oscuro, de lana, me abrió la puerta diciendo en el tono de cualquier ama de casa:

—¡Ah, ya está usted aquí! Muy bien, muy bien… Ya no tardaremos mucho en cenar…

Nada podía resultar más corriente, más dentro de lo ordinario…

Al fondo de la sala artesonada fue puesta la mesa. Una cena sencilla: sopa, tortilla y queso. Nos la sirvió Bella. Llevaba un vestido negro y en aquellos instantes me pareció más que nunca un miembro femenino de cualquier tribu primitiva. La nota más exótica correspondía a Sybil. Llevaba un largo vestido de policroma tela, con motitas doradas, que brillaban a la luz. Había prescindido de sus cuentas, pero usaba dos pesados brazaletes de oro. Comió un poco de tortilla y nada más. Habló poco, mostrando una actitud ausente… Todo aquello debía haber resultado impresionante. En

realidad no había nada de eso. El efecto era teatral, falso.

Thyrza Grey se encargó de animar la conversación: una charla intrascendente sobre los últimos acontecimientos locales. Aquella noche se mostró como la clásica solterona campesina: agradable, eficiente y desinteresada por todo lo que alienta más allá de sus alrededores inmediatos.

Me juzgué un loco. ¿Qué podía temerse allí? Incluso Bella no parecía otra cosa que una pobre chiflada o de escaso juicio, semejante a otras muchas mujeres de la campiña, que nacen en el seno de la misma y viven sin recibir ninguna educación, sin asomarse jamás al mundo.

Contemplada con esta perspectiva, mi conversación con la señora Calthrop se me antojó un producto de la fantasía. Habíamos dejado correr la imaginación, pensando Dios sabe qué excentricidades. La idea de que Ginger (que ahora tendría los cabellos tintados y estaría usando un nombre falso) pudiese estar en peligro por obra de aquellas tres mujeres, absolutamente vulgares, ¡era ridícula!

Llegamos al final de la cena.

—No tomaremos café —dijo Thyrza en tono de excusa—. Ha de evitarse toda sobreexcitación. —Púsose en pie—. ¿Sybil?

—Sí, ya sé —contestó la aludida haciendo que se dibujara en su rostro lo que ella creía que era una expresión de éxtasis perteneciente a otro mundo—. Debo ir a «prepararme»…

Bella comenzó a aclarar la mesa. Yo me acerqué adonde se hallaba colgada la muestra de la antigua hospedería. Thyrza me siguió.

—Con esta luz no podrá verla —me dijo.

Era cierto. La desvaída imagen apenas podía ser identificada allí como la figura de un caballo. En la sala brillaban unas bombillas nada potentes protegidas por gruesas pantallas.

—Esa muchacha pelirroja… ¿Cómo se llama?… Ginger, o algo por el estilo… Dijo que un día se ocuparía de limpiar ese cuadro, de restaurarlo. Yo creo que ya ni siquiera se acuerda… Trabaja para una galería de Londres, no sé cuál.

Experimenté una extraña sensación al oír sonar el nombre de Ginger en aquel ambiente.

Comenté con la vista en el cuadro:

—Podría resultar interesante.

—Por supuesto, no se trata de una buena pintura. Ahora bien, le va perfectamente al sitio… Por otro lado cuenta ya con trescientos años de antigüedad.

—Lista.

Nos volvimos bruscamente.

Bella, que acababa de emerger de la oscuridad, hizo una seña.

—Ha llegado el momento de comenzar —dijo Thyrza con tono de naturalidad.

La seguí hasta la gran habitación que en otro tiempo fuera el pajar o granero de la casa.

Como ya he dicho, no se podía entrar en aquella directamente desde la vivienda. El firmamento aparecía nublado. No se veía brillar una sola estrella. Procedente de las sombras, nos sumergimos en la larga e iluminada nave.

A la luz del día esta me había parecido una grata y acogedora biblioteca. Ahora estaba transformada. Se Veían algunas lámparas, pero se hallaban apagadas. La iluminación era indirecta. La claridad resultaba suave y fría. En el punto central del pavimento divisé una especie de lecho o diván. Había sido cubierto por un paño de color púrpura, que presentaba, bordados, diversos signos cabalísticos.

En el lado opuesto, del recinto había algo así como un pequeño brasero y junto a este una gran palangana de cobre, bastante vieja a juzgar por su aspecto.

Adosada a la pared vi una pesada silla de roble. Thyrza me hizo encaminarme hacia ella.

—Siéntese aquí —me dijo.

Obedecí. Los modales de Thyrza habían sufrido una alteración. Lo raro es que no hubiera podido explicar en qué consistía ese cambio. No se trataba del falso ocultismo de Sybil… Era, como si alguien acabara de levantar el telón que nos separaba de la trivial vida cotidiana. Ahora conocía a la mujer real, mostrándose con el aire personal, momentáneo, del cirujano que penetra en el quirófano para iniciar una operación peligrosa. Esta impresión se hizo más fuerte cuando ella se acercó a un armario para sacar un largo blusón, el cual parecía haber sido confeccionado con un tejido

metálico. Se puso luego unos largos guanteletes que me recordaron el género de los chalecos a prueba de balas.

—Es preciso tomar precauciones —me dijo.

A continuación se dirigió a mí en tono enfático y profundo:

—He de subrayar, señor Easterbrook, la necesidad de que no se mueva en absoluto del sitio que ocupa. No abandone en ningún momento su silla. Pudiera presentarse algún peligro. Esto no es un juego de niños. Nos enfrentamos con fuerzas que, desatadas, no sabría dominar —Hizo una pausa y añadió—: ¿Lleva encima lo que le dijeron que trajera?

Sin pronunciar una palabra extraje de un bolsillo un guante de gamuza, de color castaño, que puse en sus manos.

Cogiéndolo se aproximó, a una lámpara metálica de pantalla en forma de cuello de cisne. Encendida esta, mantuvo bajo la luz, de un tono muy peculiar, el guante. La prenda tomó un indefinible color grisáceo.

Una vez apagada la lámpara, la mujer hizo un gesto de aprobación.

—Un objeto muy indicado para nuestro experimento —comentó —. Las emanaciones físicas de su dueña son extraordinariamente fuertes.

Inmediatamente lo colocó sobre lo que parecía ser un gran aparato de radio, al final de la habitación. Luego levantó la voz un poco.

—Bella… Sybil… Nosotros estamos preparados.

La primera en aparecer fue Sybil, llevando una larga túnica negra encima de su vestido multicolor. Con un dramático gesto se desposeyó de aquella, que al caer al suelo formó como un negro charco. Después avanzó unos pasos.

—Confío en que todo saldrá bien —manifestó—. Los resultados no se conocen nunca de antemano. Haga el favor de no adoptar la actitud mental del escéptico, señor Easterbrook. Eso dificulta siempre el experimento.

—El señor Easterbrook no ha venido aquí a burlarse de nada ni de nadie —apuntó Thyrza.

Había cierta oculta fiereza en sus palabras.

Sybil se tendió en el diván púrpura. Thyrza se inclinó sobre ella

ordenado sus ropas.

—¿Te encuentras cómoda? —inquirió solícita.

—Sí, gracias, querida.

Thyrza apagó algunas luces. Luego desplazó lo que era, en efecto, un pabellón del lecho montado sobre ruedas, situándolo de manera que el diván quedara oscurecido por la sombra que proyectaba.

—La luz excesiva es perjudicial durante el trance —explicó—. Ahora creo que los preparativos han quedado ultimados. ¿Bella?

Esta surgió a continuación de entre las sombras. Las dos mujeres se acercaron a mí. Thyrza tocó mi mano derecha con su izquierda y lo mismo hizo Bella. Con las manos libres establecieron también contacto entre sí. La de Thyrza me pareció reseca, áspera; la de Bella, fría y huesuda… Se me antojó que acababa de tocar una babosa y sentí un estremecimiento de repugnancia.

Thyrza debió oprimir algún botón oculto, pues, procedente del techo, empezó a sonar una suave música: era la marcha fúnebre de Mendelssohn.

«*Mise en scène* —me dije bastante desdeñosamente—. En resumen: una exhibición de caprichosos atavíos». Me mostraba frío: mirábalo todo con la actitud de un crítico imparcial… Sin embargo, sentía una extraña aprensión, que me empeñaba inútilmente en desechar.

La música cesó. Hubo una prolongada pausa. Sólo percibía el rumor de la respiración de Bella, ligeramente trabajosa, y la de Sybil, profunda y regular.

Repentinamente, esta última habló. Pero no era aquella su voz. Era la de un hombre… Poseía un gutural acento extranjero.

—Aquí estoy —dijo la voz.

Mis manos quedaron libres. Bella se perdió en la oscuridad. Thyrza inquirió:

—Buenas noches. ¿Eres Macandal?

—Soy Macandal.

Thyrza se encaminó al diván, apartando el pabellón protector. Una suave luz iluminó la faz de Sybil. Parecía hallarse completamente dormida. Inmóvil su rostro se ofrecía muy distinto.

Las arrugas habían desaparecido. Daba la impresión de haberse

quitado de encima unos cuantos años. Casi me hubiera atrevido a decir que resultaba bonita en aquellos instantes.

—Macandal —dijo Thyrza—, ¿estás dispuesto a someterte a mi deseo, a plegarte a mi voluntad?

La voz respondió:

—Estoy dispuesto.

—¿Protegerás el cuerpo de la *Dossu* que yace aquí, y que ahora ocupas tú, de todo daño físico? ¿Dedicarás su fuerza vital a mi propósito, a los medios necesarios para su realización?

—Sí.

—¿Obedecerás este cuerpo, a través del cual puedes pasar la muerte, a las mismas leyes naturales que el del recipiente?

—Sí. Para causar la muerte, esta debe ser proyectada.

Thyrza retrocedió un paso. Apareció Bella, que le tendió… una pata de conejo. La primera la colocó sobre el pecho de Sybil. Después Bella trajo un pequeño frasco verde. Thyrza vertió una o dos gotas del líquido que contenía encima de la frente de Sybil, trazando un signo con el dedo.

La voz de Thyrza tenía un tono absolutamente normal y esto, no obstante, no rompió el hechizo. Me pareció más alarmante que nunca todo aquel asunto.

Finalmente trajo una especie de sonajero, horrible, que yo había visto antes, agitándolo tres veces, después de lo cual lo colocó en la mano de Sybil. Habiendo retrocedido de nuevo, dijo:

—Todo está listo.

Bella repitió sus palabras:

—Todo está listo.

Thyrza se dirigió a mí, hablándome en voz baja:

—No creo que le haya impresionado mucho todo este ritual. No es ese el caso de algunos de nuestros visitantes. Me atrevería a asegurar que para usted hay demasiado ceremonial… No se aferre demasiado a estas convicciones. El ritual… Una serie de palabras y frases santificadas por el tiempo y el uso que ejercen su efecto sobre el espíritu humano. ¿Qué es lo que hace enloquecer a las multitudes? No lo sabemos, exactamente. Sin embargo, es un fenómeno que existe. Yo creo que esos antiguos sortilegios desempeñan su papel, un papel esencial…

Bella había abandonado la habitación. Regresó en seguida trayendo un gallo blanco. El animal se agitaba desesperadamente, intentando en vano liberarse.

Arrodillada en el suelo, con una tiza en la mano, empezó a dibujar extraños signos en aquel, en torno al brasero y a la palangana de cobre. Después depositó el gallo sobre las losas, manteniendo su pico apoyado en una de las rayas trazadas.

Aún dibujó más signos, sin cesar de cantar en voz baja, en tono gutural. Ya no llegaba a percibir con claridad las palabras. No obstante, aprecié, cuando inició arrodillada un ondulante movimiento, que intentaba abstraerse en un éxtasis.

Thyrza, que no me perdía de vista, dijo:

—No le agrada, ¿verdad? Ha de saber usted que eso es antiquísimo. Se trata del maleficio de la muerte, proclamado de acuerdo con viejas fórmulas transmitidas de padres a hijos.

No acertaba a entender a Thyrza. No hacía nada por intensificar los posibles efectos que la desagradable actuación de Bella hubiera podido causar en mí. Representaba deliberadamente el papel de un comentador.

Bella extendió los brazos en dirección al brasero, del cual se elevó una temblorosa llama. Habiendo rociado esta con una sustancia desconocida, un penetrante y empalagoso perfume saturó la atmósfera del local.

—Estamos preparados —manifestó Thyrza una vez más.

«El cirujano —pensé— se dispone a tomar su bisturí»…

Encaminándose hacia la caja que yo había tomado por un aparato de radio, abrió aquella. Comprobé que se trataba de un dispositivo repleto de cables, bastante complicados por lo que veía.

Le Dio la vuelta lentamente, situándolo en las proximidades del diván.

Inclinándose sobre él, manipuló los mandos, recitando en voz baja:

—Compás… Norte, norte, este… grados… Eso es…

Cogió el guante, colocándolo de una manera muy particular. Luego encendió una pequeña luz de color violeta que había al lado.

Entonces le habló a la inerte figura del diván en los siguientes términos:

—Sybil Diana Helen… Acabas de abandonar tu envoltura mortal, que el espíritu Macandal custodia ahora. Ya estás en condiciones de fundirte con la propietaria de este guante. Como ocurre con todos los seres humanos, su meta es la muerte. No existe más satisfacción final que esta. Sólo la muerte resuelve todos los problemas. Sólo la muerte proporciona una paz auténtica. No hay ningún grande del pasado que no la haya conocido. Acuérdate de Macbeth… «Tras su febril ciclo vital descansa en paz». Recuerda el éxtasis de Tristán e Isolda. Amor y muerte. Amor y muerte. Pero en las dos cosas esta última es la más importante…

Las palabras se repetían como un eco… De la caja había comenzado a salir un sordo zumbido. Sus lámparas se encontraban encendidas… Me sentía confuso, transportado. No creía que aquello que contemplaba pudiera ser ya motivo de burla. Y entretanto, Thyrza, en pleno ejercicio de su poder, mantenía la postrada figura del diván completamente esclavizada. Estaba valiéndose de ella. La utilizaba para un fin concreto. Comprendí de un modo incierto por qué la señora Oliver se había sentido asustada, no de Thyrza sino de Sybil, una mujer necia, aparentemente. Sybil gozaba de un poder, de un don natural, algo que no tenía que ver en absoluto con la mente o el intelecto, era un poder físico: el de aislarse de su cuerpo. Y aislada ya, su mente no era la suya sino la de Thyrza. Y esta se valía de su temporal posesión.

Sí, pero, ¿y la caja?, ¿qué papel representaba la caja?

De repente, toda mi atención se concentró en ella. ¿Qué diabólico secreto servía? ¿Seria capaz de producir rayos de una u otra clase que actuaran sobre las células mentales? Y este cerebro, ¿sería alguno previamente determinado?

Continuaba oyéndose la voz de Thyrza:

—El punto débil… siempre hay un punto débil… oculto entre los tejidos orgánicos, en lo más profundo de ellos… A través de la debilidad avanza la muerte, lenta, naturalmente, hacia la muerte… El camino verdadero, el natural. La carne obedece a la mente… Ordénaselo, ordénaselo… Hacia la muerte… La Muerte, la Gran Conquistadora… La Muerte… pronto… muy pronto… Muerte… Muerte… ¡Muerte!

Su voz se fue elevando hasta convertirse en un ondulante grito…

Otro chillido horrible, semejante al de una bestia, salió de la garganta de Bella. La mujer se levantó. La luz arrancó mil destellos a la hoja de acero del cuchillo… El gallo se estremeció convulsivamente… La sangre comenzó a caer dentro de la palangana de cobre…

Bella gritó:

—Sangre… la sangre… ¡Sangre!

Thyrza cogió el guante que hasta aquel momento había estado encima del extraño aparato y Bella lo sumergió en la sangre del animal, tras lo cual se lo devolvió a la otra, que lo volvió a poner en su sitio.

La voz de Bella fue elevándose progresivamente en una extática llamada:

—La sangre… la sangre… ¡la sangre!…

Luego empezó a correr alocadamente en torno al brasero, arrojándose al suelo sin interrumpir sus violentas contorsiones. La llama del brasero tembló un poco antes de apagarse.

Me sentí trastornado. Apoyé ciegamente las manos en los brazos de la silla que ocupaba… La cabeza parecía darme vueltas…

Oí un «¡clic!». El zumbido procedente de la caja cesó.

En la habitación resonó ahora la voz de Thyrza, clara, con su timbre de costumbre, recuperada:

—La magia antigua y la moderna. Las viejas creencias y los conocimientos científicos. Ambas cosas, aliadas, prevalecerán…

CAPÍTULO XVIII

1

Relato de Mark Easterbrook

—Bueno… ¿Qué ha ocurrido? —me preguntó ansiosamente Rhoda ante la mesa en que nos acababan de servir el desayuno.

—¡Oh! Los mismos trucos de siempre —respondí con un gesto de indiferencia.

Me sentí molesto al advertir la mirada de Despard. Indudablemente, era un hombre muy sensible.

—¿Signos cabalísticos dibujados en el suelo?

—A puñados.

—Y gallos blancos también, ¿no?

—Naturalmente. Eso forma parte de la actuación de Bella.

—Y trances y demás cosas por el estilo, ¿no?

—Tú lo has dicho: trances y demás cosas por el estilo.

Rhoda parecía desilusionada.

—Das la impresión de haberlo encontrado todo muy aburrido —comentó.

—Simplemente: he satisfecho mi curiosidad —le contesté.

En cuanto mi prima se marchó a la cocina, Despard me habló:

—¿No es más cierto reconocer que eso te ha sorprendido extraordinariamente? —inquirió.

—Pues…

Hubiera querido dejar aquel asunto a un lado, pero a Despard no se le podía engañar fácilmente.

—En determinado aspecto fue… fue algo bestial.

El marido de mi prima asintió.

—En realidad uno no cree en ello —dijo—. Sobre todo cuando se razona… Ahora bien, esas cosas producen su efecto. En África Oriental he tenido no pocas ocasiones de apreciarlo. Los brujos o hechiceros de las tribus ejercen una terrorífica influencia en la gente. Hay que reconocer que suceden hechos extraños que no pueden ser explicados con un sencillo razonamiento.

—¿Ciertas muertes, por ejemplo?

—Sí. Cuando un hombre se sabe marcado, destinado definitivamente a morir, muere…

—El poder de la sugestión, supongo.

—Es probable.

—Pero esa explicación no te satisface.

—No, no del todo. Existen casos difíciles de explicar echando mano de las teorías científicas occidentales. El maleficio no influye habitualmente en los europeos, aunque yo he conocido excepciones. La verdad es que si la creencia penetra a uno, ¡el individuo afectado muere!

Declaré pensativamente:

—Convengo en que no hay posibilidad de pronunciarse radicalmente en un sentido u otro. Hasta en nuestro país ocurren cosas extrañas. Un día me encontraba yo en un hospital de Londres. Trajeron una chica… Una neurótica. Se quejaba de unos terribles dolores que decía sufrir en los brazos, en las articulaciones. No había manera de quitárselos. Los doctores sospecharon que era víctima de su histeria. Uno de ellos le dijo a la chica que solamente podría curarse pasando a lo largo de su brazo una vara de hierro puesta al rojo vivo. La muchacha accedió a que le aplicaran aquel tratamiento.

»Miró hacia otro lado, cerrando los ojos. El doctor sumergió una varilla de cristal en agua fría, que a continuación deslizó por su antebrazo. La joven lanzó un angustioso grito. “Ahora no tardarás en curar” —dijo el médico—. “Así lo espero. Pero eso fue horroroso. ¡Cómo quemaba!” —respondió la paciente—. Lo raro del caso para mí no era que ella hubiera confundido dos sensaciones totalmente opuestas sino que su piel aparecía quemada, en efecto. La zona que

había estado en contacto con la varilla se veía cubierta de ampollas.

—¿Curó por fin? —preguntó Despard muy interesado.

—Sí. Su neuritis, o lo que fuese, no volvió a presentarse. Hubieron de curarle el brazo quemado, no obstante.

—Extraordinario —juzgó Despard.

—El doctor estaba asombrado.

—Muy lógico…

Despard me miró atentamente.

—¿Por qué tenías tanto interés en asistir a esa *séance* de anoche?

—Esas tres mujeres consiguieron intrigarme. Deseaba ver qué espectáculo eran capaces de montar para mí.

Despard no dijo nada más. No me creía, seguramente. Como ya he dicho, era un hombre muy sensible.

Luego me fui a casa del pastor. La puerta de esta se encontraba abierta, pero en su interior no parecía haber nadie.

Me fui derecho a la pequeña habitación en que se hallaba el teléfono y llamé a Ginger.

Se me antojó que transcurría una eternidad antes de oír su voz.

—¡Diga!

—¡Ginger!

—¡Ah, eres tú! ¿Qué ha ocurrido?

—¿Te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien. ¿Por qué había de estar mal?

Experimenté un alivio inmenso.

Nada extraño noté en ella. Me hizo mucho bien oír sus características expresiones, ya familiares. ¿Cómo podía haber llegado a pensar que toda aquella comedia se tradujera en un daño positivo, material, para una mujer como Ginger?

—Pensé que, por ejemplo, podías haber sufrido una pesadilla durante el sueño…

—Pues no. Me acosté con esa idea y al despertarme me concentré en mí misma, intentando descubrir si había sentido algo especial. Casi me enfadé al comprobar que no…

Me eché a reír.

—Bien. Continúa explicándome —dijo Ginger—. ¿En qué ha consistido esa célebre sesión?

—No se ha apartado mucho de lo ordinario. Sybil se tiende en

un diván, colocándose en trance.

Ginger hizo esfuerzos por contener la risa.

—¿Sí? ¡Estupendo! Habría una cubierta de terciopelo negro y ella no llevaría nada encima, ¿verdad?

—Sybil no es *madame* de Montespan. Y, además, no se trataba de una misa negra. En realidad, Sybil se cubrió con muchas ropas de varios colores, en las que se veían bordados algunos símbolos.

—Eso resulta muy apropiado para Sybil. ¿Qué hizo Bella?

—Desempeñó el papel más desagradable. Después de matar un gallo blanco empapó en su sangre tu guante.

—¡Oh, qué repugnante..! ¿Algo más?

—Thyrza me fue dando explicaciones. Requirió los servicios de un espíritu… Macandal, creo que se llamaba. Hubo también cánticos y luces de colores. Cierta gente se habría asustado al presenciar esa exhibición…

—¿Tú no?

—Bella me impresionó un poco —respondí—. Tenía en la mano un gran cuchillo y pensé que podía perder la cabeza y lanzarse sobre mí en cualquier momento, convirtiéndome en la segunda víctima de la noche.

Ginger insistió:

—¿De veras que no hubo nada que te infundiera miedo?

—Eso no ha ejercitado ninguna influencia en mí.

—Entonces, ¿por qué te has sentido tan contento al comprobar que me encontraba perfectamente?

—Pues… porque…

Me interrumpí bruscamente.

—Bien. No es preciso que me contestes. Y tampoco es necesario que alteres tu manera de ser para llevar este asunto hasta el fin. Hay algo que te ha impresionado…

—Yo creo que sólo porque ellas… Thyrza, quiero decir… ¡Se muestra tan segura de su poder!

—Esto es, está absolutamente confiada en que cuanto hicieron las tres basta para matar a una persona, ¿no?

El tono de la voz de Ginger denotaba su incredulidad.

—Todo es puro embuste —convine.

—¿No pensaba igual Bella?

Reflexioné un momento.

—Estimo que Bella gozaba de dar muerte al gallo y sumergirse en una íntima orgía de malos deseos. Había que oír su incesante cantinela: «La sangre… la sangre»…

—Me hubiera gustado verla —dijo Ginger, pesarosa.

—Yo también hubiera preferido que estuvieses aquí. Francamente: todo se desarrolló a la manera de una representación teatral.

—¿Te encuentras bien ahora?

—¿Que si me encuentro bien? ¿Qué quieres decir?

—Te veo tranquilo… Lo cual no te ocurría al principio de nuestra conversación.

Ginger no se equivocaba. Su voz, normal, había actuado sobre mí como un sedante. Reservadamente, me descubrí ante Thyrza Grey. La comedia por ella dirigida era de índole completamente fantástica, pero en último término había logrado que la duda y el temor se infiltraran en mí. Eso, sin embargo, carecía de importancia. Ginger seguía igual que antes… Ni siquiera había sufrido una pesadilla.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Ginger—. ¿Tengo que continuar aquí unos días más?

—Sí, sí, es que pretendo sacarle al señor Bradley unos centenares de libras.

—Lo que lograrás cueste lo que cueste… ¿Te has alojado en casa de Rhoda?

—De momento. Después me trasladaré a Bournemouth. Tienes que llamarme por teléfono todos los días… O si no, ya te llamaré. Sí. Es mejor. Ahora te hablo desde la casa del pastor.

—¿Cómo está la señora Calthrop?

—En plena forma. A propósito: la he puesto al corriente de nuestro plan.

—Creo que has hecho bien. Bueno, Mark. Adiós. La próxima semana me va a resultar muy aburrida. Me he traído trabajo… Y todos los libros que una va guardando confiada en que llegará algún día en que pueda leerlos.

—¿Qué pensarán tus compañeros, los del estudio de pintura en que trabajas?

—Que estoy realizando una excursión turística.

—¿No te agradaría que eso fuese una realidad?

—La verdad: no me importa mucho —contestó Ginger.

Advertí un acento raro en sus palabras.

—¿No ha ido a verte nadie? A ver: un tipo capaz de infundirte sospechas…

—Me han visitado tan sólo las personas que yo podía esperar: el lechero, el empleado de la fábrica de gas, para tomar lectura del contador, una mujer que me preguntó qué medicinas y cosméticos usaba, un hombre que me pidió que le firmara una petición para pedir al Gobierno la abolición de las armas nucleares, una señora con una suscripción de ayuda a los ciegos… ¡Ah! Y los porteros del inmueble, por supuesto. Una gente muy servicial. Uno de ellos me arregló la llave de una de las luces.

—Personas inofensivas todas ellas, me figuro —comenté.

—¿Pues qué esperabas?

—No lo sé, realmente.

Hubiera deseado poder asirme a algo concreto, tal vez.

Pero las víctimas de «Pale Horse» morían voluntariamente… No. Esta última palabra no cuadraba. Su debilidad física era desarrollada mediante un proceso incomprensible para mí.

Ginger rechazó una vaga sugerencia mía acerca de un empleado ficticio de la compañía suministradora del gas.

—Llevaba sus papeles en orden. Se los pedí. Estos hombres llevan a cabo un trabajo muy simple. Se suben a una escalera, dentro del cuarto de baño, y leen las cifras indicadas en el contador, de las cuales toman nota en una libreta. Puedo asegurarte que mi visitante no ha realizado ninguna manipulación con la idea de que se produzca un escape de gas en mi dormitorio.

No. «Pale Horse» no se valía nunca de semejantes tretas… ¡Demasiado concreto!

—¡Ah! Tuve otra visita —dijo Ginger—. Vino a verme tu amigo, el cirujano de la policía, el doctor Corrigan. Es muy atento.

—Supongo que le enviaría Lejeune.

—Quizá pensara que era su obligación velar por la tranquilidad de una persona que lleva su mismo apellido. ¡Arriba los Corrigan!

Colgué el teléfono, más sereno ya.

Al regresar a la casa de mi prima me encontré a esta muy atareada. Se Hallaba en el jardín, aplicando un ungüento a uno de sus perros.

—Acaba de irse el veterinario —me explicó—. Es una erupción cutánea. Creo que se trata de una cosa muy pesada. No quisiera que se contagiaran los chiquillos… ni tampoco los demás perros.

—También podría ser víctima de ella un adulto —le sugerí.

—Habitualmente se presenta en los pequeños. Menos mal que han pasado todo el día en la escuela… Quieta, «Sheila». No te muevas —A continuación, Rhoda añadió—: Esta infección les hace perder mucho pelo. Deja algunas calvas pero luego aquel vuelve a crecer.

Le ofrecí mi colaboración, que rechazó, lo cual le agradecí infinito. Tras esto me alejé.

Lo malo de aquella región es que cuando uno decide dar un paseo no puede elegir más que entre tres caminos. Desde Much Deeping se sigue la carretera a Garsington, la que lleva a Long Cotenham o el atajo de Shadhanger Lane, que conduce a la autopista de Londres_Bournemouth, a dos millas de distancia.

Al día siguiente, a la hora de la comida, yo tenía exploradas las dos primeras carreteras. No me quedaba otra alternativa que aventurarme por Shadhanger Lane.

Eché a andar y ya por el camino me asaltó una idea. La entrada de Priors Court daba a aquel camino. ¿Por qué no hacerle una visita al señor Venables?

Cuanto más repasaba este repentino propósito más me gustaba. Mi conducta no suscitaría sospecha alguna. Había ido allí la primera vez acompañado de Rhoda. Para justificar mi presencia tenía una buena excusa. Le preguntaría si podía enseñarme alguno de los curiosos objetos que no había tenido tiempo de examinar en aquella ocasión.

La identificación de Venables por aquel farmacéutico… ¿Cómo se llamaba? ¿Ogdenn… Osborne? El detalle resultaba interesante en extremo. Dando por descontado que, de acuerdo con las manifestaciones de Lejeune, el seguidor del Padre Gorman no podía ser Venables, a causa de su parálisis, se me antojaba curioso que se hubiese producido un error que recaía directamente en un hombre

que habitaba en la misma población que aquellas tres extrañas mujeres. Por otro lado, había que admitir que no desentonaba…

Venables era un personaje un tanto misterioso. Me lo había parecido desde un principio. Tenía la seguridad de que era un individuo de inteligencia privilegiada. Y entre sus rasgos personales destacaban… ¿Cómo diría yo? Sí: la astucia, la rapacidad… Un hombre, quizá, excesivamente inteligente para matar por sí mismo… Un hombre, sin embargo, capaz de montar una organización criminal si él se lo proponía.

Sin llevar a cabo un gran esfuerzo yo acertaba a encajar muy bien a Venables en el asunto, considerándole el cerebro recto, que se movía entre bastidores. Y aquel farmacéutico, Osborne, insistía en haberte visto avanzar por una calle de Londres. Como esto era imposible, la identificación carecía de valor. Entonces el hecho de que Venables viviera en las proximidades de «Pale Horse» no significaba nada.

Con todo, pensé en las conveniencia de echarle otro vistazo. Así, pues, en el momento indicado giré en dirección a Priors Court, recorriendo el cuarto de milla de serpenteante camino que me separaba de la casa.

Abrió la puerta el mismo criado de la otra vez, quien me informó que el señor Venables se encontraba dentro. Se excusó por dejarme solo unos segundos en el vestíbulo.

—El señor no siempre se encuentra en condiciones de poder recibir a sus visitantes —me advirtió.

El hombre regresó en seguida, diciéndome que el dueño de la casa tendría mucho gusto en recibirme.

Venables me dispensó una cordial acogida. Haciendo avanzar su silla me saludó como podía saludar a un viejo amigo.

—Ha sido muy amable al venir. Me había enterado de su vuelta y abrigaba el propósito de telefonear a nuestra querida Rhoda para sugerirle que comieran los tres conmigo uno de estos días.

Le rogué que me perdonara por presentarme allí tan inopinadamente, agregando que había obrado movido por un repentino impulso. Había salido a dar un paseo, decidiendo acercarme a su casa al darme cuenta de que pasaba por delante de la puerta de esta.

—En realidad me encantaría volver a examinar sus miniaturas mogoles. Aquel día no dispuse del tiempo preciso para admirarlas con la atención que merecen.

—Así es, en efecto. Me alegro de que las tenga en tanta estima. Supone por su parte un detalle exquisito.

Nuestra charla se centró en aquel tema exclusivamente. Debo reconocer que pasé un rato encantador contemplando varias de las maravillas que poseía.

Al serle servido el té insistió en que yo le acompañara.

El té no constituye precisamente una de mis bebidas predilectas pero hice los debidos honores a aquel, auténticamente chino, servido en preciosas tazas de la más fina porcelana. Hubo tostadas, pasta de anchoas y un pastel de ciruelas de sabor delicioso que me hizo evocar la hora del té en la casa de mi abuela, siendo yo todavía un niño.

—Por lo sabroso —comenté—, tiene que ser de confección casera.

—¡Naturalmente! En esta casa no entran jamás pasteles procedentes de las confiterías.

—Desde luego, dispondrá usted de una cocinera excepcional. ¿No se le hace difícil mantener una servidumbre aquí, en plena campiña, alejado de todo?

Venables se encogió de hombros.

—Procuro siempre rodearme de lo mejor. En esto soy intransigente. Claro está… ¡Hay que pagarlo! Y eso es lo que hago yo: pagar.

Toda la arrogancia natural del hombre quedaba reflejada en aquella frase. Le respondí secamente:

—Eso soluciona muchos problemas cuando se dispone de una fortuna.

—Todo depende de lo que uno desee obtener de la vida. Que las apetencias del ser humano sean suficientemente fuertes… He aquí lo que importa. Hay mucha gente que hace dinero y no posee la menor noción en cuanto a su destino. Consecuencia: se ven liados en lo que podría llamarse la máquina de hacer dinero. Son esclavos. Van a sus despachos a última hora de la noche. Jamás hacen un alto para gozar. ¿Y qué consiguen en definitiva? Largos coches, enormes

casas, amantes de renombre o esposas y, permítame decirlo, tremendos dolores de cabeza.

Venables se inclinó ligeramente hacia mí antes de continuar:

—Hacer dinero por hacerlo… Ese es el objetivo de muchísimos hombres ricos. Planear empresas día por día más grandes, de mayores riesgos a veces, sólo por el placer ya de amontonar aquel. Y, ¿para qué? ¿Se detienen acaso a formularse esa pregunta? Tampoco sabrían respondérsela.

—Usted no ha obrado así nunca, por lo visto.

—Yo… —Venables sonrió—. Yo sabía lo que quería. Tiempo. Horas y días de ocio para pasarlos contemplando las hermosas cosas naturales y artificiales que nos ofrece el mundo. Como en los últimos años me ha sido negado el placer de ver aquella en escenarios propios me las he traído a casa.

—Pero ha de contarse, antes de que ocurra algo así, con el dinero…

—Sí. Hay que planear en todo momento los golpes… Esto es bastante complicado… Pero en realidad, actualmente, no es necesario seguir ningún sórdido aprendizaje.

—Ni sé si alcanzo a comprenderle.

—El nuestro es un mundo en constante evolución, Easterbrook. Siempre ha sido así… Pero ahora los cambios sobrevienen más rápidamente. El ritmo se ha acelerado… Hay que aprovecharse de ello.

—Un mundo en constante evolución —repetí pensativo.

—Se abren nuevas perspectivas.

—Me temo que está usted hablando con un hombre cuyo rostro se halla vuelto en opuesta dirección: hacia el pasado, no hacia el futuro.

Venables se encogió nuevamente de hombros.

—¿El futuro? ¿Quién es capaz de preverlo? Hablo de hoy, de ahora, ¡del momento inmediato! Lo demás no me interesa. Aquí están las nuevas creaciones de la técnica… Ya disponemos de máquinas capaces de responder a complicadas preguntas en unos segundos. Esas preguntas exigirían al ser humano días enteros de penosa labor.

—¿Calculadoras y cerebros electrónicos?

—Sí.

—¿Ocuparán, incidentalmente, las máquinas el lugar del hombre?

—El lugar de los hombres, sí. Es decir de los seres que representan simples unidades… Del Hombre, nunca. El Hombre ha de ser el Controlador, el Pensador, el que formula la pregunta que han de contestar las máquinas.

Moví la cabeza con un gesto de duda.

—¿La teoría del Superhombre? —Di a mi voz una débil inflexión de burla.

—¿Por qué no, Easterbrook? ¿Por qué no? Acuérdese de que es hora… Bien. De que estamos comenzando a conocer al hombre, al animal humano. La práctica de lo que a veces incorrectamente, es llamado el lavado de cerebro, abre posibilidades enormemente interesantes en esa dirección. No sólo el cuerpo sino también la mente del hombre responde a ciertos estímulos.

—Una doctrina peligrosa —opiné.

—¿Peligrosa?

—Peligrosa para los profesionales…

Venables hizo un gesto de indiferencia.

—La vida no encierra más que peligros. Nos olvidamos de que hemos sido criados y educados en un pequeño rincón. La civilización, Easterbrook, se reduce a una serie de núcleos aislados, a un puñado de hombres reunidos aquí y allí para defenderse mutuamente y que se sienten ahora capaces de controlar y superar a la Naturaleza. Le han ganado la partida a la selva… Pero esa victoria es temporal. En cualquier momento la selva se impondrá de nuevo. Muchas orgullosas ciudades de otros tiempos han quedado reducidas a montones de escombros cubiertos de exuberante vegetación, entre los cuales han vuelto a levantarse las pobres chozas de los supervivientes. La vida está sembrada de peligros… No lo olvide. Al final, no sólo las grandes fuerzas naturales, sino nuestras manos pueden destruirlo todo. Nos hallamos cerca de ese momento…

—Ciertamente que nadie se atrevería a discutírselo. Pero lo que a mí me interesa es su teoría del poder… del poder sobre la mente.

—En cuanto a eso… —Venables me pareció repentinamente

confuso—. Probablemente he exagerado.

Encontré su embarazo y su parcial retirada en relación con lo que sostuviera antes, muy interesante. Venables era un hombre que pasaba muchas horas solo… Los seres que se hallan en tales condiciones necesitan hablar con alguien, con cualquiera. Venables me había hablado a mí y, quizá, no juiciosamente.

—El Superhombre… —dijo—. Usted me ha anticipado ya una versión moderna de la idea.

—No encierra ninguna novedad, ciertamente. La fórmula del Superhombre viene de muy atrás. Sobre ella se han levantado varios sistemas filosóficos.

—Me consta. Pero a mí me parece que su Superhombre presenta un rasgo distintivo… Se trata de un ser que puede hacer uso del poder sin que nadie lo sepa, de un hombre que sentado en una silla maneja los hilos de sus marionetas.

No aparté los ojos de él un momento al pronunciar las anteriores palabras. Venables sonrió.

—¿Me asigna usted ese papel, Easterbrook? Me gustaría que tal cosa fuese verdad. Uno necesita recibir algo, para compensarme ¡de esto!

Su mano cayó con fuerza sobre la manta que cubría sus piernas. Advertía claramente el dejo de amargura que había en su voz.

—Yo no voy a ofrecerle a usted mi compasión, un sentimiento que significa bien poca cosa para un hombre espléndidamente situado. Pero permítame decirle que de imaginar semejante carácter (un individuo capaz de convertir el desastre en triunfo), usted sería exactamente, en mi opinión, el tipo de hombre requerido.

Venables se echó a reír.

—Me halaga usted.

Vi que, efectivamente, se sentía complacido.

—No se trata de una lisonja. He conocido ya demasiada gente en mi vida para no descubrir el hombre que se aparta de lo vulgar, al hombre en posesión de extraordinarias dotes.

Temía haber ido demasiado lejos. ¿Y cómo podía ocurrirme esto moviéndome sobre el terreno de la adulación? ¡Un pensamiento deprimente! Pensaba que era preciso mostrarse valiente y al mismo tiempo evitar la trampa.

—¿Por qué me dice usted esto? —inquirió mi interlocutor pensativamente—. ¿Por qué todo eso?

En un vago ademán señalé la habitación en que nos encontrábamos.

—«Esto» constituye una prueba de que es usted un hombre rico, que sabe comprar y tiene gusto. Pero me parece notar que existe algo más que el simple placer de la posesión… Ha adquirido cosas bellas e interesantes, cierto, sugiriendo prácticamente que no fueron conseguidas por medio de una asidua dedicación al trabajo.

—Tiene usted razón, Easterbrook, toda la razón. Como ya dije antes, sólo el necio trabaja. No tiene que pensar, planear su campaña personal con todo detalle. El secreto del éxito es siempre muy simple. ¡Pero hay que pensar en él! Se medita, se pone todo en marcha, ¡y ahí tiene usted el resultado!

Le miré fijamente. Algo simple… ¿Simple como la eliminación de determinadas personas? Llenaba una necesidad. Era una acción planeada por el señor Venables, sentado en su silla de ruedas, con su ganchuda nariz, semejante al pico de un ave de presa, con su prominente nuez, que subía y bajaba continuamente… Ejecutada por… ¿Por quién? ¿Por Thyrza Grey?

—Esta charla nuestra acerca del control remoto me recuerda algo que oí decir a la señora Grey, esa extraña mujer.

—¡Ah! ¡Nuestra querida Thyrza! —Venables había adoptado un tono indulgente. (¿No acababa de notar un leve parpadeo también?) —. ¡Cuántas tonterías dicen esas dos mujeres! Y se las creen. ¿Ha presenciado ya (estoy seguro de que insistirán para que las visite con ese fin), una de sus ridículas *séances*?

Vacilé unos instantes ante de decidir rápidamente cuál debía ser mi actitud aquí.

—Sí —respondí—. Estuve en su casa con tal fin.

—¿Y no le pareció todo un solemne disparate? ¿O se dejó impresionar?

Evité su mirada, disimulando cuanto pude mi confusión.

—¡Yo..! ¡Oh, bien..! Desde luego, no creo en nada de eso. Parece sincera pero… —consulté mi reloj—. Ignoraba que fuera tan tarde. Debo regresar en seguida a casa. Mi prima se preguntará qué ando haciendo por ahí.

—Dígale que se ha dedicado a distraer a un inválido, en el transcurso de una tarde que se presentaba aburrida para él. Recuerdos para Rhoda. Hemos de ponernos de acuerdo para comer juntos otra vez. Mañana me voy a Londres. En Southeby hay una interesante subasta. Marfiles del medioevo francés. ¡Son exquisitos! Disfrutará usted viéndolos si logro hacerme con ellos.

Tras una amistosa indicación nos separamos. Sus ojos, ¿no habían parpadeado divertida, maliciosamente al oír mis torpes manifestaciones en relación con la *séance*? Yo estaba seguro de que sí, pero… Me di cuenta entonces de que, decididamente, por unos momentos, había estado imaginando cosas fantásticas.

CAPÍTULO XIX

1

Salí a última hora de la tarde. Se había hecho ya la oscuridad, y esto, añadido a que el cielo aparecía nublado, hacía que me moviera con bastante incertidumbre por el serpenteante camino. Miré a mis espaldas, a las iluminadas ventanas de la casa y, de pronto, tropecé con otra persona que avanzaba en dirección contraria.

Era un hombre menudo, aunque fornido. Intercambiamos unas palabras de excusa. El desconocido tenía una voz profunda, de bajo, e imprimía a sus palabras un leve tono pedantesco.

—Crea que lo siento…

—No tiene importancia. Fue culpa mía, de veras…

—Nunca había estado por aquí —le expliqué—. Por eso no sé a ciencia cierta por donde camino. Debiera haberme traído una linterna.

—Permítame.

Mi interlocutor se sacó del bolsillo una linterna, que en seguida me entregó, una vez estuvo encendida. A la luz de esta vi que se trataba de un hombre de mediana edad, de faz redonda e ingenua, en la que campeaba un negro bigote y unos lentes. Se cubría con un impermeable oscuro de buena calidad. Su aspecto era extremadamente digno y respetable. Me pregunté por qué no habría hecho uso de su linterna puesto que la llevaba encima.

—¡Ah! —exclamé—. Ya veo lo que me ha ocurrido… Me salí del camino.

En cuanto me situé en el sendero, alargué la mano tendiéndole

su linterna.

—Ahora ya puedo moverme con alguna seguridad.

—No, no… Ya me la devolverá cuando lleguemos a la entrada.

—Pero… ¿no se dirigía usted hacia la casa?

—No, no. Voy en su misma dirección. Ejem… Luego me encaminaré a la parada del autobús, el que me ha de llevar a Bournemouth.

Echamos a andar uno al lado del otro. Mi acompañante parecía un poco confuso. Me preguntó si yo también iba a la parada del autobús. Contesté que me hallaba hospedado en una de las casas de la población.

Se produjo otra pausa. Noté que el desconcierto de mi acompañante crecía por momentos. Pertenecía sin duda a este tipo de hombres que no toleran el verse sorprendidos en una falsa posición.

—¿Ha estado usted visitando al señor Venables? —inquirió aclarándose la garganta.

Le respondí que sí, añadiendo:

—Me pareció que usted iba hacia su casa.

—No. No… En realidad… —hizo una pausa—. Vivo en Bournemouth… Bueno. En sus inmediaciones. Tengo una casita allí, a la que me he trasladado hace muy poco tiempo.

Quise recordar algo… ¿Qué era lo que había oído decir recientemente sobre una casita de Bournemouth? Mientras intentaba acordarme de aquello advertí que mi acompañante se sentía más embarazado que nunca, lo cual le impulsó a explicarse con toda amplitud.

—Tiene que parecerle muy extraño… Admito que, en efecto, lo es… Es difícil justificar la presencia de una persona en los alrededores de una casa, a esta hora, cuyo dueño de aquella no conoce. Mis razones no son fáciles de exponer, pero le aseguro que las tengo. Puedo decirle que aunque vivo en Bournemouth desde hace poco tiempo, soy bien conocido y allí no me costaría mucho trabajo presentarle unos cuantos residentes de la localidad, todos ellos de prestigio, dispuestos a responder por mí. Soy farmacéutico de profesión. No hace mucho vendí el negocio que poseía en Londres, retirándome de la vida activa para refugiarme en esta

parte del país, que siempre me ha agradado muchísimo.

De pronto se hizo la luz en mi cerebro. Pensé que ya sabía quién era aquel hombre.

—Me llamo Osborne, Zachariah Osborne. Como ya le he dicho, tengo… tenía un establecimiento muy acreditado en Londres… en la calle Barton, de Paddington Green. El vecindario era excelente en la época de mi padre… Luego, desgraciadamente, cambió. Sí, cambió muchísimo, tornándose menos selecto.

Osborne suspiró, moviendo con un gesto pesaroso la cabeza.

—Esa es la casa del señor Venables, ¿verdad? Supongo… ejem… supongo que es amigo suyo…

Respondí deliberadamente:

—Tanto como eso… Esta es la segunda vez que le visito. En la otra ocasión anterior comí con él, acompañado de unos amigos comunes.

—Sí, sí… Me hago cargo…

Habíamos llegado a la entrada. Salimos al otro lado de la cerca. El señor Osborne se detuvo indeciso. Le devolví su linterna.

—Gracias —dije.

—De nada. Yo… —hizo una nueva pausa, tras la cual comenzó a hablar rápidamente—. No me agradaría que pensara… Desde luego, yo he entrado ahí subrepticiamente. Pero le aseguro que no he procedido así a impulsos de la curiosidad, una curiosidad irrazonada. Este encuentro conmigo tiene, por fuerza, que haberle sorprendido. La cosa se presta a malas interpretaciones. Me gustaría explicarle… ejem… aclarar mi posición.

Esperé. Esto era lo que me figuraba más indicado. Deseaba satisfacer mi curiosidad.

El señor Osborne guardó silencio unos segundos. Después, resueltamente, continuó hablando:

—Sí. Me gustaría mucho explicárselo todo a usted, señor…

—Easterbrook. Mark Easterbrook.

—Bien. Señor Easterbrook… Le agradecería que me proporcionara una oportunidad para justificar mi comportamiento, que, lógicamente, tiene que haberle parecido un tanto raro. ¿Dispone usted de tiempo..? De aquí a la carretera principal no hay más de cinco minutos andando. En la estación de servicio que se

encuentra en las proximidades de la parada del autobús existe un pequeño bar. Todavía faltan veinte minutos para que llegue el coche que he de coger. ¿Me permite que le invite a tomar una taza de café?

Acepté. Durante nuestro paseo, el señor Osborne, más tranquilizado, charló animadamente acerca de las buenas cosas que ofrecía Bournemouth: su excelente clima, sus conciertos, sus habitantes, personas agradables en su mayoría…

Llegamos a la carretera principal. La estación de servicio se encontraba en un recodo y la parada del autobús a espaldas de aquella. Vi, efectivamente, un reducido bar, reluciente de limpio. En su interior no había más que dos personas: una pareja de novios, que ocupaban uno de los rincones. Una vez dentro, el señor Osborne pidió café y galletas para mí y para él.

Luego, inclinándose hacia mí desde el lado opuesto de la mesa, pausadamente comenzó a librarse de su pesada carga.

—Todo esto arranca de un caso cuya reseña debe haber leído usted en la Prensa hace algún tiempo. No fue un caso sensacional, por lo que no llegó a las primeras páginas de los periódicos. Estaba relacionado con el párroco católico del distrito de Londres en que tengo… en que tenía mi farmacia. Este hombre fue asesinado. Una pena… Tales sucesos son demasiado frecuentes en nuestros días. Creo que era una excelente persona… Ahora he de decirle en qué me afectó a mí aquel hecho. La policía anunció que deseaba entrar en contacto con quienes hubieran visto al padre Gorman la noche de su muerte. Casualmente yo me encontraba a la puerta de mi establecimiento a las ocho y vi pasar por delante de este al padre Gorman. Le seguía a corta distancia un hombre de aspecto poco común, que por tal motivo atrajo mi atención. En aquel momento, desde luego, mi interés fue puramente accidental y pasajero. Ahora bien, señor Easterbrook, yo soy muy observador y poseo el hábito de registrar minuciosamente en la memoria los rostros de las personas que veo. Esto constituye un pasatiempo para mí. Algunos de mis clientes no han dejado de exteriorizar su sorpresa cuando, por ejemplo, les he dicho: «¡Ah, sí! Me parece que usted vino en marzo último para que le preparáramos la misma receta». A la gente le agrada que se la recuerde. En el negocio esto me ha sido muy

útil. Bueno… Di a conocer a la policía los rasgos del hombre que yo viera. Me dieron las gracias y en eso quedó la cosa.

»Me acerco a la parte más sorprendente de la historia. Hace diez días, aproximadamente. asistí a la fiesta parroquial que tuvo lugar en el pequeño poblado que se encuentra al otro lado de la carretera que hemos seguido… ¡Cuál no sería mi asombro al descubrir allí al hombre que yo viera avanzar tras el sacerdote asesinado! Debía haber sufrido, eso pensé, un accidente, porque ocupaba una silla de ruedas que él mismo manejaba para trasladarse de un lado a otro. Pregunté por aquel hombre a varias personas, enterándome así de que se llamaba Venables y de que se halla en posesión de una gran fortuna. Después de un día o dos de continuas vacilaciones, escribí al agente de policía que me había tomado declaración con motivo de nuestro primer contacto. Vino a Bournemouth… El inspector Lejeune… Si, ese es su nombre. Se mostró escéptico en cuanto a mi identificación. No creía que aquel pudiera ser el individuo que buscaban. Me comunicó que el señor Venables estaba impedido desde hacía varios años, a consecuencia de un ataque de polio. El policía afirmó que debía haber sufrido una confusión, originada, seguramente, por cierto parecido.

El señor Osborne se detuvo bruscamente. Agité un poco el brebaje que tenía delante de mí, bebiendo un sorbo cautelosamente. El señor Osborne añadió tres terrones de azúcar a su taza.

—Y con eso, quizá, se cerró el incidente —apunté.

—Sí, sí…

Por el tono de su voz, se advertía su insatisfacción. Se Inclinó de nuevo hacia mí. Su redonda calva brillaba bajo la luz de la lámpara. Sus ojos, detrás de los lentes, se me antojaron los de un fanático.

—He de explicarle algo más. Siendo yo un chiquillo, señor Easterbrook, un amigo de mi padre, otro farmacéutico, fue llamado a declarar para el caso de Jean Paul Marigot. Lo recordará… Envenenó a su mujer con una dosis de arsénico. El amigo de mi padre lo identificó con el nombre que se había inscrito en su libro de registro de drogas tóxicas con nombre y apellidos falsos. Marigot fue declarado culpable, siendo ahorcado. Esto me causó una gran impresión… Contaba yo entonces nueve años… Una edad muy crítica. Desde aquel día concebí la ilusión de figurar en una cause

celèbre y de convertirme en el instrumento de la justicia, el único, el decisivo, el que había de demostrar la culpabilidad del criminal. Tal vez fue por aquellas fechas cuando empecé a aplicarme al estudio de la fisonomía humana, intentando retener en la memoria cuantos rostros veía. He de confesarle, señor Easterbrook, aun cuando esto pueda parecerle ridículo, que durante muchos años he vivido pendiente de una posibilidad: la de que entrara en mi farmacia un hombre decidido a matar a su esposa, con la idea de adquirir el preparado necesario para sus fines.

—Supongo que deseaba ser una cosa así como Madeleine Smith —sugerí.

—Exactamente. Pero, ¡ay! —exclamó el señor Osborne con un suspiro—. Eso no ha llegado a ocurrirme. Y sin embargo, casos criminales como el que he citado se dan muy a menudo. La identificación presente, aunque no encajaba perfectamente en lo que yo esperaba, me facilitaba por lo menos la oportunidad de figurar como testigo en un proceso por asesinato.

Su faz denotó un infantil placer.

—Debe usted haberse disgustado —manifesté afectuosamente.

—Sí.

De nuevo percibí en la voz de Osborne la rara nota de insatisfacción que notara antes.

—Soy un hombre obstinado, señor Easterbrook. A medida que los días han ido pasando, me he sentido más y más seguro. Estoy convencido de que yo tenía razón, de que el hombre que vi era Venables. ¡Oh! Ya sé… —Osborne levantó una mano al advertir que yo me disponía a hablar—. La noche era de niebla y yo estaba algo separado de él… Pero la policía no toma en cuenta que yo he hecho un estudio detenido de mi identificación. No se trata solamente de los rasgos más sobresalientes, de la pronunciada nariz, de la marcada nuez, sino también de la inclinación de la cabeza, del ángulo formado por el cuello y los hombros. «Vamos, vamos. Admite tu error, me he estado diciendo a mí mismo». Pero continúo pensando en que no hay tal equivocación. La policía juzgó imposible lo que yo afirmé. ¿Lo es, en realidad? Eso es lo que me he preguntado muchas veces.

—Seguramente, con una enfermedad de esa clase…

Me interrumpió agitando nerviosamente ante mi rostro una de sus manos.

—Sí, sí, pero la experiencia que tengo, adquirida en el Servicio de Sanidad Nacional… Se quedaría, usted sorprendido si viera las cosas que la gente es capaz de hacer… ¡Y que a veces se salen con la suya! No voy a decir que todos los médicos son unos incrédulos… Suelen descubrir las simulaciones en seguida. Existen medios, sin embargo… Medios que un químico o un farmacéutico conoce mejor que el médico por la índole de su profesión… Ciertas drogas y algunos preparados de inofensiva apariencia. La fiebre puede ser provocada, así como irritaciones de la piel, sequedad de la garganta, incremento de secreciones…

—Ese no es el caso de unas extremidades atrofiadas —le respondí.

—Claro… claro, pero, ¿quién ha dicho que las extremidades inferiores del señor Venables se encuentran atrofiadas?

—Supongo que su doctor.

—Es natural. Ahora bien, yo he intentado hacerme de alguna información en lo tocante a eso. El médico del señor Venables vive en Londres, es un profesional de Harley Street… A su llegada a esta población le vio el que prestaba sus servicios en la misma. Digo «prestaba» porque el hombre se retiró y vive en la actualidad en otra ciudad o fuera del país. El que hay ahora no ha asistido jamás al señor Venables. Y nuestro amigo le visita una vez por mes en Harley Street.

Le dirigí una mirada de franca curiosidad.

—Pues eso para mí no representa todavía ningún punto débil, ya que… ejem…

—Usted no sabe las cosas que yo sé —dijo el señor Osborne—. Supongamos —el dedo índice de su mano derecha se movía ahora más nerviosamente que nunca—, que el señor Venables conoce a un paralítico carente de recursos económicos. Le hace una proposición. Digamos que el hombre se le parece, no en detalle, sino en general. El paciente auténtico, dándose a sí mismo el nombre de su protector, visita a un especialista, siendo examinado por el médico, con lo que el historial clínico resulta cierto. Después el señor Venables se instala en la población en que vive. El titular de la

localidad se retira pronto. Más visitas del auténtico enfermo a su médico… ¡Ahí le tiene usted! El señor Venables queda perfectamente documentado como víctima de la polio. Nadie duda de que tenga sus piernas atrofiadas. Cuando se deja ver, todo el mundo puede apreciar que se vale de una silla de ruedas, etc.

—Sus servidores estarían enterados, seguramente —objeté—. Su ayuda de cámara…

—Suponiendo que constituyeran una banda, el ayuda de cámara sería, simplemente, un miembro de aquella. Nada más sencillo. Los otros criados podrían encontrarse en las mismas condiciones.

—Pero, ¿por qué?

—¡Ah! —exclamó el señor Osborne—. Esa es otra cuestión, ¿no? No quisiera darle a conocer mi teoría. Tal vez se ría de ella. Bueno… Eso supone una coartada magnífica. Ese hombre podría encontrarse aquí y estar al mismo tiempo en otras muchas partes. ¿Que le habían visto andando en Padington? ¡Imposible! Él es un ser impedido, que vive en el campo, etc. —Osborne hizo una pausa para echar un vistazo a su reloj—. Mi autobús está a punto de llegar. Debo apresurarme. He estado cavilando acerca de todo eso. Me pregunté si podría hacer algo para probar mi hipótesis. Decidí venir aquí… Estos días dispongo de tiempo de sobra, tanto que casi echo de menos el ajetreo de la vida comercial… Decidí venir y… y llevar a cabo una pequeña labor de espionaje. Dirá usted que no está bien y no tengo más remedio que reconocerlo. Pero tratándose de un caso como el presente, de localizar a un criminal… Por ejemplo: quizá sorprendiera al señor Venables dando un paseo por su posesión cuando creía que no lo observaba nadie. Si no se adelantaban al echar las cortinas, cosa que esa gente suele hacer una hora después de oscurecido, tal vez se me deparara la oportunidad de ver al señor Venables de un lado a otro de su biblioteca, sin ocurrírsele un momento la idea de que alguien le estuviera espiando. ¿Y por qué había de pensar tal cosa? Él no sabe de nadie que sospeche de él hasta ahora.

—¿Por qué está usted tan seguro de que el hombre que vio aquella noche era Venables?

Osborne se puso en pie.

—¡Sé muy bien que lo era! Mi autobús no tardará ya mucho en

llegar. Me alegro de haberle conocido, señor Easterbrook, y no sabe el peso que me he quitado de encima al tener ocasión de justificar mi presencia en Priors Court. Tal vez todo lo que le he dicho no le parezca otra cosa que un puñado de tonterías.

—No, no, nada de eso —respondí—. Pero aún no me ha explicado… ¿De qué acciones cree usted capaz al señor Venables?

De nuevo vi la confusión reflejada en su semblante. Me daba la impresión de hallarse algo avergonzado.

—Se echaría a reír si se lo dijera. Todo el mundo asegura que es rico pero nadie sabe cómo hizo su dinero. Le diré lo que pienso de él. Creo que es un gran criminal, uno de esos cerebros excepcionalmente dotados para el crimen… Usted habrá oído hablar de algunos tipos semejantes. Son los que planean los golpes y cuentan con una banda que lleva estos a la práctica. Esto puede parecerle una tontería, pero yo…

El autobús acababa de detenerse. El señor Osborne echó a correr para alcanzarlo…

Emprendí el camino de regreso muy pensativo. La teoría esbozada por Osborne tenía un carácter fantástico, pero había que admitir que en ella había puntos posiblemente ciertos.

CAPÍTULO XX

1

A la mañana siguiente llamé por teléfono a Ginger. Le dije que veinticuatro horas después pensaba trasladarme a Bournemouth.

—He dado con un hotel tranquilo y pequeño llamado sabe Dios por qué, Dear Park[7]. Cuenta con un par de salidas fáciles de alcanzar. Podría hacer una escapada a Londres sin que nadie lo advirtiera.

—Supongo que es mejor que no intentes tal cosa. Aunque he de reconocer que caerías aquí como llovido del cielo. ¡Qué aburrimiento, Mark! ¡No tienes idea! Si tropezaras con dificultades para venir, yo podría abandonar el piso, citándome contigo en cualquier parte.

Repentinamente me sentí sobresaltado.

—¡Ginger! Tu voz… Noto en ella un timbre diferente…

—¡Ah! No hay novedad. No te preocupes.

—Pero… ¿por qué, por qué esa voz?

—Me duele un poco la garganta, eso es todo.

—¡Ginger!

—¡Mark, por Dios, eso nos puede pasar a todos! Simplemente: estoy en los comienzos de un resfriado, si es que no he cogido la gripe.

—¿La gripe? Mira, Ginger, no eludas el tema… ¿Te encuentras bien o no?

—No te amontones. Me encuentro perfectamente.

—Dime exactamente los síntomas… ¿Notas lo mismo que cuando nos sentimos griposos?

—Pues… Quizá me duele algo todo el cuerpo. Ya sabes tú…

—¿Tienes fiebre?

—Tal vez…

Me senté. Me asaltaba un terrible presentimiento. Estaba asustado. Y a ella, sin duda, le ocurría igual por más que se empeñara en negarlo.

Percibí de nuevo su ronca voz.

—Mark… No tengas miedo. Estás asustado… En realidad no hay nada que temer.

—Quizá tengas razón. Pero hemos de observar todas las precauciones posibles. Telefonea a tu médico. Dile que vaya a verte. Enseguida.

—Bien, bien… Sin embargo… El hombre pensará que me he alarmado innecesariamente.

—¿Qué más da? ¡Hazlo! Luego, cuando se haya ido, llámame.

Después de colgar el teléfono me quedé con la vista obsesionadamente fija en él. El pánico… No debía dejarme llevar del pánico… En esta época del año la gripe era bastante corriente… Las palabras del médico me tranquilizarían… Quizá se tratara tan solamente de un leve resfriado…

Evoqué involuntariamente la figura de Sybil ataviada con su polícromo vestido, cubierto de signos, auténticos símbolos del mal. Oí la voz de Thyrza, imperiosa… Sobre el suelo, saturado de misteriosos dibujos, canturreaba oscuras fórmulas, sosteniendo un gallo blanco que se agitaba desesperadamente…

Tonterías, nada más que tonterías… Desde luego, sólo se trataba de disparatadas supersticiones…

La caja… No, no era tan fácil desentenderse de ella… Esta representaba no la humana superstición, sino un ingenio científico, de algunas posibilidades… Pero no… No podía ser que…

La señora Calthrop me encontró en aquel cuarto, sentado; sin apartar la vista del teléfono.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó en seguida.

—Ginger no se encuentra bien… —respondí.

Esperaba que ella me dijera que aquello no tenía razón de ser. Ansiaba unas palabras tranquilizadoras. Pero no ocurrió así.

—Mala cosa —comentó—. Sí, creo que eso es un mal indicio.

—No es posible… ¡No es posible que esa gente sea capaz de hacer lo que dicen!

—¿No?

—Usted no cree… Usted no puede creer…

—Mi estimado Mark: tanto usted como Ginger han admitido la posibilidad de que ocurra una cosa tan rara como esta. De lo contrario no harían ninguno de los dos lo que están haciendo.

—Nuestra credulidad lo empeora todo, ¡lo torna aún más probable!

—No vaya tan lejos… Usted dijo que mediante una prueba quizá llegara a creer.

—¿Una prueba? ¿Qué prueba?

—Ginger se hallaba indispuesta. Eso constituye una prueba, ¿no? —inquirió la señora Calthrop.

En aquel momento la odiaba. Levanté la voz enojado.

—¿Por qué ha de mostrarse usted tan pesimista? No es más que un simple resfriado o algo parecido. ¿Por qué insiste en creer lo peor?

—Porque si, efectivamente, es lo peor, hemos de hacerle cara. A nada conduce la táctica de esconder la cabeza debajo del ala como si fuéramos avestruces. Luego podría ser demasiado tarde.

—Pero, ¿cree usted en realidad que esa ridícula comedia surte su efecto? Me refiero al trance de Sybil, a los maleficios, al sacrificio del gallo blanco y demás zarandajas…

—Algo indeterminado surte efecto, no cabe duda. Hemos de procurar localizarlo… Lo demás, en mi opinión, es pura farsa, tendente a crear un ambiente. Esto es siempre un detalle importante. Entre esas cosas accesorias debe hallarse la que buscamos, la que realmente interesa, la que surte efecto…

—¿Algo como la radiactividad a distancia, por ejemplo?

—Algo por el estilo. Ye sabe usted que los hombres de ciencia no cesan de descubrir cosas nuevas, en su mayor parte, atemorizadoras. Una derivación de esos nuevos conocimientos podría ser aprovechada por personas poco o nada escrupulosas para sus propios fines… Recuerde que el padre de Thyrza fue un físico…

—Pero, ¿qué puede ser eso? ¡La maldita caja! Si consiguiéramos examinarla… Si la policía…

—La policía necesita saber más de lo que nosotros sabemos para extender un permiso autorizando un registro.

—¿Y si penetrara en la casa, procediendo a destrozar ese condenado artefacto?

La señora Calthrop movió la cabeza denegando.

—A juzgar por lo que usted me dijo, el daño, si es que se produjo alguno, fue causado aquella noche.

Dejé caer la cabeza entre mis manos, exhalando un gemido.

—Ojalá no nos hubiéramos ocupado nunca de este maldito enigma.

La señora Calthrop manifestó con firmeza:

—Los móviles de su decisión no pudieron ser más nobles. Parte de la labor ya está hecha. Cuando Ginger llame, después que la haya visitado el doctor, sabremos más. Supongo que le telefoneará a casa de Rhoda…

No se me escapó la sugerencia.

—Será mejor que regrese allí.

—Soy una estúpida —declaró la señora Calthrop en el momento de irme—. Me doy perfecta cuenta. ¡Pura farsa! Estamos obsesionados con ella. Me figuro que pensamos exclusivamente todo lo que ellos se proponían hacernos pensar.

Quizá tuviese razón. Sin embargo, yo no acertaba a dar con otro género de razonamiento.

Ginger me llamó más tarde.

—Ha venido el médico —dijo—. Parecía un poco desconcertado pero cree en un probable ataque de gripe. Hay mucha por ahí… Me ha ordenado guardar cama. Me enviará alguna medicina. Tengo mucha fiebre pero esto es natural en las indisposiciones de este tipo, ¿no?

Bajo su superficial valentía noté una desesperada llamada, una muda solicitud de ayuda.

—Te pondrás bien en seguida. ¿Me oyes? Te pondrás bien… ¿Te sientes muy molesta?

—Pues… Tengo fiebre, como te he dicho… Siento un gran ardor en la piel. No toleraría que alguien me tocara. Además me duelen los pies… Todo. Me encuentro muy caliente.

—Eso es consecuencia de la fiebre, querida. Escucha, Ginger…

Voy a verte. Salgo de aquí ahora, en seguida. No, no te opongas.

—Conforme. Me alegro de que vengas, Mark. Yo diría… Sí. Desde luego. No soy tan valiente como en alguna ocasión pensé…

2

Telefoneé a Lejeune.

—La señorita Corrigan está enferma —le dije.

—¿Eh?

—Ya me ha oído: está enferma. Ha llamado a su médico. Este cree que puede ser gripe. Quizá sea eso u otra cosa. No se me ocurre qué podrá hacer usted. La única idea que me ha asaltado ha sido la de procurarme la atención de un especialista.

—¿Qué clase de especialista?

—No sé… Un psiquiatra, un psicoanalista, un psicólogo… Alguien que se denomine profesionalmente mediante la palabra psiquis y una terminación cualquiera. Un hombre que esté al corriente de cuanto se refiera a la sugestión, al hipnotismo, a los lavados de cerebro… ¿No hay gente que se ocupa exclusivamente de eso?

—Los hay, par supuesto. Sí. Hay uno o dos funcionarios médicos en la Jefatura especializados en esas cosas. Creo que está usted en lo cierto. Puede tratarse de una gripe, pero también de una complicación de carácter psíquico acerca de lo cual se sepa poco. ¡Dios mío! Tal vez sea eso lo que hemos estado preparando, Easterbrook.

Colgué el auricular. Quizá aprendiéramos algo nuevo respecto a las delicadas armas psicológicas… Ahora bien, lo que a mí me importaba era Ginger, decidida antes, asustada en aquellos instantes… Nos habíamos mostrado escépticos los dos… No. No habíamos creído, considerándolo todo un juego… Pero el asunto no tenía nada de eso.

«Pale Horse» era en cuanto a sus efectos una terrible realidad.

De nuevo hundía la cabeza en mis manos, ahogando un sollozo.

CAPÍTULO XXI

1

Dudo de que llegue a olvidar alguna vez los días posteriores a aquel episodio. Los acontecimientos que viví entonces aparecen en mi mente en confuso tropel, como en un fantástico caleidoscopio. Ginger fue trasladada a una clínica. Me permitían verla sólo a las horas de visita.

Su médico de cabecera continuaba aferrado a su diagnóstico inicial. El hombre no comprendía el porqué de aquel alboroto. Había dicho claramente lo que tenía: un ataque de gripe que había degenerado en pulmonía, complicada con ciertos síntomas poco habituales… Lo había dicho: una cosa corriente, nada típica. A veces las personas afectadas no respondían a la acción de los antibióticos.

Y, desde luego, no se equivocaba en sus afirmaciones. Nada existía de misterioso en la enfermedad de Ginger. Lo único que cabía añadir era que esta tenía bien poco de leve.

Celebré una entrevista con uno de los especialistas de la Jefatura de Policía. Era una especie de petirrojo humano, que se empinaba constantemente sobre las puntas de sus zapatos al hablar y miraba con parpadeantes ojos a través de los gruesos cristales de sus gafas.

Me hizo una infinidad de preguntas, la mitad de las cuales no acerté a explicarme. Pero debía perseguir un objetivo concreto con ellas, ya que a cada contestación mía asentía con un gesto de convenimiento. Evitó cuidadosamente comprometerse con una afirmación u otra, habilidad que me procuró una absoluta certeza en lo tocante a su sapiencia. Todo lo más esbozó ocasionales

pronunciamientos en un lenguaje que yo juzgué el argot de la gente de su profesión. Me parece que intentó varias formas de hipnotismo con Ginger. Todo el mundo se había puesto de acuerdo probablemente para que nadie se prestara a dar muchas explicaciones. Tal vez no tuviera nada que decirme en realidad.

Evité deliberadamente a mis amigos y conocidos. No obstante, la soledad en que se desenvolvía mi existencia se me hacía progresivamente más insoportable.

Finalmente, en un momento de auténtica desesperación, telefoneé a Poppy, a la tienda de flores en que esta trabajaba. La invité a cenar. La chica aceptó mi invitación con alegría.

La llevé al Fantasie. Poppy habló incansablemente y su compañía supuso un gran consuelo para mí. Pero yo no la había buscado para esto tan sólo. Habiendo caído en una feliz somnolencia por efecto de la comida y la bebida, verdaderamente deliciosa, intenté cautelosamente una prueba. Tenía la impresión de que sin darse cuenta cabal de lo oído. Poppy había de estar bien informada. Le pregunté si se acordaba de mi amiga Ginger. La muchacha, después de abrir con un esfuerzo sus hermosos ojos azules, me respondió que sí, añadiendo:

—¿Qué es de ella?

—Está muy enferma.

—Pobrecilla.

Poppy daba la impresión de hallarse todo lo afectada que podía sentirse, que no era mucho.

—Se mezcló en un asunto raro. Creo que te pidió a ti consejo sobre ello. Lo de «Pale Horse»… Le cuesta una suma enorme de dinero.

—¡Oh! —exclamó Poppy con los ojos más dilatados todavía—. Entonces. ¡eras tú!

No comprendí de momento. Luego me di cuenta de lo que ocurría. Poppy me identificaba con el hombre cuya esposa, inválida, era el obstáculo que se oponía a la felicidad de Ginger. Tanta agitación le produjo el descubrimiento de nuestra vida amorosa que ni siquiera se alarmó al oír hablar de «Pale Horse».

—¿Dio resultado? —inquirió.

—No sé por qué se torció un poco… Nos salió el tiro por la

culata.

—¿Cómo?

—Que… ejem… Parece ser que ha actuado también sobre Ginger. ¿Has oído decir que se diera alguna vez un caso semejante?

—No.

—Desde luego —manifesté con aire indiferente—, todas esas cosas que hacen en «Pale Horse», allá en Much Deeping… ¿Sabes a qué me refiero, no?

—Ignoraba dónde se encontraba eso. En el campo, me habían dicho…

—Por Ginger no he podido averiguar qué es lo que le hicieron.

Aguardé atentamente.

—Se trata de rayos, ¿verdad? —dijo Poppy vagamente—. ¡Una cosa así..! Procedentes del espacio… ¡Como los rusos!

Decididamente, Poppy confiaba en aquellos instantes en su limitada imaginación.

—Algo así —convine—. Pero debe ser muy peligroso. Estoy pensando en Ginger y su enfermedad.

—¿No era tu esposa la que tenía que enfermar y morir?

—Sí —respondí aceptando el papel que Ginger y Poppy me habían asignado—. El experimento, sin embargo, debe haber salido mal… Ha producido efectos distintos.

—Como cuando, por ejemplo, una coloca mal una bombilla en el portalámparas y recibe una descarga, ¿verdad? —inquirió Poppy haciendo un terrible esfuerzo mental.

—Exactamente —le confirmé—. ¿Has oído hablar de algo parecido? —pregunté volviendo a la carga.

—Pues… En esa forma, no…

—¿En qué forma, entonces?

—Me refería a lo que sucede después, cuando el interesado se niega a pagar. Ese fue el caso de un hombre que yo conocí —Poppy bajó la voz, atemorizada—. Murió en el «Metro»… Se cayó del andén…

—Pudo ser un accidente.

—No, no —insistió Poppy, sorprendida por aquella idea—. Fueron ellos.

Llené de nuevo de champaña la copa de mi acompañante. Allí,

delante de mí, pensé, tenía una persona cuya colaboración resultaría quizá valiosa si conseguía disociar los hechos que flotaban entremezclados en lo que ella hubiera llamado su cerebro. La muchacha había oído referir ciertas cosas, asimilando la mitad… Sólo se trataba de Poppy, se habrían dicho los que conversaban en su presencia, justificando así su despreocupada charla.

Lo peor era que yo no sabía qué preguntarle. Una torpeza por mi parte y ella cerraría la boca alarmada.

—Mi esposa continúa tan inválida como antes. No parece haber degenerado en nada lo suyo —le expliqué.

—Mala cosa para ti —comentó Poppy afectuosamente, bebiendo un sorbo de champaña.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Poppy lo ignoraba también, por lo visto.

—Ya ves que ha sido Ginger quien… ¿A quién podría recurrir?

—En Birmingham hay un sitio que… —dijo Poppy dudosa.

—Eso está cerrado ahora. ¿No conoces a nadie que tenga relación directa con esto?

—Tal vez Eileen Brandon sepa algo… Aunque no lo creo.

La mención de aquella inesperada persona me sobresaltó. Le pregunté a Poppy quién era Eileen Brandon.

—Ha sido terrible, en realidad —contestó mi amiga—. Ha cambiado muchísimo. Se ha ondulado el cabello y jamás usa zapatos de tacones altos —En seguida añadió a manera de explicación—: Fuimos condiscípulas. Era muy distinta entonces. Sabía mucha geografía.

—¿Qué tuvo que ver con «Pale Horse»?

—Nada. Fue una sola idea que se le ocurrió… La cual le había de costar el empleo.

—¿Qué empleo? —quise saber.

—El que tenía en la «C. R. C».

—¿Qué es la «C. R. C»?

—Exactamente, no lo sé. La gente menciona siempre las iniciales. Creo que se refiere a las reacciones de los clientes o algo por el estilo. Se trata de una firma de poca importancia.

—¿Y Eileen Brandon trabajo para ella? ¿Cuál era su cometido?

—Ir de un lado para otro, formulaba preguntas, referentes a los

objetos usados en cada casa: pastas dentífricas, estufas, esponjas… Un trabajo deprimente, aburrido. ¿A quién puede importarle eso?

—A la «C. R. C.», probablemente.

Sentí que se apoderaba de mí una ligera excitación.

La noche de su muerte, el padre Gorman había visitado a una mujer empleada en una empresa de aquella clase. Y… sí… desde luego, una persona que desarrollaba un trabajo similar había llamado a la puerta del piso de Ginger.

Aquí había un eslabón de la misteriosa cadena de acontecimientos.

—¿Por qué perdió tu amiga su empleo? ¿O quizá se cansó de él?

—No creo. Le pagaban muy bien. Pero se le metió en la cabeza una idea: que aquello no era lo que aparentaba ser.

—¿Pensó que podía estar relacionado de una manera u otra con «Pale Horse»? ¿Es así?

—Pues… no sé. Tal vez… De todos modos, como ella trabaja ahora en un café de la carretera de Tottenham Court…

—Dame detalles de esa mujer.

—Te advierto que no es, ni mucho menos, tu tipo.

—No pretendo conquistarla —respondí bruscamente—. Deseo algunas noticias concretas sobre la «C. R. C.». Tengo el proyecto de comprar un puñado de acciones de esta y otras sociedades análogas.

—Ya, ya —replicó Poppy, totalmente satisfecha con aquella explicación.

Nada más pude conseguir de mi ingenua acompañante, por lo que en cuanto acabamos de bebernos el champaña la llevé a su casa, dándole las gracias por la agradable velada que me había hecho pasar.

2

Intenté comunicar por teléfono con Lejeune a la mañana siguiente, sin conseguirlo. No obstante, tras algunos esfuerzos logré ponerme al habla con Jim Corrigan.

—¿Qué me dices de esa indagación psicológica que tú te interesaste por llevar a cabo? —le pregunté—. ¿A qué

consecuencias se ha llegado con respecto a Ginger?

—Para darte cuenta detalladamente de la misma, habría de citar una retahíla de largas palabras, Mark. Tú sabes que no es raro que alguien pesque una pulmonía. Esta enfermedad no tiene nada de extraordinario, de misterioso…

—Sí. Y hay varias personas, que por cierto figuran en una lista, que murieron de pulmonía, gastroenteritis, parálisis, tumor de cerebro, epilepsia o fiebres tifoideas, amén de otras diversas enfermedades perfectamente identificadas.

—Ya me imagino cómo estarás… ¿Y qué podemos hacer nosotros? Está peor, ¿no?

—Pues… sí. Hay algo que hacer entonces.

—¿Por ejemplo?

—Tengo una o dos ideas. La primera es irnos a Much Deeping, apoderarnos de Thyrza Grey y obligarla a invertir el maleficio o lo que sea, aunque haya que recurrir a la violencia…

—Quizá eso diera resultado.

—O… también podría ir en busca de Venables…

Corrigan replicó con viveza:

—¿Venables? ¡Pero si lo hemos descartado! ¿Cómo va a tener relación con todo esto? Es un impedido.

—Lo dudo. Podría llegarme basta él y arrancarle esa manta con que se cubre las piernas para comprobar si es un verdadero paralítico o no.

—Hemos investigado ya ese extremo…

—Espera. En Much Deeping tropecé con ese menudo farmacéutico llamado Osborne. Me gustaría que repitiese delante de ti lo que me sugirió.

Esbocé la teoría desarrollada por aquel.

—Ese hombre está obsesionado —comentó Corrigan—. Pertenece a esa clase de gente que por la fuerza ha de tener siempre razón.

—Pero, Corrigan, contéstame: ¿no pudo haber pasado todo como él me dijo? Entra dentro de lo posible, ¿verdad?

Tras unos segundos de silencio Corrigan repuso, espaciando las palabras:

—Sí. He dé admitir que eso es posible… No obstante, ese secreto

habría de ser compartido por varias personas a las que Venables tendría que pagar espléndidamente para que no se les soltara la lengua.

—¿Y qué más le da? ¿No dispone de dinero en abundancia? ¿Ha averiguado ya Lejeune cómo ganó este?

—No. Exactamente, no… He de reconocerlo así. Hay algo torcido en la vida de nuestro hombre. El dinero ha ido a parar a sus manos por distintos medios, que él ha manipulado inteligentemente. No es posible realizar una investigación a fondo en un plazo de días. Ese trabajo quizá requiera varios años. La policía se ha visto en ocasiones anteriores atareada con una labor semejante, al seguir las huellas de algún tramposo financiero que previamente cubrió con una telaraña de infinita complejidad sus probables rastros. Creo que la Comisión de Impuestos sobre la renta ha andado por algún tiempo detrás de Venables. Pero este es inteligente… ¿Qué ves en él..? ¿El cerebro que gobierna a toda una banda de forajidos?

—Sí. Creo que es el hombre que lo planea todo.

—Quizá. Parece un hombre suficientemente dotado para desempeñar tal papel. Hay que pensar, sin embargo, que no habrá descendido a cometer una acción tan repugnante como la de asesinar al padre Gorman.

—Pudo haberlo hecho en el caso de verse precisado. Había que eliminar al sacerdote antes de que este diera cuenta de lo que le había referido la moribunda acerca de las actividades de «Pale Horse». Además…

Me callé de pronto.

—Oye, Mark… ¿Estás ahí todavía?

—Sí. Estaba reflexionando… Acaba de ocurrírseme una idea.

—¿De qué se trata?

—Espera. Aún no la veo clara. Sólo consiguiendo un camino podré estar seguro de mis convicciones. Aún no he desbrozado aquel… De todos modos, ahora debo irme. Tengo una cita con cierta persona en un bar de…

—No sabía que frecuentabas los de Chelsea.

—No. Mi bar se encuentra exactamente en la carretera de Tottenham Court.

Colgué el teléfono y eché un vistazo al reloj.

Avanzaba hacia la puerta cuando oí sonar el timbre del aparato telefónico.

Vacilé. Diez contra uno a que se trataba otra vez de Corrigan, tratando de averiguar algo más en relación con mi idea.

No tenía el menor deseo de hablar con él ahora.

Continué avanzando hacia la puerta mientras el timbre sonaba insistentemente.

—Claro que podían llamarme desde el hospital… Ginger…

No podía correr un riesgo como aquel. Crucé el cuarto impacientemente, aplicándome con un violento ademán, el receptor al oído.

—¡Diga!

—¿Eres tú, Mark?

—Sí. ¿con quién hablo?

—Soy yo, desde luego —dijo la voz en tono de reproche—. Escucha… Querría contarte una cosa.

Reconocí la voz; pertenecía a la señora Oliver.

—Mira, Ariadne. Tengo mucha prisa en estos momentos. He de salir… Te telefonearé más tarde.

—Ni hablar —replicó ella con firmeza—. Habrás de escucharme ahora. Es importante.

—Has de ser rápida. Tengo una cita.

—¡Bah! No estarás mal visto si llegas tarde. Todo el mundo hace lo mismo.

—Es que…

—Escucha, Mark: esto es importante. Estoy segura de que lo es. ¡Tiene que serlo!

Reprimí mi impaciencia lo mejor que pude, mirando de soslayo el reloj.

—Tú dirás.

—Mi criada, Milly, tiene amigdalitis. Se encontraba ya mal, por lo que pensé en enviarla al campo, a casa de su hermana…

Rechiné los dientes.

—Lo siento muchísimo, pero…

—Escucha, Mark. Aún no he comenzado. ¿Dónde me había quedado? ¡Ah, sí! Milly tenía que irse al campo y con tal idea

telefoneé a la agencia de que suelo valerme siempre… A la «Regency». Qué nombre más tonto, ¿verdad..? Parece el de un cine…

—De verdad, Ariadne, que…

—Me contestaron que sería difícil complacerme en el acto, lo que dicen siempre, pero que harían lo posible…

Jamás me había parecido mi amiga Ariadne Olivar tan enervante.

—Total: que esta mañana vino una mujer a casa… ¿Quién dirás que era?

—No acierto a… Mira…

—Edith Binns… Un nombre cómico, ¿verdad? Y tú conoces a esa mujer.

—No, no la conozco. No he oído nunca ese apellido.

—Pues la conoces, habiéndola visto además hace pocos días. Ha vivido con tu madrina, *lady* Hesketh_Dubois, por espacio de algunos años.

—¡Ah!

—Te vio con ocasión de haber ido tú a recoger unos cuadros a aquella casa.

—Todo eso está muy bien, Ariadne, y creo que has sido afortunada al dar con ella. Me parece una mujer fiel, digna de confianza… Tía Min hablaba siempre así de Edith Binns. Pero en realidad… ahora…

—¿Quieres esperar? Aún no he llegado a lo que deseaba decirte. Se sentó a charlar un rato conmigo. Hablamos de *lady* Hesketh_Dubois, de su última enfermedad… Las personas como Edith gustan del tema de las adolescencias… Luego por fin, lo dijo.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Aquello que me llamó la atención. Poco más o menos se expresó en estos términos: «¡Pobre señora! Sufrió mucho. Hasta el momento de padecer la enfermedad que había de llevarle al sepulcro (un tumor en el cerebro, declararon los médicos), había gozado de una salud excelente. Daba lástima verla allí, en la clínica… Sus blanquísimos cabellos, bien cuidados, aseados periódicamente, con toda regularidad, se le caían a mechones sobre la almohada». Luego, Mark, me acordé de Mary Delafontaine,

aquella amiga mía. También a ella se le cayó el cabello. Recordé asimismo lo que me contaste de la chica que viste en un café de Chelsea, riñendo con otra, en cuyas manos quedaron varios mechones de cabellos pertenecientes a su rival. El pelo no se cae con tanta facilidad, Mark. Tú prueba… Prueba a ver si puedes arrancarte un puñado, ¡y de raíz! Ya verás. Eso no es lo normal, amigo mío. Las personas a que me he referido presentaban un detalle común. Tiene que tratarse de una nueva enfermedad… Eso debe significar algo.

Oprimí nerviosamente el auricular. Me zumbaba la cabeza. Varias cosas, recordaba a medias, se unían ahora para formar un todo armónico. Rhoda y sus perros sobre el césped, un artículo que yo leyera en una revista médica de Nueva York… ¡Claro, claro!

Repentinamente me di cuenta de que la señora Oliver continuaba hablando.

—¡Dios te bendiga! —exclamé entusiasmado—. ¡Eres maravillosa!

Dejé con un fuerte golpe el receptor. Inmediatamente volví a recogerlo. Marqué el número. Esta vez fui afortunado, consiguiendo ponerme rápidamente en comunicación con Lejeune.

—Oiga, inspector, ¿ha observado usted si a Ginger se le cae el cabello de raíz y a puñados?

—Pues… En realidad creo que sí. Efecto de la alta fiebre, supongo.

—¡Nada de eso! Lo que Ginger padece es lo mismo que han sufrido otras personas antes: el envenenamiento por talio. Quiera Dios que lleguemos a tiempo…

CAPÍTULO XXII

1

—¿Hemos llegado a tiempo? ¿Se salvará?

Yo no cesaba de ir de un lado para otro. No podía permanecer un momento quieto.

Lejeune, sentado, me observaba, mostrándose paciente y cortés.

—Tenga la seguridad de que se está recurriendo a todos los medios de que dispone la ciencia.

La clásica respuesta en tales situaciones. No me proporcionaba el más mínimo consuelo.

—¿Ya saben cómo han de proceder para tratar un envenenamiento de esa naturaleza?

—Casos como este no son frecuentes. Será probado cuando augure un buen resultado. Yo creo que esa señorita se salvará.

Le miré atentamente. ¿Cómo podía saber yo si era sincero en sus manifestaciones? ¿Intentaba tan sólo tranquilizarme?

—Han comprobado que se trata de talio, ¿verdad?

—Sí.

—Consecuentemente, esa es la sencilla verdad que se ocultaba tras «Pale Horse»: veneno. Nada de brujería, ni hipnotismo, ni rayos… Y esa mujer me lo pasó todo por delante de las narices. Supongo que no dejaría de reírse un momento de mí.

—¿De quién está usted hablando?

—De Thyrza Grey. Me refiero a la primera tarde que pasé en su casa, adonde fui a tomar el té. Me habló de los Borgia y de cuanto se ha tratado en relación con los «venenos extraños que no dejan rastro alguno»; de los guantes envenenados y otras cosas similares.

«Arsénico corriente y nada más», añadió. Esto era lo mismo de simple. ¡Y qué comedia! Recuerdo perfectamente el trance de Sybil, el gallo blanco, el brasero, los signos cabalísticos, el crucifijo invertido… Todas ellas, fórmulas procedentes de viejas supersticiones. Y la famosa «caja» era otra superchería más, destinada a las mentes actuales. Hoy no creemos en los fantasmas ni tampoco en las brujas, pero en cambio, cuando nos hablan de «rayos» y «ondas» estamos dispuestos a devorar cuanto nos echen. Apuesto lo que sea a que esa caja no contiene más que una caprichosa red eléctrica con válvulas y bombillas de colores. Como vivimos en continuo temor de lluvia radiactiva, de estroncio 90, y tantas novedades que encogen el ánimo, nos sentimos cautivados cuando se pretende explicar cualquier hecho por el lado científico… ¡Todo lo de «Pale Horse» era falso! Lo que se hacía allí era un disfraz, un pretexto, una máscara encubridora. La atención del interesado había de ser concentrada en aquel punto, de manera que nadie advirtiera lo que se acercaba procedente de otro. Lo mejor de todo era que los protagonistas se hallaban a salvo. Thyrza Grey podía alardear, hablar de sus ocultos poderes. ¡En este terreno jamás podría ser procesada por asesinato! De haber examinado su caja unos peritos electricistas habría quedado demostrado que era inofensiva. Cualquier tribunal habría juzgado su empeño un disparate, un imposible. Efectivamente, lo era.

—¿Cree usted que las tres mujeres están dentro del asunto?

—A mi parecer, no. Yo diría que Bella no fingía, que cree de veras en la brujería. Está segura de sus poderes personales y se enorgullece de ellos. Lo mismo le pasa a Sybil. Es una auténtica médium. Una vez en trance ya no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor. Y obedece ciegamente a Thyrza.

—Esta, pues, es el espíritu que rige a las otras dos, ¿verdad?

—Con referencia a «Pale Horse», sí. Pero Thyrza no es el cerebro de la organización. Este, que continúa en la oscuridad, es el que planea y dirige. Todo va muy bien ensamblado. Cada miembro tiene su trabajo, su misión peculiar, moviéndose dentro de los dominios propios estrictamente. A cargo de Bradley corren los cuidados de carácter financiero y legalista. Aparte de eso él ignora lo que ocurre más allá de su despacho. Está espléndidamente pagado, ni que decir

tiene, al igual que Thyrza Grey.

—Usted parece haber hallado una explicación satisfactoria a todo ese enigma —comentó Lejeune secamente.

—No. Aún no. Pero conocemos el hecho básico y necesario: el mismo utilizado durante siglos, el veneno, la misteriosa poción que causa la muerte, clásica ya en la historia…

—¿Por qué pensó usted en el talio?

—Coincidieron varias cosas. En el bar de Chelsea asistí al comienzo de este asunto. Una chica arrancó un puñado de cabello a otra, mientras reñían. La víctima dijo: «No, en realidad no me ha dolido», cuando le hicieron observar aquello. No era valentía; como yo pensé, sino un simple hecho. No le había dolido.

»Hallándome en América leí un articulo en el que se trataba de envenenamiento por talio. En una fábrica murieron muchos trabajadores. Las causas de esas muertes eran asombrosamente diversas. Figuraban entre ellas las fiebres paratíficas, apoplejía, neuritis alcohólica, parálisis, epilepsia, gastroenteritis, etcétera. Luego hubo una mujer que envenenó a siete personas. Los diagnósticos aludían a tumores cerebrales, encefalitis y pulmonía. Los síntomas varían enormemente. Puede empezar el enfermo con diarrea, vómitos, dolor de piernas, acabando la cosa en polineuritis, fiebre reumática o polio… Uno de los pacientes del caso antes mencionado hubo de ser introducido en un pulmón artificial. En ocasiones se presenta también cierta pigmentación en la piel.

—¡Habla usted como un diccionario médico, Easterbrook!

—Naturalmente. He estado repasando todo eso. Pero hay algo que más pronto o más tarde ocurre siempre: el cabello se cae. El talio ha sido utilizado como depilador en otro tiempo… Particularmente en los chiquillos con granos y otras erupciones cutáneas. Después se descubrió que era una sustancia peligrosa. En la clínica moderna, sin embargo, se utiliza en dosis reducidísima, calculadas con arreglo al peso del enfermo. En nuestros días se usa principalmente en los raticidas. Es un producto insípido, soluble en el agua y fácil de adquirir. Basta con que nadie sospeche un envenenamiento para desorientar a todo el mundo, dados sus efectos.

Lejeune asintió.

—Exactamente —manifestó—. De ahí la insistencia por parte de los regentes de «Pale Horse» en el sentido de que el criminal había de permanecer alejado de su víctima. Este proceder elimina determinadas sospechas. ¿Qué es lo que puede provocarlas? Ninguna persona extraña ha tenido acceso a la comida o la bebida de la casa… No se ha efectuado compra alguna de talio u otra sustancia venenosa. Eso es lo mejor: el trabajo lo realiza otro que no tiene la menor relación con la víctima. Ese «otro», creo yo, aparece una vez, una vez solamente.

El inspector hizo una pausa.

—¿Posee alguna idea sobre ese extremo? —me preguntó.

—Una, nada más. Existe un hecho común: siempre surge una mujer de inofensivo aspecto con un cuestionario en la mano, con destino a una firma dedicada a efectuar sondeos en el mercado consumidor.

—¿Cree usted que la mujer es quien introduce en la casa el veneno? ¿Es una muestra, por ejemplo?

—No creo que la cosa sea tan sencilla —repuse—. Me parece que las mujeres que trabajan para esa entidad no son culpables de nada, que se limitan a desarrollar una labor normal… Claro está, de una manera u otra, forman parte del caso. Creo que podremos averiguar algo si llegamos a hablar con una mujer llamada Eileen Brandon, que trabaja en un bar de la carretera de Tottenham Court.

2

Poppy había descrito regularmente a Eileen Brandon, teniendo en cuenta el particular punto de vista de aquella. Eileen llevaba el pelo recogido, que no aparecía todo lo marchito y enmarañado que sugiriera la dependienta de la floristería. Usaba el mínimo de maquillaje y calzaba unos zapatos normales. Nos explicó que su esposo había muerto en un accidente de automóvil, dejándola con dos hijos de corta edad. Antes de colocarse en el café bar, había estado trabajando para una firma llamada «Customers Reaction Classified» durante más de un año. Había abandonado dicha empresa espontáneamente porque no le agradaba la labor que tenía

que desarrollar.

—¿Es cierto eso? ¿De dónde arrancaba concretamente su disgusto?

La pregunta había sido formulada por Lejeune. Ella se le quedó mirando.

—Usted es inspector de policía, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Piensa usted que en esa entidad puede haber algo que no esté bien?

—Es lo que estoy investigando. ¿Sospechó usted algo raro? ¿Fue por eso por lo que se marchó?

—No me es posible especificar. Nada definido podría contarle.

—Naturalmente. Nos hacemos cargo. Esta indagación es confidencial.

—Comprendo… Ahora, puedo decirles bien poco verdaderamente.

—¿Puede decirnos por qué se fue?

—Tenía la impresión de que allí ocurrían cosas cuidadosamente ocultas, de las que yo no llegaba a enterarme.

—¿Quiere decir que pensó que quizá no fuera un negocio auténtico sino algo destinado a encubrir sabe Dios qué cosas?

—La idea era de ese estilo. Me pareció que no era gobernado o dirigido de un modo metódico. Sospeché que pudiese existir otro objetivo distinto al que perseguía exteriormente. Pero no sé qué objetivo podría ser este.

Lejeune formuló varias preguntas más para conocer al detalle la naturaleza del trabajo que le fuera encomendado a aquella mujer dentro de la organización. Normalmente le entregaban una lista de nombres. Su tarea consistía en visitar a estas personas, hacerles varias preguntas y tomar nota de las contestaciones correspondientes.

—¿Y qué es lo que le llamó su atención?

—Las preguntas no parecían seguir un orden lógico, el propio y de sentido común cuando se realiza una encuesta comercial. No guardaban relación unas con otras; diríase que habían sido escritas al azar. Producían la impresión de ser un pretexto, de encubrir algo.

—¿No tiene ninguna idea sobre ese segundo objetivo?

—No. Y fue lo que más me desconcertó…

La mujer hizo una pausa para continuar hablando de un modo vacilante…

—En cierta ocasión pensé si aquello podía haber sido montado para cometer robos o desarrollar una labor de espionaje… Pero deseché la idea. Nunca se me exigió que describiera las habitaciones en que había estado, las cerraduras, etcétera. Ni tampoco me pidieron que me enterara de cuando los ocupantes de los pisos se hallaban ausentes.

—¿A qué artículos se refería en sus informaciones?

—Eran muy variados. A veces se trataba de comestibles. Pero de los cereales y demás sustancias del ramo de la alimentación pasaba a lo mejor a las escamas de jabón y a los detergentes. También me ocupé de los productos de tocador, polvos para la cara, lápices de labios, cremas, etcétera. En algunos casos, de medicinas: tabletas contra el dolor, pastillas para la tos, somníferos, líquidos para gargarismos o para lavar la boca, medicamentos para facilitar la digestión…

—¿No le exigieron que entregara a las personas visitadas muestras de algunos de esos productos? —inquirió Lejeune.

—No. No hice nunca tal cosa.

—Usted se limitaba a formular las preguntas y a tomar nota de las contestaciones, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Cuál era el objeto concreto de las preguntas?

—Eso parecía raro… Nunca se nos dijo exactamente. Suponíamos que el propósito era informar a ciertos fabricantes… Pero allí no había nada sistemático, organizado. Daba la impresión de ser la obra de un novato.

—¿Estima posible que entre las preguntas que le encargaban que hiciera, hubiese una o un grupo que constituyesen el objeto real de la firma, sirviendo las restantes de camuflaje?

Eileen Brandon frunció el ceño, concentrándose en sus reflexiones. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —respondió—. De ahí que me parecieran como redactadas al azar y sin conexión entre ellas… Pero no podría decir qué pregunta o conjunto de preguntas eran las importantes…

Lejeune le miró con viveza.

—Tiene que haber algo más de lo que hasta ahora nos ha dicho.

—Ese es el caso… Percibí algo extraño en el montaje de aquel tinglado. Y más tarde, hablando con una amiga, la señora Davis…

—Hablando con la señora Davis… ¿qué?

La voz de Lejeune no había sufrido la más leve alteración.

—Tampoco ella se encontraba a gusto.

—¿Y por qué razón?

—Había oído decir algo…

—¿Qué?

—Ya le indiqué que no podría concretar mucho. Lo único que me dijo fue que la organización en la cual estábamos empleadas era un tapujo, que no resultaba ser lo que aparentaba. «Claro está —añadió—, que esto no nos importa. El dinero que cobramos es bueno y nadie nos pide que hagamos nada que vaya contra la ley. ¿A qué preocuparnos?».

—¿Eso fue todo?

—Hubo algo más. No sé lo que quiso darme a entender. Mi amiga comentó: «A veces pienso como Typhoid Mary».

Lejeune sacó un papel de uno de sus bolsillos, mostrándoselo a la mujer.

—¿Le es familiar alguno de esos nombres? ¿Recuerda si visitó a alguna de esas personas?

—Es imposible que me acuerde —respondió ella cogiendo la hoja de papel—. ¡Fueron tantas las visitas que hice!

Calló un momento para repasar la lista.

—Ormerod —dijo.

—¿La recuerda?

—No. Pero la señora Davis lo mencionó una vez. Murió de repente, ¿verdad? Hemorragia cerebral. Mi amiga se alteró al conocer la noticia. «Hace quince días figuraba en mi lista de visitados —manifestó—. Daba la impresión de gozar de una salud perfecta». Después de eso fue cuando formuló su observación acerca de Typhoid Mary. «La gente que visito suele liar el petate no bien me ha echado la vista encima». Se rió de sus propias palabras, explicando que aquello era una coincidencia. Aunque no creo que se quedara satisfecha… No obstante, me comunicó que no pensaba

preocuparse.

—¿Algo más?

—Pues…

—Siga, siga.

—Ocurrió más adelante. Hacía algún tiempo que no la veía. Nos encontramos en un restaurante de Soho. Le dije que había abandonado la «C. R. C.», consiguiendo otro empleo. Me preguntó por qué. Le respondí que porque me sentía molesta no sabiendo lo que había detrás de todo aquello. Repuso: «Quizá hayas obrado prudentemente. Claro que el empleo está bien remunerado y ocupa pocas horas. Además, todos estamos en la obligación de aprovechar las oportunidades que la vida nos depara. Yo he llevado una existencia muy ajetreada. ¿Por qué voy ahora a preocuparme de lo que le sucede al prójimo?». Objeté: «Ignoro de qué me estás hablando. Exactamente: ¿qué es lo que hay de equívoco en esa empresa?». A tales palabras ella contestó: «No tengo seguridad, pero he de decirte que el otro día reconocí a una persona. Salía de una casa, llevando un saco de herramientas. Nada justificaba su presencia allí. Me gustaría saber para qué necesitaba esos utensilios». Mi amiga me preguntó si había tropezado alguna vez con una mujer que poseía una hostería denominada «Pale Horse». Yo deseé saber entonces qué tenía que ver eso con aquella historia.

—¿Y cuál fue su respuesta?

Se echó a reír, diciéndome: «Lee tu Biblia».

La señora Brandon añadió:

—Ignoraba a qué aludía. Esto sucedió en nuestro último encuentro. No sé qué ha sido de la señora Davis, si sigue en la «C. R. C.» o ha dejado la firma…

—La señora Davis murió —dijo Lejeune.

Eileen Brandon pareció sobresaltarse.

—¡Ha muerto! Pero… ¿de qué?

—De pulmonía, hace dos meses.

—¡Oh! Lo siento.

—¿Puede decirnos algo más, señora Brandon?

—Me temo que no. En alguna ocasión he oído citar esas dos palabras: «Pale Horse»… Ahora bien, la gente se calla si se atreve usted a hacer una pregunta tan sólo sobre el particular. Dan la

impresión de hallarse asustados.

La señora Brandon parecía inquieta, como deseosa de dejar aquella conversación.

—Yo… yo no quisiera andar mezclada en un asunto peligroso, inspector Lejeune. Tengo dos pequeños… Sinceramente: no sé más que lo que he dicho.

Él la miró atentamente… Después asintió, dejándola marcharse.

—Esto nos lleva un poco más lejos —dijo Lejeune en cuanto Eileen Brandon se hubo ido—. La señora Davis llegó a saber demasiado. Intentó cerrar los ojos a lo que era evidente, pero en sus sospechas debió aproximarse mucho a la realidad. De pronto cayó enferma y al ver que no tardaría en morir se apresuró a pedir un sacerdote, poniendo a este al corriente de todo. Mi pregunta es: ¿qué abarcó su conocimiento? Esa lista diría yo que está integrada por personas a las que ella visitó en el curso de sus actividades, las cuales murieron posteriormente. De ahí la observación sobre Typhoid Mary. El enigma quizá radique en esto: ¿a quién reconoció en el instante de salir de una casa? ¿Quién era el individuo que pretendía hacerse pasar por un trabajador y qué hacía en aquel lugar? Tal incidente debió convertirla en un elemento peligroso para la organización. Si ella le reconoció, al otro debió pasarle lo mismo… Si semejante dato había llegado a conocimiento del padre Gorman lo lógico es que este fuera eliminado antes de que el secreto dejara de serlo.

El inspector Lejeune me miró.

—Está usted de acuerdo conmigo, ¿no? En esta forma se deslizaron sin duda los acontecimientos.

—Sí. sí.

—¿Tiene usted alguna idea respecto a la identidad de ese hombre?

—La tengo, pero…

—Lo sé. No poseemos ni la más leve prueba.

Lejeune guardó silencio unos segundos. Luego se puso en pie.

—Pese a todo nos haremos con él. No incurriremos en ningún error. En cuanto sepamos con certeza quién es surgirán los medios… ¡Y no dejaremos de probar ni uno tan sólo!

CAPÍTULO XXIII

1

Tres semanas más tarde se detenía un coche frente a la puerta principal de Priors Court.

De aquel se apearon cuatro hombres. Yo era uno de ellos. Se encontraban presentes el inspector Lejeune y el sargento Lee también. El cuarto hombre era el señor Osborne, quien al ser designado como miembro del grupo apenas había podido contener su alegría.

—No vaya usted a decir nada —le previno Lejeune—. Manténgase callado, ¿eh?

—Descuide, inspector. Puede contar conmigo. No diré una palabra.

—Recuérdelo.

—Esto para mí supone una atención, una gran atención, aunque no comprendo del todo.

Como es natural, en aquellos momentos nadie se iba a extender dándole explicaciones.

Lejeune oprimió el botón del timbre y preguntó por el señor Venables.

Penetramos los cuatro en la casa. Parecíamos una comisión encargada de realizar algún servicio especial.

Si Venables se vio sorprendido por nuestra visita, debió disimularlo muy bien, pues no dio muestras de ello. En el momento de hacer retroceder su silla de ruedas, como para contemplarnos mejor, me dije que, en efecto, su aspecto no tenía nada de corriente. La nuez, muy prominente, se movía hacia arriba y hacia abajo,

entre las breves aletas del cuello de la camisa, de modelo anticuado. Estudié su perfil, con la nariz curvada, semejante al de un ave de presa.

—Me alegro de verle, Easterbrook. En la actualidad parece ser que pasa mucho tiempo en este rincón del mundo.

Advertí un leve tono malicioso en su voz. El hombre añadió:

—¡Ah!… El inspector Lejeune, ¿eh? He de admitir que su presencia en mi casa despierta mi curiosidad. Estos poblados son pacíficos. Se hallan muy alejados del mundo del crimen. La visita de un inspector de la policía causa siempre impresión. ¿En qué puedo servirle?

Lejeune habló con entera serenidad.

—Hay una cosa en la que su colaboración, señor Venables, puede sernos de gran utilidad. Eso hemos pensado.

—Veamos.

—El día siete de octubre un sacerdote, el padre Gorman, fue asesinado en West Street, Paddington. Se me ha informado de que usted se encontraba por allí entre las ocho menos cuarto y las ocho y cuarto de la noche. ¿No podría haber visto algo que tuviera relación con aquel suceso?

—¿Estaba yo en realidad en aquel sitio a la hora que dice? Sepa que lo dudo. Por lo que yo recuerdo no he estado jamás en ese distrito de Londres. Le hablo de memoria, pero creo que ni siquiera visité la capital aquel día. Voy a Londres tan sólo cuando se me presenta la oportunidad de participar en una subasta interesante o con el fin de ver a mi médico, lo cual llevo a cabo con cierta regularidad…

—Su médico… *sir* William Dudgale, de la calle Harley, ¿verdad?

El señor Venables miró fríamente a su interlocutor.

—Está usted bien informado, inspector —declaró.

—No tanto, sin embargo, como a mí me agradaría. Me disgusta que no pueda ayudarme en la forma que yo espero. Me creo en el deber de referirle los hechos que guardan relación con el asesinato del padre Gorman.

—Perfectamente. Nunca había oído ese nombre antes de ahora.

—El padre Gorman había sido guiado aquella noche de niebla hasta el lecho de una moribunda. Esta formó parte de una

organización criminal, al principio ignorándolo, pero luego se dio cuenta de la gravedad del asunto. La entidad se había especializado en la eliminación de personas no gratas… a cambio de unos honorarios cuantiosos, naturalmente.

—La idea no es nueva —murmuró Venables—. En América…

—No obstante, la organización de que hablo presentaba ciertos rasgos peculiares. Las eliminaciones se producían por medio de determinados artificios psicológicos. El «deseo de la muerte», existente, según afirmaban los regidores de la misteriosa sociedad, en todo ser humano, era estimulado.

—¿De manera que la persona afectada iba a parar indefectiblemente en el suicidio? Permítame que me exprese así: eso suena demasiado bien para ser verdad.

—Nada de suicidio, señor Venables. La persona en cuestión muere de muerte natural.

—Vamos, vamos. ¿Cree usted realmente en eso? ¡Qué poco se acomoda su actitud, a la clásica de nuestros policías, casi siempre tercos, obstinados y fieles seguidores de la rutina!

—De creer ciertas afirmaciones la organización mencionada tenía su sede en una finca denominada «Pale Horse».

—¡Ah! Comienzo a comprender. Eso es lo que le ha traído hasta nuestra aldea. ¡Mi amiga Thyrza Grey y todas sus disparatadas teorías! Nunca he conseguido averiguar si ella cree verdaderamente lo que dice. A mí me consta que todo eso es pura insensatez. Thyrza dispone de una médium absolutamente necia… La bruja de la localidad confecciona sus comidas.. Hay que ser muy valiente para sentarse a la mesa en aquella casa. Uno pudiera encontrar cualquier sustancia venenosa diluida en la sopa. Las tres mujeres disfrutan aquí de una especial reputación. Muy inquietante todo en apariencia, pero, inspector, ¡no me diga que Scotland Yard o el centro policíaco de donde usted proceda ha tomado la cosa en serio!

—Lo hemos tomado, efectivamente, muy en serio, señor Venables.

—¿Creen ustedes realmente que como consecuencia de las tonterías que recita Thyrza Grey, del trance de Sybil y de la magia negra de Bella se produce la muerte de un ser humano?

—No, señor Venables… La causa de la muerte es más sencilla…

—Lejeune hizo una pausa—. La muerte se produce siempre mediante un envenenamiento por talio.

Otro silencio y…

—¿Qué ha dicho usted?

—Sí. Se trata de un simple envenenamiento utilizando cualquiera de las sales del talio. Muy sencillo y expeditivo. Claro, hay que disimularla… ¿Hay algo más apropiado con tal fin que una tramoya seudocientífica y psicológica? Luego basta ya con recurrir a la jerga apropiada, reforzada por viejas supersticiones. Todo ello es calculado para anular la idea del envenenamiento.

—Talio… —El señor Venables frunció el ceño—. Jamás oí hablar de tal sustancia hasta ahora.

—¿No? Pues se usa mucho en la fabricación de raticidas y también como depilatorio… Es fácil de obtener. Y da la casualidad de que en un rincón del cobertizo en que guarda usted sus macetas se encuentra un paquete de la mencionada sustancia.

—¿En el cobertizo..? No es posible que eso sea cierto.

—Pues allí está. Hemos hecho una prueba. No. No estamos equivocados.

Venables parecía ligeramente excitado.

—Alguien debe haberlo puesto en ese sitio. Yo no sé nada de eso. Nada en absoluto.

—¿De veras? Usted es un hombre bastante rico, ¿no es así, señor Venables?

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando?

—La Comisión Nacional de Impuestos ha realizado últimamente alguna indagaciones, según creo, interesándose sobre todo por conocer la fuente de sus ingresos.

—Lo peor de Inglaterra, lo que le amarga a uno la existencia aquí, es indudablemente, nuestro sistema de tasas. Estos meses pasados he meditado muy seriamente sobre mi proyecto de irme a vivir a las Bermudas.

—No creo ya que llegue a convertirse en realidad.

—¿Es eso una amenaza, inspector? Porque de ser así…

—No, no, señor Venables. Se trata tan sólo de una opinión. ¿No le agradaría saber cómo desarrollaba sus actividades la organización de que hablábamos?

—Le veo muy decidido a explicarme este punto.

—Todo había sido muy bien concebido. Los detalles financieros corrían a cargo de un abogado destituido, el señor Bradley. Este tiene un despacho en Birmingham. Los que desean convertirse en pacientes le visitan allí. Surge una apuesta sobre las probabilidades de morir que tiene una persona dentro de cierto período de tiempo… El señor Bradley, que es un fanático de las apuestas, se muestra habitualmente pesimista. El cliente, en cambio, suele presentarse a sus ojos esperanzador. Al ganar el señor Bradley, este último ha de proceder inmediatamente al pago de la suma especificada… si no quiere que le suceda algo desagradable. He ahí todo el trabajo de Bradley: concertar una apuesta. Muy sencillo, ¿no?

»El cliente visita después "Pale Horse". La señorita Thyrza Grey y sus dos amigas representan una comedia a fin de impresionar a aquel en la forma y medida que a ellas les interesa.

»Examinemos ahora algunos detalles situados tras ese escenario.

»Unas mujeres, empleadas *bona fide* de una de las muchas firmas dedicadas a efectuar sondeos en el mercado consumidor, se encargan de visitar al vecindario de un distrito señalado con un cuestionario en la mano. ¿Qué pan prefiere usted? ¿Qué artículos de tocador, qué cosméticos le agradan más? Las preguntas se extienden a los laxantes, tónicos, sedantes, medicamentos para facilitar la digestión, etcétera. La gente, en nuestros días, se halla acostumbrada a responder a aquellas. Raras veces se oponen.

»Así se llega al último peldaño, sencillo, audaz, que no puede conducir más que hasta el éxito. Esta es la única acción realizada personalmente por el hombre que concibió el plan. Puede ser que vista el uniforme de portero o que llame a la puerta de la casa en calidad de empleado de la compañía del gas, de la electricidad, con el exclusivo objeto, aparente, de leer los contadores. Quizá se presente como fontanero, electricista o trabajador de esta o aquella especialidad… Sea lo que sea se personará en la casa con sus documentos, en regla, por si alguien se los pide. Nadie lo hace, sin embargo. Juegue un papel u otro, el objetivo que persigue es bien simple: substituir un producto de los utilizados normalmente en el dormitorio visitado (conocido gracias al cuestionario de la "C. R.

C.”) por otro de los que lleva encima. Quizá se entretenga examinando las tuberías, leyendo los contadores o llevando a cabo otra tarea similar, pero eso no será más que un pretexto. Una vez logrado su propósito se va. Ya nadie le volverá a ver por aquellos parajes.

»Pasan unos días. Tal vez no ocurra nada en el transcurso de los mismos. Pero antes o después, la víctima presenta síntomas de hallarse enferma. Llama esta a su médico… ¿Cómo va a sospechar el doctor que se trata de algo fuera de lo normal? Quizá pregunte qué ha comido o bebido su paciente. ¿Quién va a desconfiar del producto usado por este durante años enteros?

»¿Se da cuenta de lo ingenioso del plan, señor Venables? La única persona que sabe en qué consiste la misión del jefe de la condenada entidad es este mismo. Nadie podría denunciarle.

—¿Cómo ha llegado usted a averiguar todas esas cosas? —inquirió serenamente el señor Venables.

—Cuando sospechamos de una persona disponemos siempre de medios para asegurarnos.

—¿Sí? Cítelos.

—No es posible mencionarlos todos. Existen dispositivos ingeniosos: la cámara fotográfica por ejemplo. Y otros que continuamente inventan los hombres. A veces se saca una instantánea a un individuo sin que este lo advierta. De esta manera nos hemos hecho de excelentes fotografías de, pongamos por caso, un portero uniformado, un empleado de la compañía suministradora de gas, etcétera. Existen recursos tales como falsos bigotes, patillas, etcétera, pero nuestro hombre ha sido identificado fácilmente… primero por la señora Easterbrook, alias Katherine Corrigan, y después por una mujer llamada Edith Binns. Las identificaciones son siempre interesantes, señor Venables. He aquí un caso curioso: este caballero, el señor Osborne, está dispuesto a jurar que le vio a usted siguiendo al padre Gorman por la calle Barton el día siete de octubre a las ocho de la noche, aproximadamente.

—Y, efectivamente, ¡le vi! —exclamó Osborne excitado, inclinándose hacia delante—. Le describí a usted… ¡Le describí exactamente!

—Demasiado exactamente tal vez —dijo Lejeune—. Porque la verdad es que usted no vio al señor Venables aquella noche, hallándose a la puerta de su establecimiento. Usted no se encontraba allí, en absoluto. El que estaba al otro lado de la calle era usted mismo… siguiendo al padre Gorman hasta que este giró en dirección a la calle Oeste, momento en que se lanzó sobre él para matarle…

Zachariah Osborne no acertó a decir más que esto:

—¿Qué?

Aquello era ridículo. ¡Ridículo! ¿Pero la caída mandíbula, los ojos, obsesionadamente fijos..?

—Venables: permítame presentarle al señor Zachariah Osborne, farmacéutico hasta hace poco establecido en la calle Barton, de Paddington. Se sentirá usted particularmente interesado por él cuando sepa que el señor Osborne, que ha estado sometido a estrecha vigilancia durante algún tiempo, cometió la imprudencia de depositar un paquete de sales de talio en el cobertizo de su jardín. Ignorando su enfermedad, quiso divertirse asignándole el papel de villano. Luego, mostrándose tan obstinado como estúpido de bulto…

—¿Estúpido? ¿Se atreve usted a llamarme estúpido? Si pudiera… Si poseyera una idea de lo que he hecho, de lo que soy capaz de hacer… Yo…

Osborne, muy agitado, comenzó a expresarse iracundo.

Lejeune fue resumiendo su actuación cuidadosamente. Su actitud me recordó la de un hombre en el instante de hacerse definitivamente con un pez que acabara de morder la carnada de su anzuelo.

—No debió dárselas de listo —le dijo a Osborne en tono de reproche—. Si usted se hubiera limitado a seguir tranquilamente en su establecimiento, guardando silencio, yo no me encontraría aquí ahora, advirtiéndole, como es mi deber, que cualquier cosa que diga será anotada y posteriormente utilizada como argumento.

Osborne se perdió en una oleada de conceptos sin sentido, levantando progresivamente la voz, hablando ya a gritos…

CAPÍTULO XXIV

1

—Mire, Lejeune, hay un puñado de cosas que me agradaría saber.

Cubiertas las formalidades de rigor había procurado quedarme a solas con el inspector. Nos hallábamos sentados ante dos grandes boks de cerveza.

—Me lo figuro, señor Easterbrook. Ya advertí su sorpresa.

—Ciertamente que no esperaba eso. Yo estaba obsesionado con Venables. Usted nunca me hizo la menor sugerencia en otra dirección.

—No pudo ser de otro modo, señor Easterbrook. Estas cosas se reservan exclusivamente para uno. Resultan engañosas, a menudo. Para llegar a la verdad hay que recorrer siempre un largo camino. Por tal razón montamos esa comedia, con la colaboración de Venables. Tuvimos que llevar a Osborne de la mano, saltando repentinamente sobre él. Y todo salió bien.

—¿Acaso está loco ese hombre? —inquirí.

—Ahora es cuando se halla al borde de la locura. Pero al comienzo de todo, desde luego, estaba en su sano juicio. Examinemos lo que hay tras ese afán insensato de matar… El depravado se siente poderoso y con dominio sobre la vida. Se cree un ser superior cuando en realidad no es más que un desecho. Luego, al ser descubierta la realidad, aquel no puede soportarla. Entonces grita, corre de un lado para otro, alardea incluso proclamando lo que ha sido capaz de llevar a cabo, presume de inteligente… Bueno. Ya lo ha visto usted.

Asentí.

—De manera que Venables se prestó a esa comedia. ¿Le agradó la idea de ayudarle?

—Creo que le divertía esa perspectiva. Además, estimó que era justo devolver golpe por golpe.

—¿Qué hay detrás de sus misteriosas alusiones?

—Pues… Esto, querido amigo, no debiera decírselo, ya que queda parte por completo del caso. Hace unos ocho años hubo una serie de atracos en otros tantos Bancos. La misma técnica cada vez. Y los autores de aquellos consiguieron escapar. Todos fueron inteligentemente planeados… por alguien que no intervenía personalmente. Ese hombre se hizo de una fuerte suma de dinero. Aun en el caso de que nuestras sospechas se hubiesen orientado bien, nada hubiéramos podido probar. El hombre era más inteligente que nosotros… Sobre todo desde el punto de vista financiero. Por otro lado, el individuo en cuestión tuvo el acierto de no seguir tentando la suerte. No pienso decirle más. Se trataba de un pícaro, pero no de un asesino. En el transcurso de esas operaciones ningún ser humano perdió la vida.

Mi atención se concentró de nuevo en Zachariah Osborne.

—¿Sospechó usted siempre de Osborne —preguntó al inspector —. ¿Desde el principio?

—La verdad es que fue obra suya el que yo reparara en él —contestó Lejeune—. Como ya le dije, de haber continuado tranquilamente al frente de su establecimiento, sin hacer nada, nunca hubiéramos llegado a pensar en que Zachariah Osborne, un respetable farmacéutico, tuviese algo que ver con nuestro caso. Pero hay un detalle curioso: esa actitud es precisamente la que jamás adopta el asesino. Estos suelen agitarse en un sentido u otro, parapetados en su seguridad, desde luego, no resignándose al aislamiento. Sinceramente: ignoro el porqué.

—Esa ansia inconsciente de la muerte… —sugerí—. Una variante del tema de Thyrza Grey.

Lejeune me miró con severidad.

—Cuanto antes se olvide usted de Thyrza Grey y de las cosas que le dijo, mejor —Después añadió pensativamente—: No. Yo lo atribuyo todo a la soledad. El individuo se cree un ser extraordinariamente inteligente, pero no puede hablar a nadie de

sus portentosas facultades.

—Todavía no me ha dicho cuándo comenzó a sospechar de Osborne.

—Pues… tan pronto empezó a decir mentiras. Rogamos a cuantos hubieran visto al padre Gorman la noche en que fue asesinado, que se pusieran en contacto con nosotros. Así conocimos al señor Osborne. Su declaración constituyó una auténtica mentira. Había visto a un hombre siguiendo al desgraciado sacerdote y describió a aquel. Ahora bien, en una noche de niebla como la del crimen es imposible que distinguiera sus rasgos faciales hallándose el desconocido en la acera opuesta de la calle. Quizá fuera visible una nariz muy prominente, pero no la nuez de ese hombre. Eso era ya pretender mucho. Por supuesto, detrás de tal mentira podía haber tan sólo el ingenuo afán de destacarse, de lograr cierta notoriedad. Hay mucha gente así… Pero el hecho hizo que mi atención se concentrara en Osborne. En realidad era una persona bastante curiosa. En seguida comenzó a hablar de sí mismo. Una imprudencia. Se retrató como un ser deseoso de alcanzar más importancia de la que tenía en el medio ambiente social. No se consideraba satisfecho con haber impulsado el negocio que heredara de su padre. Osborne probó suerte en la industria del espectáculo, sin éxito. ¿Quién se hubiera atrevido a decirle cómo había de representar determinado papel? Probablemente fue sincero al contar que una de sus ambiciones era la de figurar como testigo en un proceso criminal, instruido para desembarazarse de una persona. Ignoramos, naturalmente, en qué momento se le ocurrió a Osborne la idea de que podía llegar a convertirse en un criminal notable, un hombre tan inteligente que jamás se viera sorprendido por la justicia.

Lejeune hizo una pausa y a poco siguió diciendo:

—En mis anteriores palabras hay no pocas suposiciones. Volvamos atrás… La descripción del hombre visto por Osborne era interesante. Correspondía, evidentemente, a una persona real, a quien él había tenido ocasión de ver anteriormente. Sepa usted que describir a un ser humano constituye un ejercicio que no tiene nada de fácil. Hay que fijarse muy bien en los ojos, en la nariz, barbilla, orejas, porte general, etcétera. Pruebe… Inconscientemente se

pondrá usted a describir a este o aquel, una persona observada en alguna parte, en un tranvía, en un tren o en un autobús. La descripción de Osborne era la de un hombre de características poco comunes. Yo diría que él vio a Venables sentado en su coche cualquier día, en Bournemouth, y que le sorprendió su aspecto… De haber ocurrido la cosa así, no se habría dado cuenta de que era un impedido.

»Otra de las razones que me llevaron a interesarme por Osborne fue su actividad profesional. Se trataba de un farmacéutico. Pensé que nuestra lista pudiera tener relación con el tráfico de drogas. Luego deseché esa idea, y, por consiguiente, hubiese llegado a olvidarme de Osborne de no haberse empeñado este en continuar en primer plano. Deseaba saber qué andábamos haciendo nosotros. Por lo tanto me escribe con objeto de notificarme que ha visto a su hombre en una fiesta parroquial celebraba en Much Deeping. Aún no sabe que el señor Venables es una víctima de la parálisis. Al averiguarlo no tuvo sentido común suficiente para callarse, retirándose prudentemente. Obraba impulsado por su vanidad. Este es un rasgo típico en el criminal. No estaba dispuesto a admitir, de ningún modo, que se hallaba equivocado. Se aferró a sus convicciones neciamente, desarrollando todo género de absurdas teorías. Visité a Osborne en su casa de Bournemouth. Una visita muy atractiva. El nombre de aquella era aleccionante: “Everest”. Así le llamaba él. Y en el vestíbulo tenía colgada una fotografía de dicho monte. Me dijo que se hallaba muy interesado por la exploración de los Himalayas. Esas eran las bromas de que él gustaba. “Ever Rest”[8]. Tal era su actividad, su profesión. Osborne proporcionaba a la gente el eterno descanso mediante el pago de determinada cantidad. La idea es excelente, hay que admitirlo. Todo se hallaba perfectamente planeado. Bradley encontrábase al frente del despacho de Birmingham; Thyrza Grey se encargaba de las *séances* celebradas en Much Deeping. ¿Quién iba a sospechar que Osborne estaba relacionado con Thyrza, Bradley o la víctima? La realización del propósito final era un juego de niños para el farmacéutico. Como ya he dicho: si Osborne se hubiese limitado a quedarse quieto en su establecimiento otra suerte hubiera corrido.

—¿Y qué hacía con el dinero? Supongo que este era el móvil

principal de sus actos.

—Desde luego. Osborne se había dejado llevar de su fantasía, indudablemente. Quería viajar, divertirse, ser una persona rica, importante. Pero en realidad no era lo que él pensaba. En mi opinión su sentido del poder se vio excitado con el crimen. Este le intoxicó gradualmente. Gozaba enormemente sabiéndose el personaje principal, la figura central, hacia la cual se volvían todos los ojos… sin verla.

—¿A qué destinaba el dinero? —insistí.

—¡Oh! Es muy sencillo —repuso Lejeune—. Lo sospeché al apreciar la forma en que había amueblado su casita de campo. Osborne era un miserable. Amaba el dinero; ansiaba hacerse de él con todas sus fuerzas, pero no para gastarlo. La casa en cuestión contaba con escasos muebles, todos ellos adquiridos con poco dinero, en las subastas. Le gustaba este, sólo por el placer de tenerlo.

—¿Quiere decir que se limitaba a ingresarlo en su cuenta corriente bancaria?

—No, no. Me imagino que acabaremos encontrándonoslo escondido en su casa de campo, enterrado debajo de las losas.

Lejeune y yo permanecimos unos momentos en silencio. Nuestros pensamientos se hallaban concentrados en aquella extraña criatura que era Zachariah Osborne.

—Corrigan —explicó el inspector, un tanto amodorrado—, sostendrá que la conducta del farmacéutico obedece a un defecto de funcionamiento de cualquier glándula o a un exceso de actividad de la misma… No sé. Yo soy un hombre sencillo… Eso sí, siempre me sorprende un detalle: ¿cómo puede un individuo mostrarse tan inteligente y tan necio a la vez?

—Uno se imagina una mentalidad así como la representación siniestra y grande del mal.

Lejeune movió la cabeza denegando.

—Nada de eso —replicó—. El mal no tiene nada de superhumano sino de infrahumano. El criminal quiere siempre ser importante pero no lo conseguirá jamás porque supone en todos los casos ser menos que un hombre.

CAPÍTULO XXV

1

En Much Deeping todo había ido volviendo paulatinamente a la normalidad.

Rhoda andaba ocupada, curando a sus perros.

Levantó la vista al acercarme yo, preguntándome si quería ayudarle. Me negué discretamente.

—¿Dónde está Ginger? —inquirí.

—Ha ido a «Pale Horse».

—¿Eh?

—Dijo que tenía un poco de trabajo allí.

—Pero… ¡si la casa está vacía!

—Ya lo sé.

—Lo único que conseguirá es fatigarse. Aún no se encuentra repuesta…

—No te preocupes, Mark. Ginger se siente ya muy bien. ¿Has visto el nuevo libro de la señora Oliver? Se titula La Cacatúa Blanca. Lo tienes ahí dentro, encima de la mesa.

—Dios bendiga a la señora Oliver. Y a Edith Binns también.

—¿Quién es Edith Binns?

—La mujer que identificó a cierto hombre que figuraba en una fotografía. Y, asimismo, la fiel servidora de mi difunta madrina.

—Nada de lo que dices parece tener sentido. ¿Qué te pasa?

No le contesté. Decidí encaminarme a «Pale Horse».

Poco antes de llegar allí me encontré con la señora Calthrop.

Me saludó cordialmente.

—Me comporté como una estúpida en todo momento —dijo la

esposa del pastor—, dejándome llevar de las apariencias.

La señora Calthrop extendió el brazo en dirección a la antigua hospedería, ahora pacífica, silenciosa, reposando bajo los rayos del sol de aquel maravilloso día de otoño.

—La iniquidad no tuvo jamás su morada allí… en el sentido que nosotros suponíamos. Nada de tráficos con el diablo, nada de negros, de malignos esplendores. Sólo trucos de salón hechos a cambio de dinero, con absoluto desprecio de la vida humana. Ahí es donde reside la auténtica iniquidad, lo verdaderamente maligno… Nada de grande o trascendente… Sólo cosas insignificantes, mezquinas, despreciables.

—Parece ser que usted y el inspector están de acuerdo en muchos extremos.

—Me agrada ese hombre. Bueno, Easterbrook. Acérquese a «Pale Horse» si desea ver a Ginger.

—¿Qué hace allí?

—Limpiando algo…

Cruzamos la baja entrada. Había dentro un fuerte olor a trementina. Ginger estaba atareada, manejando paños, moviéndose entre un puñado de botellas. Al entrar nosotros levantó la vista. Se encontraba aún muy delgada. Se la Veía pálida también. Llevaba un corro, el cual le cubría aquella parte de la cabeza en la que el cabello no había vuelto a crecer todavía. Sólo recordaba vagamente a la Ginger que yo conociera pocas semanas atrás.

—Está muy recuperada —dijo la señora Calthrop, adivinando mis pensamientos, como de costumbre.

—¡Miren! —exclamó Ginger triunfalmente.

Señaló el viejo rótulo de la antigua hospedería, en el que había estado trabajando hasta aquel momento.

Suprimida la capa de suciedad, depositada sobre la superficie de aquel al correr de los años, veíase claramente la figura del jinete, montando en su caballo, de pelo blanco amarillento: un esqueleto de brillantes huesos…

Sonó a mis espaldas, profunda, sonora, la voz de la señora Calthrop:

—Revelación, capítulo sexto, versículo octavo: Y miré y vi un caballo de pelo blanco: y la Muerte era el jinete que lo cabalgaba…

Guardamos silencio unos instantes.

—Así, pues, eso era lo que había ahí —dijo finalmente la esposa del pastor adoptando el tono de una persona que se dispusiera a arrojar algo al cesto de los papeles; a continuación añadió—: Tengo que irme. Me espera la reunión de madres de familia.

Al llegar a la puerta se detuvo, volviendo la cabeza en dirección a Ginger, diciendo inesperadamente:

—Serás una de las buenas cuando tengas tu puesto entre ellas.

El rostro de la chica se cubrió de carmín.

—¿Sí, Ginger? ¿Querrás? —le pregunté.

—¿Qué? ¿Ser una buena madre?

—Sabes a lo que me refiero.

—Quizá… Pero prefiero una oferta en firme.

Naturalmente, formulé esta…

—¿Estás seguro de que no quieres casarte con Hermia?

—¡Santo Dios! Me había olvidado por completo de ella.

Le enseñé una carta que llevaba en el bolsillo.

—Llegó hace tres días. Desea saber si quiero acompañarla al Old Vic, donde van a representar Trabajos de Amor Perdidos.

Ginger cogió la carta, rompiéndola en menudos pedazos.

—En adelante, cuando quieras ir al Old Vic —dijo con firmeza —, seré yo quien te acompañe.

FIN

Notas

[1] Literalmente «Caballo Bayo». (n. del T.) < <

[2] Recuérdese en estos juegos de palabras el significado ya explicado de «Pale Horse». (n. del T.) < <

[3] La palabra «ginger» equivale a rojizo. (n. de T.) < <

[4] Recuérdese que «caballo bayo» es el significado de «Pale Horse». (n. del T.) < <

[5] Juego de palabras intraducible. La equivalencia española de «rest», segunda parte de la palabra «Everest», es «descanso». (n. del T.) < <

[6] Literalmente: «Las Reacciones de los Clientes, Clasificadas». Se trata de una de esas modernas entidades dedicadas a hacer investigaciones entre el público. (n. del T.) < <

[7] Literalmente: «Parque de los Venados». (n. del T.) <<

[8] Juego de palabras ya mencionado anteriormente. La traducción literal de «ever rest», es, en efecto, «descanso eterno». (n. del T.) <<